Daniel Campione

Para leer a Gramsci

Ediciones del CCC
Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini

Título: Para leer a Gramsci
Autor: Daniel Campione
©Ediciones CCC, Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini
Ediciones del Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos C.L.
Avda. Corrientes 1543 (C1042AAB) Tel: (54-11) 5077 8080 - Buenos Aires - Argentina
www.centrocultural.coop
Director: Juan Carlos Junio
Consejo Editorial: Jorge Testero (coordinador) / Julio Gambina / Horacio López / Daniel Campione / Ana María Ramb / Susana Cella / José Luis Bournasell / Mario José Grabivker

Editora: Mariana Sverlij
Diseño original: Claudio Medín
Diagramación: José Luis Bournasell

Editado en Argentina

Hecho el depósito Ley 11.723
I.S.B.N. 978-987-23653-0-1

Campione, Daniel Para leer a Gramsci. - 1a ed. - Buenos Aires : Ediciones del CCC Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini, 2007. 210 p. ; 23x15 cm. ISBN 978-987-23653-0-1 1. Filosofía Marxista. I. Título CDD 320.532 2

Para leer a Gramsci

Daniel Campione

Índice

A modo de presentación

Este breve trabajo en torno a la obra del teórico y revolucionario italiano ha sido concebido en correspondencia con el propósito de proporcionar una guía a quienes quieran iniciarse en el trato con sus escritos, de un modo que no incurra en el riesgo de mediatizar o menos aun "manualizar" a Gramsci, sino apunte a construir un "puente" que facilite la comprensión y estimule la lectura directa de sus escritos. Lo hemos ido elaborando en correlación con el dictado de repetidos cursos de introducción a la obra gramsciana, tanto para alumnos y graduados universitarios, como para un público más amplio. Conscientes a través de esa labor pedagógica de las dificultades de los estudiantes (al menos de los argentinos) para articular el deslumbramiento producido por la riqueza de su pensamiento con la perplejidad ante la estructura de "borrador" a la que se enfrentan en los *Cuadernos*, nos condujo la intención de disminuir la dificultad, y desbrozar de alguna manera el terreno para que el encantamiento inicial decante hacia la lectura reflexiva y la comprensión crítica.

En esa línea procuramos no abundar en la interpretación, sino presentar lo más directamente posible el pensamiento gramsciano. A ello responde el formato del tipo de "glosario" que hemos dado al núcleo central de esta obra. Cada "entrada" remite a alguno de los términos que han tenido particular resonancia en el estudio de la sociedad, la política y la cultura. Se efectúa una brevísima exposición de cada uno que se basa, en primer lugar, en la palabra del propio Gramsci, en lo posible a través de la transcripción literal, en segundo lugar, en algunos autores que han proporcionado comentarios o interpretaciones de interés sobre el término respectivo, y por último, en algunas aclaraciones o remisiones producidas por el autor del glosario.

Completan la exposición introductoria una "noticia biográfica", un comentario sobre la importancia del pensamiento gramsciano a la luz de la actualidad y una exposición abreviada sobre el recorrido del autor en Argentina. Lo cerramos con una cronología que, tomando el modo expositivo de Manuel Sacristán en la incluida en su *Antología* del pensamiento gramsciano, correlaciona hechos salientes de la vida política italiana y mundial con la trayectoria gramsciana.

Entre la primera versión de este trabajo y la actual, ha aparecido un librito iluminador: *Gramsci para principiantes*, con textos de Néstor Kohan e ilustrado por Miguel Rep.[1] Quizás no sea una ilusión descaminada el pensar que quienes han tomado contacto con la claridad y poder de síntesis de esa conjunción de texto e historieta, puedan encontrar algunos elementos adicionales aquí para acompañarse en los primeros contactos con ese pensamiento que ha sobrevivido incólume al fascismo. Y esperamos sobrepase también a los complacientes con el capitalismo que tratan en vano de "asimilarlo".

Completan este volumen dos artículos en los que hemos ensayado una mirada de inspiración gramsciana sobre la realidad actual y la historia reciente, de América Latina y de Argentina, respectivamente.

El primero se titula "Desde Gramsci hacia una nueva época-Hegemonía y contrahegemonía en la América Latina de hoy" e intenta explorar, a través de las fisuras en el dominio político e ideológico del gran capital en nuestro continente, las posibilidades de construir fuerzas que puedan dar un sentido nuevo a la perspectiva de cambio radical en nuestras sociedades. Tiene su origen en una ponencia presentada al Encuentro Internacional organizado por la Asociación Internacional Gramsci en Río de Janeiro en el año 2001, pero el rumbo posterior del proceso latinoamericano nos llevó a reorientar el trabajo hacia la perspectiva ofrecida por los alcances (y los límites) de las rebeliones populares de los últimos años.

El segundo escrito, que cierra el volumen, nació de manera casi fortuita, a través de una conversación con el filósofo italiano Giorgio Baratta, en torno a las peculiaridades políticas y sobre todo culturales de Argentina, y sus raíces históricas. Fue el propio Baratta el que nos estimuló, primero a poner por escrito algunas de esas ideas, y luego a darles forma de un artículo que se publicó en la revista italiana *Crítica Marxista*, durante el año 2003. Hemos seguido trabajando en ese texto que, en torno a la concepción gramsciana de "cosmopolitismo", propone algunas claves para ubicar contradicciones entre mitos y realidades en la sociedad argentina.

Daniel Campione, 2006

1 Néstor Kohan-Rep. *Gramsci para principiantes*, Buenos Aires, Era Naciente, 2003.

Apuntes sobre su vida y su obra

I. Noticia sobre la vida de Gramsci 1891-1937

Antonio Gramsci nace en la isla de Cerdeña, considerada parte del *mezzogiorno* italiano[1], en una familia de la pequeña burguesía de un pequeño pueblo llamado Alés.[2]

Luego de cursar estudios primarios y secundarios en liceos del interior de la isla, se traslada a Turín para estudiar en la facultad de Letras. Estudia filosofía y lingüística (entonces llamada en Italia "glotología"). No termina esos estudios, acuciado por la mala salud y la escasez de recursos. Su familia se halla sumamente empobrecida, en parte porque su padre, empleado público, ha estado un prolongado lapso en prisión.

En torno a 1911 se incorpora al Partido Socialista Italiano. En su adolescencia había adherido al nacionalismo sardo. Su acercamiento al socialismo ocurre con la mediación de su hermano mayor, Gennaro, que militaba en ese partido. Hace sus primeras armas en el periodismo en *Il Grido del Popolo* y *Avanti,* ambos órganos del Partido Socialista. En agosto de 1917 pasa a ser miembro del Comité provisional del PSI, primer paso de Gramsci en la dirigencia partidaria. En torno a 1917, Gramsci se destaca publicando artículos sobre la revolución rusa ("La revolución contra el Capital" "La obra de Lenin", etc.), que constituyen alegatos contra la ortodoxia de la II° Internacional, junto a otros que emiten juicios críticos sobre el marxismo ("Nuestro Marx", "Utopía"). También entre su producción periodística temprana se contaron artículos de crítica literaria y teatral.

1 *Mezzogiorno* (literalmente mediodía) es una denominación que se aplica al sur de Italia. Es un concepto más socioeconómico y cultural (el Norte de mayor desarrollo capitalista, más urbano y "europeo", el Sur pobre, con predominio agrario, existencia de grandes latifundios) que geográfico. A veces se encuentra la expresión "el Sur y las islas" aludiendo a Cerdeña y Sicilia, que tienen cada una de ellas sus peculiaridades culturales, políticas y económicas respecto del resto del área meridional. Gramsci dedicó muchos análisis a la deficiente unificación nacional de Italia, tanto antes como durante su período carcelario.

2 Gramsci escribe en los *Cuadernos de la Cárcel* que era un "triple o cuádruple" provinciano. Lo era en tanto que sardo del "interior" de la isla respecto a ciudades de importancia como Cagliari, por ser "meridional" en Torino, Roma y las demás ciudades del norte y el centro, y como italiano (Italia "potencia menor") en el concierto europeo.

Adhiere a las tendencias de izquierda, denominadas "intransigentes" dentro del socialismo italiano. En 1919 la dirección del PSI decide sumarse a la III° Internacional, pero el compromiso de la organización con el internacionalismo comunista no es completo. Casi al mismo tiempo se funda el Movimiento Fascista. En mayo de 1919 se inicia el periódico (inicialmente semanario) *L'Ordine Nuovo*, de Torino, que cumplirá un rol descollante en todo el período de formación y auge de los consejos obreros en las industrias de esa ciudad. El periódico asume la defensa de posiciones de ruptura completa con las concepciones reformistas, tanto las explícitas como las que anidaban en quienes se sentían identificados con la revolución rusa, pero no apoyaban con resolución las manifestaciones más autónomas y radicales del movimiento obrero italiano. Esa publicación será el núcleo de formación de un grupo interno del PSI, del que saldrá, además de Gramsci, Palmiro Togliatti, que luego será dirigente máximo del Partido Comunista de Italia durante décadas.

El año 1919 es también el del inicio del movimiento de los "consejos de fábrica",[3] que Gramsci acompaña desde *L'Ordine Nuovo* con escritos como "Democracia Obrera" y "El Consejo de Fábrica", entre muchos otros, y desde la militancia cotidiana en las calles y en la puerta de las fábricas torinesas. A partir de febrero de 1920 se da un creciente movimiento de ocupaciones de fábricas y huelgas en Turín. Se desarrollan los consejos de fábrica, forma de control obrero en las plantas productivas; proceso que es acompañado y analizado con pasión por el grupo torinés. Se desarrolla una "fracción comunista" dentro del PSI, a la que el grupo se integra, pero sin encabezarla. El 1° de enero de 1921 *L'Ordine Nuovo* se convierte en diario, bajo el lema "Decir la verdad es revolucionario". Y el 21 del mismo mes, el Congreso de Livorno deja fundado el Partido Comunista Italiano, tras la separación del "tronco" socialista. En el siguiente mes de abril de 1921, tras el repliegue definitivo del movimiento de los Consejos, se produce un auge de la violencia fascista. Los socialistas firman poco después un "pacto de pacificación" con los partidarios del fascismo, dirigido expresamente a aislar a los comunistas y anarquistas. El resultado es conocido: más allá de treguas siempre parciales y pasajeras, las milicias fascistas no cejarán en la violencia contra los

3 La ciudad de Turín (Torino) fue, junto con Milán, y en mayor medida que esta última, el epicentro de un auge del movimiento obrero, entre 1919 y 1920, que da lugar a la formación de órganos de autogobierno específicamente obreros, los "consejos", que ya en 1920 alcanzan el control efectivo de las principales fábricas. Los dirigentes sindicales y socialistas no atinan a forzar una salida revolucionaria a la situación, y el "bienio rojo" (1919-20) termina en la derrota de los obreros organizados en consejos.

partidos obreros, antes y después de su ascenso al poder, hasta conseguir su casi completa destrucción, a fines de la década de los 20.

Buena parte de los años 1922 y 1923 Gramsci los pasa en el extranjero, cumpliendo tareas para la Internacional Comunista. Primero vive en la URSS y después en Viena, mientras que el PCI está bajo la dirección de Amadeo Bordiga. Este dirigente mantiene una tendencia caracterizable en general como ultraizquierdista, reacia a aceptar la política de "frente único" que la Internacional Comunista preconiza a partir de su III° Congreso. Algunos estudiosos le atribuyen a este período de su vida una importancia fundamental en su formación política e intelectual. Asiste personalmente al "giro" marcado por la Nueva Política Económica (NEP) en la perspectiva revolucionaria rusa y al trazado de la línea del frente único para los partidos de la III° Internacional.[4]

En octubre de 1922 y tras la "Marcha sobre Roma", Mussolini es designado primer ministro y así se inicia el trayecto gradual hacia el estado fascista. Este insumirá unos cuatro años para completarse, con la progresiva transformación del régimen parlamentario en un sistema de partido único que proscribe toda organización de las clases subalternas, a las que subsume en el régimen de las "corporaciones". En el seno del Partido Comunista de Italia, Gramsci se erige en defensor de la política del frente único, contra la línea opositora a éste que mantenía Amadeo Bordiga, su principal dirigente por entonces.

En abril de 1924 es elegido diputado al Parlamento italiano, en elecciones restrictivas y con fuerte presión estatal sobre la oposición. Casi al mismo tiempo ingresa al comité ejecutivo del partido. Como parlamentario, pronunciará un célebre discurso en contra del fascismo a propósito de un proyecto de prohibición de las sociedades secretas, dirigido, en el fondo, contra la izquierda revolucionaria. También le tocará

4 La NEP (Nueva Política Económica) es el nombre dado a las medidas que plantearon una nueva etapa en la U.R.S.S. a partir de 1921. Se permitió la "reanimación" de las transacciones mercantiles, mayores posibilidades a los campesinos de disponer comercialmente de sus cosechas, y fue autorizada la inversión privada en la industria. Su lanzamiento tuvo estrecha relación con el fracaso de las tentativas revolucionarias en Europa Occidental, que obligó a re-pensar los alcances de la experiencia revolucionaria rusa. La línea del "frente único" es la reacción, en el plano de la acción internacional de los comunistas, frente a esa "postergación" de la revolución occidental. Planteaba una articulación política con los socialdemócratas, incluyendo la posibilidad de establecimiento de gobiernos "obreros y campesinos" de coalición. Esta orientación fue delineada en el III° y IV° Congresos de la I.C. En sus escritos de la cárcel, cuando fundamenta su replanteo de la revolución en Occidente, Gramsci señala a Lenin como precursor de la percepción del problema, al reconocer el agotamiento del impulso inmediato proporcionado por el Octubre ruso, y la imposibilidad de expandir en forma inmediata el proceso revolucionario a Europa Occidental.

vivir como parlamentario el último intento de derrotar al fascismo, a partir del "Caso Matteotti" y la "escisión del Aventino".[5]

En agosto del mismo año es nombrado secretario general partidario. En el Congreso que se celebra en enero de 1926 en Lyon redacta las *Tesis* que fundamentarán la nueva política del PCI, en franca ruptura con la anterior línea de Bordiga. En el otoño de 1926 escribe el *Ensayo sobre la Cuestión Meridional*, su primer intento de una obra de aliento, que va a quedar inconcluso a causa de su encarcelamiento. Pese a no haber sido terminado, el *Ensayo* constituye un documento fundamental para la comprensión del problema nacional y social en Italia, y su primera tentativa de desarrollar un escrito que trascienda los límites de un artículo periodístico.[6] También son de esa época algunas cartas referentes a la crisis de la dirección del PCUS, en los días previos a la marginación definitiva de Trotsky. En ellas emite reservas sobre la política de virtual "liquidación" (todavía en términos políticos y no físicos, como pocos años después) de los opositores Trotsky, Zinoviev y Kamenev, y evalúa los perjuicios que al movimiento comunista podía traer esta ruptura. Muchos historiadores sostienen que, a partir de allí, Gramsci quedará "bajo sospecha" en el ámbito del movimiento comunista, por los matices con la línea mayoritaria manifestados en la mencionada carta.

El 8 de noviembre de 1926 Gramsci es arrestado por el gobierno fascista, previa anulación de su inmunidad parlamentaria, iniciando una década entera de permanencia en prisión.

Tras sufrir traslados a diferentes cárceles, incluyendo un pasajero confinamiento en una pequeña isla (Ustica), será procesado y condenado junto con otros miembros de la dirección comunista, en mayo-junio de 1928, en Milán. La condena es a veinte años de cárcel. Es famosa la

---

5 Se dio esa denominación al conjunto de parlamentarios que se retiraron de las sesiones oficiales y formaron un parlamento "paralelo" en protesta por el asesinato de Giácomo Matteotti, ocurrido en mayo de 1924. El nombre provenía de las "secesiones" de la antigüedad clásica que habían protagonizado los plebeyos romanos como reclamo por sus derechos frente a los patricios, retirándose a deliberar a aquel monte, una de las siete colinas de la Roma clásica. El "parlamento paralelo" terminó debilitándose, y en agosto el *Duce* retomó el control de la situación y aceleró la transformación del gobierno fascista en una dictadura abierta. En los últimos meses de 1926 Mussolini anuló los mandatos de los diputados opositores, lo que puso punto final a cualquier oposición legal.

6 Gramsci nunca escribió un libro planeado como tal. Su producción escrita anterior a la prisión, con la excepción de los apuntes sobre la cuestión meridional, está formada por artículos periodísticos, cartas o informes partidarios. En cuanto a las notas de los cuadernos de la prisión, al no recuperar su libertad, como esperaba, no tuvo oportunidad de revisarlos y ordenarlos, quedaron como borrador de lo que hubiera podido constituir material para varios libros, pero no tuvo oportunidad de corrección y publicación hasta años después de su muerte, al terminar la segunda guerra mundial.

consigna lanzada por el fiscal a cargo de la acusación: "debemos detener ese cerebro por al menos veinte años", consigna que Gramsci hará fracasar al escribir en la prisión de modo incansable, pese a las malas condiciones del ambiente y de su propia salud física y psíquica.

En enero de 1929 conseguirá autorización para escribir en su celda y comenzará sus anotaciones, volcadas en cuadernos que su cuñada Tamara se encargará de sacar de la cárcel. Se propone un plan de estudios de largo alcance, donde ocupa un gran lugar la reflexión sobre el desarrollo político e intelectual italiano como forma de comprender la derrota frente al fascismo y de trazar una nueva estrategia revolucionaria. A lo largo de esos años es visitado en la cárcel por dos de sus hermanos, el economista Piero Sraffa y con mayor frecuencia por su cuñada, Tatiana Schucht.[7] Informado sobre la nueva política del partido, derivada del abandono por parte de la Internacional de la táctica del "frente único" y el establecimiento de la política ultraizquierdista de "clase contra clase",[8] se manifiesta en desacuerdo y propicia la búsqueda de la convocatoria de una Asamblea Constituyente como vía de salida del dominio fascista.

Algunas de estas posiciones se reflejan en un debate sostenido en la cárcel, que ha llegado hasta nuestros días en el relato de Athos Lisa, un compañero de prisión.[9] Gramsci mismo decidirá interrumpir esa discusión, y sufrirá algunos episodios de hostilidad por parte de compañeros del partido. Al mismo tiempo, en su correspondencia, alberga sospechas de reticencias del partido hacia él. Mientras tanto, la salud del preso, siempre endeble, empeora progresivamente. El régimen se niega a concederle la libertad condicional, salvo que Gramsci efectúe una petición de gracia. Él se niega en una actitud de dignidad frente a la dictadura fascista, que conservará hasta el final.

7 Tatiana Schucht era hermana de la esposa de Gramsci, Julia Schucht. De nacionalidad rusa, estaba radicada en Italia, donde se conoció con Antonio luego de que éste regresara en 1924. Piero Sraffa, amigo de Gramsci, iría a convertirse en uno de los grandes economistas del siglo XX. Profesor de la Universidad de Cambridge, gran crítico de la teoría marginalista del valor, y defensor de la teoría del valor-trabajo, en la que avanzó sobre las huellas de Ricardo y Marx. Su libro quizás más importante fue *Producción de Mercancías por medio de mercancías*, 1960.

8 Dicha política fue adoptada progresivamente por la Internacional Comunista entre los años 1927 y 1929, en el VI° Congreso de la Internacional de 1928 y las sesiones plenarias del C.E. de la I.C., inmediatamente anteriores y posteriores a aquél.

9 Athos Lisa. "Discusión política con Gramsci, en la cárcel". (Texto íntegro del informe enviado en 1933 al Centro del Partido) en Antonio Gramsci, *Escritos Políticos (1917-1933)*, Siglo XXI, 6ª edición, 1998.

En 1934 el partido revisa la política de "clase contra clase" e inaugura una línea de alianzas para enfrentar al fascismo a través de un "frente popular", en una orientación más próxima a la planteada desde antes por Gramsci, aunque sin la riqueza de sus elaboraciones. El "viraje" respondía a la inspiración de la URSS y de un *Komintern* ya completamente "stalinizado"[10] y no tardaría en derivar en la cesión de la "hegemonía", dentro de las alianzas del tipo frente popular, a los partidos de la burguesía.

Durante el año 1935, ya muy enfermo, es internado en una clínica, sin dejar su condición de prisionero. Interrumpe entonces la escritura de los *Cuadernos*, de los que había escrito varios miles de páginas desde 1929. En 1937 es liberado, pero un mes después sufre una hemorragia cerebral y muere. Las miles de páginas que comprenden su escritura carcelaria serán rescatadas luego de su muerte y editadas con posterioridad a la derrota del fascismo, con el nombre de *Cuadernos de la Cárcel*. Pronto se convertirán en un clásico del marxismo y en material de constante estudio y debate entre militantes políticos y estudiosos de las ciencias sociales.

La trayectoria de Gramsci puede ser caracterizada como la vida de un revolucionario, un marxista preocupado por ligar de modo inescindible su concepción teórica a la práctica. Nadie mejor que el propio Gramsci *como síntesis de la suma de intelectual y político* (especialista + político según anota en algún pasaje de los *Cuadernos*) que, a su juicio, debe ser todo dirigente. Ligado toda su vida al movimiento social real en general, y a la clase obrera en particular, ni siquiera el aislamiento producido por la prisión impedirá que el italiano siga siendo un intelectual orgánico del movimiento obrero y del comunismo de su país, al que había contribuido a fundar y dirigió hasta su caída en prisión.

Al decir de José Aricó:

> Su deseo de estar vivo, de no ser escindido del mundo, pudo más que la acción de quienes deseaban impedir que su cerebro siguiese funcionando y que los tormentos de su cuerpo estrecho y maltrecho, porque

10 La política de Frente Popular, lanzada en la práctica en Francia y otros países, y formalizada en el VIIº Congreso de la I.C. en 1935, subordinaba toda la política de alianzas de los partidos comunistas a la unión de las fuerzas antifascistas, sacrificando los objetivos de lucha por el poder, y poniendo en riesgo la autonomía frente a la burguesía de las organizaciones que aspiraban a representar al proletariado. Por el contrario, Gramsci siempre mantiene la preocupación por el objetivo socialista y desconfía de las propuestas de allegar fracciones de la clase dominante a una alianza dirigida por la clase obrera.

toda su vida estaba sujeta a una voluntad férrea que le permitía centralizarla alrededor del estudio y la meditación.[11]

La derrota del movimiento obrero frente al fascismo, causa mediata de su encarcelamiento, fue el estímulo fundamental para que él procediese a re-pensar el materialismo histórico desde la perspectiva de "Occidente"[12] sin dejar de prestar atención a los fenómenos sociales, políticos e ideológicos que ocurrían en relación con la construcción del socialismo en la URSS, a los que hace frecuente referencia en los *Cuadernos* y las *Cartas desde la Cárcel*. Su forma efectiva de resistir a la represión fascista fue meditar sobre los modos de arribar al comunismo, en lucha contra una reacción capitalista renovada.

Pretendía marchar hacia una victoria que exigía la superación de toda la cultura burguesa. Y articularla en una política de mediano plazo desplegada en los más variados frentes, de acuerdo al carácter complejo de las relaciones sociales en las sociedades capitalistas más desarrolladas.

II. La importancia de Gramsci. Algunas aclaraciones

La gravitación de Gramsci dentro del pensamiento político del siglo XX tiende a ser considerada positivamente por intelectuales de las más variadas tendencias. Ello ha conducido a múltiples interpretaciones de su obra, muchas de ellas tratando de escindir a Gramsci de la tradición marxista y del movimiento socialista revolucionario.

Gramsci no es el teórico de una vía pacífica, incluso parlamentaria al socialismo, como se lo presentó en algunas ocasiones. Hace énfasis en la problemática cultural, pero enmarcándola en una concepción articulada sobre la centralidad de la lucha de clases. Tampoco se halla en las antípodas de Lenin, siendo que manifiesta gran respeto por la acción y pensamiento del dirigente ruso. Parte sí de las circunstancias de espacio y tiempo disímiles, la configuración diferente de las sociedades, y entiende que la revolución en Occidente no puede resolverse mediante un "asalto al poder", al estilo del de octubre de 1917, sino mediante un proceso prolongado en el que

11 *Prólogo* a Antonio Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo, la política y el estado moderno*, Juan Pablos Editor, México, 2° edición, primera reimpresión, 1995. El prólogo fue escrito para la primera edición de las *Notas...* en español, cuya traducción efectuó Aricó.

12 Las comillas se deben a que caratula como "Occidente" a los países capitalistas con mayor desarrollo de la sociedad civil y amplio peso de los componentes "superestructurales". No necesariamente tiene un correlato geográfico. España, por ejemplo, no era "Occidente" para Gramsci, y hasta algunos dudan (cf. Portantiero en *Los usos de Gramsci*, México, Grijalbo, 1999) de que incluyera a la propia Italia en esa noción.

entra en juego el conjunto de la sociedad; proceso al que suele designar como "guerra de posiciones", contraponiéndolo a la "guerra de movimientos", choque abierto y frontal. Es notable que señale al propio Lenin como precursor de esta idea cuando planteó el "frente único" ante la "tardanza" de la revolución en Alemania y el resto de Europa.[13]

A diferencia de lo ocurrido en Rusia, el italiano se enfrenta al poder de la burguesía en una sociedad donde existe predominio capitalista ya de larga data y un desarrollo amplio de la sociedad civil y de las modalidades consensuales de dominación, y percibe la necesidad de efectuar un despliegue diferente del movimiento revolucionario. Pero a la vez es consciente de que la sociedad italiana, con su hendidura Norte-Sur, el poderío que conservan los terratenientes y la influencia decisiva de la Iglesia, no es equiparable a las más desarrolladas de Europa, como Alemania o Gran Bretaña.

Enriquece este enfoque con aportes ajenos al marxismo que incorpora críticamente, como los de Benedetto Croce, máximo filósofo italiano de su época. Se inspira también en Gaetano Salvemini, un teórico de los problemas del *mezzogiorno*, Georges Sorel, el teórico del sindicalismo revolucionario, los *neomaquiavelistas* Mosca, Michels y Pareto,[14] pensadores políticos de la derecha como Giovanni Gentile, filósofo "oficial" del fascismo, el socialista belga "revisionista" Henri de Man,[15] y un teórico

13 "Me parece que Ilich comprendió que era preciso un cambio de la guerra de maniobras, realizada victoriosamente en oriente en el 17, a la guerra de posiciones que era la única posible en Occidente. (...) Esto es lo que creo que significa la fórmula del "frente único". (...) Sólo que Ilich no tuvo tiempo de profundizar su fórmula aun teniendo en cuenta que podía profundizarla sólo teóricamente, mientras que la misión fundamental era nacional, o sea que exigía un reconocimiento del terreno y una fijación de los elementos de trinchera y de fortaleza representados por los elementos de la sociedad civil, etc." (*Cuadernos*, III, p. 157). Las citas que comienzan formuladas como *Cuadernos*, seguido del número de tomo, son extraídas de la edición española de *Cuadernos de la Cárcel*, 1985-2000, México, Era-Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, en seis volúmenes, traducción de la edición crítica del Instituto Gramsci de Roma, a cargo de Valentino Gerratana.

14 Gaetano Mosca, Robert Michels y Wilfredo Pareto son tres pensadores de talante conservador, inspirados en buena medida en Maquiavelo (James Burnham los agrupó como "maquiavelianos" en un libro titulado: *Los maquiavelianos: Defensores de la libertad*). Desarrollaron en teoría política el estudio de las elites, su formación y renovación en la sociedad en general y en los partidos políticos y la combinación de la fuerza y el consenso en el ejercicio del poder político. El fascismo tuvo en sus respectivos pensamientos una "fuente" teórica importante.

15 Henri de Man (1871-1947) publicó en 1927 *Más allá del marxismo*, obra en la que negaba la lucha de clases y preconizaba la planificación económica como forma de mejorar el nivel de vida de los trabajadores. En 1933 sería el autor del *Plan du Travail*, donde refutaba el carácter terminal de la crisis que atravesaba el capitalismo, y exploraba las vías de su superación mediante un sistema de "economía mixta". Era considerado en la época uno de los principales teóricos socialistas.

marxista italiano relativamente olvidado, Antonio Labriola. Buena parte de sus preocupaciones teóricas transitan por la necesidad de revitalizar al marxismo, de ponerlo a la altura de lo mejor que ha producido el pensamiento burgués, "re-traduciendo" los logros de éste a las categorías del materialismo histórico, al que quiere rescatar de la influencia del positivismo y de las vulgarizaciones economicistas.[16] Su análisis crítico de Benedetto Croce, el más reconocido filósofo italiano de la época,[17] está particularmente impregnado por esta noción de "traducción".

Gramsci es un comunista, un hombre de la III° Internacional, y dirigente de primera línea del PCI, del que fue secretario general desde 1924 hasta su detención. Ya en la cárcel polemiza contra el incipiente *materialismo dialéctico* en versión soviética y con Trotsky, más ocasionalmente (lo llama "el teórico del ataque frontal"). Su crítica al *Ensayo Popular de Sociología*, de Bujarin, primer intento de "manualización" del naciente "marxismo soviético", es uno de los puntos altos de los *Cuadernos*.

Su propósito no es el abandono del materialismo histórico ni el cuestionamiento de la perspectiva anticapitalista, de transformación revolucionaria de la sociedad. Por el contrario, su apuesta político-intelectual es a construir un camino nuevo para la transformación socialista, y un enriquecimiento de la tradición marxista. Ve a ésta aquejada por la necesidad de "vulgarizarse" para convertirse en "creencia" de grandes masas, que no acierta en encontrar el camino para una nueva elevación crítica que revierta el "aplanamiento" teórico producido. Considera que se debe retomar el diálogo y debate con las concepciones más avanzadas del pensamiento burgués, tal como el materialismo histórico se engendró sobre la superación

16 Da particular importancia a la incorporación por parte de los no marxistas de elementos de la "filosofía de la praxis": "Los intelectuales 'puros', como elaboradores de las más extendidas ideologías de las clases dominantes (...) no podían dejar de servirse cuando menos de algunos elementos de la filosofía de la praxis, para robustecer sus concepciones y moderar el excesivo filosofismo especulativo con el realismo historicista de la teoría nueva, para enriquecer con nuevas armas el arsenal del grupo social al que estaban ligados." (*Cuadernos*, V, p. 259). En algún sentido, Gramsci se propone realizar una operación semejante, pero en sentido inverso: vivificar el marxismo vulgarizado con la perspectiva crítica de los filósofos idealistas.

17 Benedetto Croce (1866-1952) no sólo fue un teórico, sino un gravitante dirigente político. Senador, ministro de Educación en la década del 10 y nuevamente después de la caída del fascismo. Filósofo idealista, de matriz hegeliana, profundizó en el análisis crítico del materialismo histórico y propuso la escritura de una "historia ético-política"; planteo que Gramsci criticó seriamente. También desarrolló el concepto de "dialéctica de los distintos", que se proponía como superación de la dialéctica hegeliana, y a la vez constituía una refutación del concepto marxista de la dialéctica. Gramsci confesó haber sido "croceano" en sus comienzos, y luego dedicaría vasto espacio en los *Cuadernos* a una refutación meditada y ecuánime de la obra de ese filósofo, casi al mismo tiempo que criticaba la vulgarización del marxismo efectuada de la mano del manual de Bujarin.

crítica de la filosofía clásica alemana. Exhorta así a debatir no con "los más estúpidos y mediocres" sino con las expresiones más significativas de los adversarios: "...éstas son las que hay que refutar, en sus exponentes teóricos más representativos y dignos incluso de respeto por la elevación de su *pensamiento, así como por 'desinterés'* inmediato".[18]

El italiano es el pensador marxista de su época que más brillantemente reivindica la gravitación autónoma de la esfera ideológico-cultural, rechazando la visión de ella como apariencia o "reflejo" de la estructura. Desde allí, ataca la reducción del marxismo a *economicismo histórico*, defendiendo el carácter "real" de las "superestructuras",[19] a las que menciona habitualmente en plural, para acentuar su diversidad y complejidad.

Como se manifiesta en amplios pasajes de sus *Cuadernos*, asienta su impugnación al "economicismo" en una visión antideterminista, "historicista" del marxismo (llega a proclamar el "historicismo absoluto"), que critica las "adherencias" que éste sufre desde el campo del materialismo filosófico tradicional del siglo XVIII, cuyas concepciones cuestiona por "especulativas" y plagadas de residuos de metafísica. Esto se visualiza en su impugnación del "objetivismo":

> La realidad objetiva: ¿Qué significa "objetivo"? ¿No significará "humanamente objetivo" y no será por eso mismo, también, *humanamente* "subjetivo"? Lo *objetivo* sería entonces lo *universal subjetivo*, o sea: el sujeto conoce objetivamente en cuanto que el conocimiento es real para todo el género humano *históricamente* unificado en un sistema cultural unitario. La lucha por la objetividad sería, pues, la lucha por la unificación cultural del género humano; el proceso de esta unificación sería el proceso de objetivación del sujeto, que se vuelve cada vez más un universal concreto, históricamente concreto (...)
>
> El concepto de *objetivo* de la filosofía materialista vulgar parece querer entender una objetividad superior al hombre, que podría ser conocida incluso fuera del hombre: se trata pues de una forma banal de misticismo y de metafisiquería. Cuando se dice que una cierta *cosa* existiría aunque no existiese el hombre, o se hace una metáfora o se cae, precisamente, en el misticismo. Nosotros conocemos los fenómenos en relación con el hombre y puesto que el hombre es un devenir, por lo tanto también la objetividad es un devenir, etc.[20]

18 *Cuadernos*, IV, p. 69.

19 Defiende esa posición en varios pasajes de los *Cuadernos*, vinculándola a menudo al pensamiento original de Marx: "Para Marx las 'ideologías' son todo lo contrario de las ilusiones y apariencias; son una realidad objetiva y operante, pero no son el motor de la historia, he ahí todo. No son las ideologías las que crean la realidad social, sino que es la realidad social, en su estructura productiva, la que crea las ideologías." *Cuadernos*, II, p. 149.

20 *Cuadernos*, III, p. 307.

Esto se inserta en una preocupación concretamente política, orientada al desarrollo de una estrategia revolucionaria integral. Y por tanto a reivindicar el peso de la acción humana consciente, de la iniciativa con apoyo de masas, frente al "economicismo" y al "fatalismo", tan comunes en el pensamiento marxista y el movimiento revolucionario desde el siglo XIX. Pero se refiere a una acción humana que eluda la tentación "voluntarista", que se fecunde con el indispensable "pesimismo de la razón" y que capte con claridad las mediaciones y obstáculos que se interponen en el camino de la acción colectiva.

Afirma al respecto Christine Buci-Glucksmann:

> (...) no se trata de un culturalismo idealista que desplazaría al marxismo y al leninismo del campo de la dialéctica histórica hacia el de la "cultura", sino más bien de una re-problematización de las relaciones económicas y políticas excluyendo de su campo de análisis todo economicismo, tanto liberal como "marxista", para introducir de esta forma un nuevo modo de afrontar el problema de los intelectuales y del Estado. Sólo de esta manera la cultura forma parte de una teoría materialista.[21]

Gramsci en su anti-determinismo valora la subjetividad (y niega la separación entre lo objetivo y lo subjetivo, salvo a fines analíticos o didácticos)[22] y la sitúa en el centro del proceso histórico, en una concepción que no la reduce a la esfera racional, sino subraya la importancia de la "pasión":

> (...) porque siendo la realidad el resultado de una aplicación de la voluntad humana a la sociedad de las cosas (del maquinista a la máquina) prescindir de todo elemento voluntario o calcular solamente la intervención de las voluntades ajenas como elemento objetivo del juego general mutila la realidad misma. Sólo quien desea fuertemente identifica los elementos necesarios para la realización de su voluntad.[23]

En esa línea, el estudio de la historia es fundamental para comprender un proceso social. Afirma Gramsci que para entender cabalmente una sociedad hay que conocer a fondo al menos sus últimos cien años de

---

21 Christine Buci-Glucksmann, *Gramsci y el Estado*. México, 1978 (1ª edición en español), p. 235.

22 "Parece evidente que nunca pueden faltar las llamadas condiciones subjetivas cuando existen las condiciones objetivas en cuanto que se trata de simple distinción de carácter didáctico: por lo tanto es en la medida de las fuerzas subjetivas y de su intensidad sobre lo que puede versar la discusión, y por lo tanto sobre la relación dialéctica entre las fuerzas subjetivas en contraste". *Cuadernos*, V. p. 199.

23 A. Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo...*, p. 63. La gran mayoría de las citas de los *Cuadernos...* que se realizan en este trabajo están tomadas de la traducción española de la edición dirigida por Gerratana, salvo unos pocos casos, como éste, en que por razones de claridad de la traducción o continuidad de la cita, utilizamos la versión de Togliatti.

historia. Y en Gramsci comprender quiere decir "saber" pero también "sentir". Ello conduce a la preocupación por suturar la separación entre intelectuales que suelen "saber" pero no "comprender" ni "sentir" y una esfera popular que "siente" pero no comprende.[24] El objetivo es la constitución de una intelectualidad "orgánica" que supere esa disociación, organizándose en el Príncipe Moderno, nombre con el que designa al partido revolucionario. El logro de esa "organicidad" es una condición indispensable para aspirar a una transformación revolucionaria, para construir hegemonía, para producir una "reforma intelectual y moral" y generar una "voluntad colectiva nacional-popular".[25]

Gramsci es quien, dentro de la tradición marxista, nos guía por la especificidad de lo político en las sociedades capitalistas altamente desarrolladas ("occidente" en su lenguaje). Señala el enorme peso del factor cultural en sociedades con identidades asentadas, con una sociedad civil densa, poblada de organizaciones complejas y un papel gravitante y creciente jugado por las múltiples variantes del trabajo intelectual y los medios de comunicación.

Su búsqueda intelectual estimula también a pensar en la victoria a partir de la derrota (el advenimiento del fascismo, sobrevenido casi inmediatamente al auge "consejista") y a quebrar las fórmulas de un "optimismo histórico" bastardeado, a favor de una síntesis del saber y el sentir, de la inteligencia y la voluntad, que resista las tentaciones opuestas, pero en el fondo "hermanas", del voluntarismo y el economicismo.[26]

La comprensión de la historia para el italiano es profundamente dialéctica, pero los contrarios que juegan los términos de las oposiciones son muy dinámicos, se hallan "historizados". Modifican su situación en distintos períodos, y no responden a esquemas generales fijos. Son categorías abiertas que se definen y re-construyen en contacto directo con la realidad, y que se particularizan en función de las coordenadas de espacio y tiempo en que se desenvuelven.

La re-ubicación de Gramsci en su dimensión histórica de dirigente comunista, cobra hoy un sentido especial. Es hora de reivindicar críticamente una tradición política que en la actualidad muchos pretenden subsumir en una lineal evolución hacia la barbarie stalinista, sin otro desemboque que ésta. Se parte para eso de ignorar sus complejas aristas, de asimilar por

---

24 Cf. *Cuadernos*, IV, p. 346.

25 Cf. *Cuadernos*, III, p. 228.

26 *Cuadernos*, V, p. 59.

completo a Lenin, Trotsky y los bolcheviques con el stalinismo, de minusvalorar aportes como los de Gramsci, Rosa Luxemburgo o Mariátegui, constructores de líneas teóricas y políticas incompatibles con el *diktat* de Stalin y el marxismo "oficial", sin por eso dejar de incluirse de modo consciente y voluntario en el movimiento comunista.

III. La etapa de los consejos de fábrica. 1919-1921

La revolución socialista rusa había triunfado en octubre de 1917 y se mantuvo en el poder pese a la invasión alemana, el estallido de la guerra civil y las intervenciones de los ejércitos aliados.

La Gran Guerra terminó en octubre-noviembre de 1918, con una revolución en Alemania que suprime el Imperio, lleva a los socialdemócratas al gobierno y abre la expectativa de una segunda revolución de carácter comunista. En 1919 se llega a proclamar una república soviética en Hungría y en Baviera, Alemania. Los tratados de paz modifican el mapa de Europa y dan lugar a la creación de varios estados nuevos, emergentes de la partición de los imperios austrohúngaro y otomano, y del retroceso de las fronteras rusas (como Checoeslovaquia, Polonia y Yugoeslavia).

Ante esa situación, luego de la revolución y la guerra, se abría paso la expectativa de una transformación socialista inminente, en escala europea. La agitación atravesaba al movimiento obrero y las corrientes socialistas de todos los países de Europa Central y Occidental. Los partidos socialistas, al constituirse la Internacional comunista en Moscú, comienzan a dividirse en torno a la adhesión o no al nuevo "partido mundial". Las mayores expectativas estaban centradas en Alemania, centro neurálgico de la industria y el proletariado europeos y asiento del mayor partido socialista de Europa, escenario de repetidos alzamientos encabezados por los comunistas hasta el año 1923. Pero Francia, y sobre todo Italia, sufrieron sacudones de parecida envergadura.

Italia era uno de los países de Europa donde el movimiento antibélico había sido más fuerte. A diferencia de lo ocurrido en Alemania y Francia, la mayor parte de los socialistas habían sido allí firmemente contrarios a la guerra. Y el partido socialista votó a favor de su incorporación a la III° Internacional tan pronto como ésta quedó constituida.

Describiendo el momento histórico en Italia se ha escrito:

> 1919 es el año en el cual se advierte una profunda alteración en la realidad italiana: las consecuencias económicas de la guerra contra el

imperio de los Habsburgo y la demagógica ideología de la "victoria mutilada" después de la conferencia de Versalles, producirán explosiones de nacionalismo extremista, derrumbe de la lira e insostenibles cargas fiscales para las capas más débiles, crisis de las masas rurales y lucha por la tierra, ascenso del proletariado industrial en las áreas urbanas del Norte, especialmente en Turín.[27]

Penurias económicas e insatisfacción generalizada se desenvolvían en un cuadro social con una clase obrera numerosa, geográficamente concentrada, y dotada de organizaciones poderosas, encarnadas en sindicatos, cooperativas y el partido socialista. Una gran agitación obrera se vive en las ciudades industriales del Norte (Torino y Milán, principalmente), y también entre los obreros rurales y campesinos del valle del Po, que lanzarán una masiva ocupación de tierras. Torino era el centro de la industria automovilística, la gran ciudad de mayor concentración relativa de obreros industriales de toda Italia. Y allí desarrolla sus acciones un grupo de jóvenes socialistas con ímpetus innovadores (Togliatti, Tasca, Terracini, Gramsci), que editan una publicación periódica, *L'Ordine Nuovo*. Esta, tras un comienzo vacilante (bajo la dirección de Tasca, luego desplazado), adoptará el papel de virtual "órgano" de la movilización obrera primero y de los consejos de fábrica después.

En septiembre de 1919, a partir de las pre-existentes comisiones internas (reconocidas por convenio sindical-patronal desde 1906) y luego de una importante huelga general, se constituye el primer "consejo obrero" italiano, en la fábrica Fiat de Torino. Fundados sobre el molde de los *soviets* rusos, en el caso de los consejos se hace más énfasis en el aspecto de órgano de dirección económica de las fábricas, de ruptura con la "legalidad industrial" existente. En el pensamiento gramsciano, son los gérmenes del "orden nuevo" naciendo en el seno del "viejo orden" que todavía existe. Gramsci los piensa como una "tercera forma" de organización obrera (siendo las dos primeras los sindicatos y el partido) que no suplanta a las anteriores pero tiene un contenido innovador más profundo.

En la producción escrita gramsciana, el movimiento de los "consejos" queda reflejado, desde sus comienzos hasta su ocaso, en *L'Ordine Nuovo*, en su etapa de semanario (luego se convertiría en diario). El primer número, del 1° de mayo de 1919, lleva el siguiente encabezamiento: "Instrúyanse porque necesitaremos toda nuestra inteligencia. Conmuévanse, porque necesitaremos todo nuestro entusiasmo.

27 Antonio Santucci "Introducción", en Antonio Gramsci, *Escritos periodísticos de L'Ordine Nuovo. 1919-1920*, Buenos Aires, 1991, p. 6.

Organícense, porque necesitaremos toda nuestra fuerza." La publicación será el nexo del grupo que integra Gramsci con el movimiento obrero torinés. Llamará la atención en el movimiento socialista y el pensamiento de izquierda europeo y alcanzará el elogio del propio Lenin. Y será el factor de cohesión interna y proyección de un núcleo político-intelectual que terminará ocupando la dirección del futuro Partido Comunista de Italia. Este colectivo sufrirá un marcado aislamiento, porque las acciones en Turín no fueron plenamente respaldadas ni por las centrales sindicales ni por el Partido Socialista Italiano al que pertenecían sus dirigentes. En un gesto significativo, el PS llegó a cambiar a Milán la sede de un congreso previsto para realizarse en Torino, so pretexto de preservarlo de las "perturbaciones" derivadas de la agitación proletaria.

La experiencia de los consejos obreros se expandió durante los años 1919 y 1920, para entrar en crisis definitiva en 1921. Su ocaso coincidía así con el auge del movimiento fascista, que durante ese año acomete en gran escala asaltos contra entidades obreras, cooperativas y municipios socialistas, en una campaña de terror generalizado. Los fascistas se presentan así como brazo armado del poder capitalista y terrateniente a la hora de acabar con la amenaza revolucionaria y, a poco andar, como "alternativa de gobierno" para el empresariado, la Iglesia, el ejército, la monarquía e incluso amplios sectores pequeñoburgueses "liberales" que le temen más a la rebelión obrera que al fascismo.[28]

Pero también converge con el reflujo de la revolución socialista europea: la revolución alemana había sido derrotada en repetidas insurrecciones. Lo que se llamaría después la etapa "napoleonista" de la república soviética rusa se había frustrado con la detención del avance frente a Varsovia y la subsiguiente paz con Polonia. En Rusia la NEP iba a reemplazar al "comunismo de guerra", y la política del "frente único" con los socialistas era la nueva "palabra de orden" de la Internacional Comunista.

La definición del papel a cumplir por estos consejos y su articulación con las modalidades organizativas de carácter político (partido) y económico (sindicatos) es la preocupación central que recorre los escritos redactados por Gramsci en esta etapa. En esta reflexión, asociada directamente a la práctica política, se forja lo que, unos años después, va a formar el núcleo de dirección del Partido Comunista de Italia. En estos escritos, se ve a un Gramsci preocupado centralmente por un proceso

28 Un vívido relato de la ofensiva fascista para destruir al partido socialista y las organizaciones populares que conducía se encuentra en el libro de Angelo Tasca, *El nacimiento del fascismo*, Barcelona, Ariel, 1969.

revolucionario que considera va a resultar a la postre triunfante, frente a un cuadro de desintegración del estado burgués, y la aparición de una nueva conciencia obrera que se expresa en formas organizativas inéditas. El Consejo es protagonista central por sus virtudes en cuanto a representatividad directa de los trabajadores y su carácter unificador que se despliega desde las entrañas mismas de la planta industrial y abarca a todos los trabajadores, sin distinción de oficios ni condición.

Pesa indudablemente el ejemplo de lo *soviets* rusos, pero también las críticas al burocratismo y a la consiguiente degeneración reformista de partidos y sindicatos en Europa Occidental y Central. La experiencia con la socialdemocracia alemana, estigmatizada por Rosa Luxemburgo en *Reforma y Revolución* y otros escritos, late en el pensamiento gramsciano de estos años. La elevación de los Consejos a protagonistas estratégicos del proceso revolucionario italiano tiene como objetivo construir la autonomía y dar base a la iniciativa política independiente de los trabajadores. Estos, de imponerse la política reformista, iban a quedar subordinados no sólo frente a la sociedad burguesa sino también respecto a las direcciones de las organizaciones de los trabajadores (partido y sindicatos) que tienden al burocratismo.

Gramsci destaca la especificidad de los Consejos desde su propio principio de constitución:

> En el consejo de fábrica el obrero interviene como productor, a consecuencia de su carácter universal, a consecuencia de su posición y de su función en la sociedad, del mismo modo que el ciudadano interviene en el estado democrático-parlamentario. En cambio, en el partido y en el sindicato el obrero está 'voluntariamente', firmando un compromiso escrito (...) el sindicato y el partido no pueden confundirse en modo algunos con el consejo, institución representativa que no se desarrolla aritméticamente, sino morfológicamente, y que en sus formas superiores tiende a dar el perfil proletario del aparato de producción y cambio creado por el capitalismo con fines de beneficio.[29]

Aquí señala dos ideas a nuestro juicio centrales acerca de la especificidad y la importancia de los consejos: en primer lugar el trabajador se integra al "consejo" desde el interior mismo de la fábrica, en función de la unidad de producción y no de su "contrato salarial". En el Consejo

29 "El programa de *L'Ordine Nuovo*", 14 y 18 de agosto de 1920. Todos los artículos citados son de *L'Ordine Nuovo*. Hemos cotejado distintas versiones en español (la *Antología* de Manuel Sacristán, los *Escritos Políticos*, editados por Siglo XXI de México, una selección de artículos de *L'Ordine Nuovo* traducidos por Ariel Bignami, otra de editorial Roca de México, etc.) con el original en italiano, para confeccionar una nueva versión en español. Por ello no consignamos número de página, sino la fecha de aparición en el periódico torinés.

tiende a asumirse como "productor", creador de riqueza, potencialmente independiente de la tutela empresarial, y no como "asalariado", cuya existencia como trabajador depende de ser contratado por la patronal. En segundo lugar, a diferencia de la afiliación a partidos y sindicatos, el trabajador no produce un "acuerdo", una adhesión voluntaria, sino que se integra a partir de su mera pertenencia a la fábrica, sin consideración a su ideología ni a su función laboral específica. El Consejo nace en el terreno de la confrontación directa con el patrón, no en torno al salario o a las condiciones de trabajo, sino a la dirección del proceso de producción, al manejo de la empresa. El consejo no acata el "derecho laboral" ("legalidad industrial" en la terminología de Gramsci) sino que lo rebasa, pasa del terreno de la defensiva a la ofensiva, de aceptar la condición de asalariado y tratar de mejorarla, a buscar su abolición.

Hay que tener en cuenta, además, que los "consejos" son en sí mismos una expresión de la radicalización de la clase obrera italiana, a la luz de la revolución de octubre y la fuerte crisis de la posguerra. Se constituyen plenamente en 1920, a partir de la matriz de las "comisiones internas", organismo reconocido desde años antes con consenso de patrones y sindicatos, con una perspectiva de mayor "integración" de los trabajadores a la empresa. Gramsci reconoce en 1919 a las "comisiones" como órganos de democracia obrera pero preconiza la profundización de su rol, pasando de *"limitar" el poder* del capitalista a negarlo en la práctica y propiciar su supresión definitiva por vía de la expropiación y el paso al control obrero:

> Las comisiones internas son órganos de democracia obrera que hay que liberar de las limitaciones impuestas por los patrones y a los que hay que infundir vida nueva y energía. Hoy las comisiones internas limitan el poder del capitalista en la fábrica y desarrollan funciones de arbitraje y disciplina. Desarrolladas y enriquecidas deberán ser mañana los órganos del poder proletario que sustituya al capitalista en todas sus funciones útiles de dirección y administración.[30]

Apunta a que se perfile como un organismo generador de cohesión y disciplina de masas, como fundamento del futuro "estado obrero":

> Este sistema de democracia obrera (integrado por organizaciones equivalentes de campesinos) daría forma y disciplina permanentes a las masas, sería una magnífica escuela de experiencia política y administrativa, encuadraría a las masas hasta el último hombre, habituándolas a la tenacidad y a la perseverancia, habituándolas a considerarse como un ejército en el campo de batalla, que necesita una firme cohesión si no quiere ser destruido y reducido a esclavitud.[31]

30 "Democracia Obrera". *L'Ordine Nuovo*, 21/6/1919.

31 *Ibidem*.

Avanza en estas definiciones en polémica con el sindicalismo revolucionario, corriente muy fuerte en Italia. Para él, el sindicato es un producto del orden capitalista, del establecimiento de una "legalidad industrial" a su interior. Encarna la instauración de un organismo, que el estado capitalista termina reconociendo e "integrando", cuya misión central es discutir las condiciones de venta de la fuerza de trabajo. El sindicato no puede ser un órgano de poder proletario, como planteaba esa corriente:

> El error del sindicalismo[32] consiste en asumir como hecho permanente, como forma perenne del asociacionismo, el sindicato profesional con la forma y las funciones actuales, que son impuestas y no propuestas, y en consecuencia no pueden tener una línea constante y previsible de desarrollo. El sindicalismo, que se presentó como iniciador de una tradición libertaria "espontaneísta", fue en realidad uno de los tantos disfraces del espíritu jacobino y abstracto.[33]

Pero hecha la crítica de los discípulos de Sorel, señala críticamente la "parlamentarización" de la política por parte del Partido Socialista, absorbido por sus direcciones sindicales, cooperativas y sus gobiernos municipales; "avances" o "éxitos" dentro del orden existente que, en consonancia con una orientación general no centrada en la construcción de autonomía de la clase obrera, iba inhibiendo su capacidad de oponerse al orden capitalista de un modo radical.

Los sindicatos y otras organizaciones de raíz proletaria se convierten en maquinarias burocráticas que ya no responden a los dictados de sus "mandantes", quienes en tránsito de adquirir una conciencia nueva a través de nuevas experiencias de combate y organización, ya no se encuentran "representados" por ellas. En un período en el que adquiere la comprensión y voluntad necesarias para encarar la supresión del sistema mercantil-capitalista y su reemplazo por un "orden nuevo", el proletariado ya no puede dejar su destino en manos de organizaciones nacidas y desenvueltas dentro del sistema de propiedad privada y respetando en la práctica sus límites

> Los obreros sienten que el complejo de "su" organización se ha convertido en un aparato tan enorme que ha terminado por obedecer a leyes propias, implícitas en su estructura y en su complicado funcionamiento, pero extrañas a la masa que conquistó conciencia de su misión histórica de clase revolucionaria. Sienten que su voluntad de poder no logra expresarse, en un sentido neto y preciso.[34]

---

32 Se hace referencia aquí al sindicalismo como corriente política del movimiento obrero, y no a la dirigencia gremial en general.

33 "La conquista del Estado." *L'Ordine Nuovo*, 12 de julio de 1919.

34 "Sindicatos y Consejos" (I) *L'Ordine Nuovo*, 11 de octubre de 1919.

En cambio, el consejo es un nucleamiento de "productores" y no de "asalariados", como enunciábamos más arriba, orientado no a negociar salarios y condiciones de trabajo sino a dirigir el proceso de producción. Los trabajadores empiezan a materializar la idea de que el capitalismo ha engendrado a sus "sepultureros" y que la fábrica, nacida como ámbito de explotación y disciplinamiento, es el punto de partida de la liberación al quedar en manos de los legítimos productores de la riqueza, a través de su constitución en unidad "homogénea y coherente". Desde allí, el poder proletario destruirá la dominación de clase en todos sus "engranajes", incluso los correspondientes al territorio de las "superestructuras".

El lugar de trabajo y producción se convierte así en la "célula" a partir de la cual se configura un nuevo poder social, un nuevo estado. El órgano de la desposesión, de la esquilmación sistemática, es negado dialécticamente para convertirse en la base de un nuevo poder de clase y de una nueva sociedad

> Al construir este aparato representativo, en realidad, la clase obrera cumple con la expropiación de la primera máquina, del más importante instrumento de producción: la clase obrera misma, que se ha reencontrado, que tomó conciencia de su unidad orgánica y que en forma unitaria se contrapone al capitalismo. La clase obrera afirma así que el poder industrial, la fuente del poder industrial debe retornar a la fábrica, pone nuevamente a la fábrica, desde el punto de vista obrero, como el modo por el que la clase obrera se constituye en cuerpo orgánico determinado, en célula de un nuevo estado, el estado obrero, como base de un nuevo sistema representativo, el sistema de los consejos.[35]

La función del partido está ligada a la creación de conciencia, a minar el consentimiento de los trabajadores al orden político burgués, a expandir la comprensión acerca del sentido histórico de la rebelión obrera. El partido conduce el "movimiento espontáneo" de la clase, le confiere a ésta su sentido y comprensión "para sí":

> El Partido Socialista, con su acción intransigente en el dominio político provoca los mismos resultados que los sindicatos en el campo económico: pone fin a la libre competencia. El PS, con su programa revolucionario, sustrae al aparato del estado burgués la base democrática del consenso de los gobernados. Influye cada vez más a profundas masas populares y les asegura que el estado de disgusto en que se debaten no es una frivolidad, no es un malestar sin salida, sino que corresponde a una necesidad objetiva, es el momento ineluctable de un proceso dialéctico que debe desembocar en una laceración violenta, en una regeneración de la sociedad. He aquí que el partido se viene identifi-

35 "El Consejo de Fábrica", *L'Ordine Nuovo*, 5 de julio de 1920.

cando así con la conciencia histórica de las masas populares y gobierna el movimiento espontáneo, irresistible: este gobierno es incorpóreo, funciona a través de millones y millones de ligas espirituales, es una irradiación de prestigio, que sólo en momentos culminantes puede convertirse en un gobierno efectivo.[36]

Partido y sindicato acompañan e impulsan esa experiencia de la clase, pero no deben pretender sustituirla, son "agentes conscientes" del sujeto, pero no sus "tutores", y mucho menos sustituyen al sujeto mismo.

Gramsci piensa en una articulación coherente entre las tres modalidades de organización obrera. Pero queda claro que, en esta etapa, le asigna al consejo una superioridad en su potencial de orientación revolucionaria y de "negación" superadora de las tendencias burocratizantes y "quietistas".

IV. Sus escritos como dirigente comunista. 1921-1926

El Partido Comunista de Italia se funda a principios de 1921, en el congreso celebrado en Livorno, en parte como reflejo de la negativa de la dirección partidaria socialista a amoldarse a los dictados de la *Komintern* en cuanto a la necesidad de expulsar a la corriente "reformista" del partido.[37] En los primeros años la orientación dominante la va a marcar Amadeo Bordiga, opositor a la táctica del "frente único" y con concepciones férreamente centradas en la construcción de la organización partidaria como una herramienta destinada a hacerse con el poder en el momento oportuno. Gramsci y el grupo de Turín no se diferenciarán al comienzo de las directivas de la conducción bordiguiana. Ese estado de cosas se modifica durante el año 1923. Gramsci, todavía radicado en Viena, comenzará a realinearse con la corriente predominante en la Internacional Comunista y trabajar para imponer otra concepción del partido y otra visión de la sociedad italiana, más complejas y basadas en un conocimiento más acabado de la

36 "El Partido y la Revolución." *L'Ordine Nuovo*, 27 de diciembre de 1919.

37 En el socialismo italiano tenía larga tradición una corriente reformista, representada por Filippo Turati, Leonida Bissolati y Claudio Treves entre otros dirigentes. Esa tendencia era para ese entonces minoritaria, y en el congreso socialista de Livorno, había obtenido mucho menos apoyo que la corriente mayoritaria, "maximalista", encabezada por Serrati y Graziadei. Pero esta última, si bien partidaria de la IIIº Internacional y sostenedora de una perspectiva revolucionaria, se negaba a expulsar a los reformistas, lo que a su vez era una de las "21 condiciones" que el IIº Congreso de la I.C. había impuesto a los partidos que quisieran ser miembros de la misma. Bordiga, Gramsci y otros formaban otra minoría identificada por la adhesión plena a la revolución bolchevique y el acuerdo con la expulsión de los reformistas. Estos últimos se separan del PS y forman su propio partido, el Comunista.

realidad social italiana. Y será al año siguiente, y después del V° Congreso de la I.C., cuando se constituye un Comité Central que, en palabras del propio Gramsci "se ponía completamente en el terreno del leninismo y de la táctica de la Internacional Comunista."[38] La falta de capacidad de analizar cabalmente la situación en sus múltiples determinaciones, la carencia de una caracterización a fondo de la sociedad que se pretende transformar, ocupan un primer lugar en el examen que formula sobre las causas del fracaso. ¿Cómo volver a empezar? Se dirige a los grupos de militantes proponiéndoles la adquisición colectiva del conocimiento como objetivo inmediato: "reunirse, comprar libros, organizar lecciones y conversaciones (...) formarse criterios sólidos de investigación y de examen y criticar el pasado para ser más fuertes en el futuro y vencer".[39] Comienza a asumir abiertamente un posicionamiento opuesto al de la entonces mayoría partidaria, cuando se niega a firmar un manifiesto con el que sí habían acordado Togliatti, Scoccimarro, Terracini, sus compañeros desde la etapa anterior. Su posición es taxativa:

> (...) no estoy ni siquiera de acuerdo con la sustancia del manifiesto. Tengo otra concepción del partido, de su función, de las relaciones que deben establecerse entre él y las masas sin partido, entre él y la población en general.[40]

En sus críticas a la conducción de Bordiga incluye en primer plano una impugnación a la concepción "aparatista" de la organización política:

> El error del partido ha consistido en poner en primer plano y abstractamente el problema de la organización, lo cual, además, ha significado sólo la creación de un aparato de funcionarios ortodoxos para con la concepción oficial. Se creía y se sigue creyendo que la revolución depende sólo de la existencia de un aparato así, y se llega incluso a creer que esa existencia puede determinar la revolución.[41]

Al mismo tiempo, Gramsci percibe la existencia en Europa Occidental de sociedades más complejas, lo que implica un tipo de acción política

---

38 Informe de Gramsci sobre el III° Congreso del Partido Comunista de Italia (celebrado en Lyon) en A. Gramsci, *Escritos Políticos...*, p. 269.

39 "¿Qué hacer?" (Carta publicada en *Lo Stato Operaio*, 18 de octubre de 1923, I, n° 8), en A. Gramsci, *Escritos...*, p.170.

40 "A Mauro Scocimarro" (Carta fechada en Viena, el 5/1/1924). En otra carta de esos mismos días, apunta a justificar su silencio anterior: "Soporté muchas cosas porque la situación del partido y del movimento era tal que cualquier escisión, aunque fuera aparente, en las filas de la mayoría, hubiese sido desastrosa." "A Palmiro Togliatti" (Carta del 27/1/1924) en A. Gramsci, *Escritos...*, p. 186-87.

41 "Carta a Togliatti, Tasca, Terracini y otros" (Viena, 9/2/1924) en A. Gramsci, *Escritos...*, p. 200.

diferente, que se desenvuelve en varios planos y exige tiempos más prolongados:

> La determinación, que en Rusia era directa y lanzaba las masas a la calle, al asalto revolucionario, en Europa central y occidental se complica con todas estas sobrestructuras políticas creadas por el superior desarrollo del capitalismo, hace más lenta y más prudente la acción de las masas y exige, por tanto, al partido revolucionario toda una estrategia y una táctica mucho más complicadas y de más aliento que las que necesitaron los bolcheviques.[42]

Antes de eso, ya en 1923, en una carta, trata de reflexionar sobre la derrota sufrida por el conjunto de las clases trabajadoras italianas, que habían pasado en poco tiempo de la euforia revolucionaria de los "consejos" a la entronización del fascismo. Se pregunta por qué los partidos proletarios fracasaron:

> No conocían el terreno en que hubieran debido dar la batalla (...) en más de treinta años de vida, *el partido socialista no produjo un solo* libro que estudiara la estructura económico-social italiana.[43] Nosotros no conocemos Italia. Peor todavía, no tenemos los instrumentos adecuados para conocer Italia tal como es realmente.[44]

Escribe Gramsci "Cada vez se hace más evidente que es necesario sacar al partido de la posición mantenida en 1921-1922 si se quiere que el movimiento comunista se desarrolle paralelamente a la crisis que sufre la clase dominante".[45]

Las *Tesis de Lyon* constituyen el escrito más importante de entre los que Gramsci produce como dirigente del Partido italiano. Forman parte de una re-lectura acerca de la estructura social y la configuración política de Italia, acompañada de una reivindicación del partido revolucionario como "parte" del proletariado al que éste "debe imprimirle las características y de su propia organización y que el proletariado debe tener asegurada en el partido una función directiva".[46] Rescata ampliamente la experiencia de los consejos de fábrica ya que "sólo una organización implantada en el lugar y en el sistema de la producción permite establecer un contacto entre los estratos superiores y los estratos inferiores de la masa trabajadora.[47] Pero la derrota de los consejos se

42 *Ibídem,* p. 201.

43 "¿Qué hacer?", en A. Gramsci, *Escritos...*, p. 168.

44 *Ibídem*

45 "Informe de Gramsci..., p. 264.

46 *Ibídem*, p. 248.

47 *Ibídem*.

debió en buena parte a las insuficiencias del partido revolucionario, que no pudo ponerse al frente del movimiento. Ninguna organización de las clases subalternas puede suplantar a "la organización política de los revolucionarios".

Se destaca en él, entre otros aspectos, la caracterización del fascismo, mucho más compleja y matizada que las que se impondrían en el conjunto del movimiento comunista. Advierte que, más allá de contar con el apoyo de "los viejos grupos dirigentes", en particular los terratenientes,

> El fascismo encuentra su base en la pequeña burguesía urbana y en una nueva burguesía agraria surgida en ciertas regiones... y el movimiento encabezado por Mussolini adquiere sus rasgos característicos de esa base social y de "unidad ideológica y organizativa" basada en las formaciones militares, las "escuadras" utilizadas como una guerrilla contra los trabajadores. Eso permite que "*las nuevas categorías* que se reagrupan alrededor del fascismo" conquisten el estado "en contraposición a las viejas capas dirigentes" y desarrollen una mentalidad de "capitalismo en ascenso".[48]

Así el fascismo es mucho más que puro reaccionarismo de un capitalismo en declive: es un vasto intento de reorganización de la sociedad, que incluye sectores nuevos. Comenta: "El método fascista de defensa del orden, de la propiedad y del estado es, aun más que el sistema tradicional de los compromisos (...) un factor disgregador de la cohesión social y de sus superestructuras políticas".[49]

Aparece también en el documento la caracterización de la hegemonía que distintos grupos de las clases dominantes ejercen sobre las clases subalternas:

> Cada uno de esos grupos se esfuerza por ejercer una influencia sobre un sector de la población trabajadora para impedir que se extienda la influencia del proletariado, o sobre el mismo proletariado para hacerle perder su personalidad y su autonomía de clase revolucionaria...[50] Cada uno de esos grupos cuentan con el apoyo de una parte de la población trabajadora y una modificación de este estado de cosas sólo puede concebirse como consecuencia de una sistemática y permanente acción política de la vanguardia proletaria organizada en el Partido Comunista.[51]

---

48 "La situación italiana y las tareas del PCI (Tesis de Lyon)" en A. Gramsci, *Escritos Políticos (1917-1933)*, Siglo XXI, 6° edición, 1998, pp. 234-235.

49 *Ibídem*.

50 *Ibídem*, p. 240.

51 *Ibídem*.

Pero a la vez advierte sobre la complejidad del rol directriz del partido:

> No hay que creer que el partido puede dirigir a la clase obrera mediante una imposición autoritaria externa; esto no es válido ni para el período precedente a la conquista del poder ni para el que le sigue (...) la capacidad de dirigir a la clase no está en relación con el hecho de que el partido se 'proclame' órgano revolucionario (...) sino con que 'efectivamente' logre, como una parte de la clase obrera, ligarse con todos los sectores de la clase e imprimir a la masa un movimiento en la dirección deseada y favorecida por las condiciones objetivas. Sólo como consecuencia de su acción entre las masas el partido podrá obtener que lo reconozcan como 'su' partido (conquista de la mayoría).[52]

En un informe posterior al III° Congreso, Gramsci vuelve sobre las peculiaridades de la situación en los países de capitalismo avanzado:

> (...) la observación de que la clase dominante posee en los países de capitalismo avanzado reservas políticas y organizativas que no poseía en Rusia. Ello significa que aun las *crisis económicas gravísimas* no tienen repercusiones inmediatas en el campo político. La política está siempre en retardo, y en gran retardo respecto de la economía. El aparato estatal es mucho más resistente de lo que a menudo suele creerse y logra organizar, en los momentos de crisis, fuerzas fieles al régimen.[53]

Ya sobre el filo de la detención que resultaría definitiva, va a producir su primer intento de estudio no coyuntural, con vocación de libro: el ensayo titulado "Algunos temas sobre la cuestión meridional", que quedaría inconcluso por su encarcelamiento. Allí analiza el sur italiano, esa suerte de "colonia interior" explotada por el bloque del norte hegemonizado por la burguesía industrial, que en su visión podía convertirse tanto en la "tumba del fascismo" como en un firme reducto de la reacción, y ello dependía en gran medida de la acción de las fuerzas obreras y trabajadoras. Es interesante detenerse en cómo plantea allí la necesidad de modificar "la orientación y la ideología del mismo proletariado, que vive en el conjunto de la vida estatal y sufre inconscientemente la influencia de la escuela, de la prensa y de la tradición burguesas".[54] Y sitúa el foco de esta dominación cultural en la mentalidad imperante sobre la propia cuestión meridional en sectores obreros y aun socialistas del norte italiano:

> Es conocida la ideología que en múltiples ramificaciones difunden los propagandistas de la burguesía entre las masas del norte: el Mezzogiorno es el lastre que impide que progrese más rápidamente el desarrollo civil de Italia; los meridionales son seres biológicamente inferiores, semibárbaros

52 *Ibídem*, p. 252.

53 "Un examen de la situación italiana" (agosto de 1926) en *Escritos*..., p. 286.

54 "Algunos temas sobre la cuestión meridional." En *Escritos*..., p. 307.

o bárbaros completos, por destino natural; si el Mezzogiorno está atrasado, la culpa no es del sistema capitalista (...) sino de la naturaleza que ha hecho a los meridionales holgazanes, inservibles, criminales.[55]

Gramsci visualiza cómo la cesura de la sociedad italiana se proyecta en una cuña colocada en el interior de las clases subalternas, que diluyen así su posibilidad de homogeneizarse y unificarse para un proyecto común. Señala incluso que el PS fue el difusor de esa ideología burguesa en el proletariado septentrional. La ideología dominante se disfrazaba de "ciencia proletaria", de la mano de estudiosos positivistas que daban fundamento "antropológico" a la cuestión meridional.[56]

Diputado al Parlamento nacional, secretario general del Partido Comunista, verá suprimido sus fueros en virtud de nuevas "medidas de excepción" adoptadas por el gobierno fascista, dispuesto a suprimir las últimas trazas de parlamentarismo y libertades democráticas. De allí en adelante, sus escritos, tanto apuntes como cartas, serán "de la cárcel".

V. La relación de Gramsci con la Argentina

Nuestro país se constituyó en un temprano escenario de la difusión del pensamiento gramsciano. Las *Cartas de la Cárcel* fueron publicadas, en traducción de Gregorio Bermann, ya en 1950. La traslación de los *Cuadernos* al español y su edición en Argentina la encaró un grupo de intelectuales por entonces pertenecientes al Partido Comunista,[57] que publicaron en *Cuadernos de Cultura* y otras revistas vinculadas al partido algunos de los primeros análisis de inspiración gramsciana en lengua española. El inspirador de la introducción del pensamiento de Gramsci en el campo de visión del Partido Comunista de la Argentina fue Héctor P. Agosti, a la sazón la figura intelectual más importante del partido. Ya

55 *Ibidem*.

56 Italia fue la cuna de diversas ramas de la antropología y la criminología, con Cesare Lombroso, Enrico Ferri y Rafaelle Garofalo como figuras principales. Algunos de estos estudiosos, como Ferri, estaban vinculados al Partido Socialista.

57 La primera traducción y publicación fue *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, traducido por Isidoro Flaumbaum con prólogo de Héctor P. Agosti, en 1958. Luego *Los intelectuales y la organización de la cultura*, traducción de Raúl Sciarreta, en 1960, *Literatura y vida nacional*, traducción de José Aricó, con prólogo de Héctor P. Agosti, en 1961; *Notas sobre Maquiavelo, la política y el estado moderno*, con traducción, prólogo y notas de José Aricó, en 1962. Todos fueron editados por Lautaro, casa editorial vinculada al Partido Comunista. Los dos volúmenes restantes de la edición temática sólo fueron publicados en español a mediados de los años 70, por Granica, *Pasado y Presente*, y la editorial mexicana Juan Pablos, que publicó *Il Risorgimento* por primera vez en español, y *P y P* en otra traducción.

en 1951 Agosti había publicado un ensayo, titulado *Echeverría*, inspirado en las categorías gramscianas, en el que trabajó sobre similitudes históricas entre el proceso italiano (y la mirada gramsciana sobre el mismo) y el argentino.

El resultado es que Argentina fue el primer país, fuera de Italia, en que se tradujo y estudió al dirigente italiano. La experiencia fue clausurada cuando, ya en los primeros años 60, los comunistas "gramscianos" fundaron un órgano de prensa propio, la revista *Pasado y Presente*, bajo el patrocinio de Agosti y la dirección de José Aricó, Oscar del Barco y Héctor Schmucler. La tónica del número inicial no fue aceptada por Rodolfo Ghioldi y otros dirigentes del PC de la Argentina, atados a las coordenadas más rígidas del "marxismo soviético", que reaccionaron con violencia contra el primer número de la nueva publicación.[58] El episodio terminó con la expulsión de ese grupo del partido, y el pensamiento de Gramsci desapareció del horizonte intelectual de los comunistas argentinos por muchos años.[59]

Los integrantes de *Pasado y Presente* pasaron entonces a conformar una más entre las tendencias que configuraron la llamada "nueva izquierda"[60] y prosiguieron su producción intelectual. La revista siguió apareciendo hasta 1965, y luego se reeditó por breve tiempo en los años de auge del movimiento de masas de la década de los 70. Su marxismo combinaba la lectura de Gramsci con la de Guevara, Mao y lo más avanzado de la teoría, marxista y no marxista, de la época.[61] En esos

58 Existió una polémica poco anterior a la aparición de la revista, en torno al pensamiento de Gramsci, provocada por un artículo de Oscar del Barco publicado en *Cuadernos de Cultura*, Nº 59, septiembre-octubre de 1962, "Notas sobre Antonio Gramsci y el problema de la 'objetividad'". El autor contestaba a una nota anterior, de Raúl Olivieri. La discusión fue cerrada unos números después, por un artículo que conminaba a Del Barco al ejercicio de la "autocrítica". Todo el episodio es reconstruido en R. Burgos (investigador argentino radicado en Brasil), *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004, p. 55 y ss.

59 El hecho ocurrió en 1963, y fue seguido por la expulsión de varios grupos de intelectuales y estudiantes universitarios, en Buenos Aires, Córdoba y Rosario. (Cf. José Aricó, *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*. Buenos Aires, Puntosur, 1987, p. 62.) Poco tiempo después, el PC argentino, aferrado a la versión soviética del marxismo y con una dirección empeñada en mantener el "control ideológico" contra viento y marea, fue sufriendo sucesivas escisiones de grupos de intelectuales y jóvenes, como el que editaba la revista *La Rosa Blindada*, y del que formaban parte José Luis Mangieri, Carlos Brocato y Juan Gelman, entre otros. A mediados de los 60 una escisión se llevó buena parte de la estructura juvenil del partido, para formar luego el Partido Comunista Revolucionario. La fuerte gravitación del comunismo argentino en círculos intelectuales quedaría debilitada para siempre.

60 Su corriente fue más bien de intervención político-intelectual, ya que no conformaron un partido, ni se integraron a los ya existentes, salvo la parcial excepción de Juan Carlos Portantiero, que fundó una agrupación, *Vanguardia Proletaria*, de breve existencia.

61 Una pormenorizada información sobre su trayectoria intelectual y política puede encontrarse en R. Burgos, *Los gramscianos argentinos...*

años, ya en el exilio, los miembros del grupo realizaron una vasta labor crítica y editorial que incluyó nuevas ediciones de los escritos de Gramsci, antologías críticas de los mismos, y difusión de algunos de los trabajos que analizaban el pensamiento del italiano. Dicha tarea de edición y crítica mucho más vasta, tendiente a rescatar lo mejor del pensamiento marxista, fue realizada en gran parte a través de los *Cuadernos de Pasado y Presente* y luego de la *Biblioteca del Pensamiento Socialista,* en la Editorial Siglo XXI.

Pero fue en los 80, con el retorno al régimen constitucional, que el pensamiento de Gramsci tomó un auge excepcional en Argentina. Aquellos antiguos editores de *Pasado y Presente* (Aricó, Oscar del Barco, Héctor Schmucler), unidos a otros compañeros de ruta de la primera época o más recientes (Juan C. Portantiero, José C. Chiaramonte, Juan Carlos Torre, Emilio De Ipola, Carlos Altamirano, Beatriz Sarlo, etc.), la mayoría de regreso del exilio, se convirtieron directa o indirectamente en mentores ideológicos de Raúl Alfonsín, primer presidente de la era post-dictatorial, llegando a participar en grupos de asesoramiento al presidente e incluso en la redacción de sus discursos. Y realizaron una fuerte labor cultural, que abarcó la asociación llamada *Club de Cultura Socialista,* y la revista *La ciudad futura* (que desde sus propios nombres reclamaban la prosapia gramsciana), principales centros de debate y difusión de un abordaje de la realidad argentina y mundial del periodo. Ese abordaje se asentaba en una reelaboración de las categorías gramscianas, junto con las de otros pensadores marxistas y no marxistas, en clave básicamente "reformista". El propósito proclamado era la refundación de la sociedad argentina, garantizando la consolidación de la institucionalidad representativa. Toda problemática social se relegaba a un plano secundario. Se buscaba además consolidar una corriente de "izquierda democrática", capaz de pensar el cambio social, e incluso el socialismo, sin romper con las relaciones sociales capitalistas.

El nombre de Gramsci estuvo asociado, en ese período, a lo que peyorativamente se denominó "posibilismo". En esa corriente, el pensamiento de Gramsci jugaba el papel de pasaporte de salida desde la tradición revolucionaria hacia posiciones cada vez menos identificadas con el marxismo, y con cualquier idea efectivamente anticapitalista. Se apoyaba decididamente la "transición democrática", a partir de entender la sangrienta derrota de los 70 como demostración de la necesidad de aceptar la pervivencia del sistema capitalista. Se revalorizaba la democracia parlamentaria como la forma política más apta para promover reformas de sentido "progresista", vistas como único modo viable de transformación social en un sentido positivo. Se esperaba, con ingenuidad poco gramsciana,

que el establecimiento de "reglas de juego" democráticas permitiera contrarrestar el poder del gran capital, acrecentado no ya en términos económicos, sino políticos y culturales a partir de la devastación dictatorial.

La trayectoria política de los ex integrantes de *Pasado y Presente* en estos años no obstó a que siguieran generando análisis del pensamiento gramsciano que continúan siendo imprescindibles hasta hoy; en primer lugar *Los usos de Gramsci*, de Portantiero (reeditado con cambios y agregados en 1999), y varios trabajos de Aricó.[62]

Hoy cabe, creemos, la posibilidad de retomar activamente la lectura de Gramsci desde la reafirmación de un compromiso político de objetivos revolucionarios. En los años de la dictadura se sufrió la decapitación de la dirigencia de las clases subalternas por el asesinato, el exilio y la deserción. El proceso de desorganización y desmovilización se completó, ya en condiciones democráticas, por vía del transformismo, de la transferencia de dirigentes al otro bando como parte de una trayectoria político-intelectual que llevó al abandono de objetivos políticos de izquierda radical a muchos de ellos. Puede afirmarse que hubo un "desarme" intelectual y político de las clases subalternas, que perdieron gran parte de lo acumulado por las manifestaciones de "nueva izquierda" en los años 60-70.[63]

Sería necesario desarrollar un renovado itinerario para el pensamiento gramsciano en nuestro país, que recupere la dimensión revolucionaria de sus aportes, una de las bases irrecusables a la hora de construir un marxismo "abierto", superador de cualquier pretensión de "ortodoxia". Las clases subalternas han sufrido ya por un cuarto de siglo largo las consecuencias de la recomposición del capitalismo, con algunas características de

62 Aricó no escribió nunca un trabajo sistemático en torno a Gramsci, pero fue el mejor conocedor de su obra en Argentina. Sí dedicó un libro a la trayectoria del pensamiento gramsciano en estos países, llamado *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*, Buenos Aires, Puntosur, 1988. Su obra teórica más importante fue *Marx y América Latina*, Lima, CEDEP, 1980. Para un juicio crítico sobre la impronta gramsciana de Aricó, puede verse el artículo de Toni Infranca, "La cola del diablo: El marxismo de Aricó y su interpretación de Gramsci", en *Periferias*, Revista de Ciencias Sociales, N° 11, Buenos Aires, Segundo Semestre 2003.

63 A diferencia de otros países como Uruguay y Brasil, las organizaciones que participaron en las experiencias de lucha armada, en las corrientes sindicales clasistas, y en las experiencias político-intelecuales de izquierda radical quedaron desarticuladas al tiempo del retorno a la institucionalidad. Los intelectuales supérstites que siguieron reivindicando esas experiencias quedaron dispersos o marginados en gran proporción. La presencia pública de la izquierda quedó en manos de organizaciones que habían experimentado en escasa medida el influjo de corrientes renovadoras, cuando no lo habían rechazado abiertamente. El resultado fue un retraso político-cultural cuyas consecuencias se siguen experimentando aún hoy.

"revolución pasiva"[64] y predominio de elementos regresivos. Entre los clásicos, nadie como Gramsci enseñó a elucidar la estrategia de la clase dominante, los procesos de cambio producidos desde arriba, expresados, entre muchos otros elementos, en la aplicación del concepto de "hegemonía" a la capacidad de dirección de la clase dominante, y la construcción de la categoría "revolución pasiva" para designar la introducción de reformas con un sentido global de "restauración".

Se trata de reinstaurar la posibilidad de la iniciativa popular como forma de cambio político, de contrarrestar el disciplinamiento ejercido por el poder económico con una revitalización de la acción política "desde abajo". Nos encontramos en Argentina frente a un poder que no se ha tomado el trabajo (no ha sentido la necesidad) de cumplir un papel integrador, de ceder algo en la imposición de sus intereses para incorporar otros grupos sociales que pudieran ser aliados o auxiliares, y ataca sin cesar las condiciones de vida de las clases subalternas. Sólo la seducción del consumo (real o simbólico), la adhesión subordinada al universo de los "ganadores" (el Primer Mundo), cierta resignación y sentimiento de inevitabilidad, incitan a la adaptación al orden existente.

La pregunta sobre cuál es el papel de los que se desempeñan en el quehacer intelectual, sigue entre tanto vigente. Se ha asumido mayoritariamente cierto "pacifismo" intelectual que se resiste a llamar las cosas por su nombre y a confrontar seriamente contra la desigualdad, la explotación y la alienación. "Intelectual" se convirtió casi en sinónimo de ex-militante, de alguien que abandona las ideas de "compromiso" o de vinculación orgánica con las masas populares como nociones superadas, que habrían quedado en el pasado. La vida académica, la intervención prestigiada en los principales medios de comunicación, el rol de "animador" en espacios auspiciados por prósperas "industrias culturales", eventualmente la función pública, son destinos mucho más preciados que la militancia activa.

Gramsci asociaba la "revolución pasiva" con la absorción por parte del bloque en el poder de los intelectuales de las clases subalternas, asimilándolos al propio proyecto y privando de dirigentes y cuadros a

64 "Revolución pasiva" es una denominación que tomó del historiador napolitano Vincenzo Cuocco, quien la aplicaba a los cambios políticos de Italia bajo el dominio napoleónico "Vincenzo Cuocco llamó revolución pasiva a la que tuvo lugar en Italia como contragolpe a las guerras napoleónicas. El concepto de revolución pasiva me parece exacto no sólo para Italia, sino también para los demás países que modernizaron el Estado a través de una serie de reformas o de guerras nacionales, sin pasar por la revolución política de tipo radical-jacobino." (*Cuadernos*, II, pp. 216-217).

cualquier proyecto alternativo. Exactamente eso ha sucedido en nuestro país, y en una escala arrasadora. La situación se complica porque el proyecto alternativo ha dejado de estar claro, y eso no por responsabilidad de los intelectuales sino por el desenvolvimiento de las fuerzas históricas, por el deterioro general de la perspectiva socialista. Se trata de reemprender el camino, rechazando la ilusión del intelectual "puro" movido sólo por la "sed de conocimiento" o por el afán de reflexión. El que no se involucra, al menos no con un rol activo en la transformación de una realidad que sabe injusta.

Esta es tarea de una nueva generación que no vivió la derrota y la "noche" dictatorial y tampoco alcanzó a deslumbrarse con la "transición democrática" y sus bondades reales o supuestas, y hoy se inicia en la vida política e intelectual. Generación que debe "armarse" en condiciones difíciles, sin demasiados enlaces con la anterior.[65] A ellos pertenece la rica herencia de la tradición gramsciana en la Argentina.

Un legado que se liga, a la vez, con la mejor trayectoria del marxismo latinoamericano, la que supo enfrentar, a su hora, las tendencias eurocéntricas y "etapistas", para tomar el legado de los clásicos en aras de explorar con nuevos ojos una realidad casi desconocida para ellos. Como Mariátegui, en discusión con los "axiomas" imperantes en la III° Internacional; o el "Che" Guevara señalando las limitaciones insalvables de la concepción "cientificista" y "productivista" del socialismo. Ellos se acercan idealmente a Gramsci, empeñado, desde una celda, en reabrir los horizontes intelectuales y políticos de un marxismo en proceso de "vulgarización".

---

65 El propio Gramsci hace referencia a estos problemas de "desfasaje" generacional: "En el sucederse de las generaciones (y en cuanto toda generación expresa la mentalidad de una época histórica) puede ocurrir que haya una generación vieja de ideas anticuadas y una generación joven de ideas infantiles, o sea que falte el anillo histórico intermedio, la generación que hubiera podido educar a los jóvenes (...) Este anillo intermedio no falta nunca del todo pero puede ser muy débil "cuantitativamente" y, por consiguiente, estar materialmente imposibilitado para cumplir su objetivo (...) En los grupos subalternos el fenómeno se verifica más a menudo y de modo mucho más grave, por la dificultad propia del hecho de ser "subalterno" de una continuidad orgánica de los sectores intelectuales dirigentes y por el hecho de que para los pocos elementos que puedan estar a la altura de la época histórica es difícil organizar lo que los americanos llaman *trust* de cerebros." *Cuadernos*, V, p. 238.

Algunas categorías del pensamiento gramsciano

Americanismo y fordismo

En una de las charlas que dictaba en prisión para sus compañeros de cárcel y militancia, de acuerdo al testimonio de un preso comunista, Gramsci habría comenzado diciendo: "Compañeros, hoy hablaremos de americanismo y fordismo. Tengan en cuenta que después del advenimiento del americanismo, todo ha cambiado. De allí debemos partir si queremos hacer no como en Rusia, sino como es necesario para construir el socialismo en Occidente".[1] Esta frase es un indicio de la importancia capital que asignaba el italiano a la floración de un nuevo modo de organizar la producción, y el capitalismo en su conjunto, al que asocia con los términos "americanismo" y "fordismo".

Gramsci sigue con atención la configuración en los Estados Unidos (y su incipiente proyección sobre Europa) de un modo de organización de la producción que constituye a la vez todo un modelo de construcción de control y "autoridad" sobre los trabajadores industriales por parte de las patronales. Estas, de alguna manera, "construyen" un nuevo tipo de trabajador, a través de la modificación tanto de las condiciones sociales como de los hábitos individuales, lo que

> (...) no puede suceder únicamente con la "coerción", sino sólo con una combinación de coerción (autodisciplina) y de persuación, también bajo la forma de altos salarios, o sea de posibilidades de mejor modo de vida, o quizá, más exactamente, de posibilidades de realizar el nivel de vida adecuado a los nuevos modos de producción y de trabajo, que exigen un particular dispendio de energías musculares y nerviosas.[2]

El patrón necesita retener en la fábrica y disciplinar al trabajador, y la mejora salarial y de condiciones de vida constituye un basamento

1 El compañero de cárcel se llama Ercole Piacentini, y su relato, al parecer oral, es mencionado por G. Baratta en el artículo "Americanismo e Fordismo", incluido en Fabio Frosini e Guido Liguori, *Le parole di Gramsci. Per un lessico dei Quaderni del carcere*, Roma, Carocci, 2004.

2 *Cuadernos*, VI, p. 89.

adecuado para ganarse el "consenso" del trabajador. Ya el empleador no se plantea pagar el menor salario posible, sino elevarlo al nivel que le garantice la permanencia y el empeño laboral del trabajador. En la fábrica de tipo "fordista" el patrón controla al trabajador, momento a momento, durante toda la jornada de trabajo. Y extiende ese control a la "moral" del trabajador, premiando mediante diferenciales salariales su "buen comportamiento", avanzando incluso sobre su vida privada y tratando de "regimentar" hasta el comportamiento sexual.[3] Ese proceso de organización tiene repercusiones sobre el conjunto de la organización social, y en vinculación con otros factores, da lugar a una formación cultural que en la época se denominaba "americanismo".

Gramsci destaca que Norteamérica tiene una estructura social diferente a la europea, sin estratos sociales "parásitos". Estos constituyen supervivencias de modos de organización social anteriores, que en mayor o menor medida están presentes en Europa, y no en la Unión, nacida como sociedad capitalista desde la época colonial, y volcada desde el comienzo a una cultura donde el trabajo productivo y el comercio ocuparon un lugar central, y estuvieron apoyados por los valores éticos emanados del puritanismo religioso.

La sociedad norteamericana presenta una "racionalización" de la población, que en Europa requeriría toda una batalla histórica.Y eso facilita el desarrollo acelerado de un tipo de organización social más moderno, y la construcción de un tipo distinto de "dirección intelectual y moral", que se origina en el mismo plano "estructural", más precisamente en la propia planta fabril.

En realidad, el americanismo, en su forma más lograda, exige esa "racionalización" de la población para imponer su dominio:

> Esta "racionalización" preliminar de las condiciones generales de la población, ya existente o facilitada por la historia, ha permitido racionalizar la producción, combinando la fuerza (destrucción del sindicalismo) con la persuasión (salarios altos y otros beneficios); para colocar toda la vida del país sobre la base de la industria. La hegemonía nace de la fábrica y no tiene necesidad de tantos intermediarios políti-

3 "Hay que señalar cómo los industriales (especialmente Ford) se han interesado en las relaciones sexuales de sus empleados y en general en la organización global de sus familias (...) la verdad es que no puede desarrollarse el nuevo tipo de hombre exigido por la racionalización de la producción y del trabajo, mientras el instinto sexual no haya sido regulado consecuentemente, no haya sido también él racionalizado." (*Cuadernos*, VI, p. 70). En el parágrafo 4 del cuaderno 22, íntegramente dedicado a "americanismo y fordismo", dedica varias referencias a la importancia de la "cuestión sexual" (Ver *Cuadernos*, VI, pp. 68 y ss.).

cos e ideológicos. Las "masas" de Romier son la expresión de este nuevo tipo de sociedad, en donde la "estructura" domina más inmediatamente las superestructuras y éstas son racionalizadas (simplificadas y disminuidas en número).[4]

Homogeneización y simplificación resultan *así* la "palabra de orden" del modelo americano, constituyendo pautas extendidas a los productos que se libran al mercado (bienes *estandarizados* de consumo masivo), al proceso de producción (cinta de producción y otros mecanismos de aceleración del trabajo en el marco de la instauración de la "subsunción real")[5] e incluso a los comportamientos privados e individuales. En el fordismo, la "hegemonía nace en la fábrica", donde la organización del proceso productivo ya lleva contenida una carga ideológica de alta eficacia:

> Como existían estas condiciones preliminares, ya racionalizadas por el desarrollo histórico, ha sido relativamente fácil racionalizar la producción y el trabajo, combinando hábilmente la fuerza (destrucción del sindicalismo obrero de base territorial) con la persuasión (altos salarios, beneficios sociales diversos, propaganda ideológica y política habilísima) y consiguiendo basar toda la vida del país sobre la producción. La hegemonía nace de la fábrica y no tiene necesidad de ejercerse más que por una cantidad mínima de intermediarios *profesionales* de la política y de la ideología.[6]

Y desde la fábrica se extiende a mecanismos de control sobre el *conjunto de la vida del trabajador*. Esto marca el avance a un nuevo estadio en el dominio por parte del capitalista erigido en *mentor moral* y social de sus empleados.

Con todo, Gramsci considera al "americanismo" como un fenómeno históricamente progresivo[7], contra el cual se alzan voces críticas que no reflejan otra cosa que la reacción de sectores de la clase dominante que quedan retrasados frente a su avance. Por el contrario, son las clases trabajadoras que lo padecen las que podrán superarlo realmente:

> Lo que hoy se llama "americanismo" es en gran parte la crítica preventiva de los viejos estratos que precisamente serán aniquilados por el posible nuevo orden (...) es un intento de reacción inconsciente de quien es impotente para reconstruir y recalca los aspectos negativos de la transformación. No es de los grupos sociales "condenados" por

4 *Cuadernos*, I, p. 136. El "Romier" que se menciona es Lucien Romier, en referencia a su libro *Qui sera le Maitre, Europe ou Amérique?*, Paris, 1927.

5 Tomamos el término "subsunción real" como lo utiliza Marx en *El Capital, Libro I, Capítulo VI (inédito)*, Siglo XXI, México, 1985.

6 *Cuadernos*, VI, p. 66.

7 Cf. B. Baratta, "Americanismo e....", p. 33.

el nuevo orden que se puede esperar la reconstrucción, sino de aquellos que están creando, por imposición y con sus propios sufrimientos, las bases materiales de este nuevo orden: ellos deben encontrar el sistema de vida "original" y no de marca americana, para convertir en "libertad" lo que hoy es "necesidad".[8]

Al día de hoy, asistimos a la desintegración de la modalidad "fordista", y quedan abiertos interrogantes sobre sus efectos en la conciencia de unas clases subalternas que experimentan nuevamente la "reorganización" profunda del sistema de explotación por parte de los capitalistas.

Análisis de las situaciones: relaciones de fuerza

Los pasajes que despliegan este tema están sin duda entre los más conocidos de todos los *Cuadernos*.[9] Y su justa fama se debe a que allí sintetiza los puntos básicos de su concepción de la sociedad y la política, de la articulación base-superestructura, aplicadas al "examen concreto de una situación concreta" puesto en función transformadora, revolucionaria, tal como el autor lo advierte sobre el fin del parágrafo:

> (...) la observación más importante (...) es ésta: que tales análisis no pueden y no deben ser fines en sí mismos (a menos que no se escriba un capítulo de historia del pasado) sino que adquieren un significado sólo si sirven para justificar una actividad práctica, una iniciativa de voluntad. Éstos muestran cuáles son los puntos de menor resistencia, dónde la fuerza de la voluntad puede ser aplicada más fructuosamente, sugieren las operaciones tácticas inmediatas, indican cómo se puede organizar mejor una campaña de agitación política, qué lenguaje será mejor comprendido por las multitudes, etcétera.[10]

Hay que prestar atención al título de todo el pasaje, el que aparece sólo en su redacción definitiva. El examen de una situación dada es puesto en equivalencia con la comprensión de una pluralidad de "relaciones" entre fuerzas que tienen direcciones y sentidos contradictorios entre sí.

Gramsci pone todo el examen de las relaciones entre estructura y superestructura bajo la inspiración del doble "canon" que traza Marx en

8 *Cuadernos*, VI, p. 94.

9 La redacción definitiva se encuentra en el parágrafo 17 del Cuaderno 13 (XXX), que se titula justamente "Análisis de las situaciones: Relaciones de fuerza". Reelabora básicamente una parte del parágrafo 38 del Cuaderno 4, titulado "Relaciones entre estructura y superestructuras" en el que se encuentran ya todos los desarrollos fundamentales, y adosa un breve comentario, tomado del parágrafo 163 del Cuaderno 8.

10 *Cuadernos*, V, p. 40.

el Prólogo de la *Contribución a la Crítica de la Economía Política*,[11] a partir del cual persigue el "desarrollo de toda una serie de otros principios de metodología histórica".

Gramsci parte de la distinción, en el estudio de una estructura, entre los movimientos orgánicos (relativamente permanentes) y los movimientos que se pueden llamar de coyuntura (que se presentan como ocasionales, inmediatos, casi accidentales). Son los "fenómenos orgánicos" los que dan lugar a la "crítica histórico-social" que afecta a las "grandes agrupaciones". Cuando no se percibe la justa relación entre lo orgánico y lo ocasional, se cae o en el "economicismo", que toma en cuenta sólo las causas mediatas, juzgándolas inmediatas, o en el "voluntarismo", en el que ocurre precisamente lo contrario.[12]

El núcleo del análisis lo ocupan los diversos "momentos" o grados que hay que distinguir en el análisis de una relación de fuerzas, para proceder a una exposición circunstanciada y eficaz de las mismas:

El primer "grado" es el más puramente estructural, que abarca los factores más "duros" en el sentido de que son susceptibles de medición cuantitativa y no pueden ser modificados por la voluntad de los hombres.[13]

Luego viene el "momento" de la relación de fuerzas políticas "o sea la evaluación del grado de homogeneidad, de autoconciencia y de organización alcanzado por los diversos grupos sociales." Este es el plano que más detenidamente revisa y lo subdivide en tres niveles de "conciencia política colectiva": el económico-corporativo, en el que la capacidad de autoconciencia y organización no va más allá de la misma rama u ocupación, otro todavía económico, pero en el que la solidaridad de intereses ya llega al nivel de la clase o grupo social completo, y por último, la "fase má estrictamente política" en la que "se alcanza la conciencia de que los propios intereses corporativos, en su desarrollo actual y futuro, superan el círculo corporativo, de grupo meramente económico, y pueden y deben convertirse en intereses de otros grupos

11 Cabe reproducir la traducción que hace del correspondiente pasaje de Marx: "Ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella, y jamás aparecen nuevas y más altas relaciones de producción antes de que las condiciones materiales para su existencia hayan madurado en el seno de la propia sociedad antigua. Por eso, la humanidad se propone siempre únicamente los objetivos que pude alcanzar: pues bien miradas las cosas, vemos siempre que estos objetivos sólo brotan cuando ya se dan o, por lo menos, se están gestando, las condiciones materiales para su realización." *Cuadernos*, V, p. 32.

12 *Cuadernos*, V, p. 33.

13 *Cuadernos*, V, p. 36.

subordinados."[14] Aparece allí la posibilidad de la construcción hegemónica de un grupo social sobre otros, a los que logra subordinar creando mediante el control del Estado las condiciones de máxima expansión de la clase y presentando su desarrollo como una "expansión universal".[15]

El tercero y último "momento" es el de la relación de las fuerzas militares "inmediatamente decisivo en cada ocasión".[16] Da así un lugar de preeminencia al plano militar, pero comprendiéndolo en el amplio plano de lo político-militar, en el que juegan un rol decisivo no ya la potencia de fuego y el abastecimiento de las respectivas tropas, sino el nivel de unidad o dispersión de las fuerzas, la moral de combate, la cohesión interna... Incluso plantea la posibilidad de que acciones políticas tengan un reflejo "militar" de parte de fuerzas sociales que no cuentan con contingentes armados.[17]

A continuación, introduce la relación entre "crisis históricas fundamentales" y "crisis económicas" y, apoyándose en los párrafos precedentes, afirma: "Se puede excluir que, por sí mismas, las crisis económicas inmediatas produzcan efectos fundamentales; sólo pueden crear un terreno más favorable a la difusión de ciertos modos de pensar, de plantear y resolver las cuestiones que implican todo el desarrollo ulterior de la vida estatal."[18] No hay determinación inmediata entre la agudización de problemas económicos y el estallido de una crisis de largo alcance, y sólo el tener en cuenta de modo equilibrado y metódico los tres "momentos", puede esclarecer la perspectiva de desarrollo de las "relaciones de fuerzas".

Autonomía (o primacía) de lo político

Gramsci ataca la pretensión de explicar cada fluctuación de la política y de la ideología como una expresión inmediata de la estructura. Considera que debe ser combatida teóricamente como un infantilismo primitivo o, en el terreno práctico, con el testimonio auténtico de Marx.[19]

La tendencia general en Gramsci, tal como lo demuestra esta definición, es claramente antideterminista y antieconomicista. No se trata para él de adoptar "posiciones correctas" frente a las variaciones de las

14 *Ibídem.*

15 *Cuadernos*, V, p. 37.

16 *Ibídem*

17 *Cuadernos*, V, p. 38.

18 *Cuadernos*, V, p. 39

19 *Cuadernos*, III, p. 161

"condiciones objetivas" sino de tomar la iniciativa política, de darle la "primacía" a ese plano de la *praxis* humana. Para Gramsci el economicismo es manifestación de un grupo todavía subalterno que aún no ha adquirido conciencia de su fuerza, de sus posibilidades y modos de desarrollo y, por esto, no sabe salir de la fase de "primitivismo", de conciencia económico-corporativa. En tanto se mantengan las concepciones de este tipo

> (...) se refiere a un agrupamiento subalterno, al cual se impide con esta teoría llegar nunca a ser dominante, salir de la fase económico-corporativa para elevarse a la fase de la hegemonía político-intelectual en la sociedad civil y volverse dominante en el Estado.[20]

Otro planteo interesante que hace al respecto es el de vincular estrechamente el "economicismo" con las posiciones "ultraizquierdistas", en un modo en que se articula paradójicamente el determinismo y el voluntarismo:

> Que la aversión de principio a los compromisos está estrechamente vinculada al economismo está claro, en cuanto que la concepción en que se funda esta aversión no puede ser sino la convicción férrea de que existen para el desarrollo histórico leyes objetivas del mismo carácter de las leyes naturales (...) las condiciones favorables deberán fatalmente darse. (...) Junto a estas convicciones fatalistas está sin embargo la tendencia a confiarse "a continuación" ciegamente y sin ningún criterio a la virtud reguladora de las armas, lo que sin embargo no carece totalmente de lógica y coherencia, porque se piensa que la intervención de la voluntad es útil para la destrucción no para la reconstrucción.[21]

Así, voluntarismo y economicismo, concepciones que discursivamente suelen aparecer como opuestas ("dejar actuar al proceso histórico", "la acción humana todo lo puede"), se muestran como una suerte de "hermanos gemelos" que pueden conducir uno al otro con relativa facilidad.

En la concepción de Gramsci, las clases no "instrumentan" al Estado desde afuera, sino que se unifican y constituyen en él:

> La unidad histórica de las clases dirigentes ocurre en el Estado, y la historia de aquéllas es esencialmente la historia de los Estados y de los grupos de Estados. (...) la unidad histórica fundamental, por su concreción, es el resultado de las relaciones orgánicas entre Estado o sociedad política y "sociedad civil".[22]

20 *Cuadernos*, III, p. 172.

21 *Cuadernos*, V, p. 59.

22 *Cuadernos*, VI, p. 182.

Generan en ese espacio la verdadera racionalidad política de clase al comprender y "unificar" sus intereses en un plano estratégico, superador del económico-corporativo, capaz de "expandir" la concepción del mundo correspondiente hacia otros sectores sociales. Trascienden así el nivel de la defensa de intereses económicos inmediatos, para ingresar al plano estratégico, de los intereses de largo plazo del conjunto de la clase.

Bloque histórico

Esta categoría está ligada a la forma de encarar la relación base-superestructura no en un modo lineal, sino como compleja, mediada, contradictoria. Estructura y superestructura componen un "bloque histórico", una suerte de unidad entre la naturaleza y el espíritu, unidad de los contrarios y de los distintos.[23]

La denominación "bloque histórico" marca uno de los campos de influencia del pensador francés Georges Sorel sobre Gramsci, si bien éste último precisa una definición que en su predecesor francés se encontraba bastante difusa.[24] Articula contenido y forma: "(...) contenido económico-social y forma ético-política se identifican concretamente en la reconstrucción de los diversos períodos históricos".[25] Apunta a destacar el vínculo inescindible entre "base" y "superestructura", señalando que las fuerzas materiales no serían concebibles sin "forma" y las ideologías serían "caprichos individuales" sin las fuerzas materiales.[26]

La de "bloque histórico" es una noción que ha dado lugar a muchos equívocos, pese a que hay acuerdo en considerarla de fundamental importancia para la comprensión de todo el pensamiento gramsciano sobre el rol de los intelectuales y su relación con las masas populares:

> Si la relación entre los intelectuales y el pueblo-nación, entre dirigentes y dirigidos, entre gobernantes y gobernados, es dada por una adhesión orgánica, en la que el sentimiento-pasión, se convierte en comprensión y por lo tanto, en saber (...) sólo entonces la relación es

23 *Cuadernos*, III, p. 248.

24 "El concepto del valor concreto (histórico) de las superestructuras en la filosofía de la praxis debe ser profundizado aproximándolo al concepto soreliano de "bloque histórico". Si los hombres adquieren conciencia de su posición social y de sus obligaciones en el terreno de las superestructuras, esto significa que entre estructura y superestructura existe un vínculo necesario y vital." *Cuadernos*, IV, p. 202.

25 *Cuadernos*, IV, p. 137.

26 *Cuadernos*, III, p. 160.

de representación y se produce el intercambio de elementos individuales entre gobernados y gobernantes, entre dirigidos y dirigentes; o sea que se realiza la vida de conjunto, que es la única fuerza social, se crea el bloque histórico.[27]

Aquí aparece la configuración del bloque histórico a partir de la identificación, racional y emotiva, entre intelectuales y pueblo, con el consiguiente quiebre de la distinción entre intelectuales y "simples", del privilegio del trabajo intelectual sobre el manual. Gramsci señala la importancia de la conformación de una voluntad *nacional-popular*, nacida de la expansión de una visión del mundo a las masas en su conjunto. El *bloque histórico* sería una suerte de unidad de la totalidad social, que parte desde la base hasta las diversas expresiones de la superestructura.

Incluso Gramsci aplica el término a la concepción del hombre: "El hombre debe concebirse como un bloque histórico de elementos puramente individuales y subjetivos y de elementos de masas y objetivos o materiales con los cuales el individuo se halla en relación activa".[28] El ser humano, entendido como ser social y como "colectivo", no como individuo, aparece en una relación vital y necesaria con la "estructura".

"Los hombres y las clases toman conciencia de su situación en el terreno de la ideología", es una aserción de Marx invocada una y otra vez por Gramsci. Es condición para ello generar una visión propia del mundo, lo que se logra al producir intelectuales orgánicos y alcanzar una visión ético-política propia de la clase, que exceda la percepción meramente económica de los intereses clasistas. Ello le permite conferir universalidad a sus intereses "estratégicos", que tienden a expandirse hacia otros grupos sociales, dando lugar así a la capacidad "dirigente" de la clase que se sitúa en condiciones de constituirse en "hegemónica". La toma de conciencia es así un proceso autónomo, que se genera al interior del desarrollo histórico de un grupo social.

No existe una conciencia *espontánea*, derivada linealmente de la posición en el proceso de producción y adquirida de modo automático en la experiencia social, ni tampoco su contrario, una conciencia *preconstituida* que se pueda transmitir y aprender como un *evangelio*, impulsado desde "fuera" de la clase.

Las clases subalternas llegan a las fases superiores de su desarrollo en tanto que consiguen autonomía frente a las clases dominantes y

27 *Cuadernos*, IV, p. 347.

28 *Cuadernos*, IV, p. 215.

obtienen la adhesión de otros grupos políticos aliados. Esa adhesión se alcanza en la medida en que desarrollan una *contrahegemonía* que cuestiona la visión del mundo, los modos de vivir y de pensar que las clases dominantes han logrado expandir entre vastos sectores sociales. Se desarrolla así el espíritu de *distinción* y *escisión* existente en toda sociedad, para convertirlo en crítica activa del *conformismo* imperante. Gramsci valora el objetivo comunista de la transformación contrahegemónica:

> (...) la filosofía de la praxis no tiende a mantener a los "simples" en su filosofía primitiva del sentido común, sino por el contrario a conducirlos a una concepción superior de la vida. Si afirma la exigencia del contacto entre intelectuales y simples no es para limitar la actividad científica y para mantener una unidad al bajo nivel de las masas, sino precisamente para construir un bloque intelectual-moral que haga políticamente posible un progreso intelectual de masas y no sólo de escasos grupos intelectuales.[29]

La nota distintiva es así el quiebre de las jerarquías sociales, de las relaciones cristalizadas de mando y obediencia, de la división entre ciudad y campo, entre *intelectuales* y *simples* y entre estado y sociedad civil. Se apunta a la subsunción en la futura *sociedad regulada*, superación definitiva del *Estado-clase* en el plano político.

Reforma económica y reforma intelectual y moral, cambio de poder político y construcción hegemónica, parecen convertirse así en pares en vinculación compleja, pero que no pueden realizarse uno sin el otro. Gramsci trabaja siempre la distinción entre lo *culto* y lo *popular*, para plantear la necesidad de dar la lucha en el terreno del lenguaje y la cultura del pueblo, para convertir el *sentido común* (conservador por definición) en *buen sentido* (cuestionador y potencialmente transformador). Propugna a estos fines un nuevo tipo de intelectual, distinto a los tradicionales, más ligado a funciones efectivas de dirección, incluso en la esfera económica.

> El modo de ser del nuevo intelectual (...) ya no puede consistir en la elocuencia (...) sino en su participación activa en la vida práctica, como constructor, organizador, (...) a partir de la técnica-trabajo llega a la técnica-ciencia y a la concepción humanista histórica, sin la cual se permanece como "especialista" y no se llega a ser dirigente (especialista más político).[30]

29 *Cuadernos*, IV, p. 252.

30 *Cuadernos*, IV, p. 382.

Le da importancia aquí al paso del intelectual tradicional (clérigo, abogado, profesor, etc.) al trabajador intelectual, vinculado más cercanamente a la producción; pero a su vez marca la necesidad de alcanzar una visión de conjunto de la sociedad y la historia que, aunada a la voluntad sostenida de intervención política, podía transformar al especialista en dirigente.

El italiano habla de determinadas necesidades para cada movimiento cultural que procura sustituir al sentido común en dirección a la elevación de la conciencia colectiva:

> (...) trabajar sin cesar para elevar intelectualmente a estratos populares cada vez más vastos, lo que significa trabajar para crear *elites* de intelectuales de un tipo nuevo, que surjan directamente de la masa aunque permaneciendo en contacto con ella, para convertirse en el "armazón" del busto.[31]

Esta necesidad, cuando es satisfecha, es la que modifica realmente el *panorama ideológico de una época.* Es interesante ver cómo plantea la situación del intelectual en la relación entre sus convicciones teóricas y la realidad en la que le toca actuar:

> (...) la realidad es rica en las construcciones más raras y es el teórico quien debe, en esta rareza, encontrar la prueba de su teoría, "traducir" en lenguaje teórico los elementos de la vida histórica y no, viceversa, presentar la realidad según el esquema abstracto (...) esta concepción no es más que una expresión de pasividad.[32]

Se destaca aquí el carácter de la concepción gramsciana sobre la necesaria aptitud para *traducir* la realidad a términos teóricos, pues ambos planos, el de la intelección y el real, tienen códigos diferentes. De lo contrario, la realidad va siempre al "lecho de Procusto" en el que su percepción se "adapta" a fin de dar por "comprobada" la teoría. Toda la obra de Gramsci puede ser entendida también como *traducción* del comunismo a Occidente y a Italia en particular. Y esa tarea de "traducción" se liga también a la dialéctica entre el *saber* y el *comprender-sentir* y la imposibilidad de construir verdadero conocimiento sin pasión:

> El elemento popular "siente" pero no siempre comprende o sabe. El elemento intelectual "sabe" pero no siempre comprende y especialmente "siente". Por lo tanto, los dos extremos son, la pedantería y el filisteísmo por una parte, y la pasión ciega y el sectarismo por la otra.

---

31 *Cuadernos*, II, p. 258. La metáfora del "armazón del busto" (otras versiones traducen "ballenas de corsé") pretende denotar al elemento articulador, que no está a la vista, pero da sustento y firmeza al conjunto.

32 *Pasado y Presente*. Granica, 1975. p. 79.

> (...) El error del intelectual consiste en creer que se pueda *saber* sin comprender y, especialmente, sin sentir y ser apasionado, (...) o sea, que el intelectual pueda ser tal (y no un puro pedante) si es distinto y separado del pueblo-nación.[33]

En el pensamiento gramsciano, la creación de un "nuevo bloque histórico" no puede subsumirse en una política de alianzas, sino que entraña la construcción de una nueva "totalidad" social, en la que se revolucionen las fuerzas materiales y las superestructuras. Los intelectuales ocuparán papel de "soldadura" de ese nuevo bloque, cuya configuración marca el inicio de un nuevo período histórico.

Burocracia. Centralismo democrático y burocrático

Quizás lo más aproximado que ofrece Gramsci a una definición taxativa de la burocracia es cuando la caracteriza como "(...) la cristalización del personal dirigente que ejerce el poder coercitivo y que en cierto punto se convierte en casta."[34] En otros pasajes, alude más bien a lo imprescindible de la formación de una burocracia para el gobierno estatal, entendida como el conjunto de "funcionarios de carrera" que conforman un personal técnicamente adiestrado para el trabajo administrativo tanto civil como militar.

> (...) si bien es verdad que cada nueva forma social y estatal ha tenido necesidad de un nuevo tipo de funcionario, también es verdad que los nuevos grupos dirigentes no han podido nunca prescindir, al menos por cierto tiempo, de la tradición y de los intereses constituidos, o sea de las formaciones de funcionarios ya existentes y preconstituidas en el momento de su advenimiento.[35]

Pero será una construcción social que avance hacia los rasgos básicos de la "sociedad regulada" la que podrá dar nuevas respuestas, que limiten el poder y la influencia de los estratos burocráticos, formados por "administradores" o "técnicos" no electos:

> La unidad del trabajo manual e intelectual y un vínculo más estrecho entre el poder legislativo y el ejecutivo (por el que los funcionarios electos, además de interesarse en el control, se encarguen también de la ejecución de los asuntos del Estado) pueden ser *motivos de inspiración* tanto para una orientación nueva en la solución del problema de los intelectuales como para el de los funcionarios.[36]

---

33 *Cuadernos*, IV, p. 346.

34 *Cuadernos*, III, p. 67.

35 *Cuadernos*, V, p. 76.

36 *Ibidem*. Ya en un escrito de 1919 incluye la superación de la burocracia dentro de su caracterización del estado proletario: "El tipo de Estado proletario no es la falsa democra-

Hablando del estado italiano, señala las tendencias "autonómicas" de esos estratos: "(...) la burocracia se enajenaba del país, y a través de las posiciones administrativas, se convertía en un verdadero partido político, el peor de todos, porque la jerarquía burocrática sustituía a la jerarquía intelectual y política: la burocracia se convertía precisamente en el partido estatal-bonapartista".[37]

Y a partir del desarrollo de esas tendencias, se refiere al "centralismo burocrático" en el estado, una concentración fáctica de poder a favor de un grupo dirigente que tiende a estrechar sus límites sociales y su horizonte de acción:

> El predominio del centralismo burocrático en el Estado indica que el grupo dirigente está saturado y convirtiéndose en una camarilla estrecha que tiende a perpetuar sus mezquinos privilegios regulando o incluso sofocando el nacimiento de fuerzas contrarias, aunque estas fuerzas sean homogéneas a los intereses dominantes fundamentales.[38]

> En todo caso hay que señalar que las manifestaciones morbosas de centralismo burocrático se han producido por deficiencias de iniciativas y responsabilidad en la base, o sea por el primitivismo político de las fuerzas periféricas.[39]

Hace hincapié en los modos de funcionamiento que producen la transformación de lo que debió ser una dirección política "abierta" en una elite cerrada, dotada de privilegios, que tiende a restringir en sus efectos y en última instancia a reprimir los brotes de creatividad y autonomía que crecen en su cercanía.

El centralismo democrático es definido como

> (...) un "centralismo" en movimiento, por así decirlo, o sea una continua adecuación de la organización al movimiento real, un contemporizar los impulsos de abajo con el mando de arriba, una inserción continua de los elementos que brotan de lo profundo de la masa en el marco sólido del aparato de dirección que asegura la continuidad y la acumulación regular de las experiencias (...) El centralismo democrático ofre-

---

cia burguesa, forma hipócrita de la dominación oligárquica financiera, sino la democracia proletaria, que realizará la libertad de las masas trabajadoras; no el parlamentarismo, sino el autogobierno de las masas a través de sus propios órganos electivos; no la burocracia de carrera, sino órganos administrativos creados por las propias masas, con participación real de las masas en la administración del país y en la tarea socialista de construcción. La forma concreta del Estado proletario es el poder de los Consejos y de las organizaciones similares." "La Internacional Comunista" en *L'Ordine Nuovo*, 24 de mayo de 1919.

37 *Cuadernos*, II, p. 103.

38 *Cuadernos*, V, p. 78.

39 *Ibidem*.

ce una fórmula elástica que se presta a muchas encarnaciones; vive en cuanto que es interpretada y adaptada continuamente a las necesidades: consiste en la búsqueda crítica de lo que es igual en la aparente disformidad y por el contrario distinto e incluso opuesto en la aparente uniformidad para organizar y conectar estrechamente lo que es similar, pero de modo que la organización y la conexión resulten una necesidad práctica e "inductiva" experimental y no el resultado de un proceso racionalista, deductivo, abstracto, o sea propio de los intelectuales puros (o puros asnos).[40]

La dialéctica entre el "arriba" y el "abajo", el enraizamiento en lo profundo de las masas, están ausentes en el "centralismo orgánico", reino de burocracias convertidas en "castas sacerdotales", apartadas del movimiento real de la sociedad

> Si el elemento constitutivo de un organismo se sitúa en un sistema doctrinario rígida y rigurosamente formulado, se tiene un tipo de dirección de casta y sacerdotal. (...) Las fórmulas serán recitadas de memoria sin cambiar punto ni coma, pero la actividad real será otra.
>
> El centralismo orgánico imagina poder fabricar un organismo de una vez por todas, ya perfecto objetivamente. Ilusión que puede ser desastrosa, porque hace que se ahogue un movimiento en un pantano de disputas *personales* académicas.[41]

Gramsci muestra, así, una línea de crítica a la burocracia similar a la de Rosa Luxemburgo, que visualiza el efecto más dramático de la burocratización de una dirección política, su detención en el tiempo. Se refiere aquí a burocracia como sinónimo de "estado mayor" partidario:

> La burocracia es la fuerza consuetudinaria y conservadora más peligrosa; si ésta acaba por constituir un grupo solidario, que se apoya en sí mismo y se siente independiente de la masa, el partido acaba por volverse anacrónico, y en los momentos de crisis aguda queda vacío de su contenido social y queda como apoyado en el aire.[42]

Los estratos "burocratizados" tienden a funcionar con una lógica de autoreproducción, de asegurar las posiciones ya adquiridas, que termina por configurar una cierta aversión a las iniciativas audaces y a los cambios acelerados. Si esto ocurre en un partido cuya intencionalidad es revolucionaria, ese modo de ver la realidad tiende a obrar como freno de las iniciativas que tienden a poner en acto esos propósitos.

40 *Cuadernos*, V, p. 78.

41 *Cuadernos*, II, p. 58.

42 *Cuadernos*, V, p. 53.

CATARSIS

Este término designa para Gramsci el momento decisivo en la construcción de la subjetividad, el paso de una situación de subordinación a una de actividad transformadora por parte de las clases subalternas. La clase que pasa del plano económico-corporativo al ético-político comienza a disputar poder, a romper su subordinación y cobrar iniciativa histórica:

> Se puede emplear el término de 'catarsis' para indicar el paso del momento meramente económico (o egoísta-pasional) al momento ético-político, esto es, la elaboración superior de la estructura en superestructura en la conciencia de los hombres. Esto significa también el paso de lo 'objetivo a lo subjetivo' y de la necesidad a la libertad. La estructura, de fuerza exterior que subyuga al hombre, lo asimila a sí, lo hace pasivo, se transforma en medio de libertad, en instrumento para crear una nueva forma ético-política, en origen de nuevas iniciativas. La fijación del momento catártico se convierte así, me parece, en el punto de partida de toda la filosofía de la praxis.[43]

De seguir los dictados de la estructura como impulsos externos e inmanejables, se pasa al planteo de la conciencia y actividad orientada a transformar las condiciones estructurales. La superación del "momento" económico-corporativo significa entonces la posibilidad de ir más allá de los intereses económicos inmediatos por parte de una clase, la que desarrolla la capacidad de establecer alianzas, compromisos, hacer concesiones, en la medida en que adquiere conciencia plena (estratégica y no sólo inmediata) de sus intereses, desplegados en un plano no sólo económico sino también político y cultural. Sin superación del momento económico-corporativo, no hay capacidad hegemónica de desarrollar la dirección de un grupo fundamental sobre grupos secundarios y, por tanto, no hay posibilidades de llevar adelante un proyecto revolucionario exitoso. Una hegemonía de la clase trabajadora implica necesariamente la dirección intelectual y moral de los obreros sobre los campesinos y los intelectuales. La "catarsis" sería un paso conducente hacia allí, al permitir desplegar la perspectiva de clase sobre un plano político general y apuntar a la configuración de una perspectiva estratégica de transformación social revolucionaria.

CESARISMO

Lo que Gramsci denomina "cesarismo", relacionándolo con la categoría de "bonapartismo" utilizada por Marx, constituye un modo de solución política del conflicto social por parte de la clase dominante (o la fracción de ella que

43 *Cuadernos*, IV, p. 142.

conduce el aparato del estado) con miras a resolver situaciones de "empate" histórico. Toda solución "cesarista" tiene en común el alto grado de autonomía con que se mueve el aparato estatal respecto de las clases en lucha, para romper con una situación de relativa parálisis que deviene de la imposibilidad de alterar decisivamente el equilibrio de fuerzas preexistente. El "cesarismo" se liga estrechamente a la "revolución pasiva", en cuanto representa una forma de reorganizar a la clase dominante, de producir cambios que permitan superar la amenaza proveniente de otros grupos sociales:

> Se puede decir que el cesarismo o bonapartismo expresa una situación en la que las fuerzas en lucha se equilibran de modo catastrófico, o sea que se equilibran de modo tal que la continuación de la lucha no puede concluir más que con la destrucción recíproca (...) es progresivo el cesarismo cuando su intervención ayuda a la fuerza progresista a triunfar aunque sea con ciertos compromisos limitativos de la victoria; es regresivo cuando su intervención ayuda a triunfar a la fuerza regresiva, también en este caso con ciertos compromisos y limitaciones, que no obstante tiene un valor, un alcance y un significado distintos que en el caso precedente. (...) Se tráta de ver si en la dialéctica "revolución-restauración" es el elemento revolución o el restauración el que prevalece, porque es cierto que en el movimiento histórico no se vuelve nunca atrás y no existen restauraciones *in toto* (...) se puede tener "solución cesarista" incluso sin un césar, sin una gran personalidad "heroica" y representativa. El sistema parlamentario dio el mecanismo para tales soluciones de compromiso.[44]

Al diferenciar entre cesarismos que favorecen el avance o el retroceso, se aparta de la connotación universalmente negativa del concepto de "bonapartismo". Un período progresivo de cesarismo puede acompañar transformaciones sociales de importancia para la futura construcción de una sociedad nueva. Además de su carácter progresivo o regresivo, diferencia entre distintos cesarismos, según abarquen clases o fracciones de clase que pueden arribar a una forma de coexistencia permanente e incluso de "alianza" (como la nobleza feudal y la burguesía); o bien, a clases antagónicas, una de las cuales debe desaparecer:

> En el mundo moderno el equilibrio de perspectivas catastróficas no se da entre fuerzas contrarias que en último análisis podrían fundirse y unificarse, aunque fuese después de un proceso fatigoso y sangriento, sino entre fuerzas cuyo conflicto es irremediable históricamente y se profundiza aun más especialmente con el advenimiento de formas cesaristas. El cesarismo tiene, sin embargo, un margen más o menos grande, según los países y su significado en la estructura mundial, porque una forma social tiene "siempre" posibilidades marginales de ulterior desarrollo y ordenamiento organizativo, y especialmente pue-

44 *Cuadernos*, IV, pp. 102-103.

de contar con la debilidad relativa de la fuerza antagonista y progresiva, por la naturaleza y el modo de vida peculiar de ésta.[45]

En América Latina se ha aplicado la caracterización de "cesarismo" a movimientos y regímenes del tipo habitualmente llamado "nacional-populares" o "populistas". El peronismo, por ejemplo, fue considerado un tipo "progresivo" de cesarismo.

Creación de una nueva cultura

Gramsci se aparta constantemente de la idea de una evaluación del pensamiento filosófico que se haga exclusivamente por el refinamiento y coherencia interna de su elaboración. Al contrario, enfatiza la importancia de la "eficacia" en términos de capacidad de tomar contacto con los "simples", de ejercer persuasión sobre grandes masas. Allí sitúa el pensador italiano el "valor" central de una corriente de pensamiento

> Crear una nueva cultura no significa sólo hacer individualmente descubrimientos "originales", significa también y especialmente difundir críticamente verdades ya descubiertas, "socializarlas" por así decirlo y por lo tanto hacer que se conviertan en base de acciones vitales, elemento de coordinación y de orden intelectual y moral. El que una masa de hombres sea conducida a pensar coherentemente y en forma unitaria el presente real es un hecho "filosófico" mucho más importante y "original" que el hallazgo por parte de un "genio" filosófico de una nueva verdad que permanece como patrimonio de pequeños grupos intelectuales.[46]

El elemento de "difusión" y la tarea educadora se vuelven así tan importantes como la elaboración original. Gramsci reprochará al pensamiento crítico no haber sabido crear una unidad ideológica entre lo "bajo" y lo "alto", entre los "simples" y los intelectuales. Quedaba así, en lo que respecta al potencial de creación cultural, por debajo del catolicismo,[47] que sí sabía generar unidad entre intelectuales y masas, si bien a costa de mantener a las masas en el atraso cultural y de reprimir los impulsos autónomos de sus propios intelectuales, de modo de preservar la unidad aun a costa del atraso cultural.

---

45 *Cuadernos*, IV, p. 106.

46 *Cuadernos*, IV, p. 247.

47 "Una de las mayores debilidades de las filosofías inmanentistas en general consiste precisamente en el no haber sabido crear una unidad ideológica entre lo bajo y lo alto, entre los 'simples' y los intelectuales. En la historia de la civilización occidental el hecho se ha verificado a escala europea, con el fracaso inmediato del Renacimiento y en parte también de la Reforma con respecto a la iglesia romana." *Cuadernos*, IV, p. 250.

La articulación entre intelectuales y "simples" desde una perspectiva proletaria implicaba lo contrario: la elevación cultural de las masas y el libre desarrollo de los impulsos de los intelectuales, a partir de una plena conciencia de su vínculo "orgánico" con el proletariado.

Crisis orgánica

Es el sacudimiento del "bloque histórico" completo, la crisis que abarca tanto la pérdida de supremacía intelectual y moral como la posibilidad de los dominantes de hacer avanzar la economía, afectando a la estructura y a la hegemonía creada. Puede prolongarse mucho tiempo sin resolverse y su "solución" puede venir desde abajo, pero también desde arriba: la vieja sociedad resiste y se asegura un período de respiro, exterminando físicamente a la elite adversaria y aterrorizando a las masas de reserva.[48]

Un período de represión aguda puede resolver la crisis orgánica mediante la destrucción del elemento dirigente de las clases subalternas.

Se hace referencia también a la crisis de hegemonía, en la que se rompe el vínculo representantes-representados y, por lo tanto, las corporaciones (sindicatos, Iglesia, Fuerzas Armadas) recobran predominio. Es una crisis del Estado en su conjunto, donde la clase dirigente ve puesta en tela de juicio su "autoridad", sea por un fracaso propio en una empresa política de envergadura, sea por la movilización activa y consciente de amplias capas sociales antes inactivas.[49] Estas crisis de hegemonía pueden ser explicadas como

> (...) la lucha entre "dos conformismos", o sea de una lucha de hegemonía, de una crisis de la sociedad civil. Los viejos dirigentes intelectuales y morales de la sociedad sienten que les falta el terreno bajo los pies, advierten que sus "prédicas" se han convertido precisamente en eso, "prédicas", o sea, cosas extrañas a la realidad, pura forma sin contenido, larva sin espíritu; de ahí su desesperación y sus tendencias reaccionarias y conservadoras: puesto que la forma particular de civilización, de cultura, de moral que ellos han representado, se descompone, gritan la muerte de toda civilización, de toda cultura, de toda moral y piden medidas represivas al Estado, o se constituyen en grupos de resistencia apartados del proceso histórico real, aumentando de tal modo la duración de la crisis, puesto que la desaparición de un modo de vivir y pensar no puede producirse sin crisis.[50]

48 *Cuadernos*, V, p. 41.

49 *Cuadernos*, V, p. 52.

50 *Cuadernos*, IV, p. 154.

Gramsci denomina "crisis de autoridad" a la situación en que una clase ve debilitarse los elementos sobre los cuales asienta su lugar de dirección en la sociedad, sin que haya un sujeto que le dispute eficazmente ese lugar. Esto genera una situación de indefinición, una cierta "vacancia" de las masas populares

> Si la clase dominante ha perdido el consenso, entonces no es ya "dirigente", sino únicamente "dominante", detentadora de la pura fuerza coercitiva, esto significa precisamente que las grandes masas se han separado de las ideologías tradicionales, no creen ya en lo que antes creían. La crisis consiste precisamente en el hecho de que lo viejo muere y lo nuevo no puede nacer: en este interregno se verifican los fenómenos morbosos más variados.[51]

Se abre una etapa similar a lo que la sociología tradicional denomina "anomia", con amplias posibilidades de que aparezcan (y alcancen cierto éxito) las alternativas ideológicas y políticas más "extrañas". Pero a su vez se generan condiciones para la introducción de transformaciones decisivas impulsadas "desde abajo", siempre que existan, activas y organizadas, fuerzas que puedan ser portadoras de esos cambios.

Economicismo

Para Gramsci ver el *interés material*, el *beneficio inmediato* como el motor de la política se convierte en la razón de ser de un materialismo histórico mutilado, esquemático, con el que los hombres de pensamiento superficial creen haber adquirido la "clave" susceptible de explicarlo todo. Reivindica por tanto la importancia de la ideología, el carácter de *fuerza material* que pueden adquirir las creencias cuando están lo suficientemente arraigadas.

El análisis de las relaciones de fuerzas tiene que culminar en la esfera de la hegemonía y de las relaciones ético-políticas, ya que es la iniciativa política de un grupo social la que concluye por definir el sentido y alcance del proceso:

> Una iniciativa política apropiada es siempre necesaria para liberar el impulso económico de las trabas de la política tradicional, esto es, para cambiar la dirección política de ciertas fuerzas que es necesario absorber para realizar un nuevo bloque histórico económico-político homogéneo, sin contradicciones internas.[52]

---

51 *Cuadernos*, II, p. 37.

52 *Cuadernos*, V, pp. 59-60.

La afirmación mecánica de la primacía de lo económico lleva a negar autonomía e importancia a la acción:

> Por lo menos es extraña la actitud del economismo respecto a la voluntad, la acción y la iniciativa política, como si éstas no fuesen expresión de la economía e incluso la expresión eficiente de la economía.[53]

Hay que notar, además, cierta paradoja en la producción de efectos por parte del economicismo, en cuanto Gramsci reconoce su "popularidad", en el sentido de poder de convicción sobre las masas:

> En su forma más difundida de superstición economicista, la filosofía de la praxis pierde gran parte de su expansividad cultural en la esfera superior del grupo intelectual, en comparación con la que adquiere entre las masas populares y entre los intelectuales de poca talla, que no pretenden fatigarse el cerebro pero quieren parecer astutísimos.[54]

La contradicción existe: lo que le da simplicidad, verosimilitud en términos "populares", le mella a su vez el filo crítico y las posibilidades de articular una visión del mundo realmente operante en un sentido transformador. Pero la señal decisiva del avance de la filosofía de la praxis es el de situar en toda su importancia y alcance la cuestión de la hegemonía, la ubicación del "frente cultural" como un campo principalísimo de lucha:

> (...) si la filosofía de la praxis excluye la historia ético-política, o sea si no reconoce la realidad de un momento de la hegemonía, no da importancia a la dirección intelectual y moral y juzga realmente como "apariencias" los hechos de la superestructura. Puede decirse que no sólo la filosofía de la praxis no excluye la historia ético-política, sino que incluso la fase más reciente del desarrollo de ésta consiste precisamente en la reivindicación del momento de la hegemonía como esencial en su concepción estatal y en la "valorización" del hecho cultural, de la actividad cultural, de un frente cultural como necesario junto a aquellos meramente económicos o meramente políticos.[55]

Gramsci señala a la vez el parentesco, bajo apariencia de oposición, entre las posiciones economicistas y las "voluntaristas", que en realidad se hermanan en la incapacidad para comprender el movimiento social real y actuar en consecuencia.

Espíritu de escisión

Bajo ese nombre o sus sinónimos *distinción* o *separación*, Gramsci se refiere a lo que hoy llamaríamos *construcción de identidad*, convertir

53 *Cuadernos*, II, p. 172.

54 *Cuadernos*, V, p. 45.

55 *Cuadernos*, IV, p. 126.

a las clases subalternas en un *nosotros*, capaz a su vez de definir un *ellos* que corporice al enemigo social:

> ¿Qué se puede contraponer de parte de una clase renovadora a este formidable complejo de trincheras y fortificaciones de la clase dominante? El espíritu de escisión-o sea la progresiva conquista de la conciencia de la propia personalidad histórica, espíritu de escisión que debe tender a prolongarse de la clase protagonista a las clases aliadas potenciales; todo esto requiere un complejo trabajo ideológico, cuya primera condición es el exacto conocimiento de la materia volcada en su elemento humano.[56]

Gramsci identifica asimismo la "distinción" con una fase todavía "elemental y primitiva" de basamento "instintivo", de un sentido de "independencia" de parte de un determinado grupo social. La "escisión" sería así un presupuesto de la conformación de una hegemonía por parte del grupo "escindido",[57] que para consumar su independencia necesita de la conformación de sus propios intelectuales:

> Autoconciencia crítica significa histórica y políticamente creación de una élite de intelectuales: una masa humana no se "distingue" y no se vuelve independiente "por sí misma" sin organizarse (en sentido lato) y no hay organización sin intelectuales, o sea sin organizadores y dirigentes.[58]

El espíritu de escisión puede quizás ser pensado como el deseo de un mundo organizado de una manera diferente, que puede manifestarse en el impulso a construir una cultura propia de las clases subalternas; separada, y potencialmente contrapuesta, a la de las clases dominantes. En cuanto se expande a los "aliados potenciales", marca el avance en la conformación de una fuerza social capaz de plantearse la construcción de un nuevo "bloque histórico" y el establecimiento de una nueva hegemonía.

Estado

Como vimos más arriba, Gramsci no circunscribe su definición de Estado a la de la concepción tradicional, reflejada en el derecho burgués. Para él, organismos que no son jurídicamente "estado" pueden serlo por la función que cumplen, por su asociación a la reproducción de la sociedad civil en su conjunto. Sociedad política y sociedad civil cruzan las fronteras

56 A. Gramsci, *Pasado y Presente*, op. cit, p. 220.

57 *Cuadernos*, V, p. 253.

58 *Cuadernos*, V, p. 253.

del estado jurídicamente definido como tal, en una y otra dirección, mientras que la suma de ambas compone el "estado" en sentido real, "ampliado" respecto al estado "legal".

En esa presentación, el Estado va más allá de lo que se considera jurídicamente como tal,[59] e incorpora la Iglesia, los partidos políticos, los sindicatos, que expanden una visión del mundo y organizan a las masas.

Introduce así una noción ampliada del Estado, que lleva como consecuencia a la idea de que el Estado en sentido jurídico-político puede (y debería) ser absorbido por la sociedad civil, en cuanto es expresión de dominio de clase:

> (...) hay que observar que en la noción general del Estado entran elementos que deben reconducirse a la noción de sociedad civil (en el sentido, podría decirse, de que Estado = sociedad política + sociedad civil, o sea hegemonía acorazada de coerción.) En una doctrina del Estado que conciba a éste como capaz tendencialmente de agotamiento y de resolución de la sociedad regulada, el argumento es fundamental. El elemento Estado-coerción se puede imaginar extinguible a medida que se afirman elementos cada vez más conspicuos de sociedad regulada (o Estado ético o sociedad civil).[60]

Es también, en términos de la relación dialéctica sociedad política-sociedad civil, que adhiere a la visión del ideal comunista de desaparición del Estado

> (...) un sistema de principios que afirman como fin del Estado su propio fin, su propia desaparición, o sea, la reabsorción de la sociedad política en la sociedad civil.[61]

> (...) los hechos más importantes de la historia francesa desde 1870 hasta hoy no se han debido a iniciativas de los organismos políticos derivados del sufragio universal sino a iniciativas de organismos privados (sociedades capitalistas, estado mayor, etc. o a grandes funcionarios desconocidos para el país, etc.) Pero ¿qué significa esto sino que por "Estado" debe entenderse no sólo el aparato gubernamental sino también el aparato "privado" de hegemonía o sociedad civil?[62]

El ejemplo resulta luminoso: aun en un país de tan elevado desarrollo del aparato estatal como Francia, el Estado en sentido jurídico-formal dista de ser el centro exclusivo, y ni siquiera el principal, de la toma de decisiones.

---

59 Gramsci reconoce abiertamente la filiación croceana de esta idea: "(...) Croce llega a afirmar que el verdadero 'Estado' o sea la fuerza directiva del impulso histórico, hay que buscarlo a veces no allí donde se creería, en el Estado jurídicamente entendido, sino en las fuerzas 'privadas' e incluso en los llamados revolucionarios." *Cuadernos*, IV, p. 187.

60 *Cuadernos*, III, p. 76.

61 *Cuadernos*, II, p. 346.

62 *Cuadernos*, III, p. 105.

En la polémica sobre las funciones del Estado, con el término *Estado vigilante nocturno* se quiere significar un aparato estatal cuyas funciones se limitan a la tutela del orden público y del respeto a la ley. No se insiste en el hecho de que en esta forma de régimen (que, en realidad, no ha existido nunca o sólo ha existido como hipótesis-límite, sobre el papel) la dirección del desarrollo histórico pertenece a las fuerzas privadas, a la sociedad civil, que también es "Estado", o, mejor dicho, es el Estado.[63]

El Estado es el gran ámbito de constitución de las clases dirigentes que alcanzan en él "unidad histórica". En cambio las clases subalternas no están unificadas sino dispersas, y no pueden unificarse por completo mientras no puedan convertirse en "Estado".[64] El grupo social se origina en la esfera productiva pero alcanza su nivel de conciencia y organización en el plano estatal, en la relación articulada entre sociedad civil y Estado.

A través del derecho, el Estado hace "homogéneo" al grupo dominante y tiende a crear un conformismo social útil a la línea de desarrollo del grupo dirigente. La actividad general del derecho es más amplia que la puramente estatal y gubernativa e incluye también la actividad directiva de la sociedad civil, en aquellas zonas que los técnicos del derecho llaman de indiferencia jurídica, o sea en la moralidad y las costumbres en general.[65]

Gramsci percibe que, para alcanzar el acatamiento espontáneo a la ideología dominante, se requiere la construcción de un conformismo social que acepte la injusticia como "natural":

> (...) el problema ético, que en la práctica es la correspondencia "espontáneamente y libremente aceptada" entre los actos y las omisiones de cada individuo, entre la conducta de cada individuo y los fines que la sociedad se impone como necesarios, correspondencia que es coactiva en la esfera del derecho positivo (...) y es espontánea y libre (...) en aquellas zonas en las que la "coacción" no es estatal, sino de opinión pública, de ambiente moral, etc.[66]

Las leyes "imponen" a toda la sociedad normas de conducta ligadas a la razón de ser y el desarrollo de la clase dominante. La función máxima del derecho es esta: presuponer que todos los ciudadanos deben aceptar libremente el conformismo señalado por el derecho, en cuanto que todos pueden convertirse en clase dirigente.[67]

63 *Cuadernos*, III, pp. 75-76.

64 *Cuadernos*, IV, p. 182.

65 *Cuadernos*, III, pp. 70-71.

66 *Cuadernos*, III, p. 71.

67 *Cuadernos*, III, p. 83.

En suma, los "estados" más avanzados son aquéllos que logran inducir determinadas conductas y actitudes sin imponerlos, de modo de mantener incluso la apariencia de "espontaneidad" y "libre iniciativa" para los dominados que se someten a sus dictados.

Estadolatría

Gramsci describe suscintamente la estadolatría:

> Se da el nombre de estadolatría a una determinada actitud hacia el "gobierno de funcionarios" o sociedad política, que en el lenguaje común es la forma de vida estatal a la que se da el nombre de Estado y que vulgarmente es entendida como todo el Estado.[68]

Constituye una formación ideológica característica de los intelectuales que conducen la maquinaria estatal, que tienden a desarrollar dos mitos complementarios: el de la independencia de la categoría frente a cualquier sector social, con la consiguiente identificación con "la sociedad" o "la nación" en su totalidad, y el del Estado como síntesis incuestionable del espíritu público, como la "vanguardia" de todo cambio social de sentido positivo:

> La cuestión puede ser planteada así: siendo el Estado la forma concreta de un mundo productivo, y siendo los intelectuales el elemento social del que se extrae el personal gobernante, es propio del intelectual no anclado fuertemente en un poderoso grupo económico presentar al Estado como un absoluto: así es concebida como absoluta y preeminente la misma función de los intelectuales, es racionalizada abstractamente su existencia y su dignidad histórica.[69]

Gramsci justifica un nivel de *estadolatría* en los inicios de un proceso revolucionario. Pero éste debe ser un componente provisorio y no convertirse en un postulado teórico que postergue *sine die* la construcción de los auténticos rasgos de la *sociedad regulada*: aquella sin clases ni estado que estaba contenida en los ideales de Marx y que iba a

---

68 *Cuadernos*, III, p. 282.

69 *Cuadernos*, IV, p. 233. En el párrafo anterior del mismo pasaje sitúa este fenómeno "estadolátrico" entre los intelectuales de áreas periféricas en las que el estado es llamado a un protagonismo mayor: "(...) cuando el impulso del progreso no va estrechamente ligado a un vasto desarrollo local que es artificialmente limitado y reprimido, sino que es el reflejo del desarrollo internacional que manda a la periferia sus corrientes ideológicas, nacidas sobre la base del desarrollo productivo de los países más avanzados, entonces el grupo portador de las nuevas ideas no es el grupo económico, sino la capa de los intelectuales, y la concepción del Estado de la que se hace propaganda cambia de aspecto: éste es concebido como una cosa en sí, como un absoluto racional".

desaparecer definitivamente en el horizonte burocratizado de la URSS a partir de los años 30:

> Para algunos grupos sociales, que antes de acceder a la vida estatal autónoma no han tenido un largo período de desarrollo cultural y moral propio e independiente, (...) un período de estadolatría es necesario e incluso oportuno: esta "estadolatría" no es más que la forma normal de "vida estatal", de iniciación, al menos, en la vida estatal autónoma y en la creación de una "sociedad civil" que no fue históricamente posible crear antes del acceso a la vida estatal independiente. Sin embargo esta "estadolatría" no debe ser abandonada a sí misma, no debe, especialmente, convertirse en fanatismo teórico y ser concebida como "perpetua"; debe ser criticada precisamente para que se desarrolle y produzca nuevas formas de vida estatal, en las que la iniciativa de los individuos y grupos sea "estatal" aunque no se deba al "gobierno de funcionarios" (hacer que la vida estatal se vuelva "espontánea").[70]

Las advertencias contra la "perpetuación" de la concentración de las iniciativas en el ámbito estatal y la sofocación de toda fuerza autónoma que provenga de fuera de ese campo parecen dirigidas a la línea de evolución que adoptaba la Unión Soviética de esos años, hasta constituirse en un ejemplo flagrante de "estadolatría" en la que el partido, los sindicatos y asociaciones, la "sociedad civil" en su conjunto, terminaban siendo engranajes de una maquinaria dirigida de modo burocrático y desde la cúspide. Gramsci apunta a la derivación "estatista" que ya en esos años se agudizaba en el régimen soviético y comenzaba a penetrar la versión "oficial", vulgarizada del marxismo que allí se hallaba en desarrollo. El aparato estatal es identificado sin más con la revolución; el partido y las organizaciones de autogobierno popular se subsumen bajo su armazón burocrático, y a partir de esa posición alcanzada, las instancias estatales "revolucionarias" se dedican a "domesticar" y si es necesario a reprimir la iniciativa popular.

"Expansividad" de la burguesía

Gramsci asigna un lugar importante a uno de los caracteres distintivos de la burguesía; la posibilidad de que cualquier persona ("libres" e "iguales ante la ley", no lo olvidemos) pueda ascender desde una clase subalterna a la clase dominante:

> Las clases dominantes precedentes eran esencialmente conservadoras en el sentido de que no tendían a elaborar un paso orgánico de las otras clases a la suya. La clase burguesa se postula a sí misma como un

70 *Cuadernos*, III, p. 282.

organismo en continuo movimiento, capaz de absorber a toda la sociedad, asimilándola a su nivel cultural y económico.[71]

A diferencia de sociedades anteriores, como las feudales, en que las divisiones sociales estaban plasmadas jurídicamente y que el paso de una a la otra era, en principio, contrario al derecho y la costumbre, en el capitalismo, la "movilidad social" es una promesa que se hace a los individuos miembros de las clases subalternas, y provee un sustento ideológico a todo el sistema. Para desalentar la perspectiva de la acción colectiva, de transformación social, se ofrece la vía individual del ascenso social, "cada soldado lleva en su mochila el bastón de mariscal" rezaba un refrán del siglo XIX. No casualmente, el pensador italiano relaciona esta "porosidad" de la clase burguesa con el concepto de democracia, al que asigna así un significado en términos sociales, complementario de los *que se centran en la esfera política*

> Entre tantos significados de democracia, el más realista y concreto me parece que se puede extraer en conexión con el concepto de hegemonía. En el sistema hegemónico existe democracia entre el grupo dirigente y los grupos dirigidos, en la medida en que el desarrollo de la economía y por lo tanto la legislación que expresa tal desarrollo favorece el paso molecular de los grupos dirigidos al grupo dirigente.[72]

La permeabilidad de las fronteras de la burguesía anula las divisiones estamentales precedentes y genera la ilusión de incorporación de los subalternos al grupo dirigente, por vía del enriquecimiento nacido de la acumulación del *producto del trabajo*, de la asunción de tareas más calificadas por medio de la educación, o aun del azar o de mecanismos ilegales.

Pero en definitiva, el *status* de capitalista puede adquirirse o perderse, sin que haya trabas legales ni culturales que puedan obstaculizarlo eficazmente. Es la propiedad de los medios de producción, y no el origen o antigüedad de la misma, lo que define la pertenencia de clase. Esa posibilidad de la burguesía de abrir sus filas está impuesta por la lógica competitiva del capitalismo pero le permite además allegar legitimidad a su dominación y captar, "movilidad social ascendente" mediante, a buena parte de los miembros más capaces de las clases subalternas. Esto resulta cierto sobre todo en sociedades de capitalismo más desarrollado, con fuertes potencialidades de ascenso. El carácter "abierto" de las clases sociales es también esencial para proveer andamiaje a la idea de "igualdad

71 *Cuadernos*, III, p. 215.

72 *Cuadernos*, III, p. 313

y libertad" universales en el plano de la ley. Los lugares sociales los determina la actuación del individuo en el mercado, los lugares político-institucionales, la votación de sus pares.

En aquellas sociedades capitalistas en que la movilidad social se vuelve extremadamente difícil, la hegemonía burguesa incorpora un factor de debilidad, y así lo señala nuestro autor, al enunciar que la burguesía queda "saturada" y no sólo no se expande sino que "desasimila" a parte de sus componentes.[73] La promesa del enriquecimiento y el avance social es reemplazada, en la práctica, por el ominoso fantasma de la proletarización de sectores medios y hasta burgueses.

En esas circunstancias se abre la oportunidad histórica de los trabajadores, que tienen la máxima "expansividad", ya que el triunfo de su clase implica la supresión de todas las divisiones de clase y la asimilación al *status* de "trabajadores" del conjunto de los otros grupos sociales. La burguesía puede prometer el advenimiento de toda la población a su clase, pero nunca realizarlo. El proletariado puede convertirse realmente en clase "universal".

Filosofía de la praxis

Gramsci utilizó esta categoría durante la escritura de los *Cuadernos de la Cárcel*, aunque no tanto en los primeros tiempos, en los que seguía hablando de "materialismo histórico". Pero progresivamente reemplaza este término por el de *filosofía de la praxis*.[74] De allí algunos estudiosos indujeron que Gramsci estaba revisando la concepción de "materialismo histórico" sobre la base de una filosofía que quitara el énfasis puesto en la materia, en función del elemento histórico. Gramsci llega a definir su pensamiento como "historicismo absoluto" y sostiene la unidad indisoluble de pensamiento y acción que se da en el sujeto humano, y que él suele definir como praxis.

El italiano no considera a la filosofía de la praxis como un "sistema" de pensamiento, sino como una "concepción del mundo" cuya difusión en las grandes masas tendrá un efecto de verdadero cambio civilizatorio, en un proceso comparable a la reforma protestante, y superará el elitismo liberal, incapaz de construir una "filosofía" con penetración de masas:

73 *Cuadernos*, III, p. 215.

74 El término no es creación de Gramsci sino de Antonio Labriola, y también de Giovanni Gentile Cf. Fabio Frosini "Filosofia della praxis" en *Parole di...* p. 93.

Se dice a menudo que en ciertos países el no haberse dado la reforma religiosa es causa de atraso en todos los campos de la vida civil, y no se observa que precisamente la difusión de la filosofía de la praxis es la gran reforma de los tiempos modernos, es una reforma intelectual y moral que realiza a escala nacional lo que el liberalismo no logró realizar sino para grupos restringidos de la población.[75]

En otro pasaje, se desarrolla con más precisión este carácter "civilizatorio" de la filosofía de la praxis, donde aparece como coronación de toda la historia del pensamiento hasta el presente:

La filosofía de la praxis presupone todo este pasado cultural, el Renacimiento y la Reforma, la filosofía alemana y la revolución francesa, el calvinismo y la economía clásica inglesa, el liberalismo laico y el historicismo que está en la base de toda la concepción moderna de la vida. La filosofía de la praxis es la coronación de todo este movimiento de reforma intelectual y moral, dialectizado en el contraste entre cultura popular y alta cultura. Corresponde al nexo Reforma protestante + Revolución francesa: *es una filosofía que es también una política y una política que es también una filosofía.* Atraviesa todavía su fase popular: suscitar un grupo de intelectuales independientes no es cosa fácil, exige un largo proceso, con acciones y reacciones, con adhesiones y disoluciones y nuevas formaciones muy numerosas y complejas: es la concepción de un grupo social subalterno, sin iniciativa histórica, que se amplía continuamente, pero inorgánicamente, y sin poder sobrepasar un cierto grado cualitativo que está siempre más allá de la posesión del Estado, del ejercicio real de la hegemonía sobre la sociedad entera, que es lo único que peremite un cierto equilibrio orgánico en el desarrollo del grupo intelectual.[76]

Al esbozar la concepción de filosofía de la praxis, entra en debate con Benedetto Croce, que había reivindicado la esfera "ético-política" del quehacer humano, frente al "reduccionismo" marxista de las estructuras económicas. Gramsci recupera, desde el punto de vista del marxismo, una atención pormenorizada a la esfera cultural, de modo de superar todo economicismo:

Puede decirse que no sólo la filosofía de la praxis no excluye la historia ético-política, sino que incluso la fase más reciente de desarrollo de ésta consiste precisamente en la reivindicación del momento de la hegemonía como esencial en su concepción estatal y en la "valorización" del hecho cultural, de la actividad cultural, de un frente cultural como necesario junto a aquellos meramente económicos y meramente políticos.[77]

75 *Cuadernos*, IV, p. 180.

76 *Cuadernos*, V, p. 264.

77 *Cuadernos*, IV, p. 126.

Con todo, reconoce que se ha producido una "vulgarización" del marxismo, provocada por la necesidad de atraer a masas muy atrasadas, ganadas por concepciones propias del "materialismo vulgar". El marxismo debía hacerse simple, claro, lineal, repetir constantemente unos pocos conceptos, desarrollar un tipo de argumentación a veces más próxima a la de los párrocos de aldea que a una exposición rigurosa y crítica.

Esa necesidad de "conquista" de las masas es, sin embargo, ineludible para una filosofía que se propone como *praxis* transformadora y no como "sistema" especulativo. El marxismo enfrentó así, con suma dificultad, la doble tarea de plantearse, simultáneamente, el combate exitoso contra la "alta filosofía" y la conquista de las masas, cuyo nivel de conciencia define sin eufemismos como "medieval":

> (...) la filosofía de la praxis ha tenido que aliarse con tendencias extrañas para combatir los residuos del mundo precapitalista en las masas populares, especialmente en el terreno religioso. La filosofía de la praxis tenía dos tareas: combatir las ideologías modernas en su forma más refinada para poder constituir su propio grupo de intelectuales independientes, y educar a las masas populares, cuya cultura era medieval. Esta segunda tarea, que era fundamental dado el carácter de la nueva filosofía, absorbió todas sus fuerzas no sólo cuantitativamente, sino también cualitativamente; por razones "didácticas", la nueva filosofía se ha combinado en una forma de cultura que era un poco superior a la media popular (que era muy baja) pero absolutamente inadecuada para combatir las ideologías de las clases cultas, mientras que la nueva filosofía había nacido precisamente para superar la más alta manifestación cultural de la época.[78]

El italiano se propone recuperar al marxismo de las contaminaciones del mecanicismo y el materialismo metafísico, y reconquistar así su plena estatura intelectual. Aunar la mayor complejidad y rigor de pensamiento con la adhesión de masas, expresada en una unidad superior entre intelectuales orgánicos y clases subalternas. Pretende así:

> Elevar esta concepción, que por las necesidades de la vida práctica inmediata, se ha venido "vulgarizando", hasta las alturas que debe alcanzar para la solución de las tareas más complejas que el desarrollo actual de la lucha propone, o sea hasta la creación de una nueva cultura integral, que tenga las características de masas de la Reforma protestante y del iluminismo francés y tenga las características de clasicismo de la cultura griega y del Renacimiento italiano, una cultura que retomando las palabras de Carducci sintetice a Maximilien Robespierre y a Emmanuel Kant, la política y la filosofía en una unidad dialéctica

78 *Cuadernos*, V, p. 262.

intrínseca a un grupo social no sólo francés o alemán, sino europeo y mundial.[79]

La filosofía de la praxis plenamente desarrollada sería así una suerte de cumbre del espíritu humano, unidad del máximo refinamiento crítico con la mayor eficacia en cuanto a su expansión "de masas". Y se distingue de todos los sistemas de pensamiento anteriores no sólo por sus postulados sino por sus objetivos, por el tipo de relación que establece con la sociedad existente y con los diferentes grupos sociales:

> La filosofía de la praxis, por el contrario, no tiende a resolver pacíficamente las contradicciones existentes en la historia y en la sociedad, incluso es la misma teoría de tales contradicciones; no es el instrumento de gobierno de grupos dominantes para obtener el consenso y ejercer la hegemonía sobre clases subalternas; es la expresión de estas clases subalternas que quieren educarse a sí mismas en el arte de gobierno y que tienen interés en conocer todas las verdades, incluso las desagradables, y en evitar los engaños (imposibles) de la clase superior y tanto más de sí mismas.[80]

Gramsci diferencia la filosofía que elaboran los grandes pensadores (filosofía de los filósofos), la ideología predominante en la clase dirigente (cultura filosófica) y la "religión" de las grandes masas. Considera por lo tanto insuficiente, cuando no estéril, a la historia de la filosofía que se remite a estudiar la "filosofía de los filósofos". Y a partir de esa diferenciación considera que el pensamiento de la época consiste en la combinación de todos esos elementos, sin "reducir" el resto a uno sólo de ellos:

> La filosofía de una época no es la filosofía de uno u otro filósofo, de uno u otro grupo de intelectuales, de una u otra gran sección de las masas populares: es una combinación de todos estos elementos que culmina en una determinada dirección, en la que su culminar se convierte en norma de acción colectiva o sea que se convierte en "historia" concreta y completa (integral).[81]

Nótese en el pasaje anterior que la "filosofía de la época" se define en el fondo como la generadora de una "norma de acción colectiva", saliendo del plano meramente especulativo, para pasar a la acción práctica. No sólo explicar el mundo sino ver el modo de transformarlo, en la línea de la Tesis XI sobre Feuerbach.

79 *Cuadernos*, IV, p. 133.

80 *Cuadernos*, IV, p. 201.

81 *Cuadernos* , IV, p. 151.

Entre los diversos componentes de la conciencia social (filosofía, ciencia, sentido común, etc.) se sitúa el folklore como el más inasible, de orígenes que con frecuencia se pierden en el pasado. Incita a tomarlo en cuenta no con un enfoque inclinado a "curiosear" entre los comportamientos y mitos de las clases populares (el "folklorismo" pintoresquista) o, por el contrario, tendiente a su entronización como expresión de algún inefable "espíritu del pueblo", al estilo del pensamiento romántico, sino como un componente insoslayable de la conciencia de las masas, sobre todo de aquellos sectores menos afectados por la "modernización" capitalista

> Habría que estudiarlo como "concepción del mundo" de determinados estratos de la sociedad, que no han sido tocados por las corrientes de pensamiento modernas. Concepción del mundo no sólo no elaborada y sistematizada, porque el pueblo por definición no puede hacer tal cosa, sino múltiple, en el sentido de que es una yuxtaposición mecánica de diversas concepciones del mundo, si no es además un museo de fragmentos de todas las concepciones del mundo y de la vida que se han sucedido en la historia. Incluso el pensamiento y la ciencia modernas dan elementos al folklore, en cuanto que ciertas afirmaciones científicas y ciertas opiniones, separadas de su entorno, caen en el dominio popular y son "arregladas" en el mosaico de la tradición (...) El folklore sólo puede ser comprendido como reflejo de las condiciones de vida del pueblo, aunque a menudo se prolonga aun cuando las condiciones sean modificadas en combinaciones extrañas.[82]

Gramsci está apuntando a un sedimento más antiguo y arraigado que el "sentido común", muy alejado de la racionalidad moderna, quizás el estrato más profundo en la conformación de la "mentalidad" popular.

Se podría decir que toda la cuestión de las creencias de las clases subalternas se halla en Gramsci bajo la impronta de una frase de Marx, que les atribuye un arraigo similar al de la "fuerza material".

Va contra la idea de que el pueblo profesa determinadas creencias (o supersticiones) por mera ignorancia y, por lo tanto, una rápida acción esclarecedora o el mero efecto del deterioro de las condiciones de vida y las crisis económicas pueden *transformar* sus creencias *de raíz*:

> Los cambios en los modos de pensar, en las creencias, en las opiniones, no suceden por "explosiones" rápidas y generalizadas, suceden comunmente por "combinaciones sucesivas" según "fórmulas" sumamente variadas. La ilusión "explosiva" nace de la falta de espíritu criti-

---

82 *Cuadernos*, I, p. 151.

co (...) en la esfera de la cultura los diversos estratos ideológicos se combinan variadamente y lo que ha llegado a ser "chatarra" en la ciudad es todavía "utensilio" en la provincia.[83]

Gramsci advierte así contra la tendencia "iluminista" a pensar que se pueden producir rápidos cambios ideológico-culturales sólo con la refutación de una "ideología dominante" que se supone homogénea. Aparece el problema de las "condiciones de recepción" de determinadas ideas, que varía de un grupo social a otro e, incluso, de "persona a persona": en su lenguaje no hay dos "prismas" iguales, cada forma de ver el mundo tiene sus peculiaridades insoslayables. Esto convierte en gradual y contradictorio a todo proceso de transformación de las creencias y modos de pensar populares.

Gran política y pequeña política

La primera es aplicable a la confrontación, a la búsqueda de crear nuevas formaciones económico-sociales y nuevos estados:

> La gran política comprende las cuestiones vinculadas con la fundación de nuevos Estados, con la lucha para la destrucción, la defensa, la conservación de determinadas estructuras orgánicas económico-sociales.[84]

Corresponde a los movimientos orgánicos, a la totalidad de la sociedad, por oposición a la "política del día":

> La pequeña política, las cuestiones parciales y cotidianas que se plantean en el interior de una estructura ya establecida por las luchas de preeminencia entre las diversas facciones de una misma clase política.[85]

Gramsci grafica la diferencia sustancial entre una y otra con una afirmación de apariencia paradójica: "Es por lo tanto gran política el tratar de excluir la gran política del ámbito interno de la vida estatal y reducir todo a política pequeña".[86]

Es decir, el propósito de la clase dominante es lograr que la lucha de clases no llegue a manifestarse en el campo estatal, que la discusión y la lucha a su interior se reduzcan a las cuestiones cotidianas, de "administración" del tipo de sociedad imperante y los intereses predominantes en ella, sin cuestionarlos. Este constituye un objetivo fundamental, de *gran*

---

83 *Cuadernos*, I, p. 100.

84 *Cuadernos*, V, p. 20.

85 *Ibídem*.

86 *Ibídem*.

política de las clases dominantes, empeñadas en reservarse con carácter exclusivo los aspectos estratégicos de la acción, aquellos que atañen a la estructura social en su conjunto. En las democracias parlamentarias más "avanzadas", se escenifican grandes debates, muchas veces duros y prolongados, sobre los más variados aspectos, siempre que se mantenga la "intocabilidad" de las relaciones sociales fundamentales, que se procura, con éxito, que no ingresen en la discusión. Gran política de las clases subalternas sería la de objetivos revolucionarios, tendientes a fundar la sociedad sobre nuevas bases, previa ruptura con la licuación "administrativa" del campo político, emprendida por la dominación capitalista.

Guerra de movimiento y guerra de posiciones

Con estas categorías, Gramsci hace referencia al desarrollo de la guerra europea de 1914,[87] trazando un paralelo entre la vida política y los cambios en las modalidades de la lucha militar. Alude así al cambio de carácter de la lucha política a medida que la complejidad social aumenta, debido al mayor desarrollo tanto del aparato estatal como de la sociedad civil. Las organizaciones sociales son tomadas como equivalentes de las trincheras de la guerra de posición:

> (...) ciertamente un vínculo existe y es esencial. La guerra de posiciones exige enormes sacrificios a masas inmensas de población; por eso es necesaria una concentración inaudita de la hegemonía y por lo tanto una forma de gobierno más "intervencionista", que más abiertamente tome la ofensiva contra los opositores y organice permanentemente la "imposibilidad" de disgregación interna: controles de todo tipo, políticos, administrativos (...) reforzamiento de las "posiciones" hegemónicas del grupo dominante.[88]

El mismo afirma que ésta le parece "la cuestión de teoría política más importante, planteada por el período de la posguerra y la más difícil de

---

87 La "guerra de posiciones" o "de trincheras" fue la modalidad que predominó en el frente occidental de la Gran Guerra, sobre todo después de la primera batalla del Marne (septiembre de 1914). Los primeros meses del conflicto habían estado signados por la "guerra de movimientos" con la fulmínea ofensiva alemana sobre territorio belga, y su posterior avance hasta la ribera del Marne, ya en territorio francés. Millones de hombres, desde el Mar del Norte a la frontera suiza, quedaron frente a frente en posiciones fijas, en un conflicto sobre todo de desgaste mutuo, matizado esporádicamente por movimientos tendientes a romper el frente. Ello dio un tinte especialmente sangriento al conflicto y aumentó el esfuerzo de guerra de ambos bandos. En la etapa final del conflicto, los frentes volvieron a ser móviles y reaparecieron los avances en profundidad, recomenzando la "guerra de movimientos".

88 *Cuadernos*, III, p. 106.

resolver justamente".[89] En esas condiciones la fórmula de la "revolución permanente", que relaciona con el "ataque frontal" y la "permanencia del movimiento", es sometida a una reelaboración, encontrando la ciencia política su superación en la fórmula de *hegemonía civil*:

> En el arte político ocurre lo mismo que en el arte militar: la guerra de movimiento deviene cada vez más guerra de posición y se puede decir que un Estado vence en una guerra, en cuanto la prepara minuciosa y técnicamente en tiempos de paz. Las estructuras macizas de las democracias modernas, tanto como organizaciones estatales que como complejo de asociaciones operantes en la vida civil, representan en el dominio del arte político lo mismo que las "trincheras" y las fortificaciones permanentes del frente en la guerra de posición.[90]

Esas nuevas "fortificaciones" proporcionan nuevas posibilidades de defensa y reconstrucción al sistema social existente en

> (...) los estados más avanzados, donde la "sociedad civil" se ha vuelto una estructura muy compleja y resistente a las "irrupciones" catastróficas del elemento económico inmediato (crisis, depresiones, etcétera); las superestructuras de la sociedad civil son como el sistema de trincheras en la guerra moderna (...) ni las tropas asaltantes, por efecto de la crisis se organizan fulminantemente en el tiempo y en el espacio, ni mucho menos adquieren un espíritu agresivo; a su vez los asaltados no se desmoralizan ni abandonan las defensas, aunque se encuentren entre ruinas, ni pierden la confianza en su propia fuerza y en su futuro.[91]

Es importante tener en cuenta el límite que coloca el propio Gramsci, en cuanto circunscribe a las sociedades más desarrolladas al paso de un tipo de lucha social a otra: "La cuestión se presenta para los Estados modernos, no para los países atrasados y para las colonias, donde aún están vigentes las formas que en otras partes han sido superadas y se han vuelto anacrónicas".[92] Con todo, es innegable que las transformaciones de las últimas décadas hacen que muchas sociedades, sin dejar de ser "atrasadas", presenten ya un desarrollo y complejidad de la sociedad civil muy importante.

El elemento *movimiento* (confrontación directa) sigue existiendo, pero como un componente parcial de un todo más amplio. De ese modo, la *guerra de posiciones* suplanta a la *guerra de movimientos*, en todo lo que signifique tomar posiciones decisivas:

89 *Cuadernos*, III, p. 105.

90 *Cuadernos*, III, 150-151 y V, 62-63.

91 *Cuadernos*, V, p.62.

92 *Cuadernos*, V, p. 22.

> (...) en la política subsiste la guerra de movimientos mientras se trata de conquistar posiciones no decisivas y, por consiguiente, y por lo tanto no son movilizados todos los recursos de la hegemonía y del Estado; pero cuando, por una u otra razón estas posiciones han perdido su valor y sólo las que son decisivas tienen importancia, se pasa a la guerra de asedio, compleja, difícil, en la que se exigen cualidades excepcionales de paciencia y de espíritu inventivo.[93]

Gramsci pone en vinculación el concepto de guerra de posiciones con la construcción de hegemonía y, a su vez, a ambos con los procesos de revolución pasiva. Al mismo tiempo no descarta la vuelta a la guerra de movimientos:

> ¿existe una identidad *absoluta* entre guerra de posiciones y revolución pasiva? ¿O existe al menos o puede concebirse todo un período histórico en el que los dos conceptos se deban identificar, hasta el punto en que la guerra de posiciones vuelve a convertirse en guerra de maniobras? Es un juicio dinámico que hay que dar sobre las "restauraciones" que serían una "astucia de la providencia" en sentido viquiano.[94]

> (...) la guerra de posiciones en política corresponde al concepto de hegemonía, que sólo puede nacer del advenimiento de ciertas premisas, a saber las grandes organizaciones populares de tipo moderno, que representan como las "trincheras" y las fortificaciones permanentes de la guerra de posiciones.[95]

La guerra de posiciones sería así la modalidad de lucha fundamental en la era de la *política de masas*, del desarrollo organizativo complejo, no sólo de las clases dominantes, sino también de las subalternas, con partidos de masas, amplia sindicalización, medios de comunicación que llegan al conjunto social, y productos de consumo cultural "manufacturados" para la gran mayoría de la población. El "asalto al poder" deja de ser viable, o al menos, no define el conflicto social en su totalidad. La revolución social debería entonces ser pensada como un proceso prolongado y costoso.

Hegemonía

El término hegemonía fue una de las categorías políticas de mayor centralidad en el movimiento socialdemócrata ruso desde finales de 1908 hasta 1917. La idea que lo animaba empezó a aparecer en primer lugar en los escritos de Plejanov en 1883-1884, donde insistía en la imperativa necesidad para la clase obrera rusa de emprender una lucha política

93 *Cuadernos*, III, p. 106.

94 *Cuadernos*, IV, p. 187.

95 *Cuadernos*, III, p. 244.

contra el zarismo, y no solamente una lucha económica contra sus patrones. El propio Lenin contrapuso repetidamente una fase *hegemónica* a otra *gremial* o *corporativista* dentro de la política proletaria. Perry Anderson destaca que en los primeros congresos de la Internacional Comunista se siguió utilizando el término,[96] como sinónimo de la asunción por el proletariado del papel de guía del conjunto de la población trabajadora y explotada. Será Gramsci el que extienda la noción de hegemonía desde su aplicación original a las perspectivas de la clase obrera, que es la de Lenin, a los mecanismos de la dominación burguesa sobre la clase obrera en una sociedad capitalista estabilizada.[97]

Al decir de H. Portelli, el concepto leninista y el gramsciano de hegemonía se separan en un punto central, ya que este último da preeminencia a la "dirección cultural e ideológica", mientras Lenin privilegia la conducción política y militar.[98] En el famoso parágrafo de los *Cuadernos...* llamado "Análisis de situaciones y relaciones de fuerzas", Gramsci caracteriza el *momento* de la hegemonía como una suerte de "etapa superior" en el desarrollo de una fuerza social:

> (...) aquél en que se alcanza la conciencia de que los propios intereses corporativos, en su desarrollo actual y futuro, superan el círculo corporativo, de grupo meramente económico y pueden y deben convertirse en los intereses de otros grupos subordinados. Esta es la fase más estrictamente política, que señala el tránsito neto de la estructura a la esfera de las superestructuras complejas, es la fase en la que las ideologías germinadas anteriormente se convierten en "partido", entran en confrontación y se declaran en lucha hasta que una sola de ellas o al menos una sola combinación de ellas, tiende a prevalecer, a imponerse, a difundirse por toda el área social, determinando, además de la unidad de los fines económicos y políticos, también la unidad intelectual y moral, situando todas las cuestiones en torno a las cuales hierve la lucha no en el plano corporativo sino en un plano "universal", y creando así la hegemonía de un grupo social fundamental sobre una serie de grupos subordinados.[99]

Aquí la hegemonía está concebida como la construcción que permite el paso a una esfera de dirección intelectual y moral, hasta el punto de que la clase pase del particularismo al universalismo y dirija así a otros grupos sociales.

96 Perry Anderson, *op. cit.*, pp. 32 a 34.

97 *Cuadernos*, III, p. 39.

98 Hugues Portelli, *Gramsci y el bloque histórico*, Siglo XXI, 1979, p. 70.

99 *Cuadernos*, V, pp. 36-37.

Escribe F. Piñón:

> hegemonía no es una simple mezcla o alianza del dominio y el consenso (...) sino hegemonía social, propia no del gobierno político o "dominio directo", sino relativa al "consenso espontáneo" dado por las grandes masas de la población a la dirección de la vida social impuesta por el grupo gobernante.[100]

El proletariado se convertirá en dirigente cuando se proponga crear un sistema de alianzas de clase que le permita *movilizar a la mayoría de* la población trabajadora contra el capitalismo y el Estado burgués, y construya las herramientas de pensamiento y acción necesarias para ello.

La supremacía de un grupo social se manifiesta de dos maneras, como dominio y como dirección intelectual y moral. Un grupo social es dominante de los grupos adversarios que tiende a "liquidar" o a someter incluso con la fuerza armada y es dirigente de los grupos afines y aliados.[101]

La *hegemonía* se expresa por tanto como predominio en el campo intelectual y moral, diferente del *dominio* en el que se encarna el momento de la coerción. Pero esa *dirección* tiene raíces en la base, componentes materiales junto a los *espirituales*: no hay hegemonía sin base estructural, la clase hegemónica debe ser una clase principal de la estructura de la sociedad, que pueda aparecer como la clase progresiva que realiza los intereses de toda la sociedad.

Un elemento constitutivo de la hegemonía es el compromiso, la capacidad para sacrificar ciertos intereses, para matizar la propia forma de ver el mundo. La hegemonía se manifiesta así

> Como un continuo formarse y superarse de equilibrios inestables (...) entre los intereses del grupo fundamental y los de los grupos subordinados, equilibrios en los que los intereses del grupo dominante prevalecen pero hasta cierto punto, o sea no hasta el burdo interés económico-corporativo.[102]

Para constituirse en hegemónica, una clase necesita desarrollar conciencia de la necesidad de sacrificar en parte sus intereses inmediatos, de efectuar concesiones materiales, de modo tal de tomar en cuenta efectivamente "los intereses y las tendencias de los grupos sobre los

---

100 Francisco Piñón, *Gramsci: Prolegómenos. Filosofía y Política*, México, Plaza y Valdés, 1989, p. 273.

101 *Cuadernos*, V, p. 387.

102 *Cuadernos*, V, p. 37.

cuales se ejerce la hegemonía" en búsqueda de un cierto "equilibrio de compromiso".[103]

Pero el presupuesto último de toda construcción hegemónica exitosa es asociarse a una clase social fundamental dentro del conjunto de las relaciones de producción de la sociedad respectiva. Las concesiones y compromisos alcanzados, por tanto, no pueden ser tales que coloquen en riesgo el rol predominante en el plano económico:

> (...) es indudable que tales sacrificios y tal compromiso no pueden afectar lo esencial, porque si la hegemonía es ético-política, no puede dejar de ser también económica, no puede dejar de tener su fundamento en la función decisiva que el grupo dirigente ejerce en el núcleo decisivo de la actividad económica.[104]

Como señala Anderson, existen dos campos de extensión de la hegemonía, a) al interior de las clases dominadas, en relación con la formación de un nuevo bloque histórico, o b) entre clases antagónicas, que buscan obtener un consentimiento voluntario y activo de las clases subordinadas. La formación de una hegemonía nueva de las clases subalternas requiere socavar y finalmente destruir la hegemonía que sobre ellas ejerce la clase dominante.

El proletariado consciente necesita convertirse en clase "nacional" para adquirir capacidad de dirección sobre sectores que son nacionales y hasta "locales", aunque sea una clase de carácter internacional. A través de su *intelectual colectivo* (el partido, organismo portador de una nueva concepción del mundo), realiza la unión política e ideológica de las clases subalternas, a las que agrupa en un conjunto armonioso de *energías nacionales.*

> El ejercicio "normal" de la hegemonía en el terreno devenido clásico del régimen parlamentario se caracteriza por la combinación de la fuerza y el consenso, que se equilibran en formas variadas, sin que la fuerza rebase demasiado al consenso, o mejor tratando que la fuerza aparezca apoyada por el consenso de la mayoría que se expresa a través de los órganos de la opinión pública -periódicos y asociaciones-, los cuales, con ese fin, son multiplicados artificialmente. Entre el consenso y la fuerza está la corrupción-fraude (que es característica de ciertas situaciones de ejercicio difícil de la función hegemónica, presentando demasiados peligros el empleo de la fuerza), la cual tiende a enervar y paralizar las fuerzas antagónicas atrayendo a sus dirigentes, tanto en forma encubierta como abierta, cuando existe un peligro inmediato, llevando así la confusión y el desorden a las filas enemigas.[105]

---

103 *Ibidem.*

104 *Cuadernos*, V, p. 42.

105 *Cuadernos*, V, p. 81.

El italiano toma en consideración el sustento institucional de la hegemonía, los órganos concretos de producción hegemónica:

> La escuela como función educativa positiva y los tribunales como función educativa represiva y negativa, son las actividades estatales más importantes en tal sentido. Pero en realidad, a ese fin tienden una multiplicidad de otras iniciativas y actividades supuestamente privadas, que forman el aparato de la hegemonía política y cultural de las clases dominantes.[106]

Destaca que la constitución de los aparatos productores de hegemonía atraviesan la esfera estatal y privada, para articularse en un accionar disperso en su forma pero con un sentido unitario en su contenido. Y también:



> (...) el Estado tiene y pide el consenso, pero también "educa" este consenso con las asociaciones políticas y sindicales, que sin embargo son organismos privados, dejados a la iniciativa privada de la clase dirigente.[107]

Aparece así la construcción cotidiana del consentimiento otorgado al orden social imperante. Analiza también la posibilidad (y necesidad) de construir hegemonía antes de conquistar el Estado. Podría decirse también que una clase subalterna fundamental puede lograr su capacidad de dirección, tomar las *casamatas* del dominio de clase, que en el lenguaje de Gramsci alude a las organizaciones de la "sociedad civil". Una clase subalterna puede convertirse en hegemónica antes de apoderarse del aparato estatal. Afirma Aricó: "Para el proletariado la conquista del poder no puede consistir simplemente en la conquista de los órganos de coerción (aparato burocrático-militar) sino también y *previamente* en la conquista de las masas".[108]

Y en palabras del propio Gramsci:

> Un grupo social puede e incluso debe ser dirigente aun antes de conquistar el poder gubernamental (ésta es una de las condiciones principales para la misma conquista del poder); después, cuando ejerce el poder y aunque lo tenga fuertemente en el puño, se vuelve dominante pero debe seguir siendo también "dirigente". (...) resulta claro que puede y debe existir una actividad hegemónica incluso antes del ascenso al poder y que no hay que contar sólo con la fuerza material que el poder da para ejercer una dirección eficaz.[109]

106 *Cuadernos*, III, p. 308.

107 *Cuadernos*, I, p. 122.

108 J. Aricó "Prólogo", a *Notas sobre Maquiavelo*..., p. 19.

109 *Cuadernos*, V, p. 387.

Para Gramsci el desenvolvimiento de una clase es un proceso integral que se extiende sobre todos los campos vitales, no sólo el económico:

> En el desarrollo de una clase nacional, junto al proceso de su formación en el terreno económico, hay que tener en cuenta el desarrollo paralelo en los terrenos ideológico, jurídico, religioso, intelectual, filosófico, etcétera: debe decirse incluso que no hay desarrollo en el terreno económico, sin estos otros desarrollos paralelos.[110]

Historicismo absoluto

Como se escribió en un punto anterior, el término "materialismo histórico" es mencionado a menudo en los escritos de la cárcel de la primera etapa, para luego ser reemplazado por el de "filosofía de la praxis". Ello está acorde con la idea gramsciana de que el término "materialismo" había sido interpretado en el sentido de un materialismo metafísico, incluso con un fondo "místico" que planteaba un retroceso con respecto a las filosofías inmanentistas modernas, con Hegel a la cabeza. Gramsci remarca primero la necesidad de trasladar el énfasis del componente "materialista" al "histórico" y luego parece directamente desechar la categoría "materialismo histórico" en beneficio de la *praxis* y del *historicismo absoluto*, con la tradición marxista como fundadora de una nueva civilización:

> La filosofía de la praxis no sólo pretendía explicar y justificar todo el pasado, sino explicarse y justificarse históricamente también a sí misma, o sea que era el máximo "historicismo", la liberación total de todo "ideologismo" abstracto, la conquista real del mundo histórico, el inicio de una nueva civilización.[111]

Se ha olvidado, en una expresión muy común, que había que poner el acento en el segundo término "histórico" y no en el primero de origen metafísico. La filosofía de la praxis es el "historicismo" absoluto, la mundanización y terrenalidad absoluta del pensamiento, un humanismo absoluto de la historia. En esta línea hay que excavar el filón de la nueva concepción del mundo.[112]

Gramsci tiende a romper con la dicotomía materialismo vs. idealismo que de algún modo agrupaba a la corriente marxista con todos los antecedentes

110 *Cuadernos*, III, p.135.

111 *Cuadernos*, V, p. 267.

112 *Cuadernos*, IV, p. 293.

materialistas en la historia de la filosofía. Y describía como virtual "delirio" a las filosofías idealistas, separando en el caso de Hegel el "método" dialéctico (incorporado por Marx) del contenido idealista, que se suponía enteramente desechable. El acento en el "materialismo" tiende a deshistorizar y deshumanizar la herencia de Marx y a no visualizar los componentes fecundos que siguen generándose en el pensamiento "idealista".

IDEOLOGÍA

Gramsci rechaza la concepción, en boga en el pensamiento de la época staliniana, de la ideología como una producción consciente e intencionada de la clase dominante para justificar y defender su dominación, una suerte de "engaño" a las masas que basta con denunciar en su falsedad para que caiga por su base. La ideología, para Gramsci, es un fenómeno contradictorio, producto de la lucha social que se desenvuelve a lo largo de la historia

> No hay que concebir la "ideología", la doctrina, como algo artificial y superpuesto mecánicamente (como un vestido sobre la piel que es producida orgánicamente por todo el organismo biológico animal), sino históricamente, como una lucha incesante.[113]

Apoyándose en la metáfora de la ideología como "piel" de la organización social, Gramsci insiste en la "realidad y autonomía" de esos fenómenos

> Este tema del valor concreto de las superestructuras en Marx debería ser bien estudiado (...) Si los hombres toman conciencia de su deber en el terreno de las superestructuras, ello significa que entre estructura y superestructuras hay un nexo necesario y vital, al igual que en el cuerpo humano entre la piel y el esqueleto; se diría un despropósito si se afirmase que el hombre se mantiene erecto sobre la piel y no sobre el esqueleto, y sin embargo esto no significa que la piel sea una cosa aparente e ilusoria, tanto es así que no es muy agradable la situación del hombre desollado.[114]

---

113 *Cuadernos*, II, p. 58. Al respecto afirma Umberto Cerroni: "Gramsci reacciona en cambio a la tendencia en el análisis de las ideologías (y de la cultura) a la búsqueda de su equivalente sociológico (una tendencia que empuja cierto marxismo a ambiguos encuentros con la 'sociología del saber' (...) Que la ideología pueda resultar falsa conciencia no implica algún 'dolo' y no es en general, un hecho psicológico sino un hecho por así decirlo teorético de defectuosidad de fundación intelectual del saber." U. Cerroni, "Léxico Gramsciano" en AA.VV. *Gramsci. Actualidad de su pensamiento y de su lucha*, Santiago de Chile, 1987.

114 *Cuadernos*, II, p. 149.

Llama a distinguir entre dos usos del término, aplicado tanto "a la superestructura necesaria de una determinada estructura", como a "elucubraciones arbitrarias de determinados individuos".[115] Las históricamente necesarias "organizan" las masas humanas y forman el terreno en que los hombres "se mueven, adquieren conciencia de su posición, luchan".[116] Las "arbitrarias", propias de individuos o pequeños grupos, *si no logran volverse* "orgánicas" de un determinado sector social, tienen destino de marginalidad o desaparición.

En esa dirección, la filosofía de la praxis debe privilegiar la consideración de las ideologías "necesarias", en tanto que vinculadas a las relaciones de base de la sociedad. La emancipación de las clases subalternas respecto a la cosmovisión de las dominantes resulta un presupuesto ineludible de la emancipación social, un núcleo fundamental de la lucha de clases:

> (...) las ideologías son todo lo contrario de arbitrarias; son hechos históricos reales, que hay que combatir y revelar en su naturaleza de instrumentos de dominio no por razones de moral, etcétera, sino precisamente por razones de lucha política: para hacer intelectualmente independientes a los gobernados de los gobernantes, para destruir una hegemonía y crear otra, como momento necesario del trastocamiento de la praxis.[117]

Intelectuales tradicionales y orgánicos

Cada clase social fundamental tiende a crearse su propio grupo de intelectuales, que le da homogeneidad y conciencia en el terreno económico pero también en el político y el cultural.[118] Gramsci se pronuncia contra la falsa noción de la independencia de los intelectuales, contra la asimilación de ellos a los *hombres de letras*; relativiza la división entre *intelectuales* y *simples*, y quiebra la individualidad del intelectual en la figura del *intelectual colectivo* de la clase obrera. Gramsci plantea la extensión del concepto:

> Por intelectuales es preciso entender no sólo aquellas capas comúnmente designadas con esta denominación, sino en general toda la masa social que ejerce funciones organizativas en sentido lato, tanto en el

115 *Cuadernos*, III, p. 159.

116 *Ibidem*.

117 *Cuadernos*, IV, p. 201.

118 *Cuadernos*, IV, p. 353.

campo de la producción como en el de la cultura y en el político-administrativo.[119]

En ese entendimiento, todo miembro activo de un partido, por cumplir funciones organizativas, es un intelectual. Pero ya no un *intelectual tradicional* de tendencias individualistas, y autoengañado en cuanto a la posesión de una sedicente "independencia", sino un *intelectual orgánico* surgido de las masas y ligado a ellas:

> (...) no existe una clase independiente de intelectuales, sino que cada grupo social tiene su propia capa o tiende a formársela; pero los intelectuales de la clase históricamente (y realistamente) progresista, en las condiciones dadas, ejercen un poder tal de atracción que termina, en último análisis, por subordinar a los intelectuales de los otros grupos sociales, y en consecuencia por crear un sistema de solidaridad entre todos los intelectuales con vínculos de orden sicológico (vanidad, etc.) y frecuentemente de casta (técnico-jurídicos, corporativos, etc.).[120]

En la sociedad capitalista, los empresarios son también intelectuales, al menos en lo que incumbe a sus funciones de organización y dirección:

> Si no todos los empresarios, al menos una elite de ellos debe tener una capacidad de organizador de la sociedad en general, en todo su complejo organismo de servicios, hasta el organismo estatal, por la necesidad de crear las condiciones más favorables para la expansión de su propia clase; o debe poseer por lo menos la capacidad de escoger "los delegados" (empleados especializados) a los que se confiará esta actividad organizativa de las relaciones generales externas a la empresa.[121]

El intelectual orgánico se diferencia de los intelectuales *tradicionales*, preexistentes a la modernidad capitalista, que se conciben a sí mismos como *independientes* de la clase dominante:

> (...) diversas categorías de intelectuales tradicionales sienten con "espíritu de cuerpo" su ininterrumpida continuidad histórica y su "calificación", de igual manera se ven a sí mismas como autónomas e independientes del grupo social dominante..." esto da lugar a una "utopía social" por la que los intelectuales se creen "independientes (...) revestidos de características propias.[122]

Superando esa concepción, los intelectuales "orgánicos" son conscientes de su relación con una clase fundamental, y se definen como

---

119 *Cuadernos*, V, p. 412.

120 *Cuadernos*, V, p. 388.

121 *Cuadernos*, IV, p. 353.

122 *Cuadernos*, IV, p. 354.

tales a partir de su función "directiva y organizativa, o sea educativa, o sea intelectual."[123]

Gramsci expone sucintamente la tarea fundamental de los intelectuales de nuevo tipo, ligados a la clase obrera:

> (...) elaborar críticamente la actividad intelectual que en cada uno existe en cierto grado de desarrollo, modificando su relación con el esfuerzo *muscular-nervioso hacia un nuevo* equilibrio, y obteniendo que el mismo esfuerzo muscular-nervioso, *en cuanto elemento de una actividad* práctica general que renueva constantemente el mundo físico y social, se convierta en fundamento de una concepción del mundo nueva e integral.[124]

Previamente había caracterizado al *nuevo intelectual* como "(...) intelectual-constructor, organizador", "persuasor permanente", portador de una concepción *humanista-histórica*, sin la cual se permanece como *especialista* y no se llega a *dirigente* (especialista de la política). Quedaría así superado el tipo "tradicional" de intelectual: el literato, el filósofo, el poeta, incluso el abogado. Esos intelectuales de viejo tipo asumen su importancia a través de la "elocuencia" del manejo de la palabra y no de la capacidad organizativa y de acción.[125]

Cabe aclarar que no hay que pensar en una relación simétrica intelectuales = hegemonía, ya que también se desempeñan en funciones de "dominio", ligadas a la coerción:

> Los intelectuales son los "encargados" por el grupo dominante para el ejercicio de las funciones subalternas de la hegemonía social y del gobierno político, esto es: 1) del "consenso" espontáneo dado por las grandes masas de la población a la orientación imprimida a la vida social por el grupo dominante fundamental, consenso que nace "históricamente" del prestigio (y por lo tanto de la confianza) derivado por el grupo dominante de su posición y de su función en el mundo de la producción. 2) del aparato de coerción estatal que asegura "legalmente" la disciplina de aquellos grupos que no "consienten" ni activa ni pasivamente, pero que está constituido *para toda la sociedad en previsión* de los momentos de crisis en el mando y en la dirección, en que el consenso espontáneo viene a faltar.[126]

La coerción ocupa un segundo lugar en las sociedades hegemónicas, pero puede pasar al primero en momentos de crisis.

---

123 *Cuadernos*, IV, p. 260.

124 *Cuadernos*, IV, p. 382.

125 *Cuadernos*, II, p. 226.

126 *Cuadernos*, IV, p. 357.

Los intelectuales de una nueva clase deben autoconcebirse como un fenómeno radicalmente nuevo:

> Una nueva situación histórica crea una nueva superestructura ideológica, cuyos representantes [los intelectuales] deben ser concebidos también ellos como "nuevos intelectuales", nacidos de la nueva situación y no como continuación de la intelectualidad precedente. Si los "nuevos intelectuales" se conciben a sí mismos como continuación directa de la intelectualidad precedente, no son en absoluto "nuevos", no están ligados al nuevo grupo social del que era expresión la vieja intelectualidad (...) Si es tarea de los intelectuales la de determinar y organizar la revolución cultural, o sea de adecuar la cultura a la función práctica, es evidente que los intelectuales cristalizados son reaccionarios, etc.[127]

La autoconciencia significa *históricamente creación de una vanguardia* de intelectuales, que dé cohesión y homogeneidad a la organización de masas:

> una masa no se "distingue" y no se vuelve independiente "por sí misma" sin organizarse (...) y no hay organización sin intelectuales o sea sin organizadores y dirigentes.[128]

En la perspectiva de las clases subalternas, la creación de una intelectualidad propia, "orgánica" está ligada a la formación del partido, al "príncipe moderno" en el que todos sus miembros asumen, en cierto sentido, una labor intelectual, en cuanto organizativa y de dirección.

Internacionalismo. Lo nacional y el cosmopolitismo

Gramsci critica más de una vez al internacionalismo abstracto, que no comprende los rasgos nacionales y no los incorpora a su análisis y acción. Los conceptos no nacionales (es decir, no referibles a cada país singular) son erróneos, como se ve por su absurdo final. Para él, esos conceptos han llevado a la inercia y a la pasividad en dos fases bien diferenciadas:

> 1º En la primera fase, nadie se creía obligado a empezar, o sea, pensaba cada uno que si empezaba se encontraría aislado; esperando que se movieran todos juntos, no se movía nadie ni organizaba el movimiento.
>
> 2º La segunda fase es tal vez peor, porque se espera una forma de "napoleonismo" anacrónico y antinatural (puesto que no todas las fases históricas se repiten de la misma forma). Las debilidades teóricas

127 *Cuadernos*, III, p. 302.

128 *Cuadernos*, IV, p. 253.

de esta forma moderna del viejo mecanicismo están disfrazadas por la teoría general de la revolución permanente, que no es más que una previsión genérica presentada como dogma, y que se destruye por sí sola, por el hecho de que no se manifiesta efectivamente.[129]

Resulta transparente que se refiere con la primera al *determinismo* de la Segunda Internacional, que esperaba *indefinidamente* las *condiciones ideales* para la producción de una transformación revolucionaria, y con la segunda caricaturiza a la visión posterior a la revolución de Octubre, de "mundialización" más o menos rápida de la revolución.

Gramsci insiste una y otra vez en la construcción de la visión internacionalista sobre la base de las peculiaridades nacionales, a modo de advertencia contra el internacionalismo *superficial* al que a veces identifica como *cosmopolitismo*, vinculado con "Escaso espíritu nacional y estatal en sentido moderno".[130] También aplica el término a Trotsky que "(...) parecía un 'occidentalista', era por el contrario un cosmopolita, o sea superficialmente nacional y superficialmente occidentalista y europeo".[131]

Para luego definir el verdadero internacionalismo, como una comprensión mundial con punto de partida en el conocimiento de la combinación exacta de fuerzas nacionales:

En realidad, la relación "nacional" es el resultado de una combinación "original", única (en cierto sentido) que en esta originalidad y unicidad debe ser comprendida y concebida si se quiere dominarla y dirigirla. Ciertamente el desarrollo va hacia el internacionalismo, pero el punto de partida es "nacional" y en este punto de partida es que hay que iniciar el movimiento. Por lo tanto hay que estudiar exactamente la combinación de fuerzas nacionales que la clase internacional deberá dirigir y desarrollar según las perspectivas y las directivas internacionales. La clase dirigente es tal sólo si llega a interpretar exactamente esta combinación, de la que ella misma es componente, y en cuanto tal precisamente puede dar al movimiento una cierta orientación y ciertas perspectivas.[132]

El proletariado es una clase "internacional" por naturaleza, pero para construir hegemonía debe dirigir a estratos puramente nacionales, como los intelectuales, y firmemente arraigados en la comunidad local, como los "campesinos". Es por ello necesaria una sutil articulación entre los planos mundial, internacional, nacional y local para una clase obrera con

129 *Cuadernos*, V, p. 157.

130 *Cuadernos*, II, p. 49.

131 *Cuadernos*, IV, p. 156.

132 *Cuadernos*, V, p. 156.

vocación y capacidad hegemónica. Esto la obliga a "nacionalizarse" en algunos aspectos.[133]

Un interrogante que se nos plantea en los últimos tiempos respecto de la dialéctica "nacional-internacional" es el de los efectos sobre ella de la aceleración e intensificación de la internacionalización capitalista. El dominio capitalista "homogeneiza" las sociedades entre sí y trasnacionaliza el dominio de clase, reduciendo la autonomía de las clases dominantes locales y los estados nacionales. La lucha de clases tiende a presentarse, con evidencia creciente, como una confrontación mundial única.

Maquiavelo

La filiación "maquiavélica" del pensamiento político gramsciano es muy conocida, pero no siempre bien comprendida.

Gramsci ve en Maquiavelo el planteo de una "política realista", orientada a conseguir un sustento de masas, un consenso activo que apunte a la conformación de una voluntad colectiva "nacional-popular" con vista a la fundación de un nuevo Estado. No destaca su "cinismo" ni su "inmoralidad", al modo de los análisis convencionales, sino su enfoque de la lucha por el poder.

Maquiavelo aparenta escribir para los "príncipes" pero, en realidad, a juicio de Gramsci, lo hace para educar a las clases subalternas: mostrarles la realidad de la política, despojada de su costado de supuesta realización de un ideal moral, para pasar a ser concebida como un proyecto de construcción de poder. Estas características hacen que vea a Maquiavelo como un antecesor del talante político-intelectual propio de la filosofía de la praxis:

> Maquiavelo escribió libros de "acción política inmediata", no escribió una utopía en la que se contemplara un Estado ya constituido, con todas sus funciones y sus elementos conformados. En su tratamiento, en su crítica del presente, manifestó conceptos generales, que por lo tanto se presentan en forma aforística y no sistemática, y expresó una concepción del mundo original, que podría también ella llamarse "filosofía de la praxis" o "neo-humanismo" en cuanto que no reconoce elementos trascendentales o inmanentes (...) sino que se basa toda ella en la acción concreta del hombre que por sus necesidades históricas actúa y transforma la realidad. (...) Maquiavelo lo reconduce todo a la

133 *Ibídem.*

política, o sea al arte de gobernar a los hombres, de obtener su consenso permanente, o sea de fundar "grandes estados".[134]

También subraya Gramsci el elemento de "sentir", de política-pasión que late en la obra maquiaveliana, al punto de llevar a una identificación pueblo-dirigente que tiene la virtud de articular y unificar a las masas previamente dispersas e impulsarlas a la acción transformadora:

El Príncipe de Maquiavelo podría ser estudiado como una ejemplificación histórica del "mito" soreliano, o sea de una ideología política que se presenta no como fría utopía ni como doctrinario raciocinio, sino como una creación de fantasía concreta que actúa sobre un pueblo disperso y pulverizado para suscitar y organizar en él la voluntad colectiva.

En el epílogo Maquiavelo mismo se hace pueblo, se confunde con el pueblo, al que Maquiavelo ha convencido con su tratado precedente, del que él se vuelve y se siente conciencia y expresión, se siente idéntico: parece que todo el trabajo "lógico" no es más que una autorreflexión del pueblo, un razonamiento interno, que se hace en la conciencia popular y que tiene su conclusión en un grito apasionado, inmediato. La pasión, de razonamiento sobre sí misma, se reconvierte en "afecto", fiebre, fanatismo de acción.[135]

En esa línea, aparece comprensible el paralelo Príncipe- partido político revolucionario, que lleva a la denominación gramsciana de "príncipe moderno" para este último.[136]

Al mismo tiempo, lo específicamente italiano de Maquiavelo, la reunificación de la sociedad peninsular en un proceso con protagonismo de masas, se acerca a la problemática gramsciana, orientada a replantear la unidad italiana en términos de "iniciativa popular", a suturar la partición entre el norte y el sur. Fue la falta de "una fuerza *jacobina* eficiente" la que impidió históricamente la formación de una voluntad colectiva nacional-popular en Italia.[137]

NATURALEZA HUMANA...

Una respuesta, formulada desde el punto de vista marxista, a la pregunta ¿Qué es el hombre? no podía ser formulada por Gramsci sino en un sentido historicista, desmitificador de las pretensiones de definir al ser

---

134 *Cuadernos*, II, p. 343..

135 *Cuadernos*, V, pp. 13-14.

136 *Cuadernos*, III, p. 226.

137 *Cuadernos*, V, p. 16.

humano de un modo válido para cualquier tiempo y lugar. No existe, por tanto, para Gramsci, un "hombre" abstracto sino hombres concretos.

> Que la "naturaleza humana" es el "conjunto de las relaciones sociales" es la respuesta más satisfactoria, porque incluye la idea del devenir: el hombre deviene, se transforma continuamente con el transformarse de las relaciones sociales, y porque niega al "hombre en general": en realidad las relaciones sociales se expresan en diversos grupos de hombres que se presuponen, cuya unidad es dialéctica, no formal. El hombre es aristocrático en cuanto que es siervo de la gleba, etcétera. (...) Puede incluso decirse que la naturaleza del hombre es la "historia" (...) si precisamente se da a la historia el significado de "devenir", en una "concordia discors" que no parte de la unidad, sino que contiene en sí las razones de una unidad posible: por eso la "naturaleza humana" no puede hallarse en ningún hombre particular sino en toda la historia del género humano (...) mientras que en cada individuo se encuentran características puestas de relieve por las contradicciones con los otros. Las concepciones de "espíritu" de las filosofías tradicionales, como la de "naturaleza humana" que se encuentra en la biología, deberían explicarse como "utopías científicas" que sustituyeron a la mayor utopía de la "naturaleza humana" buscada en Dios.[138]

Partido (Príncipe moderno)

El partido es la fuerza unificadora de la clase en el plano político-cultural, el ámbito de formación del núcleo dirigente de la misma, y de desarrollo de un espíritu innovador, de crítica activa al sentido común; y del ataque concreto a la clase dirigente tradicional, a través de la elaboración de una conciencia de cuestionamiento activo a su dominación. El partido tiene una visión política general que no puede anidar en organizaciones de finalidad económico-corporativa, como los sindicatos.

> El moderno Príncipe, el mito-príncipe, no puede ser una persona real, un individuo concreto; puede ser sólo un organismo, un elemento social en el cual ya tenga inicio el concretarse de una voluntad colectiva reconocida y afirmada parcialmente en la acción. Este organismo ha sido ya dado por el desarrollo histórico y es el partido político, la forma moderna en que se resumen las voluntades colectivas parciales que tienden a convertirse en universales y totales.[139]

Las grandes tareas del partido, las de alcance histórico son las de la

138 *Cuadernos*, III, p. 172-173.

139 *Cuadernos*, III, p. 226.

formación de una voluntad colectiva nacional popular de la que el moderno Príncipe es precisamente la expresión activa y operante y la reforma intelectual y moral.[140]

El programa de acción del partido debe ser incorporado en clave de contribución a la constitución y fortalecimiento de una voluntad colectiva y por lo tanto desprenderse dramáticamente del discurso y no ser reducido a "frías abstracciones". En cuanto al papel del partido en la reforma intelectual y moral considera que éste trastorna todas las relaciones morales e intelectuales.[141]

Advierte contra el excesivo "reduccionismo" en la relación entre partido y clase social

(...) si bien es verdad que los partidos no son más que la nomenclatura de las clases, también es verdad que los partidos no son *solamente* una expresión mecánica y pasiva de las clases mismas, sino que reaccionan enérgicamente sobre ellas para desarrollarlas, consolidarlas y universalizarlas.[142]

La relación entre partido y grupo social es vista por Gramsci no como un vínculo instrumental, de representación directa de intereses, sino como una actividad de construcción hegemónica, que construye alianzas en base a la búsqueda de "equilibrios" sociales:

Si bien cada partido es expresión de un grupo social y de un solo grupo social, sin embargo, determinados partidos representan precisamente un solo grupo social en ciertas condiciones dadas en cuanto que ejercen una función de equilibrio y de arbitraje entre los intereses de su propio grupo y los otros grupos y procuran que el desarrollo del grupo representado se produzca con el consenso y la ayuda de los grupos aliados, sino es que también de los grupos decididamente adversarios.[143]

Esa identificación de partido-grupo social se complica en muchas situaciones y los partidos se dividen en fracciones que actúan de modo independiente. Por eso "El Estado Mayor intelectual del partido orgánico (...) actúa como si fuese una fuerza dirigente por completo independiente, superior a los partidos y a veces considerada así por el público".[144]

La verdadera dirección política de la clase dominante se distribuye entre varios partidos, o bien queda por fuera de la estructura formal de los mismos,

140 *Cuadernos*, III, p. 228.

141 *Cuadernos*, III, 228.

142 *Cuadernos*, II, p. 102.

143 *Cuadernos*, V, p. 50.

144 A. Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo...*, p. 84.

centrada más bien en otros grupos u organizaciones que pueden orientar a los grupos políticos sin mezclarse directamente en sus asuntos.

Afirma Biagio de Giovanni:

> Su reflexión sobre el partido (la de Gramsci) parte de una atención extremadamente determinada sobre la necesidad de que la iniciativa del partido deje filtrar *realmente* a través de su propia obra de dirección la productividad política de las masas. El riesgo principal es visto en la caída de esta relación.[145]

Este orden de fenómenos está relacionado con una de las cuestiones más importantes que se refieren al partido político; su capacidad para reaccionar contra el espíritu de costumbre, contra las tendencias a "rutinizarse" y a volverse anacrónico, y la constitución de grupos burocráticos enquistados en su estructura.[146]

El partido que se burocratiza deja de ser principio articulador de la acción de clase, para convertirse en su freno, para separarse de ella convirtiendo a la organización en un fin en sí misma. El partido de masas burocratizado puede, incluso, reproducir comportamientos y modos de pensar que lo retrotraen al estado de "secta"; agrupación pequeña, de prácticas excesivamente ritualizadas y sin contacto con las masas. En última instancia, si el proceso prosigue y llega a cristalizarse, la nueva entidad burocratizada ya será un "ex-partido revolucionario" e irá, más temprano que tarde, a convertirse en una "trinchera" utilizable por la clase dominante para conservar y afianzar su poder, anudando nuevos consensos.

Por otra parte, da importancia a un "tercer tipo" de organizaciones que no son partidos ni órganos de defensa económica. Por ejemplo, los consejos obreros y los clubes de cultura, pueden cumplir funciones unificadoras del conjunto de la clase, construir una organización más amplia y flexible que la de sindicatos o partidos (sin por ello poder suplantarlos). Más allá de las fronteras partidarias, participar en el proceso de *catarsis* que marca el paso de la conciencia económica-corporativa al momento ético-político, movilizar.

---

145 Biagio de Giovanni, "Lenin, Gramsci y la base teórica del pluralismo" en AA.VV. *Teoría Marxista de la Política*, Cuadernos de Pasado y Presente, México, 1981, p. 200.

146 Cf. *Cuadernos*. V, p. 53, ya citado.

En esta categoría el término "reforma" no se incluye en el sentido lato de un proceso consciente de renovación de modos de pensar y conductas. También se refiere al proceso histórico-cultural específico de la Reforma protestante, como ejemplo de un movimiento intelectual que se expandió y llegó al pueblo, transformándose en una bandera de lucha incluso de los campesinos, y aminorando la distancia entre intelectuales y simples. La "reforma intelectual y moral"[147] junto con la formación de una "voluntad colectiva nacional-popular" forma el contenido fundamental de la acción de un partido revolucionario, y las bases para la formación de una nueva hegemonía. Y la realización de tal "reforma" consiste en la expansión de la filosofía de la praxis

> La filosofía de la praxis es la coronación de todo este movimiento de reforma intelectual y moral, dialectizado en el contraste entre cultura popular y alta cultura. Corresponde al nexo Reforma protestante + Revolución Francesa: es una filosofía que es también una política y una política que es también una filosofía. Atraviesa todavía su fase popular: suscitar un grupo de intelectuales independientes no es cosa fácil, exige un largo proceso, con acciones y reacciones (...) es la concepción de un grupo social subalterno, sin iniciativa histórica, que se amplía continuamente, pero inorgánicamente, y sin poder sobrepasar un cierto grado *cualitativo que está siempre más allá* de la posesión del Estado, del ejercicio real de la hegemonía sobre la sociedad entera.[148]

No deja de percibir similitudes entre aquel proceso y las tendencias a convertir al materialismo histórico en doctrina pasiva y fatalista. Y, frente a ello, señala la necesidad de recuperar el papel de la iniciativa popular, la capacidad del materialismo histórico para dar lugar a iniciativas asombrosas. La tarea de la *reforma intelectual y moral* significaba afianzar el papel de impulsora de la iniciativa popular de la *filosofía de la praxis*, sacarla del caparazón doctrinario para encarnarla en el pensamiento y acción de las masas.

Como ocurre con otras categorías, la "reforma" debe tener un sustrato material "(...) no puede dejar de estar ligada a un programa de reforma

---

147 Como otros de los términos fundamentales de Gramsci, éste tiene un origen previo a él y externo a la tradición marxista. *La reforma intelectual y moral* es el título de un libro de Ernest Renan, el mismo autor de *¿Qué es una Nación?* y de una famosa *Vida de Cristo*. En aquella obra Renan planteaba la necesidad de reconstruir a la sociedad francesa, después de la catastrófica derrota de la guerra franco-prusiana y la represión de la Comuna de París.

148 *Cuadernos*, V, p. 264.

económica, incluso el programa de reforma económica es precisamente el modo concreto en que se presenta toda reforma intelectual y moral".[149]

El proceso de implantación de la reforma sigue múltiples caminos, según los grupos sociales y los ámbitos, y su avance no es lineal

> (...) el desarrollo de la renovación intelectual y moral no es simultáneo en todos los estratos sociales, todo lo contrario: incluso hoy, es bueno repetirlo, muchos son ptolomeicos y no copernicanos. (...) Colocarse en el punto de vista de una "sola" línea de movimiento progresivo, por el que cada adquisición nueva se acumula y convierte en premisa de nuevas adquisiciones, es un grave error: no sólo las líneas son múltiples, sino que también se dan pasos atrás incluso en la línea "más" progresista.[150]

Reforma y renacimiento

Gramsci encuentra en la Reforma y el Renacimiento, tomados como modelos de desarrollo cultural, "un punto de referencia crítico", y afirma "...el proceso actual de formación molecular de una nueva civilización puede ser parangonado con el movimiento de la Reforma". En la Reforma, los calvinistas proyectaron las aristas potencialmente pasivas y fatalistas de la doctrina de la Gracia,[151] en una "práctica real y de iniciativa a escala mundial"[152] que al "santificar" la acumulación y el éxito económico y repudiar el *ocio* contribuyó a formar la ideología del capitalismo naciente. De allí el papel de avanzada, en los estadios iniciales de la expansión capitalista, de las sociedades dominadas culturalmente por el cristianismo protestante y su visión del mundo, encarnada tempranamente en una base de masas.[153] Gramsci apuesta a que el componente "fatalista" del marxismo se revierta "en un florecimiento de iniciativas y empresas".

Gramsci contrapone, sobre esta línea de análisis, el *Renacimiento* a la *Reforma*, pues aquél no se acercó a las masas, por el contrario, aumentó la separación de éstas respecto de la elite intelectual, avanzando hacia un ideal de vida contemplativa, de excelencia intelectual sin despliegue en el campo político. Italia tuvo Renacimiento pero no Reforma y ello tendría que ver luego con lo incompleto y retrasado de su desarrollo

149 *Cuadernos*, V, p. 17.

150 *Cuadernos*, V, p. 231.

151 La doctrina de la gracia o predestinación es una concepción característica de la variante calvinista del *protestantismo*, por la cual el *otorgamiento o no de la Salvación* está determinado desde el nacimiento de la persona.

152 *Cuadernos*, III p. 179.

153 *Cuadernos*, III, pp. 178-179.

capitalista, la no realización de un proceso de "revolución burguesa", y la imposición de métodos de dominación política inmunes a las tendencias democratizadoras. Y sobre todo con la no constitución de un estado nacional, con el "fracaso del paso de las comunas medievales al estado moderno en Italia".[154]

El refinamiento intelectual propio del Renacimiento necesita articularse con el impulso popular de la Reforma. Para ello es fundamental que los intelectuales no capitulen ante la autoridad, ni se refugien en la ilusión del intelectual "puro" sino que asuman su papel en la expansión de una concepción del mundo innovadora, en ruptura con las clases dominantes y su Estado:

> Cada movimiento intelectual se convierte o reconvierte en nacional si se ha verificado una "ida al pueblo", si se ha tenido una fase "Reforma" y no sólo una fase "Renacimiento" y si las fases "Reforma-Renacimiento" se siguen una a la otra orgánicamente (...).[155]

Con la formación de organizaciones obreras de masas y el triunfo de la Revolución Rusa, el materialismo histórico ha alcanzado su fase "popular", pero debe elevarse nuevamente hacia el "Renacimiento" sin perder su basamento popular masivo, de modo de dar lugar a

> (...) la creación de una nueva cultura integral que tenga las características de masas de la Reforma protestante y del iluminismo francés y tenga las características de clasicismo de la cultura griega y del Renacimiento italiano, (...) sintetice a Maximilien Robespierre y a Emmanuel Kant, la política y la filosofía en una unidad dialéctica intrínseca a un grupo social no sólo francés o alemán, sino europeo y mundial.[156]

El destino de la filosofía de la praxis es dar lugar a una "cultura nueva" que atraviese al conjunto social de abajo hacia arriba, y que establezca una ligazón duradera y estable entre el rigor de los intelectuales y la conciencia de las masas.

Revolución pasiva

Gramsci concibe la revolución en sentido clásico, como una transformación fundamental impulsada "desde abajo" por la iniciativa popular. Pero se ocupa de otro camino de solución a las crisis orgánicas o

154 F. Frosini "Riforma e Rinascimento" en *Parole...*, p. 170.

155 *Cuadernos*, III, p. 290.

156 *Cuadernos*, IV, pp. 133-134.

de hegemonía: la *revolución pasiva*. De alguna manera, quedan dibujadas dos "vías alternativas" para las transformaciones radicales, que si bien con distinto origen, alcances y sentido, tienen ambas contenidos revolucionarios, una "activa" (aunque nunca usa el término "revolución activa") y otra "pasiva". La variante "pasiva" tiene que ver con la dialéctica entre lo nuevo y lo viejo, con el hecho de que un sistema social no muere antes de que haya agotado todas sus posibilidades y puede conquistar su supervivencia introduciendo relativas "novedades" en su modo de dirigir el conjunto social. Las clases dominantes realizan por sí una serie de transformaciones, "expropiando" a las clases subalternas de su iniciativa histórica.

¿Cómo se produce en concreto la revolución pasiva? Gramsci se refiere a "modificaciones moleculares que en realidad modifican progresivamente la composición precedente de las fuerzas y por lo tanto se vuelven matrices de nuevas modificaciones".[157] Las transformaciones son "moleculares", pero se reproducen y profundizan hasta llegar a generar un amplio proceso de cambio. Esto sin que las clases dominantes pierdan nunca la conducción del proceso, con capacidad para limitar en sus alcances y objetivos la participación de las clases subalternas en la realización de esas innovaciones.

Gramsci aplica este término a un proceso de transformación social sin momento "jacobino", impulsado desde "arriba", en el que la modernización del aparato estatal tiene un lugar fundamental

> Vincenzo Cuocco llamó revolución pasiva a la que tuvo lugar en Italia como contragolpe a las guerras napoleónicas. El concepto de revolución pasiva me parece exacto no sólo para Italia sino también para los demás países que modernizaron el Estado a través de una serie de reformas o de guerras nacionales, sin pasar por la revolución política de tipo radical-jacobino".[158]

Incluso alude a casos, como el de la reunificación italiana en que

> (...) no es que un grupo social sea el dirigente de otros grupos, sino que un Estado, aunque limitado como potencia, sea el "dirigente" del grupo que debería ser dirigente y pueda poner a disposición de éste un ejército y una fuerza político-diplomática.[159]

Es decir, la clase dirigente se reagrupa y reorganiza, produce reformas, reacomoda su "visión del mundo", le da un lugar "expectable" a clases que vienen de formaciones sociales anteriores en el nuevo equilibrio de fuerzas,

157 *Cuadernos*, V, p. 188.

158 *Cuadernos*, II, p. 216.

159 *Cuadernos*, V, p. 232.

para lograr un afianzamiento en su posición dirigente que, a su vez, aleje las posibilidades de una revolución "desde abajo". Procura absorber a parte de los que desarrollan su pensamiento y accionar en oposición a los grupos dominantes, tal como lo expresa en un lenguaje de resonancia hegeliana:

> (...) las necesidades de la "tesis" de desarrollarse enteramente, hasta el punto de llegar a incorporar una parte de la antítesis misma, para no dejarse "superar", o sea que en la oposición dialéctica sólo la tesis, en realidad, desarrolla todas sus posibilidades de lucha hasta ganarse a los que se dicen representantes de la antítesis: precisamente en esto consiste la revolución pasiva o revolución-restauración.[160]

En otro pasaje define la revolución pasiva como *revolución-restauración* en la cual las exigencias que en Francia hallaron una expresión jacobina-napoleónica fueron satisfechas en otras partes en pequeñas dosis, dentro de la legalidad y con métodos reformistas.[161] Más allá de su eficacia transformadora, la ideología de *revolución-restauración* serviría como elemento de una guerra de posiciones:

> lo que política e ideológicamente importa es que el esquema puede tener y tiene la virtud de crear un período de espera y de esperanzas, especialmente en ciertos grupos sociales italianos, como las grandes masas de pequeños burgueses urbanos y rurales y, así poder mantener el sistema hegemónico militar y civil a disposición de las tradicionales clases dirigentes.[162]

Lo que caracteriza a ambos términos es "la ausencia de una iniciativa popular unitaria" y "el otro hecho de que su desarrollo se ha verificado como reacción de las clases dominantes al subversivismo esporádico, elemental, inorgánico de las masas populares con 'restauraciones' que han acogido una cierta parte de las exigencias de abajo".[163] Ante la falta de homogeneidad, la debilidad de la concepción estratégica o la carencia de continuidad de las tentativas de transformación emanadas del "abajo" social, las clases dominantes mantienen (o retoman) la iniciativa y

---

160 *Cuadernos*, V, p. 188.

161 *Cuadernos*, IV, pp. 128-129. En realidad, Gramsci considera que revolución-restauración, término utilizado por el historiador Edgard Quinet para el proceso francés, es hasta cierto punto equivalente al italiano "revolución pasiva".

162 *Cuadernos*, IV, p. 130

163 La "revolución pasiva" y la "revolución-restauración" ambas expresan seguramente el hecho histórico de la ausencia de una iniciativa popular unitaria en el desarrollo de la historia... y el otro hecho de que el desarrollo se ha verificado como reacción de las clases dominantes al subversivismo esporádico, elemental, inorgánico de las masas populares con "restauraciones" que han acogido una cierta parte de las exigencias de "abajo" por lo tanto "restauraciones progresistas" o "revoluciones-restauraciones" o "revoluciones pasivas". *Cuadernos*, IV, p. 205.

convierten las transformaciones en un instrumento para tornar "gobernables" a las clases subalternas.

Este tipo de procesos tiene una importante influencia negativa sobre la capacidad de lucha de las clases adversarias. Como caracteriza Buci-Glucksmann: "la revolución pasiva, dado que decapita a las direcciones de las clases adversarias y aliadas, las priva de su propio instrumento de lucha política y crea un obstáculo para su constitución en clases autónomas".[164]

Sectarismo

Refiriéndose a cómo escribir la historia de un partido político, Gramsci expone la diferenciación entre un enfoque provisto de amplitud y sentido histórico y un abordaje "sectario", autocomplaciente, que mirará la historia desde el interior del partido y no a la organización enmarcada en la historia general de la sociedad

> El sectario se exaltará en los detalles internos, que tendrán para él un significado esotérico y lo llenarán de místico entusiasmo; el historiador, aun dando a cada cosa la importancia que posee en el cuadro general, pondrá el acento sobre todo en la eficiencia real del partido, en su fuerza determinante, positiva y negativa, en el haber contribuido a crear un acontecimiento y también en el haber impedido que otros acontecimientos se realizasen.[165]

Gramsci capta con gran agudeza el enfoque "sectario", que también podría llamarse "endogámico". Este suele derivar hacia la complacencia en la vida interna partidaria, que puede incluso construir una cultura y una "micropolítica" peculiar que registra grandes "éxitos" (a veces incluso fracasos) al margen del "mundo real". La distribución de la prensa y las publicaciones partidarias, tomadas con un enfoque groseramente "cuantitativo" en que no se juzga ni la calidad de sus contenidos ni su penetración efectiva; las campañas financieras, la "afiliación" también tomada en sentido meramente cuantitativo, sin ver el nivel de formación, la extracción social, el "prestigio" en su ámbito, etc. de los afiliados. Los discursos de los dirigentes, los informes y declaraciones de los organismos directivos, dejan de ser materiales para animar la discusión y se tornan "escrituras sagradas" sólo susceptibles de repetición y veneración. El

164 Christine Buci-Glucksmann, *Gramsci y el...* p. 77.

165 *Cuadernos*, V. p. 75.

horizonte se estrecha cada vez más y la política digna de tal nombre va desapareciendo de la actividad militante; en lugar de fortalecer al partido para hacer política transformadora, se actúa en la política "externa" para "engrandecer" al partido. Aunque la organización mantenga un discurso revolucionario, éste se vuelve una parte más de los "rituales" que la secta celebra para autolegitimarse.

Sentido común

Los fenómenos ideológico-políticos presentan un tratamiento especial en Gramsci, que no se preocupa sólo por los "sistemas de pensamiento" elaborados y coherentes, sino por las manifestaciones dispersas y autocontradictorias que conforman el "sentido común", en el que anidan formas de pensar de los más disímiles orígenes, y en el que no se "respetan" ninguna regla de método ni principios lógicos. En definitiva, a su juicio, la *praxis* revolucionaria, cuando entabla la disputa por el apoyo de las masas populares, no confronta con los "sistemas" de los filósofos, coherentes y articulados, sino con las creencias populares, con esa *filosofía de los no filósofos* que constituye el sentido común.

> la concepción del mundo absorbida acríticamente por los diversos ambientes sociales y culturales en los que se desarrolla la individualidad moral del hombre medio (...) su rasgo fundamental y más característico es el de ser una concepción (incluso en los cerebros individuales) disgregada, incoherente, inconsecuente, correspondiente a la posición social y cultural de las multitudes de las que aquél es la filosofía.[166]

La gran disyuntiva es entre "'pensar' sin tener conciencia crítica", adoptando una concepción del mundo impuesta desde fuera, o "(...) elaborar la propia concepción del mundo consciente y críticamente, elegir la propia esfera de actividad, participar activamente en la producción de la historia del mundo".[167] En la problemática gramsciana está la necesidad de superación del sentido común para adoptar una conciencia crítica y autónoma.

Gramsci trata de construir una actitud concreta (y compleja) del revolucionario frente al sentido común, que no "capitule" ante sus prejuicios, renunciando a "educarlo". Al decir de Paoli, Gramsci se pregunta por "los procesos mediante los cuales las masas llegan a vivir la unidad entre la teoría y la praxis",[168] en el entendimiento de que los contenidos del sentido

166 *Cuadernos*, IV, p. 261.

167 *Cuadernos*, IV, p. 245.

168 Antonio Paoli, *La lingüística en Gramsci. Teoría de la comunicación política*. Premia, México, 3° edición, 1989, p. 18.

común abarcan una concepción del mundo, aunque no elaborada de modo consciente y crítico: "sentido común es la concepción del mundo difundido en una época histórica en la masa popular".[169]

En toda sociedad existe un conformismo, un sentido de la *normalidad*, de lo que se considera aceptable por el solo hecho de que, se cree, "siempre fue así", y el sentido común expresa este conformismo. Los intelectuales que devienen *dirigentes* (especialista más político) pueden reorientar el sentido común en un sentido anticonformista y transformador, desarrollando los *núcleos de buen sentido* que aquél alberga.

Gramsci advierte sobre la heterogeneidad del sentido común: "El sentido común es un agregado desordenado de concepciones filosóficas y en él se puede encontrar todo lo que se quiere".[170] Avanza en explicar cuáles son sus heterogéneos contenidos:

> Cada estrato social posee su propia versión del "sentido común" que en el fondo es la concepción de la vida y la moral más difundida. Cada corriente filosófica deja una sedimentación de "sentido común": es éste el documento de su realidad histórica. El sentido común no es algo rígido e inmóvil, sino que se transforma continuamente, enriqueciéndose con nociones científicas y opiniones filosóficas introducidas en las costumbres. El "sentido común" es el folklore de la "filosofía" y constituye el punto medio entre el "folklore" auténtico (...) y la filosofía, la ciencia, la economía de los científicos.[171]

Gramsci no considera al sentido común como una "sabiduría popular" a confirmar. Por el contrario, le critica a los "vulgarizadores" del marxismo, Bujarin entre ellos, el confirmar las "certezas" acríticas del sentido común, cuando coinciden con el "materialismo" entendido al estilo especulativo del siglo XVIII. Un grupo social que aspira a constituirse en hegemónico debe luchar por superar al sentido común, desarticular el "conformismo", la "naturalización" de la realidad existente, y dar lugar a una nueva filosofía, situada a la altura de lo más elevado del pensamiento mundial:

> Cuando la concepción del mundo no es crítica y coherente sino ocasional y disgregada, se pertenece simultáneamente a una multiplicidad de hombres-masa, la propia personalidad está compuesta en forma extraña: se encuentran en ella elementos del hombre de las cavernas y principios de la ciencia más moderna y avanzada, prejuicios de todas las fases históricas pasadas toscamente localistas e intuiciones de una filosofía futura tal como la que será propia del género humano

169 *Cuadernos*, III, p. 327.

170 *Cuadernos*, III, p. 304.

171 *Cuadernos*, I, p. 140.

> unificado mundialmente. Criticar la propia concepción del mundo significa, pues, hacerla unitaria y coherente y elevarla hasta el punto al que ha llegado el pensamiento mundial más avanzado.[172]

Esa nueva concepción del mundo no puede elaborarse sino "contra" el sentido común: "Cuando en la historia se elabora un grupo social homogéneo, se elabora también, contra el sentido común, una filosofía 'homogénea' o sea sistemática".[173] Asistemático, autocontradictorio, su propio carácter "amorfo" hace difícil la discusión con las verdades de sentido común, y más difícil aun superar su arraigo, muchas veces de muy larga data. Gramsci plantea esa tarea como parte del esfuerzo revolucionario

> Cuando Marx alude a la "validez de las creencias populares" hace una referencia histórico-cultural para indicar la "firmeza de las convicciones" y su eficacia para regular la conducta de los hombres, pero implícitamente afirma la necesidad de "nuevas creencias populares", o sea de un nuevo "sentido común" y por lo tanto de una nueva cultura, o sea, de una nueva filosofía.[174]

Pero lo que no puede hacerse es ignorar el sentido común existente y dejar de aprovechar los elementos de "buen sentido" que éste puede contener, en tanto que atisbos de pensamiento crítico susceptibles de ser articulados a favor de una verdadera "reforma intelectual y moral".

Sociedad civil y sociedad política

En el "Prólogo" a la *Contribución a la crítica de la economía política,* texto muy citado por Gramsci, Marx identifica la sociedad civil con las "condiciones materiales de vida", remitiendo expresamente a la concepción de Hegel al respecto. Gramsci cambia la definición de "sociedad civil", utilizando el término en un sentido que lo asocia más bien a una porción de los fenómenos "superestructurales".

La *sociedad política* es el ámbito de lo público, lo político-jurídico, la coerción; la *sociedad civil* el de lo privado, las relaciones *voluntarias*, la construcción de consenso. Gramsci las considera en algunos pasajes a modo de dos grandes planos dentro de la "superestructura", a la primera corresponde el Estado y el *dominio directo* y a la segunda la función de *hegemonía*.[175]

172 *Cuadernos*, IV, p. 246.

173 *Cuadernos*, III, p. 303.

174 *Cuadernos*, III, p. 305.

175 *Cuadernos*, IV, p. 35.

Pero ambos niveles se entrecruzan. Por ejemplo, el papel educativo-integrador del derecho, destacado por Gramsci. En ocasiones identifica Estado con sociedad política, y en otras considera al Estado como sociedad política más sociedad civil (hegemonía revestida de coerción): "En la política el error se produce por una inexacta comprensión de lo que es el Estado (en el significado integral: dictadura + hegemonía)".[176]

El reconocimiento de la complejidad de la sociedad y el estado modernos es un punto de partida fundamental para Gramsci, hasta el punto de identificar la verdadera política revolucionaria con la precisa comprensión del fenómeno estatal:

> Los conceptos de revolucionario y de internacionalista, en el sentido moderno de la palabra, son correlativos al concepto preciso de Estado y de clase: escasa comprensión del Estado significa escasa conciencia de clase (comprensión del Estado existe no sólo cuando se le defiende sino también cuando se lo ataca para derrocarlo).[177]

Pero, junto al concepto de Estado, no es menos importante para Gramsci la comprensión del concepto de "sociedad civil", cuyo mayor grado de desarrollo caracteriza a las sociedades "occidentales":

> En Oriente el estado era todo, y la sociedad civil era primitiva y gelatinosa, en Occidente bajo el temblor del estado se evidenciaba una robusta estructura de la sociedad civil. El estado era solo una trinchera avanzada detrás de la cual se hallaba una robusta cadena de fortalezas y casamatas (...) esto exigía un cuidadoso reconocimiento de carácter nacional. (...) En los estados más avanzados, donde la "sociedad civil" se ha convertido en una estructura muy compleja y resistente a las "irrupciones catastróficas" del elemento económico inmediato (crisis, depresiones, etc.) las superestructuras de la sociedad civil son como el sistema de las trincheras de la guerra moderna (...) se trata de estudiar con "profundidad" cuáles son los elementos de la sociedad civil que corresponden a los sistemas de defensa en la guerra de posiciones.[178]

Define al Estado como la suma de las funciones de dominio y hegemonía e incluso como la suma de sociedad política y sociedad civil:

> El análisis no sería exacto si no se tomasen en cuenta las dos formas en que el Estado se presenta en el lenguaje y en la cultura en épocas determinadas, o sea como sociedad civil y como sociedad política, como "autogobierno" y como "gobierno de funcionarios". [179]

---

176 *Cuadernos*, III, p. 113.

177 *Cuadernos*, IV, p. 50.

178 *Cuadernos*, III, p. 157.

179 *Cuadernos*, III, p. 282.

O también

> (...) hay que observar que en la noción general de Estado entran elementos que deben reconducirse a la noción de sociedad civil (en el sentido, podría decirse, de que Estado = sociedad política + sociedad civil, o sea hegemonía acorazada de coerción).[180]

Escribe Giuseppe Tamburrana:

> Cuando se habla de sociedad burguesa o feudal (...) mantenida coactivamente por las leyes, los jueces o la fuerza militar se entiende también un cierto modo de vivir y de pensar (...) una concepción del mundo difundida en la sociedad y sobre la cual se fundan las preferencias, los gustos, la moral, las costumbres (...) de la mayoria de los hombres vivientes en aquella sociedad. Este modo de ser y de actuar de los hombres, de los gobernados, es el puntal más importante del orden constituido; la fuerza material es una fuerza de reserva para los momentos excepcionales de crisis. (...) Es este concepto el que interesa a Gramsci, y es lo que trata de definir, analizar y explicar.[181]

Como afirmará luego Althusser,[182] Gramsci no se ciñe a la división (perteneciente a la ideología burguesa) entre estatal-público y privado. Una sociedad civil desarrollada corresponde a la mayor gravitación del consenso, y es por lo tanto la base posible de una auténtica *hegemonía*. Y permite la formación de *opinión pública*:

> El Estado, cuando quiere iniciar una acción poco popular, crea preventivamente, la opinión pública adecuada, esto es, organiza y centraliza ciertos elementos de la sociedad civil. (...) La opinión pública es el contenido político de la voluntad política pública que podría ser discordante: por eso existe la lucha por el monopolio de los órganos de la opinión pública; periódicos, partidos, parlamento, de modo que una sola fuerza modele la opinión y con ello la voluntad política nacional, convirtiendo a los disidentes en un polvillo individual e inorgánico.[183]

Todo esto no significa dejar de tener presente el peso del "momento" de la coerción, sea como potencialidad (permanente) o como acto (en

---

180 *Cuadernos*, III, p. 76.

181 G. Tamburrana, en P. Togliatti (comp.) *Gramsci e il Leninismo, Studi Gramsciani*, E. Riuniti, 1958 , p. 280. Aricó, que cita a Tamburrana, aclara: "(...) esta distinción gramsciana (...) no puede conducirnos a creer en la existencia de dos fenómenos separados. El Estado como dictadura de clase y el Estado como sociedad no son más que dos momentos reales y activos de un único fenómeno general y expresan en última instancia el hecho de que la supremacía de una clase social se manifiesta en dos planos diferentes, como "dominio" y como "dirección intelectual y moral." Citado por J. Aricó, prólogo de *Notas sobre Maquiavelo*... p. 18.

182 L. Althusser, *Ideología y aparatos ideológicos del estado*, Fichas, Pasado y Presente, 1973.

183 *Cuadernos*, III, p. 196.

situaciones de crisis). Aun en el "estado de derecho" más afianzado, la fuerza aflora con frecuencia, aunque no aparezca en el rol decisivo inmediato. Examinando la concepción gramsciana sobre consenso y coerción, P. Anderson[184] afirma: "(...) la estructura normal del poder político capitalista en los estados democráticoburgueses está, en efecto, simultánea e indivisiblemente dominada por la cultura y determinada por la coerción".[185]

Sociedad regulada

Ante la cuestión de la posibilidad de un Estado democrático, responde

> (...) sólo puede ser "democrático" en las sociedades en las que la unidad histórica de sociedad civil y sociedad política se entiende dialécticamente (en la dialéctica real y no sólo conceptual) y el Estado es concebido como superable por la "sociedad regulada"; en esta sociedad el partido dominante no se confunde orgánicamente con el gobierno, sino que es un instrumento para el paso de la sociedad civil-política a la "sociedad regulada", en cuanto que absorbe en sí a ambas para superarlas (y no para perpetuar sus contradicciones).[186]

"Sociedad regulada" aparece como sinónimo de la desaparición del Estado identificado con una clase social, y de la dominación social coercitiva como tal.[187]

"El elemento Estado-coerción se puede imaginar extinguible a medida que se afirman elementos cada vez más conspicuos de sociedad regulada...". El "Estado sin Estado" puede concebirse posible sobre la base de la igualdad sustantiva de todos los seres humanos, que permita a todos desenvolverse como "razonables y morales" y por tanto "capaces de aceptar la ley espontáneamente".[188]

La "sociedad regulada" viene a coincidir con la idea de la sociedad comunista, sin clases ni estado, presente ya en el *Manifiesto*. Se articula

---

184 Perry Anderson, *Las antinomias de Antonio Gramsci, Estado y revolución en Occidente*, Fontamara, México, 2° edición, 1981.

185 En esta frase del historiador británico, el uso del participio de los verbos "determinar" y "dominar" no es casual: "dominada" está utilizado en el sentido de predominio inmediato, de lo que prepondera de modo visible. "Determinada" remite a lo que se encuentra en una instancia que aparece mediatizada, pero da articulación a todo el sistema y puede retomar el "dominio" si ello aparece necesario.

186 *Cuadernos*, III, p. 53.

187 *Cuadernos*, III, p. 20.

188 *Cuadernos*, III, p. 76.

sobre un sistema de principios que "afirman como fin del Estado su propio fin, su propia desaparición, o sea la reabsorción de la sociedad política en la sociedad civil".[189]

Teoría y práctica

Gramsci concibe el nexo teoría-práctica como ligado indisolublemente a la creación de un estrato de intelectuales, sin que el aspecto teórico de ese nexo se distinga concretamente en un estrato de personas "especializadas" en la elaboración conceptual y filosófica.

> Puesto que toda acción es el resultado de voluntades distintas, con diverso grado de intensidad, de conciencia, de homogeneidad con el complejo total de voluntades colectivas, está claro que también la teoría correspondiente e implícita será una combinación de creencias y puntos de vista igualmente desordenados y heterogéneos (...) el problema de identificar teoría y práctica se plantea en este sentido: construir, sobre una determinada práctica, una teoría que coincidiendo e identificándose con los elementos decisivos de la práctica misma, acelere el proceso histórico en desarrollo, haciendo la práctica más homogénea, coherente, eficiente en todos sus elementos, o sea potenciándola al máximo; o bien, dada una cierta posición teórica, organizar el elemento práctico indispensable para su puesta en práctica. La identificación de teoría y práctica es un acto crítico, por el que la práctica se demuestra racional y necesaria o la teoría realista y racional.[190]

Gramsci advierte sobre la tendencia a privilegiar el elemento "práctica" en la relación, tomando la minusvaloración de la teoría como un signo de un cierto primitivismo en el desarrollo de la clase correspondiente:

> El insistir en el elemento "práctico" del nexo teoría-práctica, después de haber escindido, separado y no sólo distinguido los dos elementos (operación meramente mecánica y convencional) significa que se atraviesa una fase histórica relativamente primitiva, una etapa todavía centrada en el plano económico-corporativo, en la que se transforma cuantitativamente el cuadro general de la "estructura" y la calidad-superestructura adecuada está en vías de surgir, pero no está aun orgánicamente formada.[191]

La articulación teoría-práctica está estrechamente ligada al desarrollo de la hegemonía, sobre todo a su configuración en torno a una "visión del

---

189 *Cuadernos*, III, p. 346.

190 *Cuadernos*, V, p. 199.

191 *Cuadernos*, V, p. 254.

mundo" dotada de coherencia y en consecuencia de capacidad de expansión.

La etapa superior en el desarrollo de la conciencia está signada por la verdadera unidad entre teoría y práctica, que a su vez es un proceso prolongado, hasta arribar a una concepción sistemática y articulada:

> La conciencia de ser parte de una determinada fuerza hegemónica (o sea la conciencia política) es la primera fase para una ulterior y progresiva autoconciencia en la que teoría y práctica finalmente se unifican. Tampoco la unidad de teoría y práctica es un dato de hecho mecánico, sino un devenir histórico, que tiene su fase elemental y primitiva en el sentido de "distinción", de "desapego", de independencia apenas instintivo, y progresa hasta la posesión real y completa de una concepción del mundo coherente y unitaria.[192]

La "coherencia y unidad" de la concepción del mundo sería el punto de llegada de una clase que ha realizado su "reforma intelectual y moral" y articulado una "voluntad colectiva". Se halla dotada de iniciativa autónoma y, por lo tanto, encuentra en la *praxis* (entendida como articulación inescindible de pensamiento y acción transformadora) la resolución del "dualismo" entre práctica y teoría, una escisión que puede resultar intelectualmente esterilizadora y políticamente paralizante.

Transformismo

Gramsci caracteriza el *transformismo* como

> (...) la absorción gradual, pero continua y obtenida con métodos diversos según su eficacia, de los elementos activos surgidos de los grupos aliados, e incluso de los adversarios que parecían irreconciliablemente enemigos. En este sentido la dirección política se convirtió en un aspecto de la función de dominio, en cuanto que la absorción de las élites de los grupos enemigos conduce a la decapitación de éstos y a su aniquilamiento durante un período a menudo muy largo.[193]

De esa manera la clase dirigente absorbe a los intelectuales de otras clases, enriquece su propio enfoque político-cultural y aumenta su capacidad hegemónica. El transformismo es un fenómeno en cuya producción ingresa tanto la capacidad de expansión y de adquisición de universalidad del grupo dominante y su producción ideológica, como el efecto desmoralizador de

---

192 *Cuadernos*, IV, p. 253.

193 *Cuadernos*, V, 387.

las derrotas políticas de los grupos subordinados y la corrupción. Gramsci señala que el proceso puede ser "molecular", con el traspaso de "personalidades políticas individuales", o bien, darse mediante el paso de "grupos extremistas enteros" al campo de la "moderación".[194]

Si en los momentos decisivos los jefes pasan a su "verdadero partido", las masas quedan truncas en su impulso, inertes y sin eficacia.[195] El transformismo es una de las formas históricas de la *revolución pasiva* y un *documento histórico real* de la verdadera naturaleza de los partidos que se presentaban como extremistas en el período de la acción militante, pero suelen virar hacia la burguesía en los momentos de reflujo.[196]

Y también puede manifestarse como un viraje "generacional", a partir de la recuperación, por parte de la burguesía, de sus "jóvenes desacarriados":

> La burguesía no logra educar a sus jóvenes (...); los jóvenes se dejan atraer culturalmente por los obreros y además se convierten (o tratan de convertirse) en sus jefes ("inconsciente" deseo de realizar por sí mismos la hegemonía de su propia clase sobre el pueblo), pero en las crisis históricas vuelven al redil.[197]

Si bien Gramsci elaboró la categoría de "transformismo" con la mira puesta en el siglo XIX italiano y cita constantemente ejemplos filiados en el predominio alcanzado en el *Risorgimento* por las fracciones "moderadas" sobre el "Partido de Acción" de Giuseppe Mazzini (que terminó jugando un rol subordinado), los fenómenos "transformistas" pueden ser rastreados en cualquier tiempo y lugar, siempre que medie un proceso de derrota y retroceso de las propuestas "radicales". En esos casos, sectores medios y aun dominantes que se habían visto atraídos por perspectivas radicales, suelen regresar a sus ámbitos de origen. Cuando se trata de intelectuales de alto nivel, esto suele ir acompañado por una prédica razonada y sistemática de la "moderación" como el único camino correcto.

Voluntad colectiva nacional-popular

Gramsci define la voluntad como "conciencia activa de la necesidad histórica, como protagonista de un real y efectivo drama histórico".[198] En

---

194 *Cuadernos*, III, p. 235-236.

195 *Notas sobre Maquiavelo...*, p. 53.

196 *Cuadernos*, III, p. 235.

197 *Cuadernos*, II, p. 111.

198 *Cuadernos*, V, p. 16.

cuanto al término "nacional-popular", en un pasaje realiza una breve exploración lingüística y señala que, en varios idiomas, las palabras "nacional" y "popular" son casi sinónimos. Por ejemplo, el francés, donde ambos términos adquieren además una resonancia política asociada a la "soberanía".[199]

Introduce el término en relación con la formación de los estados modernos y la existencia de "fuerzas jacobinas" que impulsan su fundación: "precisamente la fuerza que crea la voluntad colectiva nacional popular, fundamento de todos los estados modernos".[200] Gramsci asocia la formación de una voluntad colectiva de ese carácter al "moderno Príncipe" del que éste es "(...) al mismo tiempo organizador y la expresión activa y operante."[201] La voluntad colectiva se desarrolla sobre el terreno brindado por una "reforma intelectual y moral":

> El moderno Príncipe debe y no puede dejar de ser el pregonero y organizador de una reforma intelectual y moral, lo que además significa crear el terreno para un ulterior desarrollo de la voluntad colectiva nacional popular hacia el cumplimiento de una forma superior y total de civilización moderna.[202]

El partido sería así el impulsor tanto de la construcción de una nueva forma de ver el mundo como de la fuerza colectiva orientada a convertir esa "nueva visión" en hegemónica.

199 *Cuadernos*, VI, p. 42.

200 *Cuadernos*, III, p. 227.

201 *Cuadernos*, V, p. 17.

202 *Cuadernos*, V, p. 17, sobre la base del texto de *Cuadernos*, III, p. 228.

Anexo

Bibliografía de y sobre Gramsci

Observación: por la finalidad didáctica de esta obra, nos hemos limitado a bibliografía en español que pueda ser adquirida o consultada con cierta facilidad en librerías y bibliotecas de Buenos Aires.

Ediciones de textos de Gramsci

Cuadernos de la Cárcel

Hay dos tipos de ediciones completas de los *Cuadernos*:

1 · *Sistemática*

Organiza temáticamente los escritos en seis volúmenes con los siguientes títulos:

Notas sobre Maquiavelo, la política y el estado moderno;

El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce;

Los intelectuales y la organización de la cultura;

Il Risorgimento;

Literatura y vida nacional;

Pasado y Presente;

Fue preparada por Palmiro Togliatti, dirigente del Partido Comunista Italiano y compañero de militancia de Gramsci, en los años de la segunda postguerra, y Felice Platone.[1] Ha sido posteriormente acusada de contener intenciones de censura o distorsión del pensamiento de Gramsci, y también de producir la "ilusión" de que el pensador había escrito libros concebidos como tales, cada uno con un título y orden prefijado, lo que en realidad era iniciativa de los editores. Los *Cuadernos* quedan en esta versión ordenados en los seis volúmenes arriba mencionados, que se han reeditado una y otra vez hasta nuestros días.

1 Platone se encargó de la corrección de los manuscritos y la preparación de la edición, todo bajo la directa supervisión de Togliatti; tarea que se desarrolló entre 1947 y 1951. El rol de Platone también fue protagónico en la previa publicación de las *Cartas desde la Cárcel*.

Los cinco primeros siguen un ordenamiento temático aproximado, en torno a lo indicado por el título. El último es una suerte de agrupamiento residual de lo que no cupo en ninguno de los volúmenes restantes.

Hay versión española en una traducción originada en los años cincuenta por editorial Lautaro, de la que participaron José Aricó, Raúl Sciarrieta, e Isidoro Flaumbaum, bajo el auspicio de Héctor P. Agosti. Cabe anotar que era la primera traslación a una lengua extranjera que se hacía de los *Cuadernos*.

Esa traducción inicial no abarcó los volúmenes *Pasado y Presente* e *Il Risorgimento*, que fueron editados por Granica en 1974, en traducción de Manlio Macri. La edición temática fue reproducida años después por *Nueva Visión*, que ha realizado una nueva reimpresión muy recientemente, y se convirtió en la más difundida en nuestro medio. Hay otra, de Juan Pablos Editor, México, que reproduce exactamente los cuatro volúmenes de la edición original de Lautaro, pero toma otra versión castellana, de Stella Mastrángelo para *P y P* e *Il Risorgimento*.

Hay algunas diferencias de una edición a otra, como un prólogo de José Aricó a *Notas...* que se incluye en la reedición de Juan Pablos, pero no en la de Nueva Visión.

Estas ediciones tienen, entre otros, el inconveniente de anular la posibilidad de seguir el pensamiento gramsciano en su evolución, al romper con la cronología. Del mismo modo, hace imposible seguir las reelaboraciones y reescrituras que sufren muchas de sus notas, al fijar un texto "único" para cada una de ellas.[2] También hay casos de notas omitidas o cortadas. La edición cronológica también ha sido criticada en razón de que su agrupamiento y orden habría estado supeditado a los objetivos del PCI, en busca de legitimación para su propia línea política.

2- Edición crítica

Respeta el ordenamiento original de los cuadernos, bajo el título de *Cuadernos de la Cárcel*. Es una edición más reciente (1975 fue el año de inicio) con un fuerte aparato crítico, y una introducción sobre la vida de Gramsci. Recupera el orden de la escritura gramsciana en los cuadernos carcelarios, el rescate pleno de todos sus subtítulos y

2 La "filología" gramsciana distingue en los *Cuadernos* los textos "A" (originales que poseen una segunda versión) de los textos "B" (originales que se encuentran en única versión), y los textos "C" (segunda versión de los "A"). En la edición temática esa diferenciación desaparece, presentándose las notas en una versión única construida por los compiladores, lo que resulta una de las debilidades de esa edición.

comentarios, y añade una erudición considerable, en forma de notas que clarifican muchos aspectos de la obra. También contiene una descripción pormenorizada de cada cuaderno. La dirigió Valentino Gerratana, siendo el Instituto Gramsci, de Roma, el editor del trabajo.

Existe una traducción castellana en seis tomos, de Ediciones Era, México, que tardó largo tiempo en completarse. Los dos últimos volúmenes quedaron muy demorados, siendo finalmente editados con la colaboración de la Universidad Autónoma de Puebla. Diferencia las anotaciones que aparecen por única vez, así como las que son primera o segunda versión de las que se reiteran. En el último volumen trae índices temáticos; de nombres y de obras citadas. Estos son bastante exhaustivos, por lo que constituyen una herramienta valiosísima para orientar el estudio de los escritos carcelarios.

Cartas desde la cárcel. Nueva Visión, 1998.

La editorial *Nueva Visión* reeditó las *Cartas*, reproduciendo la primera versión castellana, efectuada en 1950 por editorial Lautaro, con prólogo de Gregorio Bermann. Esa selección fue la primera publicación en español de escritos de Gramsci, y la primera traducción a cualquier idioma extranjero de las mismas. No contiene toda la correspondencia de Gramsci en su década de encarcelamiento, sino una mínima parte, pero sirve para hacerse una idea de la evolución de los sentimientos y las reflexiones de Gramsci en su período de encierro, así como de su vida cotidiana en prisión y del proceso de elaboración de sus escritos, al que hace esporádicas referencias. Es altamente recomendable su lectura, sobre todo a la hora de pasar del "saber" acerca del pensamiento de Gramsci, al plano del "comprender" y al "sentir" su personalidad integral, las difíciles condiciones que le tocó afrontar, y el efecto que éstas a su vez tuvieron en el desarrollo de su reflexión. En italiano existen ediciones mucho más amplias de las *Cartas*. En México se efectuó hace unos años una edición muy completa, que prácticamente no ha llegado a Argentina.

Antologías y Selecciones de trabajos

Antología. Selección, traducción y notas de Manuel Sacristán. Siglo XXI. Varias ediciones.

Es una excelente compilación que comprende desde trabajos de la primera juventud de Gramsci (los primeros son de 1910), parte de las cartas desde la cárcel y de los *Cuadernos* (aunque estos últimos se hallan poco representados en el total de la antología, quizás por hallarse más difundidos), pasando por una selección de artículos de la etapa de *L'Ordine Nuovo* y de su actuación como secretario general del PCI.

Los escritos están ordenados cronológicamente y separados por períodos, cada uno de los cuales se halla precedido por una Tabla de datos y fechas, con sucinta y útil información sobre la trayectoria vital e intelectual del autor.

Escritos políticos (1917-1933). Siglo XXI, 4ta. edición. 1990.

Cuenta con un estudio previo de Leonardo Paggi, un excelente trabajo. Reemplaza a la introducción original, de J. C. Portantiero, que pasó a convertirse en una sección de su libro *Los usos de Gramsci*. La mayor parte de la selección está ocupada por los escritos sobre temas políticos de Gramsci antes de la cárcel. También se incluyen algunos de los principales fragmentos de los *Cuadernos* y una discusión política de Gramsci con su camarada Athos Lisa, desarrollada en la prisión y tomada de las memorias de este último. Se reproduce asimismo el ensayo sobre *La cuestión meridional*, trabajo inconcluso que resultó el último escrito de Gramsci en libertad y, a la vez, su primera y única tentativa de escribir un libro concebido y elaborado como tal.

Gramsci y la revolución francesa, recopilación de Javier Mena; Plaza y Valdés, 1995.

Es una selección de fragmentos de los *Cuadernos*, en torno a la revolución francesa y el jacobinismo; tema que en Gramsci siempre se trata en comparación con la forma de "revolución pasiva" que terminó adoptando la reunificación italiana. Produce así un agrupamiento temático, pero distinto de los adoptados por la edición de Togliatti y Platone.

Revolución Rusa y Unión Soviética. México, Roca, 1974.

Selección de textos que toma los principales escritos de Gramsci sobre el proceso soviético, durante el período precarcelario. Los más interesantes son el artículo "La Revolución contra 'El Capital'" y la "Carta al Comité Central del Partido Comunista Soviético" algo anterior a su arresto.

Consejos de Fábrica y estado de la clase obrera. México, Roca, 1973.

Reúne escritos de 1919 y 1920, producidos en correlación con el movimiento "consejista" de Turín, en el que Gramsci depositó sus mejores esperanzas y su empeño intelectual, mientras formaba parte del grupo de dirección del periódico *L'Ordine Nuovo*.

La concepción del partido proletario. Mexico, Ediciones de Cultura Popular, 1972.

Compilación de los escritos de Gramsci acerca de la idea de partido político, con inclusión de algunos de los más importantes en su rol de

dirigente del PC italiano. Completa con los dos anteriores un panorama sintético pero rico de lo mejor de la producción pre-carcelaria gramsciana.

Escritos periodísticos de L'Ordine Nuovo 1919-1920. Tesis 11, Buenos Aires, 1991, sobre una edición del Instituto Gramsci de 1987. Traducción de Ariel Bignami.

Selección similar a la anterior, algo más extensa. Contiene un estudio preliminar a cargo de Antonio A. Santucci, director del Instituto Gramsci de Roma. Los artículos no están fechados, lo que constituye una seria deficiencia, en una edición por lo demás cuidadosa.

Cartas a Yulca (1922-1937). Crítica-Grijalbo, Barcelona, 1989.

Trae un prólogo de Francisco Fernández Buey (*el más destacado* gramsciano de la España actual) y un bosquejo biográfico de la esposa de Gramsci, escrito por Mima Paulesu-Quercioli. Se compila en este libro toda la correspondencia intercambiada con su esposa, Julia Schucht, del período anterior al encarcelamiento y durante el mismo. De las previas a la etapa de prisión, es la primera edición castellana, que sepamos. Cierra el libro una breve noticia biográfica sobre Gramsci.

La política y el estado moderno. Con una introducción de Jordi Solé-Tura. Barcelona: Ediciones Península, 1971 (Existe también una edición de Hyspamérica, de 1988).

Es una antología que agrupa parte de los textos tradicionalmente agrupados en *Notas...* junto con otros de *El Materialismo Histórico...* Puede tener la utilidad, para un lector principiante, de agrupar parte de los textos más eminentemente políticos de los *Cuadernos.*

La alternativa pedagógica. Con una introducción de Mario A. Manacorda. México, Fontamara, 1987.

Es una extensa recopilación de los escritos de Gramsci relacionados con temas educativos y pedagógicos, exponente de un auge de los estudios gramscianos por los especialistas en educación.

Los materiales no traducidos

Resta una gran cantidad de escritos gramscianos no traducidos al español (o que, si efectivamente han sido vertidos a nuestro idioma alguna vez, no se pueden ubicar). Felizmente se ha completado la publicación de los *Cuadernos de la Cárcel* en la edición Gerratana, que culminó con la aparición del sexto tomo. De las *Cartas de la Cárcel* también ha aparecido una edición completa en México, pero sigue pendiente buena parte de la correspondencia pre-carcelaria.

Del período previo, en Italia se han publicado sendos tomos que agrupan sus escritos pre-carcelarios, por la casa editora Einaudi, cada uno de los cuales contiene muchos artículos e informes no volcados al castellano. Así están *Scritti Giovanili 1914-1918, Sotto la Mole,* que agrupa escritos de crítica literaria y teatral, y *La Costruzzione del Partito Comunista 1923-1926.* De todo este conjunto, es poco lo traducido y publicado en español. También resta editar una buena parte de los artículos de la etapa consejista.

Se han publicado en Buenos Aires, en la revista *Periferias,*[3] algunas de las cartas, así como varios textos del período previo a la prisión, incluyendo *La Cittá Futura,* de 1917, de la que no circulaba ninguna edición castellana.

Trabajos sobre Gramsci

Gramsci y la revolución en Occidente. María Antonieta Macciocchi, Siglo XXI, 1976.

Estudio sobre el pensamiento político de Gramsci, centrado en la revolución y la toma del poder, frecuentemente puesto en relación con el debate político marxista posterior a la muerte del italiano. La autora es una comunista disidente del grupo *Il Manifesto.* Está acompañado por una selección de textos de Gramsci, incluyendo parte de su correspondencia con Togliatti. Pese a algunas unilateralidades, es una buena introducción al pensamiento gramsciano.

Gramsci y el estado. (Hacia una teoría marxista de la filosofía). Christine Buci-Glucksmann, Siglo XXI, 1976.

Es un análisis centrado en la problemática filosófico-política de Gramsci, con influencia althusseriana. La obra está construida en torno al concepto de "estado ampliado" de Gramsci y desarrolla un análisis del conjunto de su obra desde ese punto de vista, cruzando las categorías gramscianas con el concepto de "aparatos", presente en Gramsci, pero más utilizado por Althusser. El lenguaje y el planteo son más bien intrincados, por lo que no es recomendable para lectores que estén en una etapa de introducción en el estudio de Gramsci, y sí de necesaria lectura para quienes se hallen en una fase más avanzada de su acercamiento al autor.

---

3 Ver en el *Dossier* "Escritos de Gramsci: Selección de *Cartas de la Cárcel*", en en *Periferias. Revista de Ciencias Sociales.* Año 7. N° 10. Buenos Aires. Segundo Semestre 2002, "Artículos periodísticos 1918-1925" y "La Ciudad Futura".

El pensamiento político de Antonio Gramsci. Jean-Marc Piotte, Buenos Aires, Cuadernos de Cultura Revolucionaria 2, 1973.

Una rápida pero precisa recorrida por conceptos fundamentales de Gramsci (Intelectuales orgánicos y tradicionales, partido, hegemonía, oriente y occidente, etc.), imbuido de la corriente maoísta en boga en la época. Pese al tiempo transcurrido, puede constituir una interesante introducción a una perspectiva revolucionaria sobre Gramsci.

El Orden y el Tiempo. Manuel Sacristán, Ediciones Trotta, Madrid, 1998.

Presentación y edición de Albert Domingo Curto. Primera edición de una introducción al pensamiento de Gramsci planteada en forma de biografía intelectual. El marxista español Sacristán la escribió a fines de los años 60 y permaneció perdida durante muchos años. Vívida mirada sobre la evolución de las reflexiones y la acción política del italiano, clara e impecablemente escrita. Se interrumpe en 1926, con la prisión de Gramsci. Reproduce la Tabla de datos y fechas que también se incluye en la *Antología* antes citada. Muy recomendable, añade al análisis e información sobre el italiano un tratamiento luminoso que merece ser leído por sí mismo.

Gramsci. Giuseppe Fiori, Crítica, 1964.

Pormenorizada biografía de Gramsci, la única completa, que sepamos, editada en español. Si bien no alcanza el brillo y profundidad del trabajo de Sacristán, tiene a su favor que es una biografía más clásica, dotada de una gran cantidad de información sobre la trayectoria vital del dirigente comunista italiano, desde su nacimiento a la muerte, y de un estilo narrativo ameno que facilita su acceso al lector no experto.

Vida y pensamiento de Gramsci. Giuseppe Vacca, UAM, Xochimilco, 1991.

Toma algunos aspectos de la vida de Gramsci en la cárcel, en uno de los capítulos, y analiza algunos avatares de la interpretación de su obra y de su edición en los otros dos. Es interesante para conocer algo sobre la "recepción" del pensamiento de Gramsci. También tiene referencias importantes a la relación del prisionero con la I.C. y con el partido italiano, y a algunos episodios no del todo esclarecidos.

Las antinomias de Antonio Gramsci. Estado y revolución en Occidente. Perry Anderson, Fontamara, 1981.

El interés de este breve libro radica en que, partiendo de la atracción y el respeto hacia la obra de Gramsci, el autor marca lo que para él son

ambigüedades y deslizamientos conceptuales en el pensamiento gramsciano, incluso en categorías tan fundamentales como la de hegemonía. Anderson también ha criticado, en su obra *El Estado Absolutista*, las apreciaciones de Gramsci sobre las ideas de Maquiavelo y su relación con la unidad italiana.

El marxismo de Gramsci. Carl Boggs,
Premia Editora. La red de Jonás, 1985.

Conjunto de conferencias sobre Gramsci de un marxista norteamericano, constituyen densos ensayos que enfatizan el contenido innovador y la intención revolucionaria de Gramsci, integrando en gran medida los escritos de la época de *L'Ordine Nuovo* a la problemática del período carcelario. Tiene el interés adicional de provenir del medio norteamericano; medio que no se ha difundido demasiado en nuestras tierras en cuanto a enfoques gramscianos. Los intelectuales estadounidenses vienen teniendo una presencia creciente en los últimos simposios sobre el tema e incluso en *Internet*, con un enfoque menos reverencial que el típico europeo, y en ocasiones fuertemente crítico.

Revolución y democracia en Gramsci. AAVV, Fontamara, 1976.

Seis ensayos sobre diversas cuestiones gramscianas, con autores de variadas orientaciones teóricas y orígenes (participan autores italianos, franceses y británicos), casi todos de buen nivel. Incluye un breve inédito de Gramsci *El Caporetto del frente interior.* Son especialmente interesantes los artículos "Actualidad de Gramsci" de Massimo Salvadori, que sobrevuela varias de las cuestiones fundamentales del pensamiento político gramsciano y el de Quintín Hoare, "Gramsci y Bordiga frente al Komintern. 1921-1926", que se extiende sobre la actuación de Gramsci como dirigente del Partido Comunista Italiano. También contiene un trabajo de E. Hobsbawn, lo que permite una aproximación a la recepción que hace de Gramsci el destacado historiador británico.

Gramsci y las Ciencias Sociales. Alessandro Pizzorno, Luciano Gallino, Norberto Bobbio, Regis Debray, México, Pasado y Presente, 3° edición, 1987.

Conjunto de ensayos breves sobre la epistemología y el método de Gramsci. Los ensayos de Gallino y Pizzorno están en la línea del PCI de los sesenta. El de Bobbio sobre el concepto de sociedad civil se ha convertido en una suerte de clásico de las interpretaciones socialdemócratas de Gramsci. El de Debray tiene el interés de mostrar un acercamiento a Gramsci del mentor del "foquismo". *Cuadernos de Pasado y Presente*, 2da. Edic. 1972, contiene también "Notas críticas

sobre una tentativa de Ensayo Popular de Sociología", fragmento de los *Cuadernos*.

Gramsci y el bloque histórico. Hugues Portelli, Siglo XXI, varias ediciones.

Estudio muy claro sobre los ejes centrales del pensamiento del italiano, con una sencillez que bordea cierto esquematismo y simplificación, pero sin llegar a la manualística. El enfoque del libro presenta la particularidad de erigir a la categoría de bloque histórico en el centro de la creación gramsciana, aun por encima de la de hegemonía. Puede ser útil como vía de ingreso al análisis del pensamiento gramsciano, en carácter de paso previo a análisis más complejos.

Gramsci: Prolegómenos. Filosofía y Política. Francisco Piñón, Plaza y Valdés, 1989.

Extenso estudio de un catedrático mexicano, que pone en juego tanto las "fuentes" del pensamiento gramsciano como su contexto histórico-cultural, y se da tiempo para poner en consideración algunos de los temas fundamentales de la reflexión gramsciana. Algunos problemas aparecen demasiado comprimidos en su tratamiento. Puede resultar útil como una zambullida general en la construcción del pensamiento de Gramsci, relacionado con su acción política.

Gramsci y la vía nacional al socialismo. C.R. Aguilera de Prat, Akal Universitaria, 1984. Barcelona.

Es un estudio de lectura bastante sencilla, acerca de los grandes temas del pensamiento de Gramsci, ubicados desde la perspectiva de la especificidad nacional de las vías al socialismo. Puede resultar apto incluso para lectores poco experimentados en la lectura de Gramsci. No deben esperarse grandes aportes originales. Quizás lo más útil puede resultar el primer capítulo "Gramsci y la historia de Italia".

El problema de los intelectuales y el concepto de cultura en Gramsci. Andrés Martínez Lorca, Universidad de Málaga, España, 1981.

Una tesis doctoral que realiza una revisión del tratamiento de la problemática intelectuales-cultura desde los primeros escritos de Gramsci hasta los *Cuadernos*.

La linguística en Gramsci. Teoría de la comunicacion política. Antonio Paoli, Premia Editora, La red de Jonás, Mexico, 3° edición, 1989.

Este estudio pretende llamar la atención sobre la concepción del lenguaje en Gramsci, planteando la existencia, en el pensamiento gramsciano, de una teoría del desarrollo lingüístico-cultural y de la comunicación.

Gramsci. Actualidad de su pensamiento y su lucha. AA.VV. ICAL. Claudio Salemi, Santiago de Chile, 1987.

Refleja un simposio gramsciano realizado en Chile, en 1987. Incluye una introducción de Enzo Santarelli, una reseña biográfica de Eugenio Garín, y artículos de algunos de los estudiosos italianos de Gramsci más destacados, principalmente en el campo del entonces PCI (P. Togliatti, G. Vacca, N. Badaloni) y tres autores chilenos (A. Leal. S. Vuskovic y O. Fernández). Es particularmente interesante el aporte de Umberto Cerroni, un *Léxico Gramsciano* que, a modo de breve diccionario, trae algunas de las categorías gramscianas más conocidas, junto a otras definiciones escasamente recordadas.

Los estudios gramscianos hoy. Dora Kanoussi (compiladora) Plaza y Valdés/Universidad Autónoma de Puebla/International Gramsci Society, México, 1998.

El libro incluye ponencias presentadas en la Conferencia Internacional que, con motivo de los 60 años de la muerte de Gramsci, organizó la Fundación Instituto Gramsci de Roma y en el Seminario Internacional que, con el mismo motivo, organizó la Universidad Autónoma de Puebla, ambos eventos realizados en 1997-1998. Proporciona un buen panorama de las inquietudes actuales en torno a Gramsci.

De varios trabajos incluidos, en general valiosos, parecen especialmente recomendables "El problema del sujeto histórico: hegemonía y política en Gramsci" de Benedetto Fontana y "Gramsci, modernidad y globalización" de Stephen Gill.

Gramsci en América: Segunda Conferencia Internacional de Estudios Gramscianos. Dora Kanoussi (comp.), Plaza y Valdés/ Universidad Autónoma de Puebla/International Gramsci Society, México, 2000.

Refleja ponencias de varios autores, sobre todo latinoamericanos. Pueden destacarse entre estos, cinco artículos de autores cubanos que brindan un poco frecuente panorama sobre la recepción y estudio gramsciano en la isla, y el de Néstor Kohan titulado "Gramsci en Argentina. El papel de Héctor Agosti en su primera recepción (1950-1966)", a nuestro juicio el mejor trabajo sobre la relación entre los

intelectuales comunistas argentinos y la obra del pensador sardo. Un trabajo de Benedetto Fontana sobre la relación intelectual entre Gramsci y Croce y una síntesis de Guido Liguori sobre el debate gramsciano de los últimos años son también destacables.

Leyendo a Gramsci. Francisco Fernández Buey, Barcelona, El Viejo Topo. 2001.

Este trabajo, compilación y reelaboración de artículos que el autor produjo desde los años sesenta, constituye una magnífica presentación de la vida y la obra del italiano. Recorre su ética, su lenguaje, un análisis de la estructura de los *Cuadernos* y sus diferentes ediciones; un acercamiento a su figura y pensamiento encarado desde el ángulo de la presencia del amor en los distintos momentos de su trayectoria vital... y por último una guía bibliográfica. Obra de quien, como el autor, es un teórico marxista de fuste por derecho propio, y un estudioso consecuente y sistemático de la obra gramsciana, logra transmitirnos su propia intimidad con el militante y el pensador, y expandir la convicción de su enfoque. Entronca a Gramsci con la mejor tradición del liberalismo, en tanto mentor de una "filosofía de la praxis" presentada como herejía de la "religión de la libertad".

Fernández Buey ensaya una valoración del pensamiento del gran prisionero que lo ubica o "traduce" a los debates de los 90. Lo enfrenta con un supuesto "neoliberalismo" que a su juicio avasalla lo mejor de la tradición liberal. Su búsqueda es restablecer los mejores significados de la "libertad" en la perspectiva del siglo veintiuno.

Si algo cabe señalar sobre los estudios sobre Gramsci o los trabajos de inspiración gramsciana disponibles en español, es el fuerte déficit relativo en la traducción de la producción gramsciana en lengua italiana. De autores fundamentales como Giorgio Baratta, Eugenio Garin, Valentino Gerratana, Guido Liguori, Antonio Santucci, entre otros, sólo se encuentran traslaciones al español de artículos breves o ponencias y ningún libro completo. De ese modo, la abrumadora mayoría de lo que se piensa y escribe en el país de su nacimiento queda limitado en su acceso al público hispanoparlante.

Algunos escritos de argentinos sobre Gramsci

La cola del diablo. El itinerario de Gramsci en América Latina. José Aricó, Puntosur. 1988.

Encara una reflexión sobre la incorporación y trayectoria del pensamiento gramsciano en América Latina, en especial de la Argentina.

En un conjunto de apéndices recopila artículos dispersos del autor, en torno a la recepción latinoamericana y argentina de Gramsci.

Gramsci mirando al Sur. Sobre la hegemonía en los 90. Leandro Ferreyra, Edgardo Lo Giúdice, Mabel Thwaites Rey, Kohen y Asociados, 1994.

Tres interesantes exposiciones del pensamiento de Gramsci, ensayando aplicaciones a la realidad del capitalismo periférico, por autores argentinos. En especial el artículo de Thwaites Rey puede servir también de introducción general al pensamiento gramsciano.

Los usos de Gramsci. Juan Carlos Portantiero, Buenos Aires. Grijalbo/conceptos, 1999.

Reedición ampliada y corregida de una compilación de artículos publicada por primera vez en 1981 en México. Este libro fue en los 80 un clásico de la interpretación gramsciana. El ensayo que le da nombre al volumen contiene un análisis periodizado sobre la evolución del pensamiento gramsciano que resulta sumamente útil para ubicarse en la evolución del pensamiento de Gramsci y ver "surgir" sus categorías principales en el contexto del flujo y reflujo del movimiento revolucionario italiano y mundial.

También útil es el primer trabajo incluido en la compilación "Estado y crisis en el debate de entreguerras". Ubica a Gramsci en el contexto del pensamiento europeo de la época sobre los temas que más lo preocuparon, para luego explicar el desarrollo específicamente gramsciano sobre la cuestión de "estado y crisis". Puede resultar interesante acercarse a ediciones anteriores de este libro, efectuadas por Siglo XXI, donde se ve un enfoque más ligado a un compromiso político activo de intencionalidad socialista.

Gramsci para principiantes. Textos de Néstor Kohan e ilustraciones de Rep, Buenos Aires, Era Naciente, 2003.

Este libro forma parte de una colección denominada "documentales ilustrados". Presentan a unos genéricos "principiantes" (sin distinción de edad o formación), mediante la conjunción de textos e historietas, un tema o, más frecuentemente, una figura individual. Siguiendo esas pautas, Kohan, filósofo de formación, marxista por convicción y estudioso de Gramsci desde hace años, vuelca con el auxilio del dibujo de Rep conocimientos básicos sobre la vida, la obra y la significación política de Gramsci. Eludiendo cualquier pretensión de "objetividad" enciclopédica, es a la vez una defensa polémica de la raigambre marxista y la vocación

revolucionaria de Gramsci y una posible vía de entrada al estudio de su pensamiento.

Los gramscianos argentinos. Política y cultura en la experiencia de Pasado y Presente. Raúl Burgos, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.

Análisis de la trayectoria del pensamiento gramsciano en Argentina, centrado en José Aricó y los demás integrantes de su grupo, desde la década del 50 hasta la actualidad. Originado en una tesis doctoral, contiene abundante información y una perspectiva de las discusiones libradas en torno al pensamiento de Gramsci, en general favorable a *P y P*.

Existen además artículos dispersos en revistas, de autores como Waldo Ansaldi, Eduardo Sartelli, María Pía López y, en especial, Néstor Kohan, de continuada producción al respecto.

Gramsci en la Web

Hay una presencia considerable del pensador italiano en *Internet*, tanto en italiano como en español, inglés e incluso portugués. Existen secciones enteras de archivos dedicadas a Gramsci.

Por ejemplo *Antonio Gramsci. Links en Internet*, que permite conexiones con sitios gramscianos como el Instituto Gramsci y la Asociación Gramsci Internacional, artículos en versión integral (sobre todo en inglés), editoriales que publican Gramsci y hasta un interesante sitio sobre cine desde una perspectiva gramsciana. (www.antoniogramsci.com/ag_links). En otras secciones reproduce importantes documentos de Gramsci, en italiano y otros idiomas, incluyendo *La Città Futura* y otros escritos juveniles.

También se encuentra la sección dedicada a Gramsci del *Marxist's Archive*, que puede consultarse en inglés (www.marxists.org/archive/gramsci/index.htm), en italiano http://www.marxists.org/italiano/archive/gramsci/index.htm y en español http://www.marxists.org/espanol/gramsci/index.htm.

El titulado *Resources on Antonio Gramsci*, desarrollado por Dean Savage, de la Universidad de Columbia, NY, posee entre otras informaciónes el acceso a una muy completa bibliografía de y sobre Gramsci, que abarca un gran número de idiomas (¡¡27!!) y países, realizada por John Cammett (http://soc.qc.cuny.edu/gramsci/).

Uno de los mejores sitios es el de la *International Gramsci Society*, que incluye la versión electrónica de su periódico, el *IGS Newsletter*, y

puede ser consultado (y bajados sus artículos) en www.italnet.nd.edu/gramsci/.

También tiene un importante sitio la *I. G. S.* de Italia, que incluye textos gramscianos de autores italianos e información sobre seminarios, bibliografía y todo tipo de actividades en torno a Gramsci. www.gramscitalia.it

La Fondazione Instituto Piamontese Antonio Gramsci, tiene información bibliográfica y ensayos de inspiración gramsciana que pueden "bajarse". www.gramscitorino.it

Algunos materiales sobre el italiano se encuentran en *Notes on Gramsci's concepts* en http://socserv2.mcmaster.ca/soc/courses/soc2r3/gramsci/gramindx.htm

Otro sitio importante es el del Instituto Gramsci de Roma (www.gramsci.it), pero excede largamente el tema, ya que la institución de ese nombre tiene muchas actividades no directamente relacionadas con nuestro autor. Esta institución es la de mayor trayectoria y gravitación en el panorama de los estudios gramscianos, si bien la IGS está alcanzando una importancia similar.

Los brasileños poseen un sitio gramsciano propio titulado *Gramsci e o Brasil: www.artnet.com.br/gramsci* que permite una suscripción instantánea a las novedades de la hoja e incluye muy interesantes materiales.

La hoja web de la Cátedra Libre Antonio Gramsci de la UBA ha incorporado algunos artículos de y sobre Gramsci, que pueden ser consultados y "bajados" sin dificultades, además de la información específica sobre la cátedra. Más recientemente, se ha desarrollado el sitio www.gramsci.org.ar, donde se han digitalizado extensos pasajes, tomados sobre todo de las principales antologías. La revista *Herramienta* de Buenos Aires ha incluido con cierta frecuencia artículos sobre Gramsci, lo mismo que *Periferias*, de la misma ciudad.

También conviene consultar el sitio de la Universidad Autónoma de Puebla y su revista *Dialéctica*, habitualmente preocupadas por temas gramscianos.

Antonio Gramsci. Una breve cronología[1]

1891-1911

Antonio Gramsci nace en Ales, Cerdeña, el 22 de enero de 1891, es el cuarto de siete hijos de una familia de pequeña burguesía, el padre es funcionario público de baja categoría. Todavía adolescente, comienza a leer la prensa socialista que su hermano Genaro le envía desde Torino. En 1908 consigue el diploma secundario y se inscribe en el liceo Dettori de Cagliari, ciudad donde vive en la casa de su hermano Gennaro, que era secretario de la sección socialista local. En 1910 publica su primer artículo, en el diario de Cagliari *L'Unione Sarda*. Por esos días estaba influido por el nacionalismo sardo. Lee atentamente a Benedetto Croce y Gaetano Salvemini (grandes intelectuales italianos del período de cambio de siglo). Consigue el diploma del liceo y en 1911 obtiene una beca de estudios para la Universidad de Torino. Se muda a esa ciudad y se inscribe en la carrera de Letras, con orientación en glotología (lingüística). Allí traba amistad con Angelo Tasca, también socialista. Es becado junto con él otro sardo, Palmiro Togliatti, futuro dirigente del Partido Comunista de Italia.

El contexto

Italia está a la sazón claramente dividida entre el Norte, en el cual existe ya un relativo desarrollo industrial, y el Sur, caracterizado por el latifundio y la agricultura extensiva. El asiento del poder, tanto en el estado como en la sociedad, se halla en una alianza entre burguesía industrial y agraria, basada en una política proteccionista que excluye toda participación en el poder de las masas populares. El origen liberal y anticlerical de la reunificación italiana mantiene a la Iglesia al margen de la vida política activa y a los católicos italianos sin una expresión política propia, lo que sólo se modificará en la etapa posterior.

La crisis de fines de siglo, con el movimiento de los *fasci* sicilianos (1894) y la insurrección proletaria de Milán (1898), constriñe a la burguesía italiana a pactar con el movimiento obrero. A comienzos de siglo, el primer ministro Antonio Giolitti, que declara la neutralidad del estado en los

1 Para confeccionar esta reseña biográfica se han tomado en cuenta los trabajos biográficos de Giuseppe Fiori (*Gramsci*, 1964), y Antonio Santucci, así como la cronología elaborada por Manuel Sacristán (incluida tanto en su *Antología* de Gramsci como en su trabajo biográfico *El Orden y el Tiempo)*, ambos citados en la bibliografía. También consultamos la cronología incluida en el tomo I de la edición Gerratana, y datos contenidos en varios artículos sobre la vida y la obra de Gramsci.

conflictos laborales, abre un nuevo curso político fundado en la concertación social con el ala reformista del socialismo. A este acuerdo se opone el sector revolucionario del partido socialista y la corriente sindicalista revolucionaria, de inspiración soreliana, muy importante en los ámbitos obreros de Italia.

1912

En malas condiciones económicas y de salud, Gramsci sigue los cursos universitarios y rinde algunos exámenes de la carrera de glotología.

El contexto

En el congreso socialista de Reggio Emilia, los reformistas pierden la dirección del partido a manos de la corriente de izquierda. Benito Mussolini, enrolado en esa corriente, queda como director del *Avanti¡*, órgano oficial del partido.

1913

Gramsci adhiere a una declaración pública contra la política proteccionista y, probablemente, se afilia al comité socialista de Turín.

El contexto

Con el pacto Gentiloni, los católicos participan en las elecciones apoyando a Antonio Giolitti, político liberal varias veces primer ministro.[2]

1914

Sufre de periódicas crisis nerviosas. Se integra a los grupos más avanzados de obreros y estudiantes, y con ellos toma parte activa en la "semana roja" de Turín. Sostiene en *Il Grido del popolo* la posición de neutralidad "activa y operante", en contraste con la política de neutralidad absoluta prevaleciente en las filas socialistas. Al menos en los términos, esta posición coincide con la de Mussolini, hasta que éste, a poco andar, se vuelca a posiciones abiertamente favorables a la intervención en la guerra.

---

2 Los católicos italianos habían mantenido un prolongado abstencionismo político después del *Risorgimento*. No reconocían plenamente al reino de Italia, en buena medida por ser un estado constituido sobre la ruina del "poder temporal" del Papa, concentrado en los antiguos estados pontificios (que abarcaban, con anterioridad a la unificación italiana, la ciudad de Roma y una amplia zona del centro de la península italiana). El pacto Gentiloni marcó el fin de esa abstención, y fue el paso inicial para que sectores católicos se organizaran en el Partido Popular, fundado en 1919, con base en el reconocimiento del estado y del régimen parlamentario, que la Iglesia venía asimismo impugnando hasta ese momento. El partido logró influencia sobre todo en el ámbito agrario, entre los campesinos, bajo la conducción del sacerdote Luigi Sturzo.

El contexto

Crisis de la Internacional Socialista y del movimiento obrero europeo que no consigue hacer prevalecer una política de paz. La representación parlamentaria de la socialdemocracia alemana, el partido obrero más importante del mundo, vota en masa a favor de los créditos de guerra. Estalla el conflicto bélico.

1915

Cursa sus últimas asignaturas, y finalmente abandona su carrera universitaria. Continúa la colaboración en *Il Grido del popolo* y, en diciembre, entra en la redacción torinesa del *Avanti¡*[3]

El contexto

Italia entra en guerra del lado de los Aliados. Benito Mussolini, director de *Avanti¡* y partidario del ingreso italiano en la guerra, rompe con el socialismo. Lenin lanza en la conferencia socialista internacional de Zimmerwald la palabra de orden de "transformar la guerra imperialista en guerra civil", proyectándose como líder de las corrientes situadas más a la izquierda del socialismo europeo.

1916

Gramsci, dirige la sección "Sotto la mole" del *Avanti¡* en la que se ocupa de crítica teatral y artículos de costumbres. Interviene con fuertes críticas a la retórica nacionalista e intervencionista, en auge por la guerra. Dicta conferencias sobre temas políticos y culturales en círculos obreros.

El contexto

En el movimiento socialista antimilitarista, reunido en la conferencia de Kienthal, se imponen las posiciones radicales de Lenin, avanzando en la configuración de una izquierda socialista internacional, mientras la guerra prosigue con todo encarnizamiento.

1917

Toma a su cargo la edición del número único *La Città Futura*, de la juventud socialista piamontesa, en el que publica varios artículos. Después de la insurrección obrera de agosto, Gramsci pasa a ser secretario de la comisión ejecutiva provisoria del comité provisional del PS, su primera responsabilidad político-partidaria. Dirige, de hecho, *Il Grido del popolo*.

---

3 *Avanti¡* era el órgano oficial del Partido Socialista de Italia, y poseía también ediciones locales en algunas ciudades.

En esa misma edición aparece la propuesta de fundar un "club de vida moral" o "club de cultura socialista", organismo distinto tanto a partidos como a sindicatos. Se vuelca a un decidido apoyo a las tesis leninistas en el proceso revolucionario ruso. Sobre fin de año publica su después famoso artículo "La revolución contra 'El Capital'", en el que reivindica los hechos de octubre en polémica con el marxismo de la Segunda Internacional.

El contexto

EE.UU. ingresa en la guerra europea. En agosto estallan en Italia movimientos de protesta contra la carestía de la vida y la guerra. En Rusia la movilización popular y las huelgas llevan a la abdicación del zar Nicolás II; el gobierno provisorio que lo sucede es desplazado en noviembre por la revolución bolchevique y el cumplimiento de la consigna "todo el poder a los soviets".

1918

Polemiza con el "reformista" Claudio Treves en el artículo "La crítica crítica". Se interrumpe la publicación de *Il Grido del Popolo* (octubre) y nace la edición piamontesa del *Avanti¡* (diciembre), dirigida por Ottavio Pastore. Gramsci ingresa desde el comienzo en la redacción del nuevo periódico. Durante este año se dedica atentamente a la lectura de las principales obras de Lenin. Sobre fin de año regresan de la guerra Angelo Tasca, Togliatti y Umberto Terracini, compañeros de militancia de Gramsci.

El contexto

La república soviética obtiene la paz a cambio de importantes cesiones territoriales a Alemania, con el tratado de Brest-Litovsk, en marzo. Finaliza la guerra mundial con la derrota alemana. Se producen movimientos revolucionarios en Alemania y otros países europeos. En Rusia la contrarrevolución se militariza: comienza la guerra civil, con el alzamiento del almirante Kolchak en Siberia.

1919

Interviene eficazmente con propaganda socialista frente a tropas campesinas enviadas a reprimir a los trabajadores, la Brigada *Sassari*.

Gramsci y otros (Tasca, Humberto Terracini, Togliatti) dan vida al semanario *L'Ordine nuovo. Rassegna settimanale di cultura socialista*, que comienza a aparecer en mayo, con Gramsci como secretario de redacción. El semanario se pronuncia por la adhesión del Partido Socialista Italiano (PSI) a la Internacional Comunista, cuestión que se discute en el congreso partidario de Bolonia. Interviene en relación al movimiento obrero,

con artículos como "Democrazia operaria", propiciando que las comisiones internas de fábrica se conviertan en órganos de poder proletario.

El contexto

La nueva ley de sufragio universal (y representación proporcional) permite al PSI y el Partido Popular elegir respectivamente 156 y 100 diputados, modificando radicalmente la distribución del poder político. En París se inaugura la conferencia de paz que culmina en el tratado de Versalles y la reconfiguración del mapa europeo, por medio de una paz anexionista y de represalias contra los vencidos. Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht son asesinados en el marco de las convulsiones revolucionarias en Alemania, que se reorganiza como república parlamentaria a través de la Constitución de Weimar. Es fundada en Moscú la Tercera Internacional (*Komintern*), mientras se libran en Rusia las más duras batallas de la guerra civil. Se crea una nueva república soviética, en Hungría. Es derrotada la república soviética de Baviera. Federaciones obreras aprueban la constitución de consejos de fábrica en Torino. Mientras tanto, D'Annunzio ocupa Fiume, momento culminante del movimiento nacionalista italiano de posguerra.

1920

La huelga de los obreros de la industria de Torino, en marzo-abril, en reclamo del reconocimiento de los consejos de fábrica, abre una vivaz polémica entre la dirección socialista y el grupo de *L'Ordine Nuovo*, cuya posición política merece la aprobación de Lenin. La revista publica el manifiesto "Por el congreso de los consejos de fábrica. A los obreros y campesinos de toda Italia". Gramsci se acerca a la fracción abstencionista del PSI, dirigida por Amadeo Bordiga,[4] que proyecta la construcción del Partido Comunista. Apoya la constitución en Turín de los "grupos comunistas de fábrica", que serán luego base del Partido Comunista. Cae la república soviética húngara, y el ejército rojo no logra triunfar sobre Polonia.

El contexto

Es el año de auge de los consejos de fábrica. Giolitti vuelve a formar gobierno. En septiembre el conflicto social lleva a la ocupación de las fábricas.

4 (1889-1970) Dirigente napolitano, ingeniero de profesión, secretario general del PCI en sus primeros años. Se opuso a la política del "frente único" a partir de 1921, fue luego encarcelado por el fascismo, y finalmente fue expulsado en 1930, acusado de trotskista. Adhirió a la Oposición de Izquierda, pero se separó de ella en 1932. Después de la guerra, tras largos años de confinamiento y "libertad vigilada" bajo el fascismo, funda el Partido Comunista Internacionalista, y publica numerosos artículos en su revista *Prometeo*.

Su derrota marca el inicio del reflujo del movimiento proletario. Los bolcheviques derrotan definitivamente a los ejércitos contrarrevolucionarios en Rusia. El ejército soviético, a la ofensiva en su guerra contra Polonia, es derrotado a las puertas de Varsovia, con lo que se hunde la ilusión de una revolución que recorriera Europa con "las bayonetas del ejército rojo". Es derrocado el gobierno soviético de Hungría.

1921

L'Ordine Nuovo dirigido por Gramsci pasa a ser diario. Funda con otros compañeros el Instituto de Cultura Proletaria, filial del *Proletkult* de Moscú. Gramsci ingresa en el comité central del Partido Comunista de Italia. Propicia la participación de los comunistas en los *Arditi del Popolo,* formación militar obrera para enfrentarse a los fascistas, pero la dirección partidaria la veta. Sobre fin de año trabaja en las tesis sobre la cuestión agraria, sindical y táctica para el segundo congreso del PC de Italia. Un emisario de la I.C. le propone a Gramsci que suplante a Bordiga al frente del partido, pero aquél considera inviable la propuesta.

El contexto

Nace en enero, en Livorno, el Partido Comunista de Italia, sección italiana de la Internacional Comunista, a partir de una escisión minoritaria del PSI. Después del "gran miedo" que les atrajo la ocupación de las fábricas, los industriales tienden a apoyar al movimiento fascista, que asume el hostigamiento y la lucha callejera contra socialistas y comunistas. Los consejos de fábrica entran en crisis definitiva. En noviembre de 1921 es fundado el Partido Nacional Fascista. Nuevas derrotas de la revolución alemana en la tentativa de insurrección de marzo de 1921. Impactado por los fracasos de la revolución europea y las dificultades internas en Rusia, Lenin lanza la *Nueva Política Económica* en el plano local, y la táctica del frente único como orientación internacional.

1922

En el segundo congreso del PCI (durante marzo, en Roma), Gramsci apoya la posición de la mayoría bordighiana, en discrepancia con la política del "frente único" con el socialismo, de acuerdo a la línea propuesta por la Internacional. Considera que esa táctica es viable en el terreno sindical, pero la excluye en el plano de las alianzas políticas. En mayo parte para Moscú como delegado del partido italiano ante el ejecutivo de la Internacional y en junio participa de la conferencia del ejecutivo ampliado. En un sanatorio en que se interna para recuperar su salud, en septiembre, conoce a Julia Schucht, que será luego su mujer y le dará dos hijos.

Toma parte en el IV° Congreso de la Internacional Comunista y participa *en frustrados trabajos para la unificación del PS y el PC italianos.*

El contexto

Se multiplica la violencia de los "escuadristas"[5] del fascismo, el asalto a las Cámaras del Trabajo y a los periódicos antifascistas, así como el desplazamiento violento de alcaldes socialistas en las poblaciones "rojas". Nueva escisión socialista: el congreso de Roma (octubre) expulsa a los reformistas, que fundarán el partido socialista democrático. En octubre se produce la marcha sobre Roma y la consiguiente formación del gobierno de Mussolini, que en noviembre obtiene plenos poderes. Crisis económica en la Rusia soviética, incluyendo una hambruna en el campo. Lenin sufre un nuevo ataque y ya no va a retomar la dirección efectiva del proceso soviético.

1923

Gramsci sigue realizando tareas en la Internacional, pasando a residir en Viena. El ejecutivo ampliado de la Internacional (junio) discute la situación italiana y dispone la formación de un comité ejecutivo del partido italiano que en su mayoría responde a su política. Gramsci, en disenso ahora con la posición de Bordiga y favorable a la de la Internacional (que sostiene la palabra de orden del "gobierno obrero y campesino") se identifica con el viraje. En noviembre viaja a Viena, para mantener contacto con el partido italiano y otros partidos comunistas de Europa. Empieza, mediante una densa correspondencia, a reconstruir el grupo dirigente del PCI, en torno a quienes habían formado parte de la redacción de *L'Ordine Nuovo.*

El contexto

En febrero es arrestado Bordiga junto con parte del comité ejecutivo del PCI, que se reorganiza en la semiclandestinidad. Bordiga, en la cárcel, se pronuncia contra la posición de la Internacional, y sigue sustentando una línea intransigente. El parlamento italiano aprueba la ley electoral presentada por el fascista Acerbo, que asigna dos tercios de las bancas a la lista más votada, con el solo requisito de obtener al menos el veinticinco por ciento. En la URSS, con Lenin ya muy enfermo, se abre el primer debate que enfrenta a Trotsky con otros miembros de la dirección; debate signado por la obra de éste, *El Nuevo Curso,* y la publicación de una plataforma "oposicionista" que denuncia la burocratización del partido ruso. Nuevo fracaso de los comunistas alemanes que cierra el ciclo

5 Así se denominaba a los integrantes de las formaciones paramilitares fascistas (squadras) que combatían a los socialistas, comunistas y otras tendencias de izquierda.

insurreccional. Este mismo año, Hitler encabeza un frustrado *putsch* en Munich, su primer intento de hacerse con el poder político.

1924

En febrero aparece en Milán, siguiendo las indicaciones de Gramsci, el cotidiano *L'Unità. Quotidiano degli operai e dei contadini.* Gramsci continúa el trabajo para reconstruir el grupo dirigente del partido. *L.O.N.* reaparece como revista quincenal. Es electo a la Cámara de Diputados el 6 de abril y reingresa en Italia en mayo; en la convención clandestina de Como se pronuncia claramente en contra de Bordiga. Entra en el comité ejecutivo del partido y es electo secretario general. Participa de la oposición parlamentaria que investiga el asesinato del diputado socialista Giácomo Matteotti y propone un llamado a la huelga general. En agosto nace en Moscú su hijo Delio. Impone, con Grieco y Di Vittorio, la política del partido para el *Mezzogiorno.*[6] En octubre propone que la oposición aventiniana[7] se constituya en Antiparlamento y en noviembre el grupo parlamentario comunista reingresa en el recinto.

El contexto

Las elecciones de mayo, signadas por la violencia y la intimidación, asignaron el sesenta y cinco por ciento de los votos a los fascistas. En junio es asesinado el diputado reformista Giácomo Matteotti, que había denunciado el fraude electoral; se desata una vasta ola de protestas, que incluye una virtual "escisión" del Parlamento, alejándose los opositores y desconociendo la institucionalidad fascista. En agosto, el grupo socialista que obedece a la dirección de Serrati (los "terceristas") adhiere al PCI. A la muerte de Lenin, en el mes de enero, en la Unión Soviética el poder es asumido por una dirección colegiada formada por Stalin, Trotsky, Zinoviev y Kamenev. Se produce el primer choque entre Trotsky y la *troika* compuesta por los tres restantes. El V° Congreso de la I.C. lanza la consigna de la "bolchevización" de sus secciones de todo el mundo, ratifica la línea del "frente único", y plantea la formación de "gobiernos obreros y campesinos" como paso previo a la dictadura del proletariado. En Gran Bretaña se forma el primer gabinete encabezado por un laborista, Ramsay Mc Donald.

1925

Entre marzo y abril Gramsci participa en Moscú en los trabajos del ejecutivo ampliado de la Internacional. En junio abre la polémica con la izquierda interna del partido, guiada por Bordiga. Comienza a trabajar en

6 Ver nota 2, en el capítulo «Apuntes sobre su vida y su obra».

7 Ver nota 5, en ídem.

la organización del tercer congreso del PCI y en sus tesis, en colaboración con Togliatti. Conoce a su cuñada Tatiana ("Tania") Schucht en Roma. Pronuncia como diputado un discurso contra un proyecto de ley contra las sociedades secretas, que apunta por elevación a los comunistas.

El contexto

Superada la crisis Matteotti, en enero Mussolini vuelve a tomar plenamente las riendas del gobierno. Declara abolidas las comisiones internas y suprime la libertad sindical, avanzando hacia la configuración definitiva del régimen dictatorial. En diciembre, leyes de carácter "excepcional" otorgan plenos poderes al *Duce*. En el PCI se constituyen como corriente disidente los partidarios de Bordiga, que forman un "Comité de Enlace" cuya disolución ordena la I.C. al poco tiempo.

1926

En enero se celebra en Lyon el tercer congreso del PCI: la tesis política, escrita por Gramsci y Togliatti, resulta aprobada con una mayoría que supera el 90 por ciento de los afiliados representados. En agosto nace Giuliano, su segundo hijo. En octubre envía una carta a nombre de la oficina política del PCI al comité central del partido soviético, en la cual expresa la preocupación de que las luchas internas del PCUS lleguen a "liquidar" a la dirigencia. En noviembre, en cumplimiento de las medidas excepcionales del régimen fascista, Gramsci es arrestado, junto con gran parte del grupo dirigente comunista y trasladado a Ustica, en régimen de confinamiento. Pero al poco tiempo se produce una acusación penal y es remitido a Milán.

El contexto

En Italia son disueltos los partidos de oposición; es instituido el confinamiento policial y el Tribunal especial. La Cámara declara caduco el mandato de los diputados "aventinianos", quedando instaurada la dictadura fascista. Stalin vence y aísla a Trotsky y Zinoviev, mientras avanza en convertir en "monolítico" al partido soviético y en "bolchevizar" a la Internacional. Los debates públicos y la autonomía de pensamiento van siendo extinguidas del movimiento comunista. Se produce una larga huelga minera en Gran Bretaña, luego apoyada mediante una huelga general en todo el país.

1927

Gramsci se halla en la cárcel de San Vittore, en Milán, en espera del proceso. Allí comienza a proyectar un estudio de largo aliento sobre los intelectuales italianos, otro de linguística comparada, sobre el teatro de

Pirandello y un ensayo sobre las novelas de folletín. Es su primer "plan de estudios" carcelario, que comunica por carta a Tania Schucht. También lo visitan su hermano Mario y el académico Piero Sraffa.

El contexto

Con la *Carta del Lavoro* el fascismo oficializa el principio del Estado corporativo, con representaciones sectoriales, en reemplazo del régimen parlamentario. El X° congreso del PCUS expulsa a Trotsky, Zinoviev y Kamenev; y se inicia la política de industrialización forzada. En China se producen persecuciones de comunistas y una masacre de campesinos sublevados en Cantón. Con el allanamiento de la representación soviética ARCOS en Londres, cunde el temor a una agresión contra la URSS.

1928

A fines de mayo, en Roma, Gramsci es sometido a juicio, junto con el grupo dirigente del PCI. El 4 de junio se pronuncia la sentencia: 20 años, 4 meses y cinco días de reclusión. En julio Gramsci es remitido a la cárcel de Turi, en Bari. Padece uremia crónica, lo que le provoca un ataque antes de finalizar el año. Su hermano Carlo inicia trámites para que se le permita escribir en su celda. El prisionero pide que le envíen las obras de Maquiavelo a la prisión.

El contexto

El Gran Consejo Fascista se convierte en órgano de Estado, fusionándose así el movimiento fascista con el aparato estatal. El VI° congreso de la Internacional Comunista lanza la palabra de orden de la intensificación de la lucha contra la socialdemocracia. Se ha consumado la derrota catastrófica del movimiento revolucionario chino, con el consiguiente asesinato masivo de los comunistas, y un escándalo de proporciones por el allanamiento de la oficina comercial soviética en Londres. La nefasta experiencia provoca una reacción lineal: el planteo de una lucha frontal entre burguesía y proletariado, en la que los comunistas, como representantes de la clase obrera, deben enfrentar a todas las demás expresiones políticas, incluidas las de raíz proletaria.

1929

A comienzos de año, recibe finalmente la autorización para escribir. En febrero, Gramsci inicia la escritura carcelaria. Recibe la visita de su hermano Carlo. Tatiana Schucht va a la cárcel con frecuencia, llegando incluso a establecerse en Turi durante un tiempo, a la vez que se convierte en su principal corresponsal. Formula un nuevo plan de estudios: la historia italiana del siglo XIX (con especial atención a los grupos intelectuales), la

teoría y la historia de la historiografía; el americanismo y el fordismo. Efectúa traducciones del alemán y se propone estudiar a fondo el ruso.

El contexto

Se firma el pacto lateranense (por San Juan de Letrán, el palacio donde se lo realiza) entre Italia y el Vaticano.[8] En la URSS Bujarin se opone a la política de colectivización forzada del campo e industrialización, y es rápidamente marginado por Stalin. La "lucha contra los kulaks" y la formación de *koljoses* avanza en medio de la resistencia campesina y la hambruna. El X° Plenario del Comité Ejecutivo de la Internacional enuncia la teoría del social-fascismo, de acuerdo a la cual los dirigentes socialdemócratas, y en especial sus corrientes de izquierda, son el enemigo más peligroso a combatir. Caída de la bolsa de Nueva York con la que se inicia la "gran depresión".

1930

Es visitado por su hermano Gennaro, enviado por la dirección del partido para informarle de las disidencias que habían culminado en la expulsión de tres dirigentes: Leonetti, Tresso y Revazzoli. Gestiona el permiso para leer en la cárcel diversos materiales, incluyendo los últimos libros de Trotsky. Organiza una serie de debates con sus compañeros de partido también encarcelados en Turi. El Partido ha celebrado un nuevo congreso, en el extranjero, Gramsci parece estar en desacuerdo con esas posiciones. Se producen disensos con otros presos comunistas acerca de la política a seguir después de la caída del fascismo: Gramsci sostiene la necesidad de una fase democrática y propone la convocatoria a una Asamblea Constituyente como palabra de orden, lo que a las claras no condice con la línea de la I.C. y del partido italiano en ese período, que preveía una radicalización de la lucha de clases, la crisis inminente del régimen fascista y la revolución socialista como resultado inmediato de su derrumbe. Ante las fuertes discusiones producidas, resuelve suspender el intercambio de ideas, que se había iniciado por su impulso.

El contexto

La gran depresión llega a sus niveles culminantes, que golpean también en Italia. El PCI, sobre la base del análisis de la Internacional que considera

8 Se le da ese nombre al concordato celebrado por el reino de Italia y la Santa Sede. Por medio de ese tratado se establece por primera vez desde la unidad italiana un acuerdo pleno de convivencia entre estado italiano e iglesia. Se da fin así a la orientación laicista e incluso anticlerical que había mantenido la monarquía italiana desde la "reunificación", no sólo por orientación liberal sino por la activa oposición papal a la formación del reino de Italia y a la incorporación a éste de los entonces estados pontificios.

que el régimen se halla en crisis, hace reingresar decenas de cuadros en Italia. En las elecciones parlamentarias del mes de septiembre, el nazismo gana más de cien bancas y se convierte en la segunda fuerza política de Alemania.

1931

Empeoran las condiciones de salud, en agosto Gramsci sufre una importante hemorragia. En diálogos con sus compañeros subraya la necesidad de una fase "democrática" en la transición italiana posterior al fascismo.

El contexto

Es rápidamente desmantelada por la policía la red clandestina del PCI. Se celebra un nuevo congreso del partido italiano en Alemania, en el mes de abril. Triunfo electoral de republicanos y socialistas en España, con la consiguiente caída de la monarquía y establecimiento de la república. Prosigue la crisis mundial, el Reino Unido abandona el patrón oro, casi al mismo tiempo que se forma un gabinete de coalición tripartidario, encabezado por Mc Donald.

1932

Fracasa un proyecto de intercambio de presos políticos, que habría incluido a Gramsci, entre Italia y la URSS. Le reducen la pena a Gramsci a 12 años y fracción. Sraffa pide su libertad condicional pero las autoridades subordinan el otorgamiento a que Gramsci haga una petición de gracia.

El contexto

Se le condona a Alemania la deuda de guerra. Antonio Oliveira Salazar asume la dirección del gobierno portugués, inaugurando así un nuevo régimen afín al fascismo. Franklin D. Roosevelt promueve en EE.UU. la regulación de la economía.

1933

En marzo, segunda grave crisis de salud de Gramsci. Un compañero, Gustavo Trombetti, se traslada a la celda de Gramsci para cuidarlo. En noviembre es trasladado a la enfermería de la cárcel de Civitavecchia y de allí, en diciembre, a la clínica del doctor Cussumano, en Formia. Actúa desde París un comité por su liberación.

El contexto

En Italia se crea el Iri (Ente de recuperación industrial), poderoso instrumento de reordenamiento de la economía. Los nazis asumen el

poder en Alemania, con Hitler como primer ministro. En la Unión Soviética se lanza el Segundo Plan Quinquenal. El presidente Roosevelt impulsa el *New Deal*, destinado a sacar a EE.UU. de la depresión, lo que sólo ocurriría con el estallido de la guerra mundial.

1934

Recomienza la campaña por la liberación de Gramsci. Romain Rolland escribe en su defensa. En octubre se le otorga la libertad condicional. Su estado de salud ha decaído, aunque todavía escribe, en la clínica donde está internado.

El contexto

Pacto de unidad de acción entre el partido comunista y el socialista en Italia, que comienza a revertir en la práctica la era de "clase contra clase". Hitler asume plenos poderes en Alemania, luego de la muerte del presidente von Hindenburg. En la URSS Zinoviev y Kamenev son procesados por traición: se inician las grandes purgas.

1935

En junio ocurre un nuevo agravamiento de la salud de Gramsci. En agosto es transferido a la clínica "Quisisana" de Roma, que será la última estancia de su período como prisionero. Deja de escribir definitivamente. Allí lo asisten Tatiana y su hermano Carlo.

El contexto

Italia invade Etiopía. Disposiciones antisemitas en Alemania (Leyes de Nuremberg) que legalizan la discriminación y la persecución contra los judíos. La Internacional adopta la táctica del frente popular en su VII° Congreso, con Jorge Dimitrov como vocero principal de la misma.

1936

El estado de postración física impide a Gramsci seguir trabajando en los cuadernos, que se interrumpen definitivamente. Reanuda la correspondencia con su mujer y sus hijos.

El contexto

Después de la conquista de Etiopía, Italia proclama el imperio. La izquierda unificada en Frente Popular vence en las elecciones de Francia y España; en esta última las fuerzas reaccionarias responden con un pronunciamiento militar: es la guerra civil, en la que actuarán comunistas italianos, agrupados en la Brigada *Garibaldi* y miles de "voluntarios" enviados por Mussolini. Togliatti juega un rol dirigente allí como delegado de la I.C.

1937

Termina el período de libertad condicional. Gramsci recupera la libertad plena, pero ya está agonizante. Muere de una hemorragia cerebral el 27 de abril. Sus restos son trasladados al cementerio Verano, en Roma. En toda Europa se producen homenajes a Gramsci, como víctima del fascismo.

El contexto

Crisis del gobierno del frente popular en Francia. Italia adhiere al pacto anti Comintern con Alemania y Japón. En la Unión Soviética son acusados de traición y fusilados el dirigente bolchevique Radek y el general Tujachevski, junto con otros importantes oficiales del ejército. La aniquilación de la vieja guardia "bolchevique" por parte de Stalin llega así a su punto culminante.

Apéndice 1

Desde Gramsci hacia una nueva época

Hegemonía y contrahegemonía en la América Latina de hoy

Preguntarse por la vigencia para la realidad latinoamericana de hoy de la problemática gramsciana de la hegemonía, es comenzar por registrar los enormes cambios que esa realidad (y la mundial) han sufrido en estos últimos años. Casi todos coinciden en que hemos asistido al final de una época. Muchos la caracterizan como el ocaso del "estado populista", versión pobre del estado de bienestar en Latinoamérica, que algunos amplían a toda una forma de organización de las relaciones entre estado y sociedad, denominada "matriz estadocéntrica".[1]

Pensamos, en cambio, que si dirigimos la mirada a los "procesos orgánicos", sin dejarnos encandilar por los movimientos de la "coyuntura", asistimos a la terminación de un período más largo y diverso. Este puede ubicarse con claridad, al menos en las sociedades de mayor desarrollo relativo en A.L. (Argentina, Brasil, Chile, México, Uruguay), como un proceso de transformación del capitalismo, signado por la "modernización" económica, social, política y cultural, de las regulaciones de mercado, y de la "sociedad civil", orientado por una "promesa" de mayor "integración" de las clases subalternas. Esta integración se desplegaba, con altibajos, en todos los planos de la vida social y ya estaba presente incluso en las épocas de "repúblicas oligárquicas", latía aún debajo del "orden y progreso" brasileño o la "paz y administración" de Argentina; consignas con las que las clases dominantes latinoamericanas, con matices entre ellas, resumían su propósito de fundar un orden social duradero, sobre los cimientos de una integración subordinada pero rentable al mercado mundial capitalista en expansión.

Esas clases mantenían, a lo largo de todo el período, una aspiración a dejar de ser sólo dominantes para convertirse en "dirigentes", a expandir las fronteras de la propia clase cooptando a otros sectores, a promover concesiones materiales y simbólicas a quienes permanecieran en las

1 Sería reemplazada por una "mercadocéntrica" a partir de los años 80-90. Cf. Marcelo Cavarozzi, *Autoritarismo y Democracia (1955-1996). La transición del Estado al Mercado en Argentina*, Ariel, 1997.

fronteras de las "clases subalternas", a universalizar la "ciudadanía", logrando presentar exitosamente a sus países como "sociedades abiertas" y con un futuro venturoso.

Este talante se modificó parcialmente más tarde. Fue abandonada la amplia confianza en el "libre mercado" para delegar misiones en el aparato estatal, a través de las políticas sociales y de control del mercado. Con distintos ritmos e intensidades, las burguesías del subcontinente abandonaron el "librecambismo". Pero no se extinguió la promesa del ascenso social y la "integración", al contrario se extendió a nuevos sectores. Al menos en los países de mayor desarrollo relativo y cierta prosperidad de A.L., la perspectiva de ascenso social, o en su defecto, de mejoramiento dentro de la propia clase (en una amplitud que abarcaba no sólo lo económico sino también lo educativo y la adquisición de la ciudadanía política), jugaba como principio atenuador del conflicto social. Proporcionaba primero la alternativa del desarrollo de actitudes individualistas, que luego se completaron con una conciencia de las clases subalternas orientada a lograr mejoras en el plano económico-corporativo, obtenidas por medio de un aparato estatal que exige a cambio la renuncia a toda idea de transformación revolucionaria.[2]

A partir de los años 70 y 80, y con claridad completa en la década de los 90, el mundo y América Latina han experimentado un vuelco. Se ha producido una "revolución desde arriba",[3] un proceso de recomposición capitalista que opera reformulando el papel del estado. Desarticula las organizaciones de las clases subalternas cuya cuota de poder se reconoció por décadas, y dirige las decisiones públicas hacia el favorecimiento de la mayor concentración y centralización del capital.

Como afirma Aricó, esta revolución *desde lo alto* resultó de esos procesos en los que las clases dominantes cambian sus sociedades, con el suficiente grado de profundidad como para que sus impugnadores vean

2 Si nos atuviéramos a las cinco "fases" del desarrollo de las clases subalternas hacia la "*autonomía integral*" que plantea Gramsci (*Cuadernos*, II. p. 89), se podría afirmar que las clases subalternas de estos países lograron ser mantenidas, en general, entre la fase 3 (nacimiento de partidos nuevos de la clase dominante para mantener el control de las clases subalternas) y la 4 (formaciones propias de las clases subalternas de carácter restringido o parcial). con las excepciones de Chile durante el fuerte poderío comunista y socialista y, en menor medida, el Uruguay. Todas las citas de Gramsci están tomadas de la traducción al español de la edición de Valentino Gerratana, editada en México en seis tomos, por Editorial ERA y la Universidad Autónoma de Puebla. Se cita con la palabra *Cuadernos*, seguida por el número de tomo en cifras romanas y el número de página.

3 Un análisis de las reformas "neoliberales" como "revolución capitalista" puede encontrarse en Tomás Moulian. *Chile actual. Anatomía de un mito*, Santiago, Lom. 1997.

a su vez desmentidas sus ideas acerca del cambio social.[4] La transformación y crisis actual de los capitalismos latinoamericanos no es pura "reacción", sólo orientada por la obcecación de los sectores sociales más ricos y poderosos en su avidez de ganancias y poder. Es también, a su modo, "modernización", re-composición de un sistema de dominación, cambio profundo en las relaciones entre estado y sociedad y abarca tanto a las clases dominantes como a las subalternas. Pero tiene el signo distintivo de anular buena parte de las bases mismas de la "acción hegemónica" que las clases dominantes latinoamericanas sostuvieron por largas décadas, de sus posibilidades de presentar un cuadro de "expansión universal" de la sociedad a través del reconocimiento de su dirección por "grupos aliados y auxiliares".[5]

Ese proceso de cambio se ha manifestado como una contra-ofensiva de las clases dominantes, en tanto que parte de su dinámica se extrajo de la voluntad consciente de revertir, por medio de transformaciones estructurales y no con medidas de coyuntura, el ascenso en la movilización y las luchas sociales de los años 60-70. Pero ha tenido un efecto paradójico: al destruir las organizaciones de las clases subalternas, "descabezar" a su dirección, promover el "transformismo" de sus intelectuales orgánicos, ha minado también su propia capacidad de ejercer la "dirección intelectual y moral", deteriorada la posibilidad de erigir indispensables "bases materiales" para esa dirección. Similar suerte sufrieron las herramientas organizativas, tales como partidos con capacidad de organización y movilización de masas y sindicatos reformistas y burocratizados, que le permitieron en su momento construir esos "equilibrios inestables", esa capacidad para las "soluciones de compromiso" que Gramsci sitúa como cimiento de la transformación de una clase en "dirigente" además de "dominante".

---

4 "Su característica distintiva reside en ser un proceso de transformación desde la cúspide, de *revolución desde lo alto*, que está por supuesto en las antípodas de la tan ansiada revolución democrático-burguesa que lòs partidos comunistas latinoamericanos instituyeron como modelo teórico y político del cambio, y que pretendieron llevar a la práctica a través de múltiples combinaciones tácticas, desde fines de los años veinte." José Aricó, *La cola del diablo, el itinerario de Gramsci en América Latina*, Buenos Aires, Puntosur, 1988, p. 90.

5 "El Estado es concebido como organismo propio de un grupo, destinado a crear las condiciones favorables para la máxima expansión del grupo mismo, pero este desarrollo y esta expansión son concebidos y presentados como la fuerza motriz de *una expansión universal*, de un desarrollo de todas las energías 'nacionales', o sea que el grupo dominante es coordinado concretamente con los intereses generales de los grupos subordinados y la vida estatal es concebida como un continuo formarse y superarse de equilibrios inestables (en el ámbito de la ley) entre los intereses del grupo fundamental y los de los grupos subordinados, equilibrios en los que los intereses del grupo dominante prevalecen pero hasta cierto punto, o sea no hasta el burdo interés económico-corporativo." *Cuadernos*, V, p. 37 (El énfasis nos pertenece, N. del A.).

La contradicción se agrava porque ese proceso destructivo no se produce en condiciones de dictadura abierta, sino acompañando el establecimiento y estabilización de regímenes parlamentarios, aquéllos que, también al decir de Gramsci, constituyen el escenario del "ejercicio normal de la hegemonía".[6] Justamente, esa amputación de la "capacidad hegemónica" en un régimen que no brinda condiciones, al menos en lo inmediato, para colocar al frente la acción coercitiva y hacer primar al dominio político sobre el consenso, dibuja una brecha profunda en el sistema de dominación de las sociedades latinoamericanas. Al menos en potencia, se generan posibilidades renovadas para la acción contra-hegemónica de las clases subalternas.

De ello trataremos de ocuparnos en adelante. Pero previo a eso, creemos, se requiere algún repaso de las distintas dimensiones que tiene el concepto de "hegemonía", y su puesta en relación con la lucha social y política en la América Latina actual.

El concepto de hegemonía en Gramsci y sus derivaciones actuales

Gramsci define al Estado como la suma de las funciones de dominio y hegemonía, incorporando en un lugar destacado la consecución del "consenso activo" de los gobernados:

> Estado es todo el conjunto de actividades prácticas y teóricas con que la clase dirigente no sólo justifica y mantiene su dominio sino que logra obtener el consenso activo de los gobernados, es evidente que todas las cuestiones esenciales de la sociología no son otra cosa que las cuestiones de la ciencia política.[7]

El mencionado consenso "activo", no puede asimilarse a un asentimiento condicionado por el miedo a perderlo todo o por la creencia fatalista de que nada puede cambiar, sino una perspectiva que incluye la movilización, actual o potencial, a favor del orden social existente.

La utopía burguesa del Estado situado por encima de la competencia de las clases (colocado al servicio del bien común) se vuelve poco verosímil, escasamente operativa, si la acción estatal toma un desembozado carácter clasista. En ese caso, el "espejismo" que le da vigor como fuerza conservadora tiende a diluirse, la orientación de clase del estado se coloca en primer plano, adquiere una peligrosa (para las clases dominantes) "transparencia". Y esto más allá de la voluntad de

6 *Cuadernos*, V, p. 81.

7 *Cuadernos*, V, p. 186.

unas clases dominantes en las que también se vuelve difusa la decisión de ejercer una dirección "intelectual y moral", en la medida en que la presentación de sus intereses "en el plano universal" tiende a dejar de preocuparlas.

La hegemonía es una categoría fundamental en Gramsci, que apunta con ella a caracterizar fenómenos complejos, definidos centralmente por la capacidad de un grupo social para articularse, desde una posición de supremacía, con otros grupos sociales, y orientar la "visión del mundo" de un conjunto social mucho más amplio que las fronteras estrictas de la clase originaria.[8]

Que una clase es hegemónica significa mucho más que la dirección política de una alianza de clases, que fue el significado original que se le asignaba al término en la tradición marxista, sobre todo en Lenin. La construcción de hegemonía se extiende por los más variados campos del hacer humano.[9] Sin embargo, el concepto se ha "vulgarizado" con frecuencia, y ha dado lugar a 1) una contraposición binaria entre hegemonía y dictadura, donde no existiría una si existe la otra y 2) a partir de asignar un rango de existencia mucho más que metafórico a la pareja base-superestructura, tomarla como una categoría exclusivamente referida a la "superestructura" y dentro de ella a la esfera ideológico-cultural o a la "sociedad civil" (a su vez malinterpretada como contrapuesta a lo estatal). La distinción que Gramsci efectúa entre sociedad civil y sociedad política es de finalidad heurística, como camino para analizar los diferentes mecanismos de un campo y otro, pero no asimila, como la teoría liberal, sociedad política a estado y sociedad civil a la esfera no estatal:[10]

---

8 En el famoso parágrafo 17 del Cuaderno 13 "Análisis de las situaciones: relaciones de fuerza", el italiano señala que una clase alcanza el más elevado grado de homogeneidad, autoconciencia y organización cuando "(...) se alcanza la conciencia de que los propios intereses corporativos, en su desarrollo actual y futuro, superan el círculo corporativo (...) y pueden y deben convertirse en intereses de otros grupos subordinados." De ese modo la lucha pasa del plano corporativo al "universal" "(...) creando así la hegemonía de un grupo social fundamental sobre una serie de grupos subordinados." *Cuadernos*, V. pp. 36-37.

9 Afirma Giorgio Baratta: "A través de la praxis y la teoría, de la política y la cultura, de la economía, la sociedad civil y el estado, a través de estructura y superestructura, dirigidos y dirigentes, gobernados y gobernantes, entre las masas y los intelectuales, a través de líderes, cuadros y base del partido, del centro y de la periferia, de la historia mundial y las historias particulares, del mundo y de la nación, de negros y blancos, *pasa* la hegemonía." G. Baratta, "Gramsci tra noi: Hall, Said, Balibar" en G. Baratta y G. Liguori (eds.), *Gramsci da un secolo all' altro*, Milano, Riuniti, IGS, 1999, p. 19.

10 Cf. Buttigieg, Joseph, "Sulla categoría gramsciana de "subalterno" en G. Baratta y G. Liguori (eds.)....", p. 35.

(...) hay que observar que en la noción general de Estado entran elementos que deben reconducirse a la noción de sociedad civil (en el sentido podría decirse de que Estado: sociedad política+sociedad civil, o sea hegemonía acorazada de coerción).[11]

Los estados de las sociedades más complejas, que han superado el nivel de la defensa económico-corporativa de la clase dominante, tienen ampliada la capacidad para contribuir a establecer la supremacía de clase. Pero no han renunciado a ningún instrumento, salvo, y sólo en principio, a las formas más ilimitadas y arbitrarias de utilización del aparato coercitivo, que pasa a estar comprendido en las restricciones propias del Estado de Derecho.[12] La hegemonia está concebida como la construcción que permite el paso a una esfera de "dirección intelectual y moral",[13] hasta que la clase que domina pase del particularismo al universalismo y dirija así a otros grupos sociales.

Sin embargo, los componentes de hegemonía y de coerción coexisten en el tiempo y en el espacio, como componentes de la "supremacía" de una clase que pasa a ser dirigente sin dejar de ser "dominante" (dotada de poder coercitivo) y despliega su poder sobre un espacio social más amplio que el de los aparatos estatales formalmente reconocidos como tales.[14] De esta forma, se da lugar a la configuración de una sociedad donde, como dice el propio Gramsci, hay democracia en la relación con algunos sectores sociales , y dictadura en el vínculo con otros. O mejor, no sólo coexisten sino que se entrelazan y refuerzan una a la otra.[15] Un

---

11 *Cuadernos*. III, p. 76.

12 Algunos pensadores consideran que el "estado de excepción" está reemplazando al "estado de derecho", y convirtiéndose en la verdadera forma de las democracias occidentales. Puede verse un complejo planteo de la cuestión en Giorgio Agamben, *Estado de excepción*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2004.

13 En los *Cuadernos*, se diferencia la "dirección intelectual y moral" del "dominio" en el que predomina la coerción. Esa "dirección" constituye el contenido fundamental de la hegemonía. (*Cuadernos*, V, p. 387).

14 "(...) la concepción del Estado como hegemonía conduce a afirmaciones paradójicas: que no siempre al Estado debe buscársele allí donde parecería estar 'institucionalmente': en realidad el Estado, en este sentido, se identifica con los intelectuales 'libres' y con aquel grupo de ellos que representa, precisamente, el principio ético-político en torno al cual se verifica la unidad social para el progreso de la civilización. La política momento de la fuerza, pero prepara para la vida moral o es instrumento y forma de vida moral, por lo tanto no hay conflicto entre política y moral sino casi identificación." *Cuadernos*, III, p. 343.

15 Cómo afirma Joseph Buttigieg: "En realidad, los escritos de Gramsci revelan como el dominio de la sociedad política y la dirección de la sociedad civil realmente se refuerzan una a la otra; el poder coercitivo y el poder de producir el consenso se entrelazan." Buttigieg, "Sulla categoria gramsciana di subalterno" en G. Baratta y G. Liguori, *Gramsci da un secolo all'altro*, Roma, Editori Riuniti, 1999, p. 31.

grupo social es dominante de los grupos adversarios que tiende a "liquidar" o a someter incluso con la fuerza armada y es dirigente de los grupos afines y aliados.[16]

En Gramsci, la hegemonía adquiere múltiples dimensiones y articula diversos significados. Abarca componentes "materiales" junto a los "ideales", de modo que la "dirección intelectual y moral" es ejercida por grupos sociales con un papel "decisivo" en la vida económica, para "hegemonizar" a otros que también lo tienen.[17] La *catarsis*[18] que eleva al plano de lo ético-político se asienta en el campo económico-corporativo y supone una serie de sacrificios y compromisos, a su vez inestables, dinámicos, que, sin embargo, no pueden desconocer el papel fundamental, originado en el mundo de la producción, de la clase que aspira a ser "dirigente":

> (...) es evidente que tales sacrificios y tal compromiso no pueden afectar a lo esencial, porque si la hegemonía es ético-política, no puede dejar de ser también económica, no puede dejar de tener su fundamento en la función decisiva que el grupo dirigente ejerce en el núcleo decisivo de la actividad económica.[19]

La función "decisiva" en ese "núcleo" es el fundamento irreemplazable de la capacidad de dirección. Cabe pensar, entonces, que cuando esa función aparece reducida a una mezquina búsqueda de los niveles máximos de ganancias, sin ofrecer a las clases subalternas nada efectivamente distinto al empeoramiento progresivo de su posición en la sociedad, algo falla. Vacila el fundamento mismo de la hegemonía.

El propio Gramsci destaca el carácter "mixto" de muchos fenómenos sociales, componentes de la "superestructura" que juegan un papel como aparato coercitivo, pero también son en un sentido "aparatos hegemónicos". Expanden una "visión del mundo" determinada (el lugar que ocupa lo ideológico en los tribunales de justicia o en las fuerzas

---

16 *Cuadernos*, V, p. 387.

17 Este párrafo de Gramsci puede ser tomado como una afirmación de la base de la hegemonía en el mundo productivo: "Es verdad que conquista del poder *y afirmación de un* nuevo mundo productivo son inseparables, que la propaganda para una cosa es también propaganda para la otra y que en realidad sólo en esta coincidencia reside la unidad de la clase dominante que es al mismo tiempo económica y política." (*Cuadernos*, IV, p. 232).

18 "Se puede emplear el término de 'catarsis' para indicar el paso del momento meramente económico (o egoísta-pasional) al momento ético-político, o sea la elaboración superior de la estructura en superestructura en la conciencia de los hombres. Esto significa también el paso de lo 'objetivo a lo subjetivo' y de la 'necesidad a la libertad'". (*Cuadernos*, IV, p. 142).

19 *Cuadernos*, V, p. 42.

militares es por demás evidente, Gramsci también hace referencia al rol educador del derecho).[20]

Esa vinculación entre diferentes elementos está presente incluso en las democracias parlamentarias, en las que la fuerza adquiere la "legitimidad" que le presta el consenso de la mayor parte de la población, mientras que los mecanismos de corrupción llenan las brechas que deja el consentimiento y no se adecuan a soluciones coercitivas:

> El ejercicio "normal" de la hegemonía en el terreno que ya se ha vuelto clásico del régimen parlamentario, se caracteriza por la combinación de la fuerza y el consenso, que se equilibran diversamente, sin que la fuerza domine demasiado al consenso, incluso tratando de obtener que la fuerza parezca apoyada en el consenso de la mayoría, expresado por los llamados órganos de la opinión pública -periódicos y asociaciones-, los cuales, por lo tanto, en ciertas situaciones, son multiplicados artificiosamente. Entre el consenso y la fuerza está la corrupción-fraude (que es característica de ciertas situaciones de difícil ejercicio de la función hegemónica, presentando el empleo de la fuerza demasiados peligros),o sea el debilitamiento y la parálisis infligidos al adversario o a los adversarios acaparando sus dirigentes, bien sea encubiertamente o, en caso de peligro emergente, abiertamente, para provocar confusión y desorden en las filas adversarias.[21]

Si bien el consenso es el término predominante, el uso o la amenaza de la fuerza se retira del primer plano pero no desaparece. La coerción sigue siendo el núcleo del poder estatal, la "coraza" que recubre a la hegemonía, en el decir gramsciano. Esta no puede ser definida por el componente de coerción, pero tampoco puede ser comprendida sin él

> Puede y debe existir una "hegemonía política" incluso antes de llegar al gobierno y no hay que contar sólo con el poder y la fuerza material que éste da para ejercer la dirección o hegemonía política (...).[22]

La reacción justificada contra las concepciones "estatalistas", que lo reducían todo a la conquista del poder, convertida en una suerte de "milenio" laico, no habilita, como se hace a menudo, a eludir la problemática del dominio. Esta integra una asociación, por cierto dinámica y sujeta al cambio histórico, y no una dicotomía, con la "dirección".

---

20 "Si todo Estado tiende a crear y mantener cierto tipo de civilización y de ciudadano (y por lo tanto de convivencia y de relaciones individuales), tiende a hacer desaparecer ciertas costumbres y actitudes y a difundir otras, el derecho será el instrumento para este fin (junto a la escuela y otras instituciones y actividades) y debe ser elaborado para que sea conforme al fin, para que sea máximamente eficaz y productivo de resultados positivos." (*Cuadernos*, V, p. 25).

21 *Cuadernos*, V, p. 81.

22 *Cuadernos*, I, p. 107.

Un problema en la interpretación de los procesos sociales es el de pasar por el costado de esta complejidad de la hegemonía, con la consiguiente reducción de la misma a una noción estrecha de "dirección intelectual y moral", que parece sacarla del plano de la construcción de bases materiales, del rol fundamental en la economía de la clase que trata de convertirse en dirigente. Y tiende a considerar a la sociedad civil, al estilo del pensamiento liberal, como un espacio plural, pero no cruzado por contradicciones antagónicas ni por impulsos de clase contrapuestos. Se construye así una concepción "desencarnada" de la hegemonía, desvinculada de la lógica de la lucha de clases, ajena a lo que ocurra en el plano de las relaciones de producción.

Otro rasgo de la hegemonía burguesa es el conferido por el hecho de que la burguesía tiene fronteras permeables, y ninguna traba jurídica, formal, impide el ascenso social de las clases subalternas a las dominantes. Eso la convierte en una clase dinámica, en cuanto puede ampliar sus filas (y mejorar sus cuadros dirigentes) con miembros de las clases subalternas a los que incorpora a su seno

> La revolución aportada por la clase burguesa a la concepción del derecho y por lo tanto a la función del Estado, consiste especialmente en la voluntad de conformismo (de ahí a la eticidad del derecho y del Estado). Las clases dominantes precedentes eran esencialmente conservadoras *en el sentido de que no tendían* a elaborar un paso orgánico de las otras clases a la suya, esto es, a ampliar su esfera de clase "técnicamente" e ideológicamente: la concepción de casta cerrada. La clase burguesa se postula a sí misma como un organismo en continuo movimiento, capaz de absorber a toda la sociedad, asimilándola a su nivel cultural y económico: toda la función del Estado es transformada: el Estado se vuelve educador, etc.[23]

Además, la inexistencia tanto de distinciones sociales cristalizadas por el derecho como de restricciones formales a la libertad del individuo (todas ellas suprimidas en aras del propio desarrollo capitalista) permite la implantación de la libertad del individuo como principio fundante. Y confiere verosimilitud a la noción de "ciudadanía", que aparece diluyendo en el plano político las diferencias de clase, tras el principio "un hombre- un voto": corolario en el plano de las decisiones estatales de la "igualdad ante la ley". En aquellas sociedades capitalistas en que la movilidad social se vuelve extremadamente difícil, la hegemonía burguesa incorpora una debilidad, y así lo señala Gramsci, al enunciar que la burguesía queda "saturada" y no sólo no se expande sino que "desasimila" a algunos de sus integrantes.[24]

23 *Cuadernos*, III, p. 215.

24 *Ibídem*.

Este cuadro se da en las sociedades latinoamericanas actuales, en que sectores de la burguesía pierden su posición y sectores de las clases subalternas anteriormente "integrados" se ven empujados a lugares marginales, marcados por la incertidumbre y la precariedad. La posibilidad de que los trabajadores formulen una "elección racional", optando por la vía de las reformas y el mejoramiento de sus condiciones inmediatas de vida, frente a los costos en tiempo y sacrificios que imponía la idea de revolución social, no es hoy operante para las sociedades latinoamericanas.[25] La generación de un consentimiento adaptativo, basado en la satisfacción individualista, pierde margen al tiempo que avanza la "des-integración" de amplias capas, que quedan por fuera del mercado de trabajo o ven disminuir abruptamente sus ingresos y calidad de vida, ven en peligro su subsistencia, y tienden a ser marginadas de la vida política. Y la acción colectiva meramente economicista, corporativa, pierde eficacia frente a una constelación de poder que ya no está dispuesto a reconocer a las organizaciones de trabajadores como "socio menor".

Otro arco de complejidades es el proporcionado por la posibilidad de que se produzca la aparición de una hegemonía alternativa o contra-hegemonía. Frente a la clase dirigente puede alzarse una clase subalterna que aspira a fundar otra "visión del mundo". El grupo subalterno sólo puede convertirse a su vez en hegemónico pasando del plano económico corporativo al *ético-político* (combinación en que el término "ético" apunta más bien a la dimensión intelectual y moral, y "político" al control del aparato del estado) y presentando sus intereses sobre un plano "universal". Pero se requiere de modo inexcusable ese basamento económico-corporativo.[26] El pensamiento de Gramsci sobre la hegemonía es revolucionario en el sentido de apuntar a la transformación radical del conjunto de las relaciones sociales. Por lo demás, una crítica por completo consecuente que parta de lo cultural terminará por cuestionar las relaciones sociales de producción existentes o se detendrá mucho antes de plantear la construcción de una sociedad diferente.

---

25 Un análisis pormenorizado acerca de las "bases materiales de la hegemonía", desde un enfoque de *rational choice*, se encuentra en A. Przeworski, *Capitalismo y socialdemocracia*, Madrid, Alianza, 1988.

26 El término "bloque histórico" alude a la unidad entre lo estructural y lo superestructural, entre lo material y lo ético-político: "La estructura y las superestructuras forman un 'bloque histórico', o sea que el conjunto complejo y contradictorio de las superestructuras son el reflejo del conjunto de las relaciones sociales de producción." *Cuadernos*, III, p. 309. "La historia ético-política no puede prescindir tampoco de la concepción de un 'bloque histórico' en el que el organismo es individualizado y concretizado por la forma ético-política, pero no puede ser concebido sin su contenido 'material' o práctico." *Cuadernos*, III, p. 346. De allí la impropiedad de aludir a la conformación de una nueva coalición política o alianza social como si fuera la configuración de un "nuevo bloque histórico".

La "contrahegemonía"[27] no puede ser entendida sino como la generación de una nueva visión del mundo, que produzca "iniciativa política" de las clases subalternas, que "cambie la dirección" de las fuerzas que es preciso absorber para realizar un nuevo "bloque histórico". Sin "iniciativa popular" auténtica, no puede haber verdaderas revoluciones, solo "revolución pasiva". Gramsci valora el objetivo comunista de la construcción contrahegemónica, aplicándolo incluso a la formación de los dirigentes, a qué tipo de relaciones sociales se crean y fomentan, en acuerdo (o en contradicción) con el tipo de sociedad al que se pretende apuntar: ¿Son las organizaciones revolucionarias el preanuncio, en sus prácticas y no en su discurso, de la sociedad sin clases ni estado, sin gobernantes ni gobernados, sin divisiones tajantes entre el trabajo intelectual y el manual o son maquinarias que construyen renovadas jerarquías, privilegios y desigualdades?

Gramsci plantea de frente un problema persistente: no pueden invocar de modo consecuente pretensiones contra-hegemónicas organizaciones que excluyen la iniciativa de las bases en sus filas, que preparan a sus miembros en un ambiente de verticalismo y subordinación.

La hegemonía tiene otro fundamento que podría caracterizarse asimismo como "material" pero es autónomo del plano económico: el organizacional o institucional, dado por las organizaciones sociales que configuran el "aparato" de la hegemonía. La posibilidad de una formación de hegemonía está relacionada con el proceso de desarrollo capitalista y con el aumento de complejidad de la esfera cultural, una mayor densidad "organizacional" y un nivel de educación más elevado del grueso de la población.[28] El bloque que está en el poder construye las líneas de defensa que le hacen menos necesario recurrir a la coerción, y supera los elementos de manipulación ideológica más burdos. Busca articular una conjunción de grupos sociales en torno suyo, en base a una "visión del mundo" compartida que permite hablar de "democracia" entre el grupo hegemónico y los sujetos a esa hegemonía.[29]

---

27 Es bueno recordar que el término "contrahegemonía" no figura en los escritos de Gramsci. Está sin embargo incorporada su utilización, aplicándola al proceso por el cual las clases subalternas tratan de contrarrestar la hegemonía de las clases dominantes, y avanzar en la realización de una "reforma intelectual y moral" y en la conformación de una "voluntad colectiva nacional-popular", que les permita constituirse a su vez en dominantes.

28 C. Buci-Glucksmann, hace más de veinte años, escribió que "Cuanto más auténticamente hegemónica es una clase, tanto más permite a las clases adversarias la posibilidad de organizarse y constituirse en fuerza política autónoma." Christine Buci-Glucksmann. *Gramsci y el Estado. Hacia una interpretación materialista de la filosofía.* México, Siglo XXI, 7° edición. 1986.

29 "Entre tantos significados de democracia, el más realista y concreto me parece que se puede extraer en conexion con el concepto de hegemonia. En el sistema hegemónico existe democracia entre el grupo dirigente y los grupos dirigidos, en la medida en que el desarrollo de la economia y por lo tanto la legislación que expresa tal desarrollo favorece el paso molecular de los grupos dirigidos al grupo dirigente." *Cuadernos*, III, p. 313.

Y ello da lugar al escenario de conflicto social, complejo y múltiple, que Gramsci denomina "guerra de posiciones". Prolongada en el tiempo, librada en un espacio social amplio y heterogéneo, incluyendo más de un frente simultáneo, con avances y retrocesos parciales, que no son definitivos y que sólo se alcanzan después de trabajosos enfrentamientos, en una situación de asedio recíproco (el enemigo puede contraatacar y retomar posiciones en cualquier momento). Se rescata así el concepto de revolución, pero en la forma de un proceso de laboriosa gestación y no de acontecimiento único e irreversible, y con un contenido de transformación radical e integral, no limitado al poder político y las relaciones de producción fundamentales. El proceso revolucionario entraña la ruptura de todas y cada una de las relaciones signadas por la opresión y la desigualdad, sea que respondan a coordenadas étnicas, religiosas, de género, u otras. Ello incluye por supuesto las divisiones que generan la alienación, pero no son reductibles a la esfera productiva: entre intelectuales y "simples" (los que "saben" y los que "no saben"), entre dirigentes y dirigidos, entre lo político y lo económico, entre ciudad y campo.

Y allí es que Gramsci vincula la problemática de la hegemonía con las sociedades más complejas, dotadas de las estructuras organizacionales propias de las democracias modernas. Estas obligan a pasar por una guerra de posiciones que resulta equiparada a la lucha por la hegemonía:

> la guerra de posiciones, en política, es el concepto de hegemonía, que sólo puede nacer después del advenimiento de ciertas premisas, a saber las grandes organizaciones populares de tipo moderno, que representan como las "trincheras" y las fortificaciones permanentes de la guerra de posiciones. [30]

Pero el paso a la guerra de posiciones no significa que la guerra de movimientos deje de existir ni que el problema de destruir el aparato de coerción que posee la clase dominante haya desaparecido. Es un paso en un proceso más complejo, que presupone la ardua y prolongada "lucha de trincheras".[31]

---

30 *Cuadernos*, III, p. 244.

31 Según Gramsci, en los "Estados más avanzados", "la sociedad civil se ha convertido en una estructura muy compleja y resistente a las 'irrupciones' catastróficas del elemento económico inmediato (...) las superestructuras de la sociedad civil son como el sistema de trincheras en la guerra moderna." *Cuadernos*, III, p. 151. Como afirma M. Salvadori "(...) descartar la 'guerra de movimiento' hasta que haya dado sus frutos la 'guerra de posición'. No se trata, pues, de una contraposición entre los dos conceptos de 'guerra', sino de una correlación funcional. No se puede emprender el asalto al poder (Estado obrero y dictadura del proletariado) mientras la lucha de trincheras no haya creado las premisas del éxito; pero el objetivo supremo sigue siendo el asalto destructivo contra el enemigo". Massimo Salvadori, "Gramsci y el PCI. Dos concepciones acerca de la hegemonía", en AAVV, *Revolución y democracia en Gramsci*, Fontamara, Barcelona, 1981, p. 88.

En suma, los perjuicios causados por el "reduccionismo" económico (contra los que Gramsci advirtió con parejas insistencia y talento)[32] no justifican que, en el empeño por superarlos, se produzca la "reducción a la nada" de componentes fundamentales de lo social y la virtual anulación de la perspectiva de lucha de clases. Gramsci defiende la existencia real de las superestructuras, en tanto que espacio en el que los hombres toman conciencia de los conflictos de la estructura y que, por lo tanto, no son reductibles a "apariencia o engaño" ni tampoco a mero "reflejo" de las relaciones sociales de producción.[33] De allí a retacearles, a su vez, "realidad" y eficacia a las "estructuras" hay una enorme distancia.

El análisis de la sociedad, entendido por Gramsci como análisis de las relaciones de fuerzas sociales, tiene que culminar en la esfera de la hegemonía y de las relaciones ético-políticas. Para Gramsci el punto fundamental es la recuperación de esa esfera, frente a tendencias, ya operantes desde los tiempos de la Segunda Internacional, y que prosiguen en sus días, a "aplanar" el marxismo hacia formas de determinismo economicista que niegan gravitación real a los fenómenos políticos y culturales

> (...) si la filosofía de la praxis (...) no reconoce la realidad de un momento de la hegemonía, no da importancia a la dirección intelectual y moral y juzga realmente como "apariencias" los hechos de la superestructura. (...) la fase más reciente del desarrollo de ésta consiste precisamente en la reivindicación del momento de la hegemonía como esencial en su concepción estatal y en la "valorización" del hecho cultural, de la actividad cultural, de un frente cultural como necesario junto a aquellos meramente económicos o meramente políticos.[34]

No se trata de poner el acento exclusivamente en la "política" o en la "economía", en la "cultura" o en el "poder", en el estado o en la "sociedad civil", sino de superar la dicotomía entre lo político y lo económico, entre lo estatal y lo no estatal; disociación que la acción y el pensamiento de la burguesía utiliza tan bien para sus propósitos hegemónicos. La idea es recuperar la concepción de "totalidad" social, una de las conquistas

---

32 Un ejemplo: "La pretensión (presentada como postulado esencial del materialismo histórico) de presentar y exponer toda fluctuación de la política y la ideología como una expresión inmediata de la estructura, debe ser combatida teóricamente como un infantilismo primitivo, o debe ser combatida prácticamente con el testimonio auténtico de Marx, escritor de obras políticas e históricas concretas." *Cuadernos*, III, p. 161.

33 "(...) la tesis de Marx -de que los hombres adquieren conciencia de los conflictos de estructura en el terreno de las ideologías- posee un valor orgánico, es una tesis gnoseológica y no psicológica o moral". *Cuadernos*, II, pp. 175-176. En el mismo pasaje, advierte contra la perjudicial tendencia a ver la política y la historia misma como "un juego de ilusionismo y prestidigitación".

34 *Cuadernos*, IV, p. 126.

fundamentales de la tradición marxista. Y más en general, de romper con la "prisión" de las separaciones artificiales y los énfasis reductores, propios de la ideología burguesa y conservadora, para plantear el combate contra la dominación a partir de un criterio integral de "comprensión" de los procesos sociales.[35]

La "libertad" propuesta por el ordenamiento político parlamentario es la misma que permite la servidumbre del trabajador bajo la apariencia contractual del trabajo asalariado. No sólo coexiste sino que se apoya en la supremacía de una clase. No hay por tanto una "libertad política" auténtica que coexista con la opresión de clase ni una verdadera "lucha por la libertad" que soslaye a la dominación clasista a la hora de escoger adversarios.

Las clases dominantes actuales, y en particular las que actúan en América Latina, han tendido a desmentir, en los últimos años, su vocación hegemónica. Es cierto que ya no restringen, en el plano jurídico-formal, la posibilidad de organización de las clases subalternas, tal como ocurría habitualmente hasta mediados de la década de los 80, sobre todo bajo gobiernos dictatoriales. Pero sí persiguen con empeño su pérdida completa de autonomía, la fragmentación y la pérdida de la identidad de clase, aun en los niveles más estrechamente corporativos. El "modelo" de consentimiento que parecen buscar es pasivo, replegado a la vida privada, con un ciudadano sólo convocado para el sufragio, y eso con empeño decreciente en combatir la abstención. Se espera más del escepticismo, de la indiferencia masiva, que de la adhesión convencida a determinadas ideas o políticas.

Se podría caracterizar esta "retirada" del apoyo de las masas a la clase dominante (ante la incapacidad de ésta para acoger y satisfacer "nuevas demandas")[36] como manifestación de una "crisis orgánica". Creo que es un interrogante que queda abierto, ya que amplios sectores del gran capital y sus intelectuales intentan echar las bases de una forma de dominación que pueda prescindir por largos períodos, sino definitivamente, de la organización y la movilización de sectores amplios de la población. Si estamos asistiendo a esos "diversos fenómenos morbosos"[37] que caracterizan a una situación de crisis o a una recomposición eficaz, sobre

35 Cf. N. Kohan, *Hegemonía y poder en Gramsci y Marx*, mimeo, p. 26.

36 El estudioso español Rafael Díaz Salazar describe en esos términos la situación de "crisis orgánica". Cf. Rafael Díaz Salazar, *El proyecto de Gramsci*, Madrid, Ediciones HOAC, 1993, pp. 238-239.

37 Gramsci caracteriza así a fenómenos que se producen en la situación de crisis, entre la agonía de lo viejo y el nacimiento de lo nuevo.

bases diferentes a todo lo conocido anteriormente, no es algo que, nos parece, pueda ser respondido de modo tajante, pero conviene al menos tomar nota de la existencia del problema.

La construcción de una voluntad colectiva requiere un laborioso proceso que no puede partir sino de un conocimiento y análisis pormenorizado de la realidad en que se vive. La supremacía de clase es un fenómeno multívoco, cuya diversidad y complejidad aumenta junto con la de las sociedades. Pero ello no justifica el "*deslizamiento*" a una interpretación en clave liberal o socialdemócrata del poder en la sociedad, que lo "desmaterializa" y lo "pacifica", al pasar por el costado de la problemática de la coerción, de la violencia, incluso del terror que subyace (y actúa, de modo selectivo y más o menos encauzado jurídicamente) en las sociedades hegemónicas, con instituciones de democracia representativa. En definitiva, ese deslizamiento separa la formación y reproducción del poder en las sociedades modernas de la problemática de la lucha de clases. De la ligazón entre ambos aspectos fue Gramsci un defensor, en contra del torrente *determinista* y economicista que surcaba el marxismo de su época, proviniera de la tradición de la Segunda Internacional o de la Tercera en proceso de "estalinización".

La hegemonía en las sociedades latinoamericanas

Las *sociedades latinoamericanas*, sobre todo las de mayor desarrollo relativo, ya no son "Oriente", ni siquiera una suerte de Occidente "transicional", sino un neto "Occidente", en cuanto sociedades complejas con importante desarrollo de una sociedad civil que dista de ser "primitiva y gelatinosa".[38] Existen partidos políticos de larga permanencia, medios masivos de alcance generalizado, un mundo intelectual con importante desarrollo, organizaciones de las clases subalternas con fuerte influencia y prolongada trayectoria.

Hace un tiempo que se han estabilizado democracias representativas en la región y esa es la cobertura institucional con que nuestras sociedades están siendo integradas, a la fuerza, en el capitalismo globalizado. Pero, a la vez, están cruzadas por la pobreza de buena parte de sus habitantes, cada vez más por el desempleo crónico, el empleo precario y aun por los salarios paupérrimos de parte de los que tienen trabajo formal. Estas sociedades de estructura social compleja y "sociedad civil" desarrollada no son, pese a ello (y todo indica que nunca lo serán), equiparables a sociedades europeas o de la América anglosajona. Sus peculiaridades

38 Esa era la característica que definía a la sociedad civil en las sociedades de tipo "oriental". Cf. *Cuadernos*, III, p. 157.

económicas, políticas, étnicas, culturales, las condiciones en que viven y trabajan las clases, el sitio excéntrico, "periférico" que ocupan en el sistema capitalista mundial, siguen condicionando los modos de pensar y actuar, las modalidades organizativas, las formas de lucha.

Un énfasis exagerado en esas peculiaridades, sin embargo, ha llevado durante períodos históricos enteros a pensar a Latinoamérica como una región donde la problemática de la hegemonía se hallaría ausente o no alcanzaría la centralidad que posee en los países de mayor desarrollo capitalista. En ocasiones, se presentaba al centro y sur de América como un territorio donde la dominación violenta era directa y transparente. Y por tanto cabría tentar con éxito el "asalto al poder", contra unas clases dominantes sólo amparadas en la coerción.

Sin embargo, a esta altura de la evolución histórica, hemos asistido al fracaso, en las sociedades latinoamericanas de mayor complejidad relativa, de las tentativas de transformación social que pretendieron subestimar el plano "ético-político" y la necesidad de una "reforma intelectual y moral" desde las clases subalternas para transformar la sociedad e intentaron distintas variantes de "asalto al poder". No casualmente, las dos revoluciones triunfantes en el área, la cubana de 1959 y la nicaragüense de 1979, se dieron en sociedades relativamente pequeñas, de predominio agrario, sin instituciones parlamentarias arraigadas y con fuerzas armadas del tipo "guardia nacional" (cuerpos reducidos de soldados profesionales sin raíces históricas ni elevado prestigio), y una parte importante de la población trabajadora viviendo y pensando en condiciones "premodernas", al margen de la acción del estado y de cualquier organización de masas. Lamentablemente, las tentativas revolucionarias en países ya entonces de estructura más próxima a "Occidente", como Argentina, Brasil o México, no estuvieron acompañadas de una conciencia extendida acerca de la problemática de la hegemonía y derivaron en variantes "militaristas", lo que tuvo mucho que ver con sus respectivas derrotas.

En los años 60-70, las izquierdas reformistas dormitaban en los pliegues de los limitados "estados de bienestar" construidos en el continente, apostando a la transformación "por la vía pacífica". El grueso de los partidos comunistas apostaba a que la "competencia económica entre sistemas" favoreciera al "socialismo real" e hiciera caer el poder como fruta madura en sus manos. En cuanto a las corrientes más próximas a la socialdemocracia en sus diversas formas, se conformaban con la progresiva ampliación de las "políticas sociales" y el "desarrollo económico", como forma de hacer "converger" sin rupturas el capitalismo en el socialismo. Campeaba en todos ellos un economicismo que apostaba

a transformar la sociedad desde un aparato del estado al que trataban de "penetrar" gradualmente, ahorrándose, por un lado, grandes rupturas y convulsiones y, por otro, el trabajo de pensar en problemas de complejidad elevada como los que señalan las concepciones gramscianas.

Mientras tanto, las "nuevas izquierdas" surgen impugnando aquella visión, pero apuestan a modalidades guerrilleras o insurreccionales, sin hacer demasiado hincapié en qué tipo de sociedades habitaban sus tentativas. La lucha armada era preconizada para Honduras y Brasil, Ecuador y Argentina, Perú y Venezuela, es decir, para las circunstancias económico- sociales, políticas e históricas más disímiles. Se ha dicho que confundían la "guerra de movimientos" con la "guerra de posiciones". La confusión era más amplia en realidad, ya que subestimaban los componentes consensuales de la dominación, el conjunto de "equilibrios inestables" sobre los que se basaban los estados de bienestar "periféricos" que se habían configurado en los países más desarrollados de A.L.: los procedimientos de "revolución pasiva" que habían llevado a cabo los regímenes nacional-populares.[39] Las armas adquirían poder taumatúrgico, aseguraban el carácter "revolucionario" de la lucha emprendida, más aun del programa efectivo de transformaciones que se intentaba realizar, no siempre muy preciso más allá de la genérica apelación socialista. No se planteó la necesidad de construir una visión del mundo que encarnara en las masas, para oponerse a la predominante y socavarla progresivamente.

La mayoría de los revolucionarios deseaban fuertemente tener frente a sí a un "Oriente" semicolonial y estructuralmente "simple", de insignificantes minorías muy ricas y abrumadoras mayorías muy pobres. Y con ello, un estado sometido linealmente a la voluntad de las multinacionales y demás representantes del "imperialismo". Ese cuadro permitía pensar en una cercanía en el tiempo, en una "facilidad" de la revolución, concebida como "acontecimiento" subsumido en la conquista del aparato estatal. La complejidad creciente de sociedades como Argentina, Brasil o México, yacía a la espera de ser descubierta por una izquierda que en buena parte había decidido ignorarla, pensando que la transformación revolucionaria

39 El concepto de "revolución pasiva" o "revolución-restauración" es fundamental para entender el proceso latinoamericano y las políticas de las clases dominantes en especial, en tanto que respuesta a amenazas más o menos concretas provenientes del "abajo" social. "(...) ambas expresan seguramente el hecho histórico de la ausencia de una iniciativa popular unitaria (...) y el otro hecho de que el desarrollo se ha verificado como reacción de las clases dominantes al subversivismo esporádico, elemental, inorgánico de las masas populares con "restauraciones" que han acogido una cierta parte de las exigencias de abajo, por lo tanto "restauraciones progresistas" o "revoluciones-restauraciones" o incluso "revoluciones pasivas". *Cuadernos*, IV, p. 205.

estaba "a la vuelta de la esquina". Y que el problema fundamental se reducía a visualizar el poder, entendido como el núcleo coercitivo permanente que subyacía (y sustentaba) a las formalidades del gobierno político y defendía las relaciones sociales de explotación.

Afirmaba Aricó, refiriéndose a ese período:

> Allí donde se producían metamorfosis profundas del capitalismo "dependiente" la izquierda sólo podía descubrir descomposiciones catastróficas, preanuncios de derrumbes que alimentaban sus pujos jacobinos; no estaba en condiciones de observar y de aprovechar en su beneficio los procesos de modernización a los que las sociedades latinoamericanas estuvieron sometidas a partir de la crisis de 1930.[40]

Un balance reflexivo de esas experiencias nos lleva a la necesidad de superar de modo definitivo esos enfoques unilaterales, que más allá de su intencionalidad revolucionaria indudable, resultan a la larga empobrecedores del pensamiento y de la acción política. Pensamos que es una conclusión válida la de que los revolucionarios latinoamericanos necesitan construir una *praxis* de raigambre gramsciana, en cuanto vía para captar toda la complejidad de nuestra realidad, la múltiple dimensión de la sociedad de clases actual. La de América Latina es una "guerra de posiciones", y como tal, sólo puede ser ganada con un amplio despliegue de recursos "contrahegemónicos", a lo largo de una lucha prolongada, cambiante, compleja y difícil.

La preocupación de Gramsci por el tema cultural, la primacía que asigna a lo político, sus advertencias contra variados reduccionismos, fueron utilizados por muchos intelectuales, ya en los años ochenta, para erigirlo en una vía de salida del pensamiento revolucionario, en elemento de legitimación del paso del marxismo al "post/marxismo", tan en boga en las últimas décadas. La operación es "rentable" en términos de arrimar legitimación teórica: se abandona la tradición del marxismo, apropiándosela, se pasa del compromiso con la acción colectiva al individualismo académico, con el "aval" del pensamiento de un gran comunista como Gramsci, "recortado" y seleccionado a tal fin.

Por otra parte, el carácter "previo" del momento de la dirección intelectual y moral respecto a la obtención del poder político,[41] la necesidad de construir y expandir una nueva visión del mundo para aspirar a cambiar

40 José Aricó, *Entrevistas, 1974-1991* (Presentación y edición de Horacio Crespo), Universidad Nacional de Córdoba, Centro de Estudios Avanzados, Córdoba, 1999, p. 91.

41 "(...) puede y debe existir una actividad hegemónica incluso antes del ascenso al poder...no hay que contar sólo con la fuerza material que el poder da para poder ejercer una dirección eficaz." *Cuadernos*, V, p. 387. (Ver también *Cuadernos*, I, 44).

la dirección de clase de una sociedad, no debería implicar negar gravitación al momento del dominio, el de la fuerza, de definir lo que es una lucha por el poder. Dirección intelectual y dominación política son, en definitiva, "dos caras de una misma moneda".[42] En los años 80, el gramscismo "al uso" tendía a negar esto, al confiar en una transformación social construida casi exclusivamente desde la política "institucional".

Es cierto que la izquierda latinoamericana no tenía en mente a la sociedad civil. Era "estadolátrica"[43] debido a su incomprensión de la problemática de la hegemonía, a fuerza de considerar al estado como sede única de un poder político "cosificado", cuyo vínculo de clase se reducía a unos capitalistas que daban "órdenes" a "su" estado, en función de intereses predefinidos, tanto en el plano inmediato como en el estratégico. Tenían en aquél no a un organizador y articulador sino a un mero "ejecutor". Pero nunca es bueno (ni siquiera como reacción inicial, y ya han pasado varios años) el tratar de superar una unilateralidad con otra de signo opuesto.

La concepción ahistórica del estado trazada por el neoliberalismo, doctrina interesada en legitimarse en tanto que defensora del "mercado" frente a las imposiciones del poder público, y en última instancia de la "sociedad" frente al "estado", se ha expandido mucho más allá del campo más o menos conscientemente identificado con el pensamiento conservador. Todo fenómeno originado en la sociedad civil aparece con signo positivo, como si no fuera un hecho que gran parte de ésta se encuentra articulada al servicio de la dominación de clase. Y so capa de superar un pensamiento de izquierda que sólo pensaba en la conquista del estado, pasa a estar virtualmente "prohibido" dedicar la menor actividad o incluso pensamiento al tema del poder estatal. El riesgo es claro: que las relaciones de poder fundamentales puedan asistir intactas al desarrollo de un enfoque de "democracia radical" que haga compatible la proclamada radicalidad con el hecho de no cuestionarlas a fondo. El radicalismo democrático corre peligro de convertirse en "radical impotencia" o "radical adaptación", pero sin rozar siquiera al núcleo duro del poder social, dedicándose a un hipotético espacio situado "más allá del estado y del mercado".

42 Cf. Atilio Borón, "La selva y la polis. Reflexiones en torno a la teoría política del zapatismo," en *Observatorio Social de América Latina (OSAL)*, Nº 7, Buenos Aires, junio de 2001, p. 182.

43 "Se da el nombre de estadolatría a una determinada actitud hacia el 'gobierno de funcionarios' o sociedad política, que en el lenguaje común es la forma de vida estatal a la que se da el nombre de Estado y que vulgarmente es entendida como todo el Estado". *Cuadernos*, III, p. 282.

Las categorías de Gramsci esencialmente dinámicas e históricas y remitidas a una visión totalizadora, necesitan ser vistas en su articulación recíproca. De lo contrario, el pensamiento del italiano queda convertido en una suerte de "caja de herramientas" de la que se saca lo que se juzgue eventualmente útil para un propósito político-intelectual adoptado de antemano.[44]

La idea de que se tienen enfrente sectores sociales que desarrollan (e imponen) un orden de explotación, de desigualdad e injusticia, por medio de su hegemonía, pero que ésta se halla "acorazada de coerción", necesita ser revalorizada como un componente importante del pensamiento gramsciano. Las metáforas bélicas de Gramsci son eso, metáforas, pero no son arbitrarias ni casuales: seguía pensando, en línea con la tradición marxista, al conflicto de clase como el "eje" sobre el que se articula todo el proceso histórico. De allí la insistencia en hablar de una "guerra", aunque ello no implicara necesariamente el despliegue de la violencia armada. Sus aportes, como hemos visto en el parágrafo anterior, apuntan hacia una visión más multidimensional y dinámica, pero no hacia la minusvaloración de ese eje de interpretación.

Tal como señala Liguori, refiriéndose al pensamiento gramsciano en general, nos encontramos en América Latina con "dos Gramsci": el dirigente comunista empeñado en la revolución socialista y el socialdemócrata y hasta liberal, "desgajado" de la tradición marxista y del pensamiento socialista.[45] Lo curioso, pero explicable en términos histórico-políticos, es que el mismo núcleo de intelectuales fue portador, a pocos años de distancia, de ambas concepciones.[46]

---

44 "¿Cuál es el mayor peligro al analizar la teoría de la política y el poder en Gramsci y su vínculo con Marx? Principalmente la tentación de violentar su propio método y, por lo tanto, deshistorizarlo. Sucede que, a pesar de que existe actualmente un consenso ampliamente mayoritario acerca del método gramsciano (que gira en torno al historicismo) en no pocas oportunidades se recortan sus escritos, se 'mezclan', se vuelven a pegar y... ¿qué tenemos? Un hermoso collage que sirve para legitimar prácticamente cualquier cosa: los famosos 'usos' de Gramsci." N. Kohan, *Hegemonía y poder en Gramsci y Marx*, op. cit., p. 21.

45 En varios pasajes de la obra de Guido Liguori, *Gramsci conteso. Storia di un dibattito 1922-1996*, Roma, Editori Riuniti, 1996, se encuentran alusiones a esta dualidad de puntos de vista, partiendo del prólogo, pp. X-XI.

46 En Argentina, el núcleo de intelectuales que se separa de la tradición comunista en los primeros años 60 y da vida a la revista *Pasado y Presente* (J. C. Portantiero, José Aricó, Oscar del Barco, Héctor Schmucler, etc.), se acerca a la experiencia de lucha armada en los 70, y realiza una vasta tarea de examen, traducción y divulgación del pensamiento marxista en general, y el de Gramsci en particular. Retorna en los 80, luego del exilio, con una publicación de vasta incidencia, la revista *La Ciudad Futura* y un agrupamiento político-intelectual, *El Club de Cultura Socialista*, proponiendo la aceptación plena de una "democracia sin adjetivos" (ya no "burguesa" o "formal"), y de la "economía de mercado" (ya no

El fracaso de un determinado instrumental para arribar al socialismo no debería confundirse con el fracaso y consiguiente abandono del objetivo socialista en sí mismo. Sin embargo, en A. L., la relativa novedad, *a partir de mediados de la década del ochenta*, de la existencia de democracias parlamentarias estabilizadas, con un desarrollo institucional y una vigencia de las libertades públicas suficientes como para no permitir considerarlas una mera "fachada" del autoritarismo, cegó con su brillo a amplios sectores de la izquierda. Entre ellos a buena parte de los que se habían mostrado más receptivos a una comprensión más integrada, menos determinista y economicista, de los procesos sociales.

Se abrió paso cierta interpretación de las potencialidades de las "nuevas democracias", de tenor ampliamente optimista, paradójicamente sustentado en el pesimismo radical en cuanto a las posibilidades de superar el régimen social existente después de la derrota. Se asignaba incluso cierto rol taumatúrgico para el cambio social a las "reglas de juego" que regulaban una política basada en el sufragio universal, las libertades públicas y las garantías individuales. Podemos estar de acuerdo en que esos tres aspectos tienen un valor propio, y todas ellas eran "carencias" en las sociedades latinoamericanas, pero no podían modificar de por sí el mapa social.[47]

La intelectualidad gramsciana, que había aportado parte de la mejor reflexión marxista de los 60-70, pasó a enrolarse a favor de una renuncia al cuestionamiento de las relaciones sociales de producción y del poder del estado. El centrarse en la "sociedad civil" se interpretaba en términos de un enfoque político-cultural dirigido a las llamadas "superestructuras" y a la disputa en ese terreno, entendida sobre todo como "crítica cultural", pero aceptando la democracia representativa como democracia *tout court*, y abandonando la idea de revolución social. La destrucción de las organizaciones populares (y la desarticulación de su "visión del mundo") por parte de las dictaduras más sangrientas de la historia de la región, el dolor de la derrota, la presión ideológica en el plano mundial, desatada por un capitalismo que se reconfiguraba y se reorganizaba en un sentido mucho menos proclive a las concesiones económicas y políticas a las clases subalternas, impulsaron ese viraje. Nacía así un "gramscismo" que dejaba de ser marxista, que renunciaba a la transformación radical

---

identificada con la explotación capitalista) como el horizonte inmodificable dentro del cual debían desenvolverse las aspiraciones transformadoras.

47 Una crítica a esta evolución del pensamiento gramsciano, sobre todo en Argentina, se encuentra en una obra, por otra parte, muy favorable a las elaboraciones de esa corriente, Raúl Burgos, *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*. Siglo XXI, Buenos Aires. 2004.

de la sociedad, que reducía el objetivo de autogobierno y autoorganización de las masas a una aceptable vigencia de las libertades públicas y la democracia representativa. Aparecía con insistencia, no ya en el pensamiento oficial sino en corrientes de tradición crítica, la idea de que los cambios a propiciar no debían afectar la "gobernabilidad" del sistema.

Hay una frase de Aricó, uno de los gramscianos más destacados de A.L., de su última época, que resume todo un programa de acción:

> La pretensión de mantener unidos democracia y socialismo supone en la práctica política la lucha por construir un orden social y político en el que la conflictualidad permanente de la sociedad encuentre formas de resolución que favorezcan su democratización sin generar su ingobernabilidad.[48]

La utopía democrática suplantaba a la utopía revolucionaria, pero con desconocimiento de las relaciones de fuerzas en que la democracia representativa se restauraba, lo que constituía una omisión muy ajena al espíritu "gramsciano". Estas eran tan desfavorables a los trabajadores y el conjunto de las clases subalternas, que daban amplias posibilidades para contrarrestar cualquier impulso renovador procedente desde "abajo" que atravesara el nuevo orden político. La nueva institucionalidad democrática mal ocultaba un orden social más desigual y excluyente que nunca antes, incluyendo los períodos dictatoriales.

La democratización bajo el signo de un liberalismo político más o menos consecuente, prometía una modernización de la arena política y una disminución de los poderes "corporativos". Ingenuamente, se pensaba que también podían reducir la influencia de los conglomerados empresarios, fortalecidos en los períodos dictatoriales. Los intelectuales, muchos de ellos revolucionarios hasta "ayer" mismo, tendían a visualizarse como protagonistas del proceso de "transición a la democracia" y a supervalorar lo que las instituciones estatales podían hacer, con prescindencia de un poder económico al que luego re-descubrirán, como "teniendo cautiva" a la política.[49] Ni la embestida "anti-corporativa" ni el rescate de lo salvable de las políticas keynesianas tuvieron éxito y la situación quedó servida, en torno a 1990, para la imposición del Consenso de Washington y de las "reformas de mercado", eufemismo de disminución de salarios, despidos masivos, "privatizaciones", reducción del gasto público con finalidades sociales y educativas. Se operaba un desplazamiento de la toma efectiva de decisiones hacia el campo de los organismos y corporaciones internacionales, fuera del alcance de instituciones

---

48 Aricó, *Entrevistas*... p. 116.

49 En estas posiciones resuena algo de la propensión de los intelectuales a concebir al estado como "una cosa en sí" un "absoluto racional" y ver a su propia función como "absoluta y preeminente" en los países periféricos. Ver *Cuadernos*, IV, p. 233.

políticas locales cuya respuesta fundamental es acatarlas sin chistar. Así se terminarían de consumar las derrotas de la década de los 70.

El enfoque "transformista" de la nueva situación se daba en una coyuntura que, con singular velocidad, se reveló como nada propicia para apostar a avances sociales por la vía de las reformas. Se derrumbaban conquistas de los trabajadores que se habían juzgado irreversibles, el estado abandonaba roles de regulación social que parecía haber asumido definitivamente, un proceso de concentración capitalista de vastísimos alcances reorganizaba sectores enteros de la economía (y de la sociedad toda), mientras hacía desaparecer o reducía a su mínima expresión a otros. Todo iba en dirección favorable a la concentración y centralización del capital. El "proletariado industrial" y los "campesinos pobres", que habían constituido el sujeto revolucionario en el imaginario de la izquierda por décadas, se encontraban disminuidos en número, en su capacidad de presión política, y modificados en su textura social y cultural. Organizaciones populares de sólida y prolongada trayectoria habían desaparecido, o al menos perdido buena parte de su poder e influencia.

Los funcionarios del sistema retroceden, en los años de restauración democrática, desde las formas de la política de masas imperantes hasta los 70, a modalidades clientelísticas que parecían superadas. Se "modernizan" (a menudo superficialmente) los procesos de producción, las relaciones de trabajo, las comunicaciones, ciertos aspectos de la actividad política, encarada como *marketing* y espectáculo electrónico. Pero al mismo tiempo se arcaíza la relación con los sectores subalternos, que se vuelve más heterónoma, volcada sobre un asistencialismo que se "privatiza" (en su totalidad o sólo en su gestión) y constituye la base de relaciones asimétricas y personalizadas, frente al orden más impersonal y menos desigual del período anterior. La heteronomía avanza en lugar de retroceder, y amplios sectores de la sociedad se ven sumergidos en una lógica de la supervivencia, del "día a día", que los retorna a un lugar social ampliamente manipulable desde el poder.

En esas condiciones, la apuesta a una limitación del poder del gran capital más o menos indolora, sobre la base de las re-instauradas instituciones representativas, era de sombrío pronóstico y, a poco andar, quedó demostrado que era sólo "soñar con los ojos abiertos".[50]

---

50 Gramsci menciona el "soñar con los ojos abiertos" como una manifestación de debilidad, integrada a la tendencia a disminuir al adversario, que analiza críticamente en el parágrafo 17 del Cuaderno 16: "(...) es propio de débiles abandonarse a la fantasía, soñar con los ojos abiertos que los propios deseos son la realidad, que todo se desarrolla según los deseos (...) *Pero la lucha sigue siendo soñada y ganada en sueños.*" *Cuadernos*. V, p. 284.

Es importante analizar la cuestión de la hegemonía (y la contra-hegemonía) en América Latina, sobre el fondo del "movimiento orgánico" y no del "coyuntural", dirigiéndonos a la "gran política" y no sólo a la "pequeña política".[51]

Pensamos que se ha agotado un período de "larga duración": el de la consolidación de estados nacionales latinoamericanos, basados en la incorporación subordinada al mercado mundial. Estos sostenían una dominación de clase que comenzó expresándose a través de "repúblicas oligárquicas" y luego fue desarrollando propuestas de modernización económica y también política, ampliando su base social con nuevos sectores sociales "integrados" al orden social capitalista.

La construcción hegemónica de las clases dominantes y aspirantes a "dirigentes" se basó primero en diferentes variantes de la promesa de orden y modernización,[52] asentadas materialmente en la prosperidad derivada de la exportación agraria o minera. En el orden político se asentó en la construcción de diferentes variantes de "repúblicas oligárquicas", y en el cultural, en un proceso de uniformación que procuraba construir, desde el estado, "identidades nacionales" hechas a medida del poder social y estatal que se procuraba legitimar.

A posteriori, ya avanzado el siglo XX, las iniciativas de diversificación de la economía e industrialización, junto con las promesas de integración política a través de la libertad efectiva del sufragio, el reconocimiento y adjudicación de cuotas de poder a las organizaciones de trabajadores, y la instauración de versiones "pobres" de los estados de bienestar, produjo una "reorganización" de la hegemonía, con diferentes distribuciones de poder[53] al interior de las clases dominantes. Se sumaba la presencia de

51 Gramsci enfatiza la necesidad de distinguir los movimientos orgánicos (relativamente permanentes) de los movimientos de coyuntura (ocasionales, inmediatos, casi accidentales) Cf. *Cuadernos*, V, p. 33. Con esa distinción se vincula la otra: "La pequeña política, las cuestiones parciales y cotidianas que se plantean en el interior de una estructura ya establecida por las luchas de preeminencia entre las diversas fracciones de una misma clase política. Por lo tanto, es gran política el intentar excluir la gran política del ámbito de la vida estatal y reducirlo todo a aquella política." (*Cuadernos*, II, p. 242).

52 Como es sabido "orden y progreso" son palabras inscriptas como divisa en la bandera brasileña. "Paz y administración" era el lema del dos veces presidente Julio Argentino Roca, figura decisiva en la fundación del estado argentino..., amén de exterminador de las tribus indígenas del centro y sur del país.

53 "Se puede decir que el cesarismo o bonapartismo expresa una situación en la que las fuerzas en lucha se equilibran de modo catastrófico, o sea que se equilibran de modo tal que la continuación de la lucha no puede concluir más que con la destrucción recíproca". "(...)

un estado que intervenía más activamente para lograr esos "equilibrios inestables" en que los intereses de la clases dominantes predominaran, pero no hasta el "límite de lo económico-corporativo".

La nueva construcción se apoyaba de todos modos en los mitos fundantes del estado-nación, modificándolos sólo parcialmente. El aparato estatal allegaba consenso para un rol que se presentaba como el de instaurador del bien común frente al "egoísmo" de las antiguas oligarquías.

El transcurso de las décadas de los 60 a los 80 contuvo una demostración adicional de ductilidad en el manejo de los regímenes políticos de parte de las clases dominantes. Procesos de radicalización de masas se produjeron en varios países, con el estado de corte desarrollista o populista sobrepasado por una acción popular que primero amplió sus demandas frente al mismo, y luego apuntó directamente a destruirlo para encarar un "tiempo nuevo", ya no capitalista. Los poderosos se vieron impulsados a terminar con las democracias parlamentarias, que se habían tornado "peligrosas". Así fue que aun en los baluartes más firmes del régimen parlamentario en la región, como Chile y Uruguay, se instalaron una suerte de "cesarismos regresivos".[54] Mediante el uso masivo de la violencia, permitieron salir de las situaciones de empate prolongado o de defensiva de las clases dominantes, y proporcionaron las condiciones para descabezar a las dirigencias de las clases subalternas y luego iniciar cambios en profundidad, con un contenido de restauración del dominio más pleno de la clase, que a su vez producía su propia reorganización. Estos procesos, asimilables a una cierta fase del proceso gramsciano de "revolución pasiva",[55] pasaron luego nuevamente a regímenes democráticos, que completarían en

es progresivo el cesarismo cuando su intervención ayuda a la fuerza progresista a triunfar aunque sea con ciertos compromisos limitativos de la victoria; es regresivo cuando su intervención ayuda a triunfar a la fuerza regresiva, también en este caso con ciertos compromisos y limitaciones, que no obstante tienen un valor, un alcance y un significado distintos que en el caso precedente". *Cuadernos*, IV, p. 205.

54 Vale recordar que, a partir de mediados de la década de los 70, sólo en Colombia, Venezuela y Costa Rica se mantuvieron regímenes parlamentarios. Perú, en 1980, fue escenario de la primera "reapertura democrática" de la región.

55 Nos parece especialmente adecuada a los procesos de historia reciente de A.L. la definición de revolución pasiva que da Donatella Di Benedetto: "La 'revolución pasiva' implica por lo tanto la capacidad de las clases dominantes, frente a la explosión de las contradicciones sociales y políticas, de gobernar, integrar destruyendo las contradicciones fundamentales evitando que devengan protagónicas en la crisis." Donatella Di Benedetto, "Crisis orgánica y revolución pasiva. Americanismo y corporativismo", en Kanoussi, Dora (ed.) *Gramsci en América*. II Conferencia Internacional de Estudios Gramscianos, México, 2000, p. 266. La "revolución pasiva" es un tipo de proceso que recorre toda la historia latinoamericana, desde el momento de la independencia y constitución de los estados nacionales, realizado inequívocamente "desde arriba", con aparatos estatales que se construían, dando forma a la vez a la estructura de clases de la sociedad y sentando las bases para

condiciones de allegar mayor legitimidad las transformaciones estructurales iniciadas bajo la égida militar. Las dictaduras terminaban en "aperturas políticas" que, dotadas de una amplitud considerable en cuanto a permitir un juego político formalmente libre y abierto, ampliaban el "repertorio" político de las clases dominantes.

Así, se abrió paso un período "constructivo" de reformas estructurales, orientadas a la modernización de una estructura "intervencionista" en bancarrota.

De procesos apoyados casi solamente por el núcleo más concentrado del gran capital, y por las derechas, sean liberales o fascistoides, se pasa a una "transición a la democracia" que sigue una orientación económica y social de fondo semejante a la dictatorial, pero allegando al comienzo consensos mucho más amplios. Vastos sectores son atraídos por la posibilidad de constituir una "sociedad plural" que permitiera influir desde las organizaciones de la sociedad civil sobre un poder político sometido al voto popular. Ciertos rasgos de los "estados-fortaleza" dictatoriales, peligrosamente "autonomizados",[56] indujeron a las burguesías locales y a los EE.UU. (todavía abocados a la guerra fría por ese entonces) a impulsar el paso a gobiernos civiles, procurando una revalorización de la democracia que a su vez excluyera el cuestionamiento a fondo de las relaciones sociales productoras de explotación y alienación.

Esa revalorización de la democracia parlamentaria llega a incluir un amplio proceso de "transformismo"[57] que permite captar el apoyo de parte de la intelectualidad de izquierdas a las sucesivas generaciones de "reformas estructurales". Estas se implementaron a instancias del gran

un tipo de desarrollo que incluyera la incorporación al mercado mundial. Por comenzar, estos "estados-nación" no tenían naciones (ni siquiera protonaciones) que existieran con anterioridad, y las deberán conformar a partir de la acción estatal en el terreno militar, político e ideológico-cultural. Se encuentran referencias abundantes al tema en José Aricó, *Marx y América Latina*, Catálogos, 1980, sobre todo en su último capítulo.

56 Quizás el caso extremo fue el de Argentina, con el inopinado ataque a las Islas Malvinas. Pero la deriva nacionalista y hasta "socializante" de un período de la "Revolución Peruana", un amago similar en Bolivia, el coqueteo con el enfrentamiento bélico entre Argentina y Chile en 1978-79, fueron todos hechos que condujeron al gran capital, y al estado norteamericano a dudar seriamente de la confiabilidad de las dictaduras, una vez cumplida eficazmente su inicial función represiva.

57 Lo define como "(...) la absorción gradual, pero continua y obtenida con métodos diversos según su eficacia, de los elementos activos surgidos de los grupos aliados, e incluso de aquellos adversarios que parecían enemigos irreconciliables. En este sentido la dirección política ha devenido un aspecto de la función de dominio, en cuanto la asimilación de las élites de los grupos enemigos los decapita y aniquila por un período frecuentemente muy largo". *Cuadernos*, V, p. 387.

capital internacional. La "decapitación" del adversario, a la que se refiere Gramsci, quedaba así consumada.

El proceso puede ser interpretado como la expresión de un avance económico y político comandado por lo más concentrado del gran capital, que pretende eludir todo pacto, toda concesión, y hacer prevalecer completa, de la "A" a la "Z", su visión del mundo y sus intereses económico-corporativos. No aparecen los elementos de compromiso, de "equilibrio" que Gramsci subraya una y otra vez en su construcción del concepto de hegemonía. La clase dominante pierde en cierto sentido capacidad de hegemonizar a otros sectores sociales, en cuanto se le hace difícil aparecer como "haciendo avanzar a toda la sociedad".[58]

La idea de lograr la "dirección intelectual y moral" de otros grupos, hacer prevalecer los intereses del grupo dominante (pero no plenamente sino armonizándolos con concesiones a las clases subalternas), privilegiar una estrategia que permita acompañar la coerción con un consenso incluso activo, han quedado postergadas para el gran capital en el último cuarto de siglo. Sus "intelectuales orgánicos" y los "aparatos de hegemonía" no han hecho nada significativo para atenuar esa tendencia. Parece guiarse sólo por la búsqueda del cumplimiento, cuando más rápido mejor, de todos sus objetivos "de máxima" en cuanto a acumulación. De ese modo, la "supremacía de clase" actual en A.L. no incluye la construcción de un consenso activo, que pueda ser "encuadrado" organizacionalmente en las instituciones de la sociedad civil. Más bien se apuesta al repliegue a la vida privada de las clases subalternas, del que sólo deberían salir para votar periódicamente. Recién en los últimos años, sobre el filo del nuevo milenio, las reiteradas crisis políticas en varios países van dando lugar a experiencias más "conciliadoras" que, en algunos casos, incorporan nuevas fuerzas políticas a la dirección estatal, y procuran ampliar la base social de esas democracias de fragilidad cada vez más evidente. Con todo, son gestiones como la del presidente Lula y el PT en Brasil, signadas por una extremada moderación en todos los aspectos ligados con las mejoras económicas, políticas o culturales para las clases explotadas.

---

58 Gramsci utiliza esta expresión para caracterizar el período en que una clase dominante es "progresista", y por lo tanto puede captar al conjunto de los intelectuales, incluyendo a los tradicionales. Cuando pierde este carácter, tiende a recaer en el autoritarismo. "Este fenómeno se verifica 'espontáneamente' en los periodos en que aquella determinada clase es realmente progresista, o sea hace avanzar a toda la sociedad, no sólo satisfaciendo sus exigencias existenciales, sino ampliando continuamente sus cuadros por una continua toma de posesión de nuevas esferas de actividad industrial-productiva. Cuando la clase dominante ha agotado su función, el bloque ideológico tiende a resquebrajarse y entonces a la 'espontaneidad' sucede la 'constricción' en formas cada vez menos larvadas e indirectas, hasta llegar a las auténticas medidas policíacas y a los golpes de estado." *Cuadernos*, I. p. 108.

Sigue en pie una contradicción. Los poderosos han decidido apostar a la democracia representativa. Ese ordenamiento político implica, entre otras cosas, una organización del Estado que presenta, en principio, mayor permeabilidad frente a las demandas o presiones que provienen de las clases subalternas. Al menos en el plano teórico, hay una suerte de complementación: el estado capitalista absorbe presiones por la mejora de la situación de las clases subalternas, mientras que la clase burguesa ofrece una sociedad lo suficientemente "abierta" como para que algunos miembros de la clase subalterna cambien su situación de clase. Sin embargo, ninguna de ambas cosas se da en plenitud en las democracias latinoamericanas, más bien el espacio de ambas tiende a restringirse indefinidamente.

La paradoja queda planteada. En esta nueva fase que se rige por normas de legitimación nacidas de elecciones libres y en la que el poder público está sujeto a respetar la vigencia de las libertades civiles, es cuando la relación estado-clases subalternas se vuelve más distante, manteniéndose en los límites de la acción desorganizadora (con componentes en muchos casos muy sofisticados) y de la vinculación clientelística. El gran capital apostó en realidad a una atenuación de la lucha de clases y una correlativa baja del cuestionamiento político a su dominio, basado en la previa derrota política de sectores de las clases subalternas, y en la imposición de un modelo de acumulación capitalista de fuertes diferencias con el que había seguido su curso hasta ese momento.

El bloque en el poder no aspira hoy seriamente a ejercer la dirección por fuera del núcleo capitalista sino a la neutralización y debilitamiento político e ideológico, a la desorganización y parálisis política, al retiro duradero de la esfera pública de las clases subalternas. Toda intervención "de masas", aun con carácter subordinado, heterónomo, es vista como potencialmente peligrosa para la "gobernabilidad" del sistema. Esta se percibe ligada a una apatía política que permita avanzar hacia la utopía del "estado mínimo" o "estado modesto", fiscalmente menos costoso y supuestamente "inmunizado" contra el peligro de prohijar organizaciones que pueden volverse anticapitalistas o al menos perturbar la lógica de la acumulación.[59]

---

59 Lo explica con claridad C. N. Coutinho: "(...) ese modelo societario presupone y estimula *la baja participación política* (la apatía es vista como condición para evitar el congestionamiento de las demandas), además de apostar por el debilitamiento de las instancias globalizadoras de la política -descalificadas en cuanto "ideológicas"- y por la proliferación de formas de representación puramente corporativas y sectoriales, como es el caso de la mayoría de las ONG", Carlos Nelson Coutinho, "El concepto de sociedad civil en Gramsci y la lucha ideológica en el Brasil de hoy" en Kanoussi, Dora (ed.) *Gramsci en América...*, p. 41).

Y allí está precisamente una de las claves: haber impartido con éxito al conjunto social un mandato implícito de "no hacer olas" para no colocar en riesgo la estabilidad democrática en curso desde los años 80.[60] La amenaza está, apenas velada: el retorno a la "noche dictatorial", a la destrucción ilimitada de toda disidencia, al "castigo" inexorable de toda contestación social, sin excluir el borramiento definitivo, la "desaparición".

La consigna implícita es que cada miembro de la sociedad ocupe dócilmente su lugar en la división del trabajo (lo que incluye a menudo algo más difícil, como es el resignarse a no tener lugar en ella) y no trate de incursionar en otros campos. Así las cosas la política resulta una tarea de "especialistas", un mal necesario, destinada a quedar en manos de una elite que puede ser limitada intelectualmente y corrupta, que si se extralimita en sus atribuciones puede ser barrida y reorganizada cuantas veces sea necesario. Nótese entre otros datos la frecuencia antes desconocida con la que mecanismos de *impeachment*, renuncias más o menos forzadas u otros similares, han terminado con mandatos presidenciales constitucionales en la A.L. de los últimos años, amén de los presidentes que terminaron sus períodos para ir a la cárcel muy poco tiempo después. De Carlos Menem a Carlos Salinas de Gortari, de Carlos Andrés Pérez a Fernando Collor de Melo, Alberto Fujimori, Abdala Bucaram, la destitución ha terminado mandatos presidenciales y las órdenes de prisión o pedidos de captura han coronado su expiración, a lo largo y ancho de América Latina. La variante de los últimos años ha sido que los procesos de destitución formales han sido rebasados por irrupciones populares que produjeron una suerte de revocatoria "de hecho", incluso repetida en el caso de Ecuador, e inaugurada en Argentina, Bolivia y Paraguay.

Por cierto, siempre con las clases dominantes manteniendo firme el timón y sin importar cuán fieles hayan sido esos políticos a sus indicaciones y a la realización de sus reivindicaciones, una vez convertidos en "material descartable".

Se inscribe en la misma línea la creciente fragilidad de las estructuras partidarias, con casos en que largas décadas de trayectoria quedan sepultadas bajo fuerzas políticas nuevas que terminan no trayendo ninguna novedad sustancial o con los partidos políticos tradicionales

60 Un autor aplica esta metáfora a la actitud, ampliamente extendida en la izquierda a partir de los 80, de adaptarse a las condiciones de las democracias latinoamericanas "realmente existentes", en nombre de la "gobernabilidad", de "no sobrecargar de demandas a los aparatos del estado" y "no introducir inseguridad o pánico en los actores que se ubican a la derecha del espectro político." C. M. Vilas, "La izquierda en América Latina: Presente y futuro. Notas para una discusión." En *Cuadernos ARCIS-LOM*, N° 4/Noviembre-Diciembre 1996, Santiago de Chile, p. 267.

metamorfoseados hasta lo irreconocible. Nos referimos a fenómenos como el hundimiento del bipartidismo venezolano, después de décadas de alternancia de Acción Democrática y COPEI en Venezuela o a la supervivencia de partidos como el Movimiento de Izquierda Revolucionaria en Bolivia, haciendo escarnio de su denominación con el apoyo al gobierno de Hugo Bánzer.

El resultado más eficaz es que, por condicionamiento y por presión, por manejo de "aparatos hegemónicos" en medida mayor que el Estado nacional, los conglomerados empresarios garantizan la aplicación fiel de sus políticas, sin tener que tomar la responsabilidad directa de las mismas, ni afrontar el "costo" de sus resultados negativos. Los círculos de la gran empresa suelen, incluso, sumarse entusiastas a la generalizada denigración de la "clase política", ya que ese desprestigio tiene al menos dos consecuencias que les son gratas: a) La "despolitización" voluntaria de amplios sectores sociales, al mantenerse al margen de una actividad a la que juzgan mentirosa y corrupta por esencia; b) El desviar la aversión que podría despertar la actitud de los grandes capitalistas, hacia una dirigencia que de algún modo forma parte de su "personal subalterno".

Pero es indudable que esta forma de funcionar de la democracia parlamentaria plantea un problema "orgánico" a la misma:

> Mientras desde la conducción del Estado se proclama la construcción de una nueva hegemonía basada en la posibilidad alcanzable y perceptible de "hacer avanzar a la sociedad hacia adelante", regresando al "Primer Mundo", a la manera de la generación del *ochenta y su orden* liberal-oligárquico, de resolver, en suma, la crisis de hegemonía abierta con el derrumbe de aquel orden, todavía sigue siendo un enigma de la teoría política cómo compatibilizar el sistema democrático, que implica la inclusión política legal del conjunto de los ciudadanos, con las políticas de ajuste que expulsan a grandes masas humanas de las posibilidades mismas de subsistencia.[61]

En suma, las fuerzas articuladas por el gran capital parecen haber cambiado hoy de modalidad a la hora de sostener su "capacidad de dirección", respecto a la línea que sustentaron durante buena parte del siglo XX. Tienden no a desarrollar amplios mecanismos de cooptación sino a convertir a los miembros de las clases subalternas en un "polvillo individual e inorgánico",[62] para usar una de las más brillantes metáforas

61 Aricó, *Entrevistas...*, p. 73.

62 "La opinión pública es el contenido político de la voluntad política pública que podría ser discordante: por eso existe la lucha por el monopolio de los órganos de la opinión pública: periódicos, partidos, parlamento, de modo que una sola fuerza modele la opinión y con ello la voluntad política nacional, convirtiendo a los disidentes en un polvillo individual e inorgánico." (*Cuadernos*, III, p. 197).

de Gramsci. Les ofrecen a cambio posibilidades ampliadas de consumo (real o simbólico) y el disfrute de los adelantos tecnológicos (muy en especial los alcanzados en el área comunicacional), vía "apertura económica". También, el ejercicio del paradigma del individuo-empresario, en competencia contra todos sus congéneres para acceder a un lugar mejor en una sociedad ultra-mercantilizada, donde convertirse en "perdedor" es responsabilidad propia del individuo, jamás atribuible a las condiciones sociales. Todo ello, por cierto, en la versión "pobre" de nuestras sureñas sociedades, muy alejada de cualquier idea de "sociedad de la satisfacción" al estilo de las sociedades del "norte" próspero.

Para el caso de los que mantienen el trabajo, se diseña un nuevo tipo de trabajador. Se pretende modificar profundamente los modos de trabajo y la configuración cultural y psicológica del trabajador de la etapa "fordista". Se encuentran nuevas formas de "hacer nacer la hegemonía en la fábrica",[63] como así también de construir un sistema de coerciones morales e ideológicas sobre la vida extralaboral de los trabajadores, que los someta plenamente. Es el trabajador empresario de sí mismo, identificado con la compañía con la que trabaja, cuyo perímetro para la acción colectiva termina en el pequeño grupo de pertenencia (el "círculo de calidad", el sector de trabajo) y que está enfrentado incluso a los trabajadores de su propia empresa y hasta de su propia planta (el "cliente interno"). El reconocimiento a un *nivel de conciencia* y acción económico-corporativo de la organización de los trabajadores ha amenguado. Se busca implantar un modelo de relaciones laborales con rasgos del Japón de posguerra, y otros extraídos de la tradición "americanista" original, alejándose de los equilibrios y contemplaciones identificados más bien con el capitalismo "renano" de Europa continental.[64]

---

63 La idea de una hegemonía que nace en la propia fábrica, en la misma relación de trabajo, es presentada por Gramsci en los pasajes de los *Cuadernos* en que analiza el "americanismo" y el "fordismo" como "(...) combinando hábilmente la persuasión (altos salarios, beneficios sociales diversos, propaganda ideológica y política) y consiguiendo basar toda la vida del país sobre la producción. La hegemonía nace en la fábrica y no tiene necesidad de ejercerse más que por una cantidad mínima de profesionales de la política y de la ideología." *Cuadernos*, VI, p. 66. En la actualidad, el *menú* de recursos para lograr el sometimiento del trabajador es bien diferente al de la época "fordista", tendiendo a disminuir el papel de los altos salarios y los beneficios, y quitando la estabilidad laboral y la reglamentación estricta de las tareas que eran propias del "fordismo". La continuidad está dada porque el proceso productivo y las relaciones de trabajo se reorganizan de formas que en sí mismas contienen la conformación de hábitos de sometimiento y de una ideología amoldada a las necesidades de los patrones.

64 Iniciativas como los "círculos de calidad" o la noción de "cliente interno" forman parte de esta implantación productivo-cultural que algunos llaman "toyotismo". No faltaron, sobre todo en la década de los 90, intentos de reivindicación del capitalismo "renano" opuesto al "anglosajón", sintetizados de modo más bien superficial pero atractivo por Michel Albert en *Capitalismo contra Capitalismo*. Buenos Aires, Paidós, 1993.

El sindicato no tiene allí ningún lugar importante, y la organización interna en la fábrica, menos todavía.

El Estado, aun con formas constitucional-democráticas, muestra una paradójica "impermeabilidad", antes desconocida, a las presiones de las clases subalternas, una disposición a exponerse incluso a altos niveles de impugnación y conflicto, con tal de no sufrir ninguna alteración en sus relaciones con la gran empresa (por otra parte enteramente volcadas a derribar las conquistas de los trabajadores y a debilitar sus organizaciones). Los gobernantes se jactan una y otra vez de su intransigencia frente a las demandas y movilizaciones populares, de su vocación de "estadistas" capaces de sostener las decisiones impopulares, sin pararse en cálculos de corto plazo. Desorganizar, fragmentar, replegar a lo privado, son caminos de búsqueda de la pasividad de las masas, en nada coincidentes con la generación del consenso "activo" al que hace referencia Gramsci como uno de los contenidos de la hegemonía. Es más un consentimiento a la propia despolitización, teñido de lo que Therborn llama "el sentimiento de inevitabilidad".[65]

Gran capital y Estado mantienen e incrementan el predominio económico, político e ideológico-cultural e instauran la prédica omnipresente de que "no hay alternativa", pero no existe una verdadera acción hegemónica en ese predominio. Por el contrario, hay fuertes componentes de marginación de sectores progresivamente más amplios de las clases subalternas. Sin compromisos, sin concesiones, sin promesas verosímiles para el futuro, sólo se mantiene el lugar de dirección en cuanto se sigue transmitiendo con cierta eficacia la creencia en la imposibilidad de otra orientación, en la inviabilidad de las luchas sociales y la acción política como factores de cambio. Se utiliza la "globalización" en tanto ideología que presenta el curso de la realidad como decidido en ámbitos sobre los que ni gobiernos ni clases dominantes locales pueden influir, y se impone por tanto al modo de una "fuerza de la naturaleza". No se trata de que la "mundialización" no exista y actúe, reduciendo el margen de acción de los estados nacionales y poderes locales, sino que estos últimos exageran ese efecto real para mejor presentar una realidad aciaga como inevitable e inmodificable, ocultando la propia decisión de no hacer nada para cambiarla.

Las organizaciones de la "sociedad civil", ligadas al establecimiento y ejercicio de la hegemonía (partidos y sindicatos de masas, medios de

65 Cf. Goran Therborn, *La ideología del poder y el poder de la ideología*, Siglo XXI, 5ª edición en español, 1998, pp. 75 y ss.

comunicación, Iglesia), tienden a fracasar en presentar los intereses de los grupos dominantes sobre un "plano universal", y concluyen por exhibir su incapacidad para limitar de alguna manera eficaz la imposición del interés particular del grupo dominante.

En América Latina, entonces, vivimos en regímenes políticos que mediatizan cada vez más sus caracteres democráticos. Se "consolidan" manteniendo sus componentes liberales, pero aminorando el elemento específico de "gobierno del pueblo". En ese terreno se genera algún paliativo, como la esporádica y limitada aplicación de formas de democracia semi-directa,[66] que disimula mal el constante repliegue de los componentes de consenso "activo y organizado" que existían con anterioridad, ya que el ciudadano es literalmente "enviado a su casa" una vez cumplido el acto electoral.

Este cuadro produce un desgaste derivado de la "falta de promesas" del modelo de organización social en curso, de la ostensible clausura de las perspectivas de mejora social que aun el capitalismo periférico latinoamericano traía consigo en los países de mayor desarrollo relativo: ni "movilidad social ascendente" ni mejoramiento de las condiciones de vida y trabajo dentro de la misma clase ni políticas sociales que brinden ciertas garantías contra las contingencias negativas de la existencia. Esta situación instaura lo que se ha denominado "malestar por falta de futuro", pero éste no desemboca sencillamente en la formulación de proyectos alternativos.[67]

La respuesta desde abajo

Este cambio de rasgos fundamentales de la supremacía del gran capital, en el mundo en general, y en los países latinoamericanos en particular, hace indispensable una revisión profunda y radical del modo de enfrentarse a ese predominio de clase.

Como ya hemos visto, los movimientos revolucionarios latinoamericanos se han caracterizado en su mayoría, al menos hasta la década de los 70, por una concepción del tipo "guerra de movimientos" y una visión unilateral,

66 La parcial excepción es Uruguay, donde el alcance, la frecuencia y los resultados adversos a los propósitos de los elencos gobernantes de los *referendums* han introducido un matiz no desdeñable en el anodino cuadro institucional.

67 "El malestar por la falta de futuro es bastante general, pero la minoria que es conscientemente anticapitalista también reconoce que padece una gran crisis de proyectos. (...) Es difícil encontrar hoy propuestas políticas que reivindiquen abiertamente el socialismo; las oposiciones al sistema no suelen ofrecer un horizonte general diferente y opuesto que lo sustituiría, y palabras como "alternativa" dan cuenta de esta debilidad." Fernando Martínez Heredia, "Memoria y proyectos. Gramsci y el ejercicio de pensar". Dora Kanoussi (comp.) *Gramsci en...* p. 160.

limitada, de la dominación de clase, que tendía a minimizar el rol de los procesos que se subsumen bajo el término gramsciano de "hegemonía".

El planteo era de lucha directa contra las relaciones de propiedad que viabilizan la explotación económica. La impugnación al estado burgués se hacía desde una visión unilateral del mismo, que lo percibía como un orden fundamentalmente "político-militar", que comprende a lo ideológico, pero reduciéndolo a "propaganda" manipulatoria. Tal como lo caracteriza Joaquín Brunner, se trata de: "(...) una visión utilitaria y militante de la lucha ideológico-cultural, que aquí es nada más que lucha política en las regiones de la superestructura".[68]

La prioridad absoluta otorgada a la opresión económica, de clase, y a la ejercida por un estado al que se veía sólo como brazo represivo de la anterior, obturaba la visión sobre otras formas de opresión, y por consecuencia directa, la posibilidad de articular una verdadera acción contrahegemónica. Los defensores de reivindicaciones étnicas, de género o ambientales, corrían el riesgo de aparecer como "desviando" a las fuerzas contrarias al orden existente de sus objetivos principales, en vez de ser éstas aceptadas y promovidas como vehículo para "comprender y sentir"[69] la sociedad en términos más complejos que lo que se venía haciendo, aptos para superar esquemas preconcebidos con resonancias "iluministas". De esa forma, no se sumaban sino que se restaban diversos ángulos de cuestionamiento y diferentes aliados en la lucha contra una opresión y alienación multiformes que se prefería visualizar como "monocolor". Faltaba la labor de verdaderos "intelectuales orgánicos" que entendieran la vinculación, la mutua necesidad, entre los distintos prismas de crítica al sistema.

En el fondo, se alentaba una concepción de élite revolucionaria, de "vanguardismo" atravesado por esos "hermanos enemigos" que son el voluntarismo[70] y el economicismo, y que tiene como visión de su acción

---

68 José Joaquín Brunner, *América Latina: cultura y modernidad*, México, Grijalbo, 1992, p. 291.

69 "El paso del *saber* al *comprender* al *sentir* y viceversa del sentir al comprender al saber. El elemento popular 'siente' pero no comprende ni sabe; el elemento intelectual 'sabe' pero no comprende y especialmente no siente. Los dos extremos, pues, son la pedantería y el filisteísmo por una parte y la pasión ciega y el sectarismo por la otra. (...) El error del intelectual consiste en creer que se pueda saber sin comprender y especialmente sin sentir y estar apasionado, es decir, que el intelectual pueda ser tal siendo distinto y estando alejado del pueblo". *Cuadernos*, II, p. 164.

70 Gramsci lo define así "(...) el voluntarismo, aun con su mérito histórico que no puede ser disminuido, ha sido un sustituto de la intervención popular, y en este sentido es una solución de compromiso con la pasividad de las *grandes masas*. *Voluntarismo-pasividad van* juntos más de lo que se cree. La solución con el voluntarismo es una solución de autoridad, legitimada 'formalmente' por un consenso, como se dice, de los 'mejores'. Pero para

el disciplinamiento y manipulación de las masas movilizadas, una especie de "banda gitana" al decir de R. M. Cox. [71]

Y se albergaba asimismo una visión de las sociedades latinoamericanas que las imaginaba al estilo del "Oriente" gramsciano, con la sociedad civil "primitiva y gelatinosa,"[72] ignorando complejidades mucho mayores, algunas existentes desde el siglo XIX, otras incorporadas por instancias reformistas como el "cardenismo", el varguismo o el peronismo: el papel de los sindicatos del "sistema", el peso de movimientos políticos con ideología "burguesa" pero real penetración nacional-popular, una mitología del "progreso social" dirigido por burguesías locales autónomas. Se prefería una visión simplificadora del funcionamiento de las clases dominantes y del Estado, en el que las empresas trasnacionales y el Departamento de Estado norteamericano, acompañados por un reducido grupo de "sirvientes nativos", dirigían a un Estado semicolonial, acorazado por la coerción instrumentada por ejércitos caratulados como "perros guardianes del imperialismo", sin ningún arraigo en la sociedad. Ejércitos nacionales de prolongada trayectoria (basados en el reclutamiento ciudadano obligatorio), a los que el pensamiento oficial hacía aparecer con éxito como indisolublemente ligados a la existencia del estado-nación desde las guerras de independencia, eran confundidos con las "guardias nacionales" mercenarias de algunos países centroamericanos y caribeños. El resultado era una apreciación equivocada de la capacidad militar, o mejor "político-militar", del orden social a vencer. Se pensaba a la opresión de clase como más fácil de "transparentar", por la doble razón de que sólo se visualizaban sus aspectos más brutales y se juzgaba a la experiencia cotidiana, vívida, de la opresión como generadora más o menos automática de una conciencia revolucionaria.

De ahí al militarismo que libra todo a la "crítica de las armas", destinadas a destruir una armadura coercitiva que sería lo único que separa a "las masas" de la emancipación, hay un paso. Y ese peldaño se saltaba en momentos de crisis aguda del sistema, instancia crítica que se suponía

---

construir una historia duradera no bastan los 'mejores', se necesitan las más vastas y numerosas energías nacional-populares". *Cuadernos*, IV, p. 69.

71 Robin M. Cox, "Gramsci y la cuestión de la sociedad civil" en Dora Kanoussi (ed.) *Los estudios gramscianos hoy*, Plaza y Valdés/Universidad Autónoma de Puebla/International Gramsci Society, México, 1998, p. 132.

72 "En Oriente el estado era todo, y la sociedad civil era primitiva y gelatinosa, en Occidente bajo el temblor del estado se evidenciaba una robusta estructura de la sociedad civil. El estado era solo una trinchera avanzada detrás de la cual se hallaba una robusta cadena de fortalezas y casamatas". *Cuadernos*, III, p. 157.

genera "por sí misma" las condiciones para el movimiento liberador que debe ser catalizado por la "vanguardia armada".[73]

La idea de una contestación de masas, basada en la "iniciativa popular" autoorganizada, no entraba en los cálculos de buena parte de las dirigencias revolucionarias, cautivadas por la perspectiva de convertirse en "vanguardia" de un movimiento popular que debía dejarse conducir por consignas que, supuestamente, iban al encuentro inexorable de su "conciencia verdadera".

Otros sectores de la izquierda alentaron un tipo diferente de falso "camino corto" hacia la transformación social. Nos referimos al sueño recurrente de una perspectiva de cambio encabezada por algún sector burgués radicalizado o un ala militar "progresista". En esa visión, aquellas fuerzas debían hacerse con el control del aparato del estado, para a través de algunas medidas fuertes de modificación de las relaciones de propiedad, impuestas desde arriba, como nacionalizaciones de sectores económicos clave, plantearan un escenario que fuera "antesala" de transformaciones más radicales. La "revolución peruana", el proceso panameño encabezado por Torrijos, entre otras tentativas, parecían indicar la viabilidad de ese camino. Era la ilusión de un "atajo" que permitiera ahorrarse la laboriosa construcción en el movimiento social,[74] la creación de una "contracultura" que se oponga a la oficial, para abrir una transformación relativamente "sencilla". No se espera entonces un "asalto al poder", que se intuye improbable, sino una "revolución pasiva" por vía de un desprendimiento del aparato del estado o de los aparatos hegemónicos del orden de clase existente. Se pensaba en términos de un "salto" permitido no por la fuerza propia sino por la ajena, que revirtiera casi mágicamente la debilidad política e intelectual del campo propio.

---

73 Refiriéndose al caso más exacerbado (incluso con ciertos rasgos que lo hacen único) de este tipo de concepción, *Sendero Luminoso*, dirá Carlos Iván de Gregori: "(...) es básicamente la práctica de la vanguardia la que constituye el criterio de verdad, que debe ser machacado desde fuera. Es que para Sendero: 'salvo el poder, todo es ilusión'. Si eso es así, si el poder es lo único real, entonces el partido, que es el instrumento central para conquistar ese poder, es lo único real. Salvo el partido, todo es ilusión. La sociedad, por ejemplo, que sólo adquiere identidad cuando la toca el partido". C.I. Degregori, "¡Qué difícil es ser Dios!" en Heraclio Bonilla (ed.) *Perú en el fin de milenio*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1994.

74 Son por lo menos sugestivas las palabras de Zigmunt Bauman acerca de esta ilusión: "Vivir sin una esperanza por un atajo es otra cosa que la izquierda tiene que aprender hoy. Y, claro está, repetir el lema de Enzenberger: las esperanzas de corto plazo son inútiles y la resignación de largo plazo es suicida. Pero la virtud de vivir sin un agente histórico es que la inutilidad de las esperanzas de corta duración no conduce a la resignación de largo plazo. Renunciar a la esperanza de corto plazo salva a la de largo plazo de su inutilidad." Zigmunt Bauman, "La izquierda como contracultura de la modernidad" en *Cuadernos* ARCIS-LOM, N° 4/Noviembre-Diciembre 1996, Santiago de Chile, p. 47.

Algunos partidos comunistas latinoamericanos adolecieron con particular fuerza de esa ilusión.

En definitiva, el asalto insurreccional del poder, y el liderazgo más o menos providencial provisto por la propia clase dominante, son versiones diferentes de la idea de la "vía fácil", del "golpe de mano" que reduce a "acontecimiento" repentino un proceso social complejo y prolongado, y elude ilusoriamente la necesidad de la desgastante "guerra de posiciones". Ambos parten de seguir confundiendo a "Oriente" con "Occidente" y al Estado con un armazón coercitivo ajeno a la sociedad, más allá de una pequeña minoría privilegiada que lo controla. Ambos tienen en común eludir la problemática de la construcción contra-hegemónica, abandonar un camino prolongado y espinoso de transformación social, por otros senderos que, en definitiva, terminan negando esa transformación de fondo. Están incapacitados, por sus propios presupuestos, para apostar a una sociedad realmente basada en la autonomía y la autoorganización del conjunto social, y la disolución de las relaciones jerárquicas, de sometimiento, para dar paso a otras "horizontales", de perspectiva igualitaria.

La derrota experimentada en carne propia, en algunos casos, la visión de los contrastes ajenos en otros, la reversión del orden mundial que quedara sintetizada en la "Caída del Muro de Berlín", el cambio general del "clima de época", hicieron que aquella visión de la transformación social quedara, sino sepultada definitivamente, seriamente dañada en sus posibilidades de generar movimientos políticos eficaces. *Se abría un abismo* para las izquierdas, y se fue haciendo evidente que las esperanzas de la "transición democrática" no eran el camino para salvarlo.

Uno de los grandes interrogantes que queda abierto es acerca de los modos de re-construir la acumulación de fuerza en el "abajo" social, para enfrentar la dominación de clase reorganizada, en contra de la multiplicidad de voces que pregonan alguna forma de "adaptación" al nuevo orden existente que, tal como está dada la modalidad de ejercicio de la supremacía social, política y cultural, deja justamente poquísimo margen para una respuesta adaptativa.

Se requiere articular la reflexión crítica sobre el pasado, de una forma que no sea el lamento de la derrota ni tampoco la adaptación pacífica al orden existente. Un problema para la construcción de una *praxis* efectivamente de izquierda radica en la necesidad de incorporar a su visión del mundo los cambios estructurales producidos en los últimos años, sacar plenas consecuencias de los mismos, y pasar por el tamiz crítico (y no por el rechazo unilateral) las aportaciones de los teóricos de

la "transición democrática" en los ochenta. La crítica de variados aspectos del revolucionarismo sesentista, tales como la subestimación o la ignorancia de la complejidad y multiplicidad de las bases del dominio de clase (incluyendo toda la problemática de la hegemonía), la existencia de una concepción groseramente instrumental del Estado, la visión "estatalista" de la construcción del socialismo, completada por el "productivismo", la noción vanguardista y jacobina de partido, son aspectos que merecen una seria revisión. A esos puntos de vista, debería aplicárseles el criterio que Gramsci desarrolló a propósito del pensamiento croceano: "retraducirlo" a términos de la "filosofía de la praxis", para hacer retomar a ésta un "impulso adecuado", que no tiene por qué reproducir las conclusiones finales de esa crítica pero sí utilizarla como basamento de la re-construcción del campo ideológico propio.[75]

Ello implica re-instalar la problemática de la formación de "intelectuales orgánicos" capaces de ser protagonistas de un gran cambio político-cultural que se expanda desde la izquierda radical a un campo más vasto de pensamiento y acción crítica, estrechamente vinculada a las organizaciones populares y el movimiento social en general.[76]

Se necesita recrear un enfoque revolucionario latinoamericano, que debe ser articulador de realidades sociales y culturales afines pero diversas, con trayectorias históricas similares, pero no exentas de diferencias importantes entre sí; con formaciones sociales que comparten la ubicación periférica, la suerte del "Sur" del mundo, pero tienen diversos grados de desarrollo relativo y de complejidad. Y ese anclaje latinoamericano no debería contaminarse de nacionalismo, en esa visualización del antagonismo nación-imperialismo como eje central de las contradicciones que conduce a minusvalorar la problemática de clase y percibir al

75 Gramsci desarrolla la idea de recuperar, mediante la incorporación de la crítica (aun idealista) la filosofía de la praxis, que fuera "vulgarizada por las necesidades de la vida práctica inmediata" en *C.*, IV, p. 133. Dora Kanoussi, en su libro *Una Introducción a los Cuadernos de la Cárcel de Antonio Gramsci*, México. Plaza y Valdez, 2000, hace eje fundamental en esta idea de la traducción y re-traducción como fundamental en el armado conceptual gramsciano.

76 Viene a cuento una observación de la primera época de los *Cuadernos*, en la que Gramsci comienza a plantear la complejidad del vínculo entre la "razón" de los intelectuales y la del sentido común de los diversos grupos sociales. "La elaboración unitaria de una conciencia colectiva exige condiciones e iniciativas múltiples. La difusión de un centro homogéneo de un modo de pensar y de actuar homogéneo es la condición principal, pero no debe ni puede ser la única. Un error muy difundido consiste en pensar que cada estrato social elabora su conciencia y su cultura del mismo modo, con los mismos métodos, o sea los métodos de los intelectuales de profesión. (...) Es ilusorio pensar que una "idea clara" oportunamente difundida se inserta en las distintas conciencias con los mismos efectos "organizadores" de claridad difusa. Es un error 'iluminista'". *Cuadernos*, I, p. 99.

antagonista como determinado, no por la explotación y alienación de las clases subalternas, sino por su carácter "extranjero".[77]

No se trata de reemplazar, tampoco, el discurso socialista por una impugnación limitada del "modelo", en clave "anti-neoliberal", que elude confrontar con el capitalismo y que corre serios riesgos de no aportar a ningún tipo de modificación de la realidad, ni moderado, ni radical. La búsqueda válida, nos parece, es retomar, con todos los enriquecimientos devenidos de la gigantesca reorganización de la dominación capitalista, el eje anticapitalista de las luchas. Entendiéndolo no sólo como "expropiador" de los propietarios sino como contrario a la mercantilización de las relaciones sociales y a la alienación que no dejan de avanzar.

El cuadro social actual no es de los que puedan modificarse seriamente por un cambio de gobierno o por reformas que "perfeccionen" el régimen político sino que requiere una confrontación de más largo plazo, y realizada en múltiples terrenos. En primer lugar, se requiere la disputa en torno a la constitución del sentido común de las masas. Y se hace insoslayable la re-articulación del contenido internacionalista del conflicto, que no puede transitar las coordenadas de las "Internacionales" del pasado. Ello no debería llevar a un "latinoamericanismo" que no tiene propuestas de alcance mundial, mientras las clases dominantes hacen de su mundialización la base para proclamarse invencibles y sin rivales a la vista.

De nuevo ¿cuál es entonces el camino factible para recrear un movimiento revolucionario que no se reduzca a un radicalismo declamatorio sino que articule el descontento y la potencialidad de rebelión contra el orden de cosas existente?

El propio decurso de vastas áreas de América Latina en los últimos años provee al menos la materia prima para algunas respuestas. Desmintiendo palmariamente las teorizaciones en torno al ocaso definitivo de la "política de masas" y del abandono del ámbito "callejero" del debate político para recluirse en los *media*, los levantamientos populares se fueron sucediendo a partir de los últimos años 90. Tuvieron frecuencia e intensidad creciente, hasta configurar un verdadero ciclo de "rebeliones populares" en América del Sur, que dieron por tierra con presidentes en Ecuador, Argentina, Bolivia, Perú y Paraguay. Con todo, no dieron lugar a procesos

77 Es importante prestar atención, para América Latina, a las tesis que E. Said rastrea en Fannon, acerca de que el nacionalismo "ortodoxo" tiende a seguir el mismo camino que el imperialismo, y la necesidad de pasar de una conciencia nacional a otra política y social, y la prioridad de los "colectivos de ámbito general" (dentro de los que podría incluirse a Latinoamérica, diríamos nosotros) sobre los de carácter particular. Edward Said, *Cultura e imperialismo*, Barcelona, Anagrama, 1996, p. 422.

de vastas transformaciones sociales y de predominio de la iniciativa popular sino a recomposiciones más o menos precarias, pero eficaces, al menos en lo inmediato, del poder político de las clases dominantes. Las luchas populares crecientes, la activación de sectores sociales signados por la pobreza, el desempleo o la "confiscación" de sus expectativas sociales tradicionales, la impugnación general a las dirigencias políticas, alcanzaron cotas altas pero desnudaron la inexistencia de una conformación contrahegemónica susceptible de disputar con éxito el poder.

Fortalecimiento organizativo, coordinación, construcción de un discurso alternativo creíble y eficaz, son requerimientos impostergables. Pero también lo es la superación de las trabas que hoy se oponen, en la mentalidad colectiva, a la militancia activa por la transformación.

El régimen político sigue desenvolviéndose como una desleída democracia sólo "procedimental", que se complace en enviar al ciudadano a su casa después de votar, en soldar de modo creciente las instituciones representativas a los requerimientos de la gran empresa, y en atacar frontalmente las capacidades de organización y acción colectiva de las clases subalternas.

Incluso en algunas de las sociedades no tan afectadas por la crisis política, y poseedoras de una izquierda con fuerza social y peso electoral en proceso de "moderación", se ha posibilitado el acceso de esas izquierdas al gobierno (como en Brasil y Uruguay), ampliando así el diapasón de propuestas de gobierno disponibles, sin riesgo para los *establishments* respectivos.

Hoy estamos ante una situación en que no se trata tanto de convencer de la justicia de las luchas sino de su viabilidad y utilidad, de que pueden ser conducidas de un modo que incremente la capacidad de acción autónoma, sin sucumbir a la "instrumentación" por intereses ajenos. Las masas rebeladas demostraron capacidad para poner en aprietos al poder político existente, incluso para producir desplazamientos en la cúspide del aparato estatal, pero siguieron huérfanas de proyectos de sociedad alternativos verosímiles.

Estamos además ante la necesidad de un replanteo de la visión histórica acerca de las clases subalternas, y de la propia idea de la centralidad histórica del "proletariado" y del tipo de coalición social que puede sustentar un .proyecto contra-hegemónico. El propio instrumento primario de organización obrera, el sindicato, se enfrenta hoy a la clausura de un modelo basado en trabajadores del sector formal y estables. Y los partidos de raigambre entre los trabajadores, tanto revolucionarios como

reformistas, sufren profundas metamorfosis, muchas veces alejándose de esa referencia de clase original. Parece claro, sin embargo, que la construcción de fuerzas revolucionarias no puede hoy vaciarse en el molde leninista sino avanzar sobre líneas novedosas, que incluso pongan en tensión la forma "partido" como tal, sin desecharla *a priori*.

Hay elementos para pensar que se avanza en una redefinición de la identidad de trabajadores (que comprende a desocupados de larga permanencia, informales, precarios, cuentapropistas), que se cruza con las luchas "territoriales", y se encarna en nuevos métodos de lucha que, a veces, suplen importantes dificultades para sostener la huelga y otras medidas de fuerza tradicionales, en otras se articulan con ellas, y en todos los casos siguen vindicando la condición original de trabajadores, aunque el trabajo sea precario o directamente falte desde hace tiempo.

Se requiere, en cambio, la confianza en las posibilidades de unas clases subalternas social, política y culturalmente plurales, pero susceptibles de articularse en un haz contrario al capitalismo, que apunte a re-fundar la utopía socialista sobre la base de la multiforme pero omnipresente lucha entre expropiadores y expropiados. El interrogante es acerca de qué proceso cultural, moral y político se deberá atravesar para constituir un espacio social que aspire a formar un nuevo "bloque histórico" a partir del cuestionamiento radical del orden existente.

La dispersión, la falta de articulación con otros espacios que no sean los del propio sector o "asunto", el aislamiento y la inorganicidad a las que muchos cantan loas en nombre de la diferencia y la elusión de tentaciones autoritarias, no pueden ser un camino sino hacia la conservación de la sociedad existente. La aspiración a mantener la fragmentación actual está marcada, con mayor o menor grado de conciencia, por la renuncia a cuestionar al orden social en su totalidad.[78] Los actuales pensadores de la dominación le dejan con gusto a las organizaciones de las clases subalternas el terreno de lo "micro", de lo estrictamente local o sectorial, cuando más pequeño y localizado mejor: de la "pequeña política" que sólo disputa sobre cuestiones "parciales y cotidianas" para mejor encubrir la renuncia a la "gran política", abandonada con exclusividad a las clases dominantes.[79]

---

78 Véase al respecto un interesante artículo de Alberto Bonnet, justamente crítico acerca de la reducción a "micropolíticas" sin perspectivas claras de transformación emancipadora de los impulsos de rebelión de los últimos años. Cf. Alberto Bonnet, "Diciembre en los pasillos de la Academia. Luchas sociales y micropolíticas posmodernas." en *Cuadernos del Sur. Sociedad. Economía. Política*, Nº 37. Buenos Aires, mayo 2004.

79 "(...) de lo que se trata es de elevar la política del nivel 'económico-corporativo' al nivel 'ético-político'. Al contrario de la 'pequeña política' propuesta por el neoliberalismo, tenemos aquí la defensa de la 'gran política' orientada explícitamente hacia la afirma-

Las organizaciones populares, nuevas y viejas, deben enfrentarse a fuertes presiones para encuadrar en los límites de una "gobernabilidad", entendida básicamente como que las clases subalternas ejerzan su libertad de organización y movilización pero absteniéndose de todo lo que pueda perturbar las relaciones de poder existentes. Y, mejor aun, se coloquen bajo la tutela, directa o mediata, de organismos internacionales o de agencias gubernamentales, que les provean financiación al mismo tiempo que les recuerden los límites de su acción.[80]

De allí deberían emerger la convicción y la voluntad acerca de la necesidad de superar dispersiones, aislamientos y segmentaciones. Esa convicción y voluntad no pueden subsumirse sencillamente bajo el ya gastado motivo de la "unidad", demasiado impregnado de las monsergas que lo invocaban (lo invocan) para exhortar al resto a encolumnarse detrás de su dirección y sus objetivos, o peor aun, del propósito de "reducir" a una homogeneidad forzada a toda suerte de diversidades.

Parece fructífera la idea de articular diversidades sin acallarlas, y mucho menos suprimirlas. La heterogeneidad, la multiplicidad, pueden tornarse virtuosas para la potencialidad y la organización del movimiento social transformador. Siempre que se concentren en las afinidades y las convergencias de distintos sectores y reivindicaciones, en orden a articularlas en una visión del mundo impugnadora del orden de desigualdad e injusticia existente. Las diversidades son susceptibles de convertirse en una ventaja decisiva, en tanto que fuente de amplitud e intensidad de la impugnación contrahegemónica. Al mismo tiempo pueden ser garantía de horizontalidad, de discusión interna, de no cristalización de centros y jerarquías inamovibles, permitiendo a los "hombres y mujeres del común", a los que no son "cuadros" formados y entrenados, tomar parte efectiva en las decisiones del movimiento.

La "autorreforma" intelectual y moral de la izquierda es indispensable, un requisito de cambio en el propio campo para poder pensar y actuar seriamente hacia el cambio social global.[81] Quien lo niegue quedará sujeto

---

ción y defensa de valores e intereses universales." Carlos Nelson Coutinho, "El concepto de sociedad civil», *op. cit.*, p. 42.

80 "Desde los círculos de los poderes trasnacionales y nacionales, a lo largo de la década de los noventa, se ha tratado de imponer a los movimientos populares una sola visión de lo político, las teorías de la gobernabilidad, y una agenda impuesta desde organismos como el Banco Mundial, que los vuelve funcionales a la contrarreforma del Estado, articulados a los denominados procesos de descentralización y autogestión, renunciando a tener una perspectiva total y emancipadora del futuro." Francisco Hidalgo, "Movimientos Populares. El debate de las alternativas" en Dora Kanoussi (ed.) *Gramsci en...*, p. 60.

81 "Por otra parte, ya se sabe que no existen protagonistas predestinados, que ese papel tendrán que jugarlo las mayorías explotadas y oprimidas de hoy. Sin cambiarse a sí mismos

a la inoperancia, a convertirse en vestigio del pasado al tratar de pensar el presente con las herramientas de aquél. Existe la posibilidad de pensarla (y llevarla a efecto) como un programa teórico y práctico que re-defina los objetivos revolucionarios, siempre en torno al eje anti-capitalista, sobre el ideal de la construcción de una sociedad sin explotación ni alienación, creativa e igualitaria. Esa "autorreforma" requiere abarcar los modos de pensar y comportarse, el reconocerse parte del conjunto social y no una minoría ilustrada y "naturalmente" dirigente. La ruptura con ese "renacentismo" al que lleva la idea exacerbada de "vanguardia", hace recordar la idea gramsciana de la necesidad de conjugar "renacimiento" y "reforma".[82]

Y continuar pensando la revolución social, entendiéndola: a) como un proceso y no como un "acontecimiento" único, al que se adjudica la apertura de una nueva era por su sola producción b) de una manera en que su componente de "iniciativa popular", de autogobierno y autoorganización de las masas, de generación y difusión de una "visión del mundo" antagónica a la predominante ocupe un lugar al menos tan importante como el de las medidas de "expropiación de los expropiadores".

A modo de conclusión

El pensamiento gramsciano sigue siendo una guía insustituible a la hora de emprender una reformulación del mundo social entendido como una totalidad, aspiración situada en la base misma del proyecto socialista original. Al plantear la necesidad de encarar la especificidad de la problemática ético-política sin abandonar la "estructural", al desarrollar el concepto de hegemonía en un sentido complejo y multidimensional, Gramsci señalaba el camino para un proyecto que no se inclinara a descubrir una sola clave de la sociedad existente para impugnarla desde allí. Su pensamiento se orienta a visualizar una crítica global, articulada sobre la problemática de la lucha de clases, que eludiera a su vez la tentación de subsumir ésta en el plano de las relaciones de propiedad y el manejo del aparato coercitivo estatal.

en los mismos procesos de cambiar el mundo nunca serían capaces de triunfar." Fernando Martínez Heredia, "Memoria y proyectos...", Ibíd., p. 161

82 Es sabido que, en la terminología de los *Cuadernos*, "Renacimiento" evoca el espíritu "clásico", la elevación intelectual que no renuncia al elitismo, y "Reforma" la posibilidad de dar carácter de masas a un pensamiento innovador pero a riesgo de su "vulgarización". Es ilustrativo el pasaje en el que preconiza: "(...) la creación de una nueva cultura integral que tenga los caracteres de masa de la Reforma protestante y de la Ilustración francesa y los caracteres clásicos de la cultura griega y del Renacimiento italiano, una cultura que retomando los términos de Carducci, sintetice Maximiliano Robespierre y Emmanuel Kant". *Cuadernos*, IV, p. 133.

Hay una afinidad relevante entre la época de Gramsci y la actual, que insufla actualidad a sus planteos: la sociedad capitalista atraviesa una crisis de enormes proporciones, pero ésta no aparece como terminal, y son muchos los indicios de que una "sobrevida duradera" aguarda al capitalismo.[83]

La "revolución en Occidente" y América Latina, como sostuviera Gramsci, requiere un trabajo mucho más prolongado y denso de organización de la propia masa, y paralela desorganización del enemigo, de configuración y expansión de una visión del mundo, acompasada con la formación de los "intelectuales orgánicos" de las clases que aspiran a refundar la sociedad. Las "superestructuras de la sociedad civil" resultan el terreno privilegiado de la lucha de clases. La revolución no es un acto "taumatúrgico", un vuelco repentino de una situación, sino un proceso de construcción social prolongado, surcado por múltiples mediaciones, atravesado por avances, retrocesos y "desvíos".

Ello indica la necesidad de involucrar al "conjunto" de la sociedad y no a una minoría, el requerimiento de la "concentración inaudita de hegemonía"[84] necesaria para vencer, entraña la acumulación de poder requerida para plantear seriamente la disputa hacia una "reforma intelectual y moral". Plantearse la "guerra de posiciones" significa abandonar toda idea de avance sobre el poder con un esquema de tipo estrechamente "jacobino". Y ello no puede resolverse con un proceso de reformas pacífico y gradual, como han propuesto muchos. Se trata de un camino más difícil y costoso, de una complejidad mucho mayor en cuanto a los factores que intervienen.

La izquierda tradicional, en aras de privilegiar la lucha contra el capitalismo (entendida sólo como la búsqueda del poder estatal para cambiar las relaciones de propiedad), prosiguió cultivando el racionalismo unilateral de matriz iluminista, una ideología productivista que despreciaba las condiciones ambientales, una concepción del poder que santificaba las jerarquías, un enfoque de la vida privada y las relaciones familiares que no se apartaba de los ideales burgueses. Todo con fundamentos

83 Cf. M. Aurelio Nogueira, "Gramsci e os desafios de una política democrática de izquierda" en Aggio, Alberto (org.) *Gramsci, a vitalidade de um pensamento*, San Pablo, UNESP, 1998, p. 99: "tal como en los años en que fueron concebidos los *Cuadernos*, la crisis de nuestros días no se anuncia como terminal. De todas partes surgen indicaciones de que el capitalismo, pese a sus monstruosidades y contradicciones, está fuerte y demuestra poseer reservas para sustentar, tal vez no un un nuevo ciclo expansivo, pero sí seguramente una sobrevida duradera."

84 "La guerra de posición requiere sacrificios enormes y masas inmensas de población; por eso es necesaria en ella una concentración inaudita de la hegemonía". *Cuadernos*, III. p. 106.

diferentes, pero efectos reales que tenían fuertes puntos de contacto con los rasgos de la sociedad existente.

Las desconfianzas raigales de la tradición libertaria frente al estado, los poderes cristalizados, las organizaciones rígidas, las múltiples formas de represión en la vida privada, fueron abandonados e incluso menospreciados como rasgos de una etapa primitiva del pensamiento anticapitalista y emancipador durante toda una época. La pérdida experimentada por el movimiento socialista por esa clausura de una de sus vertientes, es de las que no se reparan con facilidad, pero existe la misión ineludible de intentarlo.

Se requiere captar e impugnar el conjunto de agravios que comete a diario el orden social capitalista en todos los terrenos, para ampliar y enriquecer el amplio frente de los explotados, los marginados, y de los que sin ser una cosa ni la otra toman la decisión ética y política de no seguir asistiendo pasivos al reinado de la injusticia. Pensar en términos de cuestionamiento "total" al orden existente, es concebirlo como un arco de diversidades que se coloquen en capacidad de lanzar un ataque contra él, plural pero simultáneo, y que tenga la virtud de la persistencia, la capacidad de sostenerse en el tiempo.

Las manifestaciones contra el capital financiero, de Seattle a Génova, y en nuestro continente las rebeliones contra las políticas agravadoras de la injusticia y la desigualdad, muestran un cuadro social y cultural ciertamente variopinto. Y la inexistencia de pretensiones serias de que un sector se erija en "comando único", la voluntad cada vez más firme en cuestionar las diferentes aristas de un orden social cada día más injusto, y con creciente conciencia de estar tomando parte de una lucha de alcance mundial. Se puede argumentar válidamente que se trata de movimientos apenas incipientes, plagados de indefiniciones, e incluso de incompatibilidades entre sus componentes. Pero, nos parece, aciertan ya al insinuar, como punto de partida, la adhesión a un ideal de fraternidad universal entre los oprimidos y los indignados contra la injusticia. Pedir completa coincidencia en los objetivos, o incluso prolijos "programas alternativos", es un requerimiento al menos prematuro sino descaminado. Ni la identidad ni el ideal emancipatorio están dados, sino que deben construirse en un proceso que articule experiencia y conciencia, el lugar propio y el mundo en su conjunto.[85] De lo que se trata, nos parece, es de

85 "Ni la identidad ni la emancipación son, entonces, 'previas' o dadas, sino que resultan de una experiencia de construcción de sí y del mundo", Ezequiel Adamovsky, "La política después de Seattle El surgimiento de la nueva resistencia global", en *El Rodaballo*, Año VI, nº 11/12, Primavera/verano 2000, p. 6.

sobrepasar el actual lugar de la "resistencia" para poder pasar a la política activa, a generar capacidad contra-ofensiva, en función de una conciencia anticapitalista global que vaya retomando los grandes temas del ideario socialista e incorpore otros que éste había subestimado (o son enteramente nuevos), que oponga construcción contra-hegemónica a la visión del mundo que pretende invadirlo y conquistarlo todo. Y esto sin "catastrofismos" ni "ultimatismos" que reproduzcan visiones sometidas a la linealidad en la reflexión y a la impaciencia en la acción.

Las clases subalternas latinoamericanas son, desde siempre, ejemplo de diversidad y mezcla, de un arco iris nunca agrisado por las lluvias de plomo arrojadas una y otra vez sobre sus hombres y mujeres por los dueños del poder. Difícil pensar un suelo más adecuado para que, en el mediano plazo, fructifique un nuevo proyecto revolucionario que parta de la diversidad para atacar por múltiples vías a la mercantilización y el egoísmo universal, a la gigantesca máquina de producir millonarios y hambrientos al mismo tiempo (siendo estos últimos infinitamente más numerosos), a esa ofensiva brutal que no deja periferias ni refugios libres de su influencia. A todo lo que representa, hoy más que nunca, el capitalismo.

Si se vencen las tendencias al particularismo, al nacionalismo de corto alcance, no puede haber ámbito mejor que este espacio latinoamericano donde sufrieron y sufren genocidio y explotación hombres y mujeres en que se mezclan lo indio, lo negro, lo europeo y lo asiático, para pensar y actuar en términos de un nuevo internacionalismo.

Mientras los ideólogos del "conformismo" de izquierdas preconizaban el ocaso definitivo de cualquier forma de "lucha de calles" y la reclusión del debate político en los *mass-media*, los pueblos de diversos países han salido a las calles con inusitada fuerza, instaurando una suerte de "revocatoria" de hecho para los mandatos presidenciales colocados al pleno servicio del gran capital y los organismos financieros. Abdalá Bucaram, Alberto Fujimori, Fernando De la Rúa, Gonzalo Sánchez de Lozada, Osvaldo Meza, Lucio Gutiérrez, tuvieron que huir frente a la movilización de centenares de miles de personas, que incluso no vacilaban en enfrentar las balas policiales o militares. En todos los casos, hasta ahora, la conmoción no fue suficiente para dar lugar a experiencias de cambios profundos en las estructuras del poder y, mal que bien, la desprestigiada institucionalidad de la democracia representativa fue restituida, en dirección a recomponer la "gobernabilidad". Con todo, se trata de un proceso aun abierto, sobre todo a la luz del caso venezolano que, con un itinerario diferente, ha logrado poner en combinación una

amplia movilización de masas con un gobierno que se aparta con claridad del "recetario" político y económico que trató de imponerse como el único viable durante toda la década de los 90.

Ello debería entrañar la aptitud de antagonizar la "globalización" que pregona el capitalismo, aplanadora de cualquier rasgo de diferenciación y rebeldía, y dedicada a absorber en clave mercantil a todas las relaciones sociales. El nuevo internacionalismo no puede sintetizarse, creemos, en una organización política única ni en una formulación doctrinaria universalmente compartida. No puede significar otra cosa que la "subversión universal", luchar en todos los niveles y todos los planos, para colocar arriba el abajo, buscando nada menos que "refundar el mundo".

Apéndice II

Latinoamérica, Argentina y el posible final del "cosmopolitismo"

Una perspectiva gramsciana

La inquietud por hacer pensable un nuevo internacionalismo, una "globalización" invertida, en tanto que respuesta de los pobres y explotados del mundo entero a la mundialización impulsada por el capital para maximizar sus ganancias a costa de arrasarlo todo, es el estímulo inmediato para estas breves páginas.

Los latinoamericanos gustamos imaginarnos como parte de un "mundo de los trópicos",[1] un universo habitado por razones pero, también, por afectos viscerales. Estos se perciben con más facilidad en el sur del mundo, pero existen por doquier, susceptibles de ser articulados en la defensa contra un capitalismo avasallante que todo tiende a reducirlo a mercancía.

Pero yace allí una dificultad, más particular y localizada: la de "pensar la Argentina", tierra de sueños perdidos, de declinación persistente, de amagos de transformación profunda seguidos de reacciones conservadoras, siempre como desarraigada de su propio entorno continental. Argentina es, por sí sola, un "misterio". En un viejo chiste, un ángel dubitativo le preguntaba a Dios Padre: -Señor, para qué habéis creado a Argentina. -Para enseñar humildad a los cientistas sociales-, contestaba Él, seguro del sentido último de sus obras, inescrutable para la escasa comprensión de los humanos.

Aquéllos que ejercemos el oficio de intentar pensar el país más "carapálida" de la América ex hispánica, no podemos sino haber adquirido aquella humildad, a la luz de una historia y un presente que suelen hacer fracasar rápidamente la tentación de sacar conclusiones rápidas o aplicar esquemas generales.

---

1 La idea del "mundo de los trópicos", como un universo de enfrentamiento a la globalización capitalista, ha sido desarrollada por el filósofo italiano Giorgio Baratta, quien inspiró los primeros apuntes destinados a este artículo. Una exposición más que sintética de su enfoque puede consultarse en Giorgio Baratta, "Tropico mediterráneo. Quando le periferie sono centri", http://www.imageuro.net/tropico/archivio/presentaz/baratta.pdf.

Hemos visto, en la última década y media, crecer hasta quemarse las alas al sueño (de ribetes *pesadillescos*) de la Argentina integrada al Primer Mundo. Un "mundo" en que las mayúsculas estaban colocadas por el gran capital, resuelto a borrar la historia, y hasta la geografía si era necesario. El hundimiento de ese último avatar del supuesto "despegue" hacia los niveles de vida y consumo del capitalismo desarrollado, constituye un nuevo empujón hacia ese Sur al que espacialmente el país pertenece hasta la exageración: más allá de Tierra del Fuego, no hay nada, salvo la Antártida, un trozo de la cual aún reclaman nuestros gobernantes y figura como integrada al estado argentino en los mapas.[2]

Para la mayoría de los argentinos, hablar del trópico suena a otras latitudes, por más que sea sabido que el de Capricornio atraviesa orondo el extremo norte del país. Pero quizás resulte necesario pensarse "tropicales" para revertir cierta alienación, un modo de sentirse extraviados, "traspapelados" en las márgenes del Río de la Plata, cuando se "debería" haber nacido cerca del Sena o del Hudson (o más verosímilmente del Miño, de algún riacho del Mezzogiorno italiano o aun del Dnieper). Y se vuelve visceralmente necesario cuando se comprueba, como le ocurrió al autor de estas páginas, que podemos estar en Madrid como en nuestra casa, pero sentimos una rara afinidad con la humanidad y el paisaje al hallarnos en las callecitas del Cuzco o cuando por primera vez atardecemos bajo el glorioso sol de Itapoan.

1. El mito de excepcionalidad

Los historiadores de los Estados Unidos suelen repetir que no se puede comprender a ese país sin aprehender el mito omnipresente de la "excepcionalidad norteamericana": tierra de oportunidades que no soporta rémoras precapitalistas ni desigualdades sociales institucionalizadas, abierta a todas las culturas, moderna, racional y pragmática por excelencia, "patria" de la libertad y la democracia en el plano mundial. Algunas chirriantes discordancias de la Norteamérica realmente existente con las propuestas de la versión mítica no han logrado desactivar esas creencias, eficaces hasta hoy.

2 La supuesta soberanía argentina sobre una porción de la Antártida, al mismo tiempo que el país reconoce la soberanía internacional como signante del Tratado Antártico, es un absurdo que se ha enseñado en los colegios y trazado en los mapas hasta hoy. Constituye una muestra de una mentalidad impuesta desde el Estado, que a falta de referencias étnicas, lingüísticas o culturales, hace radicar en el territorio la base del nacionalismo argentino. Tales tesituras han sido estudiadas en un libro reciente. Cf. Paulo Cavalieri, *La restauración del virreinato. Orígenes del nacionalismo territorial argentino*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2004.

En una escala obviamente más modesta, en Argentina se alimentó también un mito de "excepcionalidad", remitido al plano latinoamericano pero, también, dotado de singular fuerza. E igualmente su esclarecimiento resulta imprescindible a la hora de comprender nuestra sociedad. Es la creencia de una Argentina con "destino de grandeza", signada por su historia, pero antes todavía por su territorio y sus climas, para ejercer un liderazgo sobre los países limítrofes y constituir un "mundo aparte" en el remoto (al menos mirado desde Europa) "cono sur" del continente.

La Argentina es un país fuertemente afectado por un "cosmopolitsmo" del tipo del analizado por Gramsci en los *Cuadernos*... Y como afirmaba aquél, tal característica no sólo distorsiona el nacionalismo, sino que inhibe el internacionalismo consecuente. Una transformación profunda de la sociedad argentina requeriría, creemos, la superación de ese "cosmopolitismo".

Argentina era, se argumentaba, el país diferente a todos los de su alrededor: dotado de tierras excepcionalmente fértiles (lo que sólo es verdad para la Pampa Húmeda, el *hinterland* de la Ciudad de Buenos Aires) que la convertían en "granero del mundo", de un clima variado y en buena medida templado. De un nivel cultural alto, de un estilo de vida más "europeo" que sudamericano, con una gran ciudad como Buenos Aires que se suponía podía competir airosamente con las metrópolis del Viejo Mundo, habitada por una población de origen inmigrante que se autopercibía laboriosa y emprendedora, comprendiendo una clase dominante moderna y culta, y unas capas medias estudiosas y de impulso "progresista".[3]

En el mito, esas características favorables dadas por la naturaleza y por la conformación de la sociedad hacían que Argentina fuera, al modo de los EE.UU., vista como "tierra de oportunidades", donde todos los sueños podían hacerse realidad, y con menos dificultades y trabajo que en otras latitudes. Todo trabajador podía (supuestamente) convertirse en empresario si invertía el esfuerzo y la astucia necesarias. Cualquier matrimonio tan pobre como iletrado podía tener un hijo "doctor" si se esforzaba lo suficiente por su educación.

Hasta avanzado el siglo XX esta mitología mantuvo su verosimilitud. En ese contexto, la percepción de Latinoamérica en general y de los

3 El ensayo de José Omar Acha titulado *Carta Abierta a Mariano Grondona. Interpretación de una crisis argentina*, Buenos Aires, CCC, 2003, contiene agudos apuntes sobre esta idea de "excepcionalidad", apuntalada en un supuesto destino de "potencia continental" que el país habría malversado. Esa creencia se vuelve un tópico para "pensadores" poco rigurosos, que plantean el destino de Argentina como un declive ininterrumpido desde un pasado glorioso ya lejano.

países vecinos en particular, distaba de ser positiva: Brasil era visto como un rival peligroso, por su envergadura geográfica y poblacional, pero se lo desdeñaba por ser una sociedad más desigual y de menor nivel cultural. Uruguay era apenas una "filial" apta para el turismo,[4] Bolivia y Paraguay, países pobres y atrasados, indignos de ser tomados en cuenta, y Chile, también pobre y atrasado, era considerado una amenaza para los territorios de la zona sur del país. Con respecto a Estados Unidos, durante un tiempo Argentina fantaseó con ser casi una "potencia rival", e incluso, la política exterior reflejó esta tendencia hasta las primeras décadas del siglo XX. Figuras ilustres de la política y la diplomacia argentina del cambio del siglo XIX al XX, como Roque Sáenz Peña y Luis María Drago, asociaron su nombre a iniciativas de política exterior en que Argentina contradecía la doctrina Monroe o protestaba contra incursiones europeas en la América Hispana "corrigiendo" el silencio al respecto del gobierno norteamericano.[5] Se cultivaba además cierto desdén por la tosquedad y el materialismo de la cultura "yanqui". Los espejos donde mirarse, a todos los efectos (economía, política, moda, etc.), eran Inglaterra y Francia, tal vez Alemania. Sólo se reconocía inspiración norteamericana, a regañadientes, en la organización gubernamental basada en el modelo "presidencialista". España, en cambio, era la sociedad que habíamos tenido la "desgracia" de que nos colonizara (¡Cuánto mejor hubiera sido ser colonia de la industriosa y moderna Gran Bretaña!-) e Italia un país entre simpático y ridículo. A los habitantes de ambos, por otra parte, Argentina les había "matado el hambre" cuando emigraron en masa en los momentos de crisis y desempleo en Europa.

Quizás se puede leer la historia argentina, y su papel en la región, también como la construcción, apogeo, decadencia, crítica y derrumbe de ese mito de "excepcionalidad". Este terminó de configurarse en el cambio del siglo diecinueve al veinte, bajo la inspiración de un poder estatal que se afianzaba, estimulado por la exportación de cereales y carnes, y la apropiación de vastas tierras antes en manos de las tribus indias, ya convenientemente exterminadas o reducidas a servidumbre.[6]

---

4 Ya avanzado el siglo XX, y ante la progresiva "plebeyización" de Mar del Plata, Punta del Este se convirtió en preferencial sitio de verano para las clases altas argentinas.

5 Ambos episodios son muy conocidos: Sáenz Peña sostendría una posición argentina ostensiblemente opuesta a la norteamericana en la Conferencia Panamericana de Washington de 1889, lo que dio lugar a su lema "América para la humanidad", tácitamente contrapuesto al del presidente Monroe. Drago, siendo ministro de Relaciones Exteriores en 1902, intervino con una nota célebre en protesta contra la intervención armada de potencias extranjeras para cobrar deudas impagas al estado venezolano, mientras EE.UU. guardaba silencio.

6 La "conquista del desierto" quedó recordada como suprema obra civilizadora, encarnada en Julio Argentino Roca, dos veces presidente, virtual fundador del estado nacional argentino,

La prosperidad crecía sobre una base de masacre y brutalidad, constituyendo bajo esa marca sombría el momento fundacional del estado argentino. La "civilización" del capitalismo se imponía así de modo concluyente sobre la "barbarie" preexistente.[7]

En la etapa de formación del mito, las clases propietarias se lanzaban a un proceso de modernización de vastos alcances, bajo la orientación de un cientificismo de raíz mayormente positivista, que tiene rasgos en común con el "porfiriato" mexicano.[8] Se pensaban como dueños "naturales" de la riqueza, el poder y la cultura, con el suficiente *savoir faire* como para mantener su autoritarismo revestido por las formas de una república liberal. Cambios sociales y políticos posteriores alteraron rasgos de esa ideología "excepcionalista" pero no removieron sus raíces. Aun en el peronismo de los años cuarenta y cincuenta puede encontrarse la idea del país favorecido por la naturaleza y la historia que, podado de sus injusticias sociales, más manifiestas por la acción del estado peronista, diera lugar a la "Nueva Argentina", con destino de "potencia", al menos regional.[9]

---

y comandante en jefe de esa campaña militar. Enrique Hugo Mases, en *Estado y cuestión indígena. El destino final de los indios sometidos en el sur del territorio (1878-1910)*, Quilmes, Unqui, 2002, desarrolla una ajustada relación de las políticas del estado argentino con los indígenas, ya sometidos a su autoridad, que conjugaba la reducción a prisión o servidumbre, la asfixia económica y la búsqueda consciente de su extinción. En una secuencia temporal más larga, Walter M. Delrio estudia las políticas de sometimiento que el Estado nacional realiza respecto a los indígenas (ver W. M. Delrio, *Memorias de expropiación. Sometimiento e incorporación indígena en la Patagonia. 1872-1943*, Quilmes, Unqui, 2005). El estado argentino ha optado, hasta ahora, por mantener incólumes los honores y celebraciones de la "conquista" y sus jefes, y el General Julio A. Roca da nombre a centenares de calles en todo el país, e incluso a ciudades. Pese a la floración de visiones críticas, el "país oficial" sigue rindiendo homenaje a ese presidente y a la "conquista del desierto". Un enfoque crítico sobre la figura de Roca y su lugar en el universo oficial argentino, puede verse en Osvaldo Bayer (coord.), *Historia de la crueldad argentina, I. Julio Argentino Roca*, Buenos Aires, Centro Cultural de la Cooperación, 2006.

7 La persistencia (y transmutación) de la contraposición inventada por Sarmiento es objeto de un interesante seguimiento en *El dilema argentino. Civilización o barbarie. De Sarmiento al revisionismo peronista*, de Maristella Svampa, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1994.

8 Por el régimen de Porfirio Díaz, presidente de México desde la década de 1870 hasta 1910. Instauró una dictadura de tono "modernizador", articulado con el sólido apoyo de los terratenientes y la Iglesia, beneficiarios ambos de sus reformas. Contó con la colaboración en la administración y cierta legitimación intelectual por parte de un grupo de partidarios influidos por el positivismo, a los que significativamente se denominó "los científicos". El líder del grupo fue el ministro de Hacienda de Díaz, José Ives Limantour.

9 El propósito de hacer aparecer a Argentina como un país en acelerada modernización y con creciente poderío económico y hasta militar, llevó al gobierno del primer peronismo a auténticos desatinos, como la supuesta generación de energía atómica con una tecnología revolucionaria, el proyecto de Ronald Richter. El *slogan* "Argentina Potencia" fue tomado luego por distintos gobiernos, y en particular cuando el retorno del peronismo al gobierno, entre 1973 y 1976. Hace muy poco se ha editado un libro-alegato con ese nombre, que a partir

Lo que resulta claro es que, a más tardar en la década del 60, ese conjunto de creencias estaba muy debilitado. El debate político y cultural transitaba más bien entre una derecha que quería encontrar la forma de "volver" a esa Argentina perdida y una izquierda que impugnaba en bloque toda la trayectoria del país conducida por la clase dominante local y el capitalismo trasnacional. Esta última aspiraba a terminar con las viejas estructuras de poder y dar una respuesta a lo que se visualizaba como la dependencia económica y la alienación cultural de un país cuya "latinoamericanidad" largamente negada se reivindicaba ahora airadamente. De esta época son libros como *Historia de la nación latinoamericana*, de Jorge Abelardo Ramos, *La formación de la conciencia nacional*, de Juan José Hernández Arregui, y una multitud de ensayos y artículos que atacan, a veces con más estridencia que rigor, la ideología dominante desde los albores del Estado argentino. Por desgracia, buena parte de esas críticas se inclinaron hacia un cierto "fundamentalismo" latinoamericanista, con tendencias a despreciar todo lo europeo. No se excluía la herencia cultural inmigratoria, componente insoslayable de la configuración sociocultural del país y de la trayectoria en bloque de las principales corrientes de izquierda, vistas bajo la acusación de responder a esa misma inmigración, desarraigada y desconocedora de la realidad nacional. El culto de lo supuestamente "nacional" en tanto no contaminado por las visiones eurocéntricas del liberalismo o el socialismo, llevó a elogiar actitudes e ideas abiertamente reaccionarias, so capa de su carácter "autóctono", libre de inficiones foráneas. Valga como muestra el hecho de que, en los años 60 y 70, Juan Manuel de Rosas, caudillo conservador y clerical, terrateniente enemigo de todo rasgo de modernización (incluyendo las libertades públicas y cualquier régimen constitucional) era fuertemente reivindicado por los jóvenes partidarios de una "Argentina socialista".[10]

---

de la reivindicación del primer período peronista, pretende proyectar la idea hacia el futuro; Sergio Ceron, *La Argentina Potencia: Una estrategia posible*, Ed. Virtual, 2004.

10 La vindicación de Juan Manuel de Rosas y su gobierno, considerado por el pensamiento oficial una "tiranía", nació básicamente de la mano del nacionalismo profascista en los últimos años 20 y los 30, con escritores como Carlos Ibarguren, autor de una biografía de Juan Manuel de Rosas, Ernesto Palacio y Julio Irazusta, y fue recogida y desarrollada por José María Rosa, historiador identificado con el peronismo. Los escritores de la "izquierda nacional", como Jorge Abelardo Ramos, y otras corrientes que propendieron al nacionalismo y la revisión histórica desde la izquierda, con Rodolfo Puiggrós, Eduardo L. Duhalde y Rodolfo Ortega Peña, matizaron fuertemente la visión favorable a Rosas, al que tendieron a percibir como un representante del centralismo "porteño" y portador de intereses sociales conservadores, en su carácter de virtual líder de los estancieros bonaerenses, rescatando en todo caso sus actitudes de enfrentamiento con las potencias capitalistas de la época, epitomizadas en el combate de Vuelta de Obligado. Este enfoque no pareció implantarse en

Otra línea de interpretación unilateral consistía, en aras de reivindicar la "latinoamericanidad" de Argentina y disipar el mito de la "excepcionalidad", en caer en la exageración opuesta y pensar al país como si fuera similar a sociedades con mucho menor desarrollo capitalista y con una estructura social muy distinta, como Nicaragua o Bolivia, por ejemplo. La distancia entre un país medianamente industrializado y altamente urbanizado, dotado de instituciones complejas y de un mundo cultural no exento de sofisticación y sociedades mayoritariamente campesinas hundidas en la pobreza masiva, parecía un matiz indigno de ameritar modos de análisis y estrategias políticas diversas.

El "asalto al poder" por una vanguardia armada (fuera en vena de guerrilla rural o de insurrección urbana) era visto como el camino para la transformación revolucionaria, soslayando la complejidad alcanzada por la sociedad civil y el aparato estatal en Argentina. Existía cierta obstinación en visualizar al país como una sociedad de "Oriente", subestimando la importancia de "organizaciones populares de tipo moderno" como partidos políticos de masas y sindicatos "procapitalistas",[11] de ideologías conciliadoras (con vasta eficacia en la cooptación de sectores amplios de las clases subalternas) y el poderío no sólo militar de unas Fuerzas Armadas que no eran del tipo de una "guardia nacional" centroamericana sino que estaban identificadas con la misma fundación del Estado y la nación.[12] El fuerte deseo de poder resolver la transformación del país mediante una veloz "guerra de maniobras", acicateado por una perspectiva "catastrofista" que ignoraba o minusvaluaba todo signo de relativa solidez en el entramado social y político existente, obturaba un análisis más complejo que remitía a lo ineludible de una prolongada y múltiple "guerra de posiciones". Ese empeño en encontrar un rápido atajo hacia la victoria, se contó sin duda entre las principales causas de la derrota, remachada por la feroz dictadura de 1976.

---

la organización *Montoneros* y otras vinculadas a ella, que poblaron de retratos de Rosas sus locales y publicaciones.

11 Tomamos los términos entrecomillados en el sentido que les asigna Gramsci en distintos pasajes de los *Cuadernos de la Cárcel.*

12 Que el ejército argentino nació "antes que la patria", fechando ese origen en el año 1806-1807 forma parte del discurso oficial de los ámbitos militares hasta nuestros días. El Jefe de Estado Mayor del Ejército, Teniente General Ricardo Brinzoni, que ocupo ese cargo hasta diciembre de 2001, lo señalaba en un discurso de esta manera: "El Ejército nace formalmente con la Patria, cuatro días después de que los ciudadanos de Buenos Aires proclamaran la decisión de ser libres y soberanos. No está de más recordar que este querido Regimiento de Patricios compartió y apoyó esa idea de independencia. Lo hacía desde antes, desde que los habitantes de esta ciudad se habían constituido voluntariamente en

2. La configuración de Argentina

El país tiene una integración territorial y política efectiva reciente. Hasta finales del siglo XIX más de la mitad del territorio nacional estaba ocupado por tribus indígenas: esto abarcaba toda la Patagonia, buena parte de la provincia de Buenos Aires y otras del centro del país, y el Nordeste. La conquista militar de ese territorio fue el preludio inmediato de su ocupación efectiva por el Estado nacional y por la propiedad terrateniente que se adjudicó la casi totalidad de las tierras nuevas.[13] Como en EE.UU., Argentina se afirma territorialmente con la destrucción del dominio indígena, y a partir de allí se da una uniformación cultural que abarca la imposición del idioma español, el predominio indisputado de la raza blanca. La minoría de negros ex esclavos estaba en disminución y desaparecerá gradualmente, y los indígenas supérstites se mestizarán y perderán identidad étnica y cultural. La implantación de un vasto plan de educación pública tendiente a socializar en una identificación con el Estado argentino tanto a los descendientes de indígenas como en especial a los hijos de inmigrantes europeos nacidos en el país, reforzará esa tendencia.[14] Entre tanto, la clase dominante se identificará con los valores "criollos", los que construyen otro mito nacional en base al habitante rural de la región más rica del país, el "gaucho", hombre supuestamente de raza blanca, de antiguo identificado con la tierra y con el país, ocupado en las labores ganaderas, y siempre representado de a caballo. Como tipo social real el gaucho estaba en proceso de desaparición, en gran parte por la propia modernización capitalista que arrasaba con jinetes seminómadas de difícil disciplinamiento laboral, además de candidatos perpetuos al "servicio de las armas" y, por extensión, a la muerte violenta. Pero era idealizado para oponerlo tanto al indio y al mestizo del "interior" del país como al inmigrante europeo, ambos reputados extraños al "ser nacional". En los primeros años del siglo XX se consagrará como "libro nacional" el *Martín Fierro*, poema de tema rural y lenguaje "gauchesco",

---

fuerza armada para defenderse ante las invasiones inglesas". Reproducido en *Revista del Suboficial*, Nº 637, Buenos Aires, Abril/Junio 2000.

13 Quizás la mejor explicación del proceso de apropiación de la tierra en el país, si bien remitido a la región pampeana, se encuentra en R. Guignard, *La Pampa Argentina*, Buenos Aires, 1989. Y el más logrado tratamiento crítico de la ideología que animó al exterminio de los indígenas y la expansión de la "civilización" agroexportadora y terrateniente de fines del siglo XIX es el libro de David Viñas, *Indios, ejército y frontera*, Buenos Aires, Santiago Arcos Editor, 2ª edición, 2003.

14 En un artículo reciente, el antropólogo Alejandro Grimson habla de un "proyecto de 'argentinización'" y homogeneización cultural "que fue contemporáneo al período de construcción del Estado nación moderno (1880-1930)" y lo vincula a la "invisibilización" de los integrantes no europeos de la sociedad argentina. Cf. A. Grimson, "Nuevas xenofo-

protagonizado por un desertor del ejército[15] (obra hasta ese momento despreciada por la alta cultura).[16] Lo completaría *Don Segundo Sombra*, novela de un estanciero-escritor[17] que pintará a un "gaucho" convertido en peón rural laborioso y obediente, respetuoso de las jerarquías sociales y preocupado en primer lugar por servir a su patrón. Un círculo se había cerrado...[18]

Identificándose con esa concepción de la "argentinidad", la clase dominante procuraba convertirse en "dirigente" y ejercer no sólo el dominio de la fértil tierra, del comercio y las finanzas, sino la "dirección intelectual y moral" de una sociedad todavía en formación. Aspiraba a ser no sólo poderosa y temida, sino respetada. No ya dominante, sino hegemónica.

Ya avanzado el siglo XX, y al compás del ascenso social de los inmigrantes o sus descendientes directos y su inserción creciente en la alta burguesía (sobre todo por intermedio del desarrollo industrial, la banca y los servicios), el origen migratorio se fue convirtiendo en un valor positivo, en un componente de "europeidad" que había "mejorado" la composición social y cultural del país. Contemporáneamente, la clase obrera dejaba de ser mayoritariamente "europea" para dar paso gradual al predominio de migrantes internos de primera o segunda generación.

Valga como ejemplo de esas transformaciones étnicas y culturales que el llamado "Día de la Raza", el 12 de octubre, instituido a comienzos del siglo XX con la idea de celebrar el descubrimiento de América y su consecuencia, la conquista y colonización española, se metamorfoseó con el tiempo en una celebración de la inmigración europea, desplazando

---

bias, nuevas políticas étnicas en Argentina", s/n de página. ccp.ucr.ac.cr/noticias/migraif/pdf/grimson.pdf.

15 El propio autor, José Hernández, suprime en la segunda parte de la obra el espíritu rebelde que el personaje muestra en la primera parte del poema, publicada en 1872. Los últimos pasajes relatan un retorno pacífico a la "civilización" luego de la huida a la "barbarie" de un poblado indio. De modo sintomático, esta segunda parte apareció en 1879, el mismo año de la "conquista del desierto".

16 Leopoldo Lugones, "poeta nacional", será arquitecto de la revalorización "culta" del poema, en una serie de conferencias pronunciadas en 1913, a las que asistió el entonces presidente Roque Sáenz Peña y que luego serían editadas en forma de libro bajo el título *El Payador*, en 1916. El "jefe de Estado" y el "jefe" informal de la alta cultura se asociaron simbólicamente para legitimar la entronización de la obra.

17 Ricardo Güiraldes, de una familia tradicional de hacendados bonaerenses, aunaba una formación eminentemente europea (el francés era su primer idioma) con la pasión "criollista" en una vertiente claramente conservadora. La novela es de 1926. Muchos años después, un miembro de la misma familia, el comodoro Juan José Güiraldes, fundó y presidió una "Confederación Gaucha Argentina", baluarte de ese "criollismo" conservador al que aludimos.

18 El tema se trata extensamente en Adolfo Prieto, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988.

parcialmente el homenaje a los colonizadores españoles. Y en los últimos años se está transformando nuevamente, bajo el influjo de inmigraciones más recientes, como la boliviana, de creciente gravitación en las celebraciones.

En Argentina ha existido, al menos desde los albores del siglo XX, un sentido común que liga en buena parte la existencia de la "identidad" nacional y la posibilidad de un "orgullo" patriótico, al considerar al país como una suerte de "potencia" regional, más desarrollada económicamente, más culta, con mejores "indicadores" sociales y educativos que sus vecinos latinoamericanos. Y junto con esa idea de mayor desarrollo, aparece casi siempre la noción de la "europeidad" del país.

El sentido común imperante se lamenta en cambio de que Argentina no haya tenido un destino de alto desarrollo como el de Australia o Nueva Zelanda (a veces se agrega Canadá); países agroexportadores de los que se piensa por lo común que siguieron (al menos hasta la década de 1930) un curso parecido al de Argentina, para luego "despegar" hacia niveles superiores. Muchos investigadores extranjeros, sobre todo norteamericanos, han intentado afianzar científicamente esta idea: la historia del país sería la de la casi inexplicable "frustración" de un "destino nacional" que tendría más que ver con los antiguos dominios británicos que con las ex colonias españolas y portuguesas, con las que compartiría el espacio geográfico y la matriz sociocultural inicial, pero no su temprana configuración como país "moderno".

3. El "cosmopolitismo" argentino

Gramsci da su definición del término "cosmopolita", refiriéndose críticamente a Trotsky ("Bronstein" en el texto) y afirmando "(...) parecía un 'occidentalista', era por el contrario un cosmopolita, o sea superficialmente nacional y superficialmente occidentalista y europeo".[19] Más allá de la justeza discutible de su aplicación al gran revolucionario ruso, el término nos parece apropiado para referirse a una actitud que pretende ser "universalista" y concluye por inhabilitarse en la comprensión y en la acción, tanto en el plano nacional como en el mundial. El "cosmopolitismo", diferenciado del "internacionalismo", y a veces tratado como posible etapa previa a éste,[20] es abordado reiteradas veces por Gramsci. Lo presenta como un modo de "ver el mundo" característico de Italia, heredero de formas ideológicas previas a la formación de estados

19 Gramsci, Antonio, *Cuadernos*, IV, p. 156.

20 Ver Gramsci, Antonio, *Cuadernos*, IV, p. 98.

nacionales. Gramsci rastrea hasta las comunas medievales y el propio Maquiavelo, pasando por el período de preeminencia en disputa de Iglesia e Imperio sobre el territorio peninsular. Nos permitimos traspolar el término a la conformación cultural argentina que se constituye en gran medida a través de la "europeidad" étnico-cultural e incluye de modo paradójico las repetidas impugnaciones a la misma.

Sembrado de una inmigración con predominio de la Europa mediterránea pero con importantes minorías de la Europa central y oriental y el Medio Oriente, Argentina es un país "cosmopolita", en el sentido más convencional y habitual del término. Pero también lo es en el sentido gramsciano. Muchos de sus intelectuales se visualizan como emisarios de la cultura europea en tierras extrañas, siempre lamentándose de la extrema lejanía geográfica respecto a las raíces de su cultura. Octavio Paz afirmaba, en una frase muy conocida, "Los argentinos son italianos que hablan español y se creen franceses". En realidad esa imagen cosmopolita y confusa en términos de identidad, sólo es aplicable (y con limitaciones) a Buenos Aires, Rosario, Córdoba, Mendoza, y sus periferias cercanas. No es así en el Norte del país, tanto el Nordeste selvático como el Noroeste montañoso, ambos con más influencia de culturas indígenas y menor peso relativo de migrantes europeos. De todas formas, las corrientes migratorias son un elemento constitutivo en la configuración de Argentina como sociedad: la fuerza de trabajo debió ser en gran medida "importada" en un país muy poco poblado, al que la ideología dominante consideraba un "desierto"[21] durante buena parte del siglo XIX. Un país en el que un escaso millón de habitantes se desperdigaban por un vasto territorio[22] y una proporción importante de ellos no estaba sometida efectivamente al poder patronal y estatal, ni disciplinada en las prácticas del trabajo asalariado. Los trabajadores extranjeros acompañaron la gigantesca afluencia de inversiones de origen europeo, sobre todo británicas, y un crecimiento económico acelerado, posibilitado por la inserción de Argentina en el mercado mundial como productora de lana de oveja primero y de cereales y carnes después.

Entre las seudointerpretaciones distorsivas que surcan las opiniones comunes sobre el país, está la que, en reacción desmedida contra el espíritu europeísta del "puerto", se esmera en considerar como país "real" sólo al de las áreas alejadas de las metrópolis, en aras de su menor influencia

21 El clásico sobre el tema sigue siendo *Una Nación para el desierto argentino*, de Tulio Halperín Donghi, editado por primera vez en 1980.

22 "El primer Censo Nacional de Población, en 1869, indicaría una población total de un millón ochocientos mil habitantes". Cf. www.indec.mecon.gov.ar/proyectos/censo2001/maestros/historia.

externa, mayor apego a las tradiciones y supervivencia de los valores de la vida rural. Las grandes ciudades cercanas al Río de la Plata y al océano, comenzando por Buenos Aires, serían una suerte de "ficción", un conglomerado adventicio en el que cerca de una veintena de millones de personas vivirían una extraña alucinación colectiva, signada por una raigal inautenticidad. La compulsión a optar entre el litoral "europeizado" y el "interior" supuestamente nativo alimenta las dicotomías facilistas, pero oscurece la comprensión de antagonismos históricos y presentes que no pueden resolverse en términos de "verdadero" y "falso". Y en algún sentido, puede considerársela tan "cosmopolita" como la opuesta y más habitual.

En ese cuadro, la naciente clase obrera, al principio más ligada al transporte, la construcción, el trabajo rural y los servicios que a la industria, fue mayormente de origen transoceánico. Sólo a partir de la década de 1930 un fuerte componente migratorio interno, sobre todo procedente de las provincias del Norte, matizó el predominio étnico y cultural europeo en los ámbitos obreros.

La propia izquierda de Argentina, representada por socialistas y comunistas, nunca pudo acomodarse del todo a las oscilaciones de la realidad difícil y paradójica que le había tocado vivir. Hasta 1945 Argentina le parecía un país relativamente "normal", a la europea, con obreros de izquierda, burgueses de derecha y clases medias buscando alguna variante centrista, encarnada por el radicalismo o un socialismo más que moderado.

Luego comienza una supuesta "anomalía" que develaría por su persistencia y duración un arraigo en lo más profundo del país. El peronismo, un movimiento lleno de contradicciones ideológicas y prácticas, pero claramente anticomunista y apoyado en sus inicios por buena parte de las Fuerzas Armadas y la Iglesia, les "arrebata" la conducción de la clase obrera a socialistas y comunistas. A partir de entonces, y en algún modo hasta nuestros días, el que los trabajadores sean "peronistas" es un trauma para las izquierdas, que esperan siempre que algún día se produzca el "milagro" de que dejen de serlo, y no cesan de anunciar el agotamiento final del peronismo obrero desde que éste apareció en el escenario, a mediados de la década del 40. En cierta medida, los militantes de izquierda han jugado un papel en fortalecer el sentido común de orientación conservadora, que indica que uno de los males de Argentina sería el "atraso" cultural difícilmente reversible de parte de su población (cabe recordar que algo parecido comenta Gramsci de los socialistas italianos respecto a los "meridionales"),[23] esos trabajadores y pobres provenientes

23 Cf. Gramsci, Antonio, "Algunos apuntes sobre la cuestión meridional" en *Escritos Políticos* (1917-1933), México, Siglo XXI, 2ª ed. 1981, p. 307.

de la "periferia" interna con los que nunca terminó de encontrar un lenguaje en común. A su manera, Argentina tiene su "cuestión meridional" poco comprendida, nunca resuelta.

El peronismo, en esa interpretación, sería fruto del atraso de sectores obreros recientemente incorporados y, por tanto, constituiría un gigantesco equívoco que debería terminar algún día, con la confluencia de los trabajadores en los ideales de la izquierda marxista.

Como en otros aspectos, la falencia cosmopolita se enfrenta a cuestionamientos que no le van en zaga, al contrario, en linealidad y carencia de rigor: las izquierdas argentinas estarían condenadas no por sus acciones sino por su supuesta "esencia" ajena a lo nacional, por representar no a la idiosincracia "criolla" sino a una sensibilidad importada, no a los trabajadores argentinos sino a una clase media superficialmente "ilustrada" pero profundamente confundida.[24] En consecuencia, el peronismo, en tanto que "movimiento nacional", resultaría el gran cauce transformador al que sumarse inexcusablemente, malgrado que haya dado lugar a experiencias signadas por el neoliberalismo radicalizado o el reaccionarismo más completo.[25]

Volviendo a la cuestión inicial del "mundo del trópico", el peronismo ha tenido características que, por vía de metáfora, podríamos llamar "tropicales": elementos de emotividad exacerbados, irracionalistas, un cierto componente "carnavalesco" en su sentido de "inversión" de la escena social, en gran medida ficticia. En el imaginario de los obreros peronistas, el advenimiento de Perón al poder era una revancha de enormes dimensiones. El Presidente de la Nación, por primera vez en la historia del país, dejaba de comportarse como un integrante conspicuo de la dirección burguesa de la sociedad, para proclamarse el "primer trabajador", el líder de los "descamisados". Si bien los patrones seguían siéndolo y los obreros seguían laborando a cambio de un salario, con el mejoramiento del nivel de vida y consumo, las amplias políticas sociales

24 Exposiciones de este tipo de consideraciones sobre la izquierda socialista y comunista, a menudo brillantemente escritas pero argumentadas con un fuerte componente de exageraciones y arranques de arbitrariedad, se encuentran en autores como los citados Jorge Abelardo Ramos y Juan José Hernández Arregui, así como Arturo Jauretche y Jorge Enea Spilimbergo, entre otros.

25 Estamos aludiendo a los diez años de las dos presidencias de Carlos Menem, signados por una acción gubernamental pro-empresarial de una radicalidad difícil de superar, y el breve pero sombrío período de la presidencia de María Estela Martínez de Perón, iniciador de la masacre de militantes que la dictadura posterior llevaría a su culminación. Ambos se colocaron bajo el signo del peronismo, sin siquiera necesidad de sacrificar el apoyo mayoritario de los cuadros y militantes de esa corriente política. Y al menos en el caso de Menem, conservando mayormente la base electoral del peronismo.

y asistenciales puestas en marcha, y la "reubicación" simbólica de los "descamisados" (acompañada de la denostación de la "oligarquía"), los lugares sociales parecían "dados vuelta" en la "Nueva Argentina" de espíritu plebeyo.

Perón, como es sabido, no era un trabajador: coronel del ejército, era hijo de una familia de clase media. Pero se "transubstanciaba" en trabajador, en jefe de un estado "al servicio de los obreros y los pobres". Quedaba investido simbólicamente con la identidad obrera que, a su vez, se convertía en una condición socialmente valorada. En términos de Gramsci, el peronismo puede ser entendido como una variante de "revolución pasiva",[26] liderada por un "cesarismo progresivo"[27] que constituyó una nueva ciudadanía para los trabajadores, desplegada en lo político, pero sobre todo en lo social y en lo cultural.

Por cierto, el gobierno peronista buscaba subordinar crecientemente las organizaciones obreras, y la vida social en general, al Estado. Y ese Estado pugnaba entre la necesidad de apoyarse en los trabajadores y la pretensión de construir una base social más amplia que lo librara de la dependencia respecto a su sustento en las organizaciones sindicales y (sobre todo) en el sentido común de millones de obreros y oprimidos en general. Más allá de esas tensiones, la pobreza, el comportamiento plebeyo, la ajenidad respecto a la cultura de las clases altas, eran blasones de orgullo para las masas peronistas. E incluso el origen rural, el color oscuro de la piel viraron de virtuales estigmas sociales a peculiares signos de "distinción".

La "europeidad" y el cosmopolitismo recibieron un duro golpe, pero el traspié no fue total ni definitivo. La ideología peronista seguía pensando en una "Argentina potencia", mantenía la confianza en la "magia" de las buenas cosechas, y apostaba en mucha mayor medida a la acción de un Estado progresivamente más eficaz y poderoso, que a cualquier nivel de movilización de masas. Para éstas se preconizaba la actitud sumisa,

26 La "revolución pasiva" y "revolución-restauración", ambos términos, aluden al hecho histórico de la ausencia de una iniciativa popular unitaria en el desarrollo de la historia "(...) y el otro hecho de que el desarrollo se ha verificado como reacción de las clases dominantes al subversivismo esporádico, elemental, inorgánico de las masas populares con 'restauraciones' que han acogido una cierta parte de las exigencias de 'abajo' por lo tanto 'restauraciones progresistas' o 'revoluciones-restauraciones' o 'revoluciones pasivas'". Gramsci, A., *Cuadernos*, IV, p. 205.

27 "(...) el cesarismo, si bien expresa siempre la solución 'arbitral', confiada a una gran personalidad, de una situación histórico-política caracterizada por un equilibrio de fuerzas de perspectivas catastróficas, no siempre tiene el mismo significado histórico. Puede haber un cesarismo progresista y uno regresivo. (...) Es progresista el cesarismo cuando su intervención ayuda a la fuerza progresista a triunfar aunque sea con ciertos compromisos y atemperamientos limitativos de la victoria". Gramsci, A., *Cuadernos*, V, p. 65.

contenida en la fórmula "de casa al trabajo y del trabajo a casa", impartida personalmente por el Presidente que la pronunció en momentos decisivos a lo largo de tres décadas.[28]

Con la caída del peronismo revivieron las ilusiones de re-construir una Argentina europea y cosmopolita, dispuesta a modernizarse e integrarse en el mundo del "desarrollo", concepto entonces en boga como paradigma de lo deseable para los países capitalistas periféricos. Eso requería "completar" la producción de agroexportables y la manufactura de bienes de consumo con una industrialización más básica, motorizada en gran parte en inversiones extranjeras.[29] Pero los períodos de auge económico fueron cada vez más breves y las crisis políticas desembocaban más o menos rápidamente en golpes de estado militares, gradualmente más frecuentes, que daban lugar a dictaduras más prolongadas. Mientras las dictaduras militares de 1930, 1943, 1955 y 1962 tuvieron una permanencia en el gobierno de entre uno y tres años, a veces con intentos de permanecer por más tiempo que fracasaron rápidamente, los golpes de estado de 1966 y 1976 enunciaron desde el comienzo sus propósitos de re-estructurar a la sociedad argentina y permanecieron siete años cada uno, luego de postularse como procesos destinados a décadas de duración.

El poder económico y político, mientras tanto, trataba en vano de borrar la herencia del peronismo, consiguiendo a la postre sólo volverla más vigente. Pero encontró la clave de su supervivencia y reproducción cuando se decidió a reincorporar oficialmente a Perón al "partido del orden", a comienzos de los 70, y sumar parte sustancial de sus huestes a la represión de la creciente rebelión social y política. La ferocidad paramilitar de la Alianza Anticomunista Argentina y las operaciones antiguerrilleras del ejército, todavía a las órdenes de un gobierno constitucional dirigido por el peronismo, serían el prólogo inmediato del aluvión represivo de 1976.

28 Perón enuncia ese lema en discursos públicos repetidas veces, quizás las dos ocasiones más relevantes son el 10 de octubre de 1945, en la alocución con la que se despide de los trabajadores al renunciar a la Secretaría de Trabajo y Previsión, y el 21 de junio de 1973, cuando pronuncia una exhortación amenazadora hacia las corrientes de izquierda del propio peronismo, que habían sido tiroteadas, con muertos y heridos, el día anterior, en cercanías del aeropuerto de Ezeiza.

29 La presidencia de Arturo Frondizi (1958-1962), que se definía como "desarrollista", marcó el apogeo de estas concepciones que se retomaron, algo modificadas, en los años siguientes.

4. El predominio de Buenos Aires: Eje del cosmopolitismo y la excepcionalidad

La preeminencia de Buenos Aires sobre el resto del país con el consiguiente lamento por la injusticia de esa situación, es una de las "marcas" perennes de la conformación de la sociedad argentina. Buenos Aires es la gran ciudad por excelencia, el puerto que mira a Europa, el centro del comercio exterior, de la vida cultural, el sitio de concentración de la riqueza nacional en todas sus manifestaciones, materiales y "espirituales". Buenos Aires, para el sentido común de los argentinos, es la prueba de la "europeidad" del país, una sociedad industrial, ilustrada, étnicamente "blanca", que a sus habitantes se les ocurre parecida a París o a otras ciudades europeas, nunca a San Pablo, Santiago de Chile o Lima, con las que por cierto tiene muchas más semejanzas.

Buenos Aires ostenta mayor proporción de descendientes de europeos que cualquier otra urbe del país y una identidad fuerte construida, algo paradójicamente, en torno a ese "crisol". El fenómeno cultural porteño por excelencia, el "tango", es demostrativo de la vocación internacional del habitante de Buenos Aires. En sus letras, con frecuencia se habla de París como el lugar de la consagración y el éxito buscados, pero a la hora de expresar la frustración y el dolor, el origen allende el océano surge con fuerza, generalmente, en clave italiana. Hay tangos llamados "Acquaforte", "Canzonetta",[30] "Giuseppe el zapatero", "Pobre tano", siempre en vena desconsolada y nostálgica, mezclada a menudo con un dejo de protesta social. A veces se ha dicho que incluso la coreografía del tango, con los bailarines siempre tomados de la mano, con movimientos que van hacia dentro y no hacia fuera, transmite tristeza e introversión, producto del desarraigo sempiterno del habitante de Buenos Aires.

Lo cierto es que las manifestaciones culturales de Buenos Aires no tienden al júbilo, a la extroversión, al colorido estridente, sino a la introspección, a la melancolía. El desengaño profundo, el hastío de vivir, la soledad tan dolorosa como insuperable, son temas omnipresentes. Así como el desarraigo producido por la inmigración desde Europa o por el

---

30 Las letras de algunos de esos tangos enfatizan la evocación introduciendo palabras o breves pasajes en un italiano a veces correcto y otras apenas aproximado: "Cuando escucho "O Sole Mío", senza mamma e senza amore, siento un frío acá en el cuore, que me llena de ansiedad..." reza la letra de *Canzoneta.* Otro, *La Violeta*, contiene el siguiente pasaje: *E la Violeta la va, la va, la va: la va sul campo que lei si soñaba qu l'era il suo yingin que guardándola estaba...* Cabe señalar que se trata de tangos conocidos, grabados reiteradamente. Los más antiguos de entre ellos, como *Giuseppe...*, *La Violeta* y *Acquaforte*, fueron interpretados y grabados por Carlos Gardel.

posterior exilio hacia Europa de los nacidos en Argentina, desplazados por persecuciones dictatoriales.

En cierto modo, las clases medias urbanas de Argentina, las que dan el "tono" cultural e incluso político al país, no se han recuperado nunca por completo de la frustración de su versión del "*sueño argentino*", subordinada a la de las clases dominantes, pero con ciertos matices peculiares: el país era próspero a fuerza de venderles alimentos y materias primas a Europa, y ofrecía amplias posibilidades de ascenso social por vía de los negocios o la adquisición de calificación en el sistema educativo. En el imaginario de "clase media" pesaba además el orgullo por las realizaciones culturales, la distinción y la elegancia de buena parte de sus habitantes. Argentina era dueña de una floreciente industria editorial, de una cinematografía productora de varias decenas de películas al año y de un género musical que ligaba melodía, letra y danza y, quizás lo más importante, era capaz de imponerse en Europa.

En la Argentina de la segunda posguerra, la aparición del peronismo hizo temblar costados de ese "sueño", pero finalmente tendió a expandir, algo modificados, sus horizontes y a ratificar algunos de sus rasgos tenidos como positivos. La Argentina peronista, se prometía, sería un país industrial, una "potencia", una referencia insoslayable en el "concierto de las naciones", y el ascenso social ya no sólo era para los habitantes blancos de las grandes ciudades sino también para los trabajadores y para la "Argentina morena" del norte y centro del país.

El derrocamiento de Perón no significaría la anulación instantánea de esa nueva ampliación del "sueño", pero a la larga marcaría una declinación prolongada de la ensoñación original, un lento despertar a la certeza de que el país se contaba más bien entre las víctimas, y no como parte de los beneficiarios, de la modernización capitalista. La última dictadura militar ejercería, mediante una pedagogía sangrienta, la pretensión de volver al "camino correcto" amputando todas las "desviaciones" acumuladas por décadas.

5. La "latinoamericanización" del país

En los últimos años, se ha dicho con mucha frecuencia que la Argentina se ha "latinoamericanizado" progresivamente. Varios factores podrían citarse a la hora de respaldar esa afirmación: a) El empobrecimiento y la caída del nivel de vida, que volvió más similar la realidad cotidiana de buena parte de los argentinos a la de los habitantes de los países limítrofes y agostó la presencia de la "clase media". b) Esos mismos factores contribuyeron al derrumbe de creencias del tipo de "a diferencia de en

Brasil o en Chile, en Argentina nadie se muere de hambre", "en nuestro país, el que quiere trabajo lo consigue", etc., para hacer cada vez más patente la existencia de pobreza, desocupación, trabajo precario. El "movimiento obrero organizado" de la etapa anterior cedió paso frente a los "piqueteros", trabajadores desempleados que cortan las calles como medida de fuerza, sustituto de la huelga que la falta de trabajo no les permite. La venta ambulante, la mendicidad, los pequeños robos, la prostitución callejera, son cada vez más numerosos e irrumpen hasta en las calles céntricas de Buenos Aires. La Argentina deja de percibirse como tierra de oportunidades y de ascenso social para ser un país marcado por el estancamiento, la inseguridad en todos los órdenes y una suerte de progresiva decadencia. c) La corriente inmigratoria europea cesó casi por completo hace décadas y cada vez hay más inmigración de los países limítrofes (Bolivia, Paraguay y Perú, en primer lugar) o de origen oriental (chinos y coreanos, principalmente), que buscan su propio horizonte de ascenso en una realidad más competitiva y despiadada. d) Rasgos culturales menos "europeos" adquieren presencia creciente. La música más difundida en los sectores populares de las grandes ciudades, en los últimos años, es un híbrido llamado justamente "música tropical",[31] y en una Buenos Aires con pocas fiestas populares callejeras, la celebración de Nuestra Señora de Copacabana, virgen patronal de Bolivia, es quizás la más masiva y ruidosa en los últimos años, punto de reunión de la cada vez más numerosa colectividad boliviana.

Con todo, la idea del cosmopolitismo reaparece una y otra vez: se sigue repitiendo todo el tiempo que "los argentinos descendemos de los barcos", con el consiguiente ninguneo de los descendientes de indígenas o de inmigrantes de países limítrofes. Y en épocas tan recientes como la presidencia de Menem (1989-1999), la idea de que Argentina se integraría al "primer mundo" fue virtual política de Estado y vastos sectores sociales adhirieron a esa creencia en aras del "fin de la historia" y la "globalización", si bien el nuevo desengaño no tardó en llegar.

Así es que la evolución del país ha terminado por desconcertar a todos los componentes de la sociedad argentina, dominantes y subalternos.

El que sigue pareciendo a sus anchas es el gran capital, altamente internacionalizado, que sigue utilizando al país como plataforma para la obtención de ganancias rápidas y ha aprovechado de las reformas neoliberales, en particular del gigantesco proceso de privatizaciones vivido

31 Más recientemente, se impuso un subgénero "tropical", la "cumbia villera", cuyas letras son una peculiar celebración de la vida joven sumida en la pobreza extrema y la marginación.

por Argentina, para aumentar sus utilidades. En esas circunstancias, el componente "latinoamericanista" de las críticas ha tendido a apagarse, sepultado bajo la idea de que la "globalización" no deja lugar más que para una integración subordinada del tipo de la que los gobiernos de Argentina y Brasil ensayaron creando el Mercosur.

En estas condiciones, ideas del tipo de la "globalización invertida",[32] serían casi una completa novedad en Argentina, pero ofrecerían un campo fértil para desarrollar una crítica de izquierda que no se replegara ni sobre un nacionalismo infecundo y siempre propenso a girar a la derecha, ni en un internacionalismo abstracto que nunca deja de lamentar el tener que lidiar con este "pobre destino sudamericano" mientras sueña con ausentes Palacios de Invierno o cuarteles Moncada para tomar por asalto.

Sobrevivir en San Telmo

La sociedad argentina lleva hoy dentro suyo un sentimiento de tragedia, signado por el dolor de los desaparecidos, el fracaso económico, el empobrecimiento social y cultural. Ese sentimiento no existe (o al menos no tiene la misma presencia) en Brasil, y el argentino culto y progresista vive añorando ese potencial vital, hasta erótico, que atribuye a los brasileños. Una canción popularizada en los últimos años de la dictadura de 1976, hablando de una típica chica porteña de clase media, decía: "Ella soñaba con vivir en Bahía, pero en San Telmo (el barrio histórico de Buenos Aires) sobrevivía",[33] reflejando la realidad de miles de jóvenes de nuestro país que padecían del deseo del nordeste brasileño. Por los mismos años, una canción de Charly García invocaba la superación de la alienación dictatorial para los habitantes de Buenos Aires, proclamando "la alegría no es sólo brasilera".[34] Bahía era el ideal para punto de partida de periplos que solían terminar en Fortaleza, y hasta en Belem, como lugar para olvidarse de la vida gris y atemorizada bajo la dictadura de Videla. El otro "viaje iniciático" de los jóvenes inquietos era (y es) al Perú, en una búsqueda distinta pero convergente, la de la hondura de siglos de la cultura inca, de la tragedia de la Conquista y el coqueteo cuasi-esotérico con el "misterio" del Machu Picchu. Mientras el nordeste brasileño y la ciudad de Salvador son imaginados por los argentinos de clase media a través del erotismo festivo que predomina en las novelas de Amado, al Perú de la Sierra se llega a través de un horizonte más austero y dramático, que no remite al

32 Este término, en el sentido de una internacionalización impulsada desde abajo, también pertenece a Giorgio Baratta.

33 El tema se llama "Mariana bahiana", compuesto y cantado por Víctor Heredia.

34 La canción se titula "Yo no quiero volverme tan loco" y fue grabada en 1982, siendo una de las más exitosas de la larga trayectoria del músico.

componente africano sino al indígena: de la lectura de alguna novela de Arguedas, de Manuel Scorza o Ciro Alegría, por los "ensayos" de Mariátegui y por los relatos de la sublevación de Tupac Amaru.[35]

No se puede viajar a Cuzco, a Arequipa o a Puno, sin encontrar a miles de argentinos de no más de veinticinco años, mochila al hombro, con su piel blanca y sus apellidos italianos, vascos, gallegos o alemanes. Ellos buscan sumergirse en "Indoamérica", quizás para comprobar desencantados que en el lenguaje popular de los habitantes de Cuzco (también de los de Bahía por cierto) el argentino es tan "gringo" como el turista norteamericano o francés. No por eso se rinden y caminarán kilómetros en "El Camino del Inca" y quizás se hundirán en El Amazonas, a mitad de camino entre los europeos alucinados como Fitzcarraldo o Lope de Aguirre[36] y esos brasileños o peruanos que se mueven en esas latitudes como en su territorio natural.

Y allí va el argentino (el de clase media de las grandes ciudades), que no sabe una palabra de ningún idioma indígena (a diferencia de los paraguayos, los peruanos o los bolivianos), que no conoce otra religión que la católica (y que generalmente no practica ninguna, a diferencia de los brasileños), que desciende casi siempre de inmigrantes europeos recientes (a diferencia de los chilenos y de todos los demás, salvo los uruguayos), y encima padece el hundimiento de su sueño de grandeza europea en tierra americana.

Llevados al último escalón de la decepción, muchos abandonan toda expectativa americana y sureña, y adoptan el propósito de "volver a Europa", a la tierra de los abuelos o bisabuelos, a buscar el sueño perdido, invirtiendo el recorrido inicial. De nuevo "El exilio de Gardel",[37] que era francés según

---

35 Un historiador argentino nacido en Polonia, Boleslao Lewin, dedicó buena parte de su obra a esa rebelión, a través de un extenso libro titulado *La rebelión de Tupac Amaru y los orígenes de la independencia de Hispanoamérica*. Buenos Aires, Sociedad Editorial Latinoamericana, 1967, que tuvo luego múltiples reediciones, incluyendo versiones sintéticas y exposiciones de divulgación. La obra contribuyó así durante décadas al conocimiento en los ámbitos cultos de Argentina de aquella insurrección, y a cierta identificación con la rebelión indígena.

36 Pocos europeos han mostrado comprender el componente de desmesura y extravío de América Latina desde sus orígenes como el cineasta Werner Herzog, que eligió como espacio de sus filmes por dos veces el Amazonas en *Aguirre, la ira de Dios* y *Fitzcarraldo*; y luego la Patagonia Austral (en un filme estrenado en Argentina como *Grito de Piedra*). La "tierra maldita" de la aridez y el frío extremo, y la selva de la exhuberancia y el calor devastador, dos sitios en las antípodas climáticas y de paisaje, pero hermanados por su hostilidad al ser humano europeo y por abrigar pueblos americanos casi intocados por la "civilización".

37 Me refiero a la idea planteada en el film de Fernando Solanas titulado *El exilio de Gardel (Tangos)* del año 1985. En esa película, la figura del cantor nacido en Francia, criado en Argentina y vuelto a consagrar en Europa para añorar Buenos Aires desde la orilla del Sena, contrapuntea con un relato sobre el exilio bajo la última dictadura.

los argentinos y "oriental" para los uruguayos,[38] cuyo viaje a Europa y EE.UU. fue vivido por muchos porteños casi como una traición,[39] al tiempo que le proporcionó su consagración definitiva. Un retorno del inmigrante a las fuentes europeas, en un extrañamiento por partida doble.[40]

Pero, decíamos, el argentino quiere irse (¿o volverse?) a Europa, para tomar revancha como "triunfador en el exterior", patente definitiva de éxito o, quizás, buscando de modo inconsciente repetir el ciclo de nostalgia y desarraigo.

A fines de los años 90 e incluso algo después, siete años de dictadura primero y diez de políticas neoliberales en una democracia deshilachada, después, habían clausurado las esperanzas. Estaba convencido del "piove, governo ladro..." más que nadie en el mundo. En esas circunstancias, poner kilómetros de distancia de una tierra de la que se sienten expulsados porque ya no es lo que le contaron en su juventud[41], y en la que lo abruma el fracaso tanto de sus sinceras ilusiones como de sus voluntarias negaciones, aparece para muchos como una forma de romper la ambigüedad de ese no ser del todo latinoamericano. Eso aun a costa de luego encontrarse en una situación comparable a la de un negro nacido en Nueva York o Los Ángeles que fuera trasterrado a Nigeria o Burkina Faso: un alguien que emprende un "regreso a los orígenes" que resulta "un viaje a ninguna parte". El argentino tiene como única ventaja relativa el que suele conservar algún primo lejano en Sicilia o Galicia, y allí lo

---

38 Para el grueso de los investigadores argentinos, el equívoco nace de una falsificación que comete el propio Gardel, pero del otro lado del Río de la Plata se urden complejas teorías que procuran demostrar que realmente nació en Tacuarembó, Uruguay. Una exposición reciente del tema se encuentra en J. y O. Barsky. *Gardel. Una Biografía*, Buenos Aires, Taurus, 2004.

39 La letra de un tango titulado *Yo soy del treinta* marca a 1930 como una divisoria de aguas, relacionada explícitamente con la modernización (simbolizada en el "ensanche" de la Avenida Corrientes), el derrocamiento del gobierno radical, y el traslado a Europa de Gardel: Yo soy del treinta... / cuando a Yrigoyen lo embalurdaron / cuando a Carlitos se lo llevaron, / cuando a Corrientes me la ensancharon..."

40 Gardel, en sus últimos años (1931), entonaría *Anclao en París*. La letra, escrita por Enrique Cadícamo, lleva al retorcimiento las complejidades del vínculo. Un argentino, llegado por propia voluntad a las calles parisinas, añora volver a caminar por las de Buenos Aires, sin saber cuándo podrá volver a hacerlo. La misma idea, pero en clave socarrona, aparece en otro tango de la misma época, *Araca, París* (1930), que retrata a un porteño fracasado en el propósito de llevar una vida fácil en la capital francesa ("Con tres cortes de tango, sos millonario...¡Morocho y argentino! ¡Rey de París!"), y regresa a tierra conocida ("Araca París, salute París/piantá de Montmartre/rajáte infeliz/"). En ambas letras se conjuga la adoración por la "Ciudad Luz" con la exageración bastante "provinciana" de la importancia y atractivo de Buenos Aires.

41 De nuevo la letra de una canción, ésta de los años 60, expresaba con envidiable claridad ese sentimiento de defraudación y extrañamiento, se trata de *Ayer, nomás* de un músico de rock llamado Moris: "Ayer nomás, / en el colegio me enseñaron, / que este país / es grande y tiene libertad. / Hoy desperté / y vi mi cama y vi mi cuarto / en este mes no tuve mucho que comer".

dejarán autoengañarse plácidamente sobre su "retorno" imposible, hasta que deba asumir que, ahora sí, se encuentra en "tierra extraña".

Mientras los argentinos de cultura más ramplona y consumista pueden conformarse con su instalación en un Primer Mundo al que siempre creyeron merecer, el que nos ocupa aquí, el reflexivo, el que eligió Cuzco y no Miami para hurgar en el sentido de la vida a sus veinte años, optará por el resentimiento o la melancolía, pero difícilmente se conformará con la idea de que "la patria maravillosa" de sus manuales escolares ha quedado al otro lado del oceáno, hundida bajo el peso del poder omnímodo del gran capital. Y sin que nadie haya pensado ya, como en los 70 cercanamente lejanos, en enfrentar a tiros a los enemigos, por otra parte menos corpóreos e identificables que entonces.

Los que se quedaron, en realidad casi todos, comenzaron a vivir en carne propia el sentimiento de la desgracia interminable, de los gobiernos invariablemente saqueadores, de la disolución del estado en un magma de intereses capitalistas sazonados con corrupción e ineptitud. Síntomas que ya hace décadas atacan sin piedad a peruanos, colombianos, panameños y otras naciones en desgracia del subcontinente latinoamericano, pero que en tierras más australes se procuraba mirar a la distancia. En ese aprendizaje doloroso, en esa prohibición de continuar con el "soñar con los ojos abiertos" de tantas décadas, se halla, creemos, la clave del zigzagueante encuentro de las clases subalternas de Argentina con la voluntad de transformar una sociedad cada vez más injusta y desigual, día a día más ostensiblemente victimizada por un capital globalizado que se complace en exprimirla hasta hacerla irreconocible. Los grandes capitalistas y la elite política que le reporta han demostrado hasta el hartazgo el agotamiento de su propio proyecto de "revolución pasiva" y ya no ofrecen al "pueblo" más que nuevos padecimientos.

Entre viejos y nuevos sufrimientos, los humillados y ofendidos de la sociedad argentina concluyeron por ponerse nuevamente en movimiento, con intensidad creciente a partir de los últimos años 90. Parece haber terminado un tiempo de ilusiones, de buscar el destino en la huida de la realidad circundante. El curso de la sociedad se nos ha revelado profundamente latinoamericano, los dirigentes tradicionales han concluido por mostrarse como cómplices activos de la barbarie, ejercida por medios diferentes, tan diversos como la dictadura militar genocida y la actual democracia, pero con idénticos beneficiarios y similares perdedores. La "tierra de oportunidades" que marchaba al encuentro de "un destino de grandeza" ya no habita ni siquiera los anestésicos discursos de los actos escolares. Entre "cortes de ruta" y "escraches", una nueva generación

intenta regresar del dolor de las muchas pérdidas, enfrentar la dictadura político-intelectual del neoliberalismo, desmontar la prolongada asociación entre políticos "mediáticos" y empresarios que siguen persiguiendo ganancias tan grandes como rápidas.

A partir de diciembre de 2001, irrumpió con fuerza inusitada un nuevo fenómeno: la convergencia entre la ira ya manifiesta de pobres y desocupados, con la emergente de sectores de "capas medias" (estudiantes, comerciantes, profesionales y técnicos), que con base en el ámbito local (y barrial), se lanzaron al llamado "cacerolazo", protesta ruidosa que no tardó en derivar en mecanismos de autoorganización y democracia directa parecidos a los de los "piqueteros". Brotaron por centenares las "asambleas populares", primero en barrios de Buenos Aires, y luego en los suburbios y el resto del país. Como pocas veces, el sordo pero real antagonismo entre los "blancos" de los barrios más o menos acomodados y los "negros" de los suburbios pareció caer hecho trizas: "Piquete y cacerola, la lucha es una sola" se cantó en las muchas manifestaciones en las calles de Buenos Aires... Los sucesos fueron vertiginosos, pero la imagen de un Presidente sostenedor de políticas reaccionarias escapando en helicóptero frente a millares de personas que exponían el pecho a las balas policiales que no podían desalojarlos, quedó grabada en todas las retinas, y se convirtió en símbolo del poder que se adquiere cuando la negativa a obedecer se hace masiva.

Las organizaciones de desocupados, las asambleas barriales, las fábricas recuperadas por sus trabajadores, las variadas organizaciones juveniles, todas crecieron y se multiplicaron al calor de un entusiasmo generalizado, dispuesto de continuo a cortar calles, golpear cacerolas, y "escrachar" no sólo a represores sino a todo tipo de responsables de las múltiples barbaries de los años noventa. Sin aventar signos de dispersión y lo difuso de los objetivos, la consigna "que se vayan todos" expresaba el hartazgo contra una dirigencia económica, política y sindical que no ofrecía nada a las mayorías populares.

Luego de unos meses de continua movilización, el escenario social pareció "normalizarse" y grandes empresarios, funcionarios, magistrados y magnates de los medios masivos de comunicación volvieron poco a poco a hacer de las suyas. A poco andar, incluso comenzaron a apostar al desgaste y el progresivo desprestigio de los sectores contestatarios. Los "piqueteros" pasaron en poco tiempo de ser ovacionados a ser mirados con desconfianza primero y con hostilidad más o menos abierta después y su modalidad de lucha y presión, el "corte de calles," estigmatizada en nombre de la "libertad de circulación" y, cada vez más, del "orden".

Con todo, la experiencia ganada en la sublevación no puede ser anulada ni vuelta atrás por completo. Y es inevitable relacionarla con fenómenos similares que sacudieron América Latina, con un espíritu latinoamericano de rebelión que se desborda en las calles, por más que las "almas bellas" quieran decodificarla en clave de mera "acumulación originaria" para posteriores triunfos electorales "progresistas" como los del PT en Brasil y el del Frente Amplio en Uruguay; triunfos seguidos de experiencias de gobierno en que el "antineoliberalismo" queda reducido a tapadera discursiva para la prosecución de las líneas estratégicas favorables a la concentración de la riqueza y la distribución del poder que los neoliberales explícitos se encargaron de erigir.

Desde mayo de 2003, y tras una transición tensa y de legitimidad dudosa, el nuevo gobierno del presidente Kirchner integró a políticas de reactivación económica ya en vigencia, un discurso y ciertos actos destinados a entroncar con algunos aspectos de la tradición radicalizada de los años 70. El nuevo gobierno parecía venido a cerrar una época, a execrar sin cortapisas la imagen pública de sus predecesores, con el presidente Menem en primer lugar. Pero también a colocar a las corrientes contestatarias en la disyuntiva de tomar el camino de la moderación en sus luchas y la benevolencia ante el gobierno; o afrontar los costos del aislamiento, el desprestigio, y si se muestran contumaces en sus reclamos, la represión. No se puede entender este nuevo intento político de la dirigencia sin comprender que ha tomado lecciones de la "avalancha" de diciembre de 2001. Pero tampoco si se soslaya su articulación con unos "dueños del poder" que le dedican actitudes cuyos matices van desde cierta resignación ante lo inevitable, a la adhesión fervorosa; pero sin dejar de respaldarlo. Todo forma parte del intento de recomponer hegemonía sobre las clases subalternas, de recuperar "gobernabilidad" a través de instituciones que demuestren un mínimo de eficacia y de un discurso oficial que recupere una base de verosimilitud.

Todo parece indicar que nos encontramos en una transición, en la etapa formativa de nuevos consensos y también de confrontaciones renovadas. Estas no cursarán sólo de acuerdo a la lógica interna de la sociedad argentina sino también por la evolución de un contexto mundial (y particularmente regional) convulsionado y movedizo, que lleva las marcas de las respuestas, invariablemente reaccionarias, que el poder norteamericano ha urdido para el desafío que experimentó en septiembre de 2001. Lo que ocurra en el plano latinoamericano tendrá también incidencia decisiva (en una hora en que la doctrina neoliberal se bate en retirada como tal) pero el gran capital parece haber logrado que gobiernos de variados coloridos sigan haciendo las políticas más afines a sus

intereses, incluyendo los que hunden sus raíces en el movimiento obrero y la izquierda radical, como el de Lula en Brasil o alguno brotado de las entrañas mismas de la rebelión popular, como el de Lucio Gutiérrez en Ecuador, derribado a su vez por otra revuelta callejera.

Pero también sufren contestaciones que van incluso más allá de todo lo previsible, como la ejercida en Venezuela desde una constelación de masas y gobierno donde las clases populares movilizadas parecen cobrar creciente influencia.

El mundo de la "globalización" ya no aparece sumergido en un proceso único, dirigido en monopolio por los propietarios del gran capital. Los "globalizados" al sur del Río Bravo, que parecían llamados a un papel de sufrimiento y silencio, hacen oír su voz. Y esto encuentra reflejo, siquiera parcial y atenuado, en esferas de gobierno, como se puede ver en la consensuada defensa del "Mercosur" y el rechazo frente a la propuesta norteamericana del ALCA.

En el extremo sur, las clases subalternas de Argentina se reencuentran con su pertenencia latinoamericana, que tal vez permita encontrar al mismo tiempo el camino del verdadero internacionalismo, que sólo tiene al conjunto de los explotados y asqueados del mundo entero por frontera. Las notas del *requiem* para el país "europeo" y próspero de la fenecida ilusión ya no suenan sólo en la realidad social sino también en las mentes, mientras la semioculta "tropicalidad" rebrota desde los subsuelos... Una sociedad con su conciencia mucho tiempo oprimida por el peso de supuestas "épocas doradas" tiene hoy renovada ocasión de desear con fuerza un futuro dibujado sobre un mapa mucho más amplio que las fronteras que las clases dominantes trazaron, y luego impusieron sobre miles de cadáveres. Y encontrar en la adhesión a un impulso transformador de alcance "global" la forma de superar el "cosmopolitismo" sin caer en ningún anacronismo nacionalista.[42]

42 Gramsci discute el anacronismo y la inadecuación del nacionalismo en Italia, y su reemplazo por un tipo de "cosmopolitismo" de raíz internacionalista y moderna. En realidad apunta a criticar la concepcion nacionalista que a la sazón estaba implantando el fascismo en Italia. Cf. Gramsci, *Cuadernos*, V, pp. 368-369.